UN THRILLER PSICOLÓGICO ENTRETENIDO Y ADICTIVO

CARA REINARD

LA CLÍNICA



UNA DOCTORA. UNA PACIENTE.
UNA TERRIBLE MENTIRA.

JENTAS

LA CLÍNICA

Cara Reinard
La clínica
Título original: The Clinic
Copyright © Cara Reinard, 2024
Copyright © Jentas A/S, 2026
Traducción: Enrique Barrasa © Jentas A/S
Cubierta: Jentas A/S
ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1442-0

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

First published in the English Language in 2024 by Storyfire Ltd, trading as Bookouture.

——

La mano que mece la cuna es la mano que gobierna el mundo.

– W. R. Wallace

PRÓLOGO

Es un deseo compartido, como el amor o la luz del sol.

Probablemente podría vivir sin ella, pero la idea me deja fría y muerta por dentro.

Dicen que la maternidad es un regalo.

Y es la cruz que cargo, aferrada a los mismos rayos de luz.

Me hace preguntarme si es mi mayor bendición o mi mayor maldición.

¿Por qué tengo la sensación de que lo que a mí me deja vacía a ella le produce alegría?

¿Y que cualquier secreto que ella guarde con él acabará con nosotras dos?

UNO

EMILY

ESTÉRIL

La primera vez que alguien pronunció la palabra *estéril* en mi oído, estaba estudiando en Cambridge, Inglaterra. Fui de senderismo con un compañero de posgrado guapísimo llamado Louie a las afueras del Parque Nacional de Yorkshire Dales, en una extensión de tierra llamada Riggs Moor.

«Estos terrenos son completamente estériles», dijo con una voz chirriante que me pareció deliciosa.

Me gustaba Louie por su espontaneidad, cualidad que compartía con mi exnovio de la universidad, Ben, a quien había dejado a miles de kilómetros de distancia.

Mi romance con Louie, una llama ardiente que se consumió en la ladera de una colina en la parte más desolada de Inglaterra, fue casi tan efímero como mi primera experiencia con la palabra.

Al final de la veintena, la palabra *estéril* adquirió un significado diferente. Después de que me diagnosticaran y me trasladara a Estados Unidos, los fuertes tratamientos para curarme mermaron mi fertilidad. Mi única posibilidad de tener hijos biológicos era congelar mis óvulos.

Y hoy, en mi trigésimo sexto cumpleaños, estéril significa algo totalmente distinto.

Doy gracias por cada nuevo año, pero es el significado retorcido de la palabra lo que me afecta ahora.

Y hay un lugar especial en el infierno para los que preguntan a una mujer de cierta edad, soltera y sin hijos: «¿Cuándo crees que sentarás la cabeza y tendrás hijos? Tu reloj biológico está haciendo

tictac, ¿sabes?».
Lo sabemos.
Créeme. Lo sabemos…

DOS

EMILY

ACTUALIZACIÓN

Mi cena de cumpleaños es dentro de un bar, atestado de más hombres con gorras negras y doradas puestas al revés de lo que debería estar legalmente permitido, y solo estamos en la pretemporada.

Fuera, la cosa no está mucho mejor. Hay sudor, humo y miradas lascivas de borrachos bajo una carpa destartalada adornada con una ristra de luces navideñas durante todo el año; así es el Redbeard's, el bar de Pittsburgh situado en la cima de una montaña.

Laurel, mi mejor amiga, mira a su alrededor como si prefiriera estar en cualquier otro lugar, pero esta noche me ha dejado elegir a mí el sitio, la muy inocente.

La camarera deja sobre la mesa nuestras bebidas, que están llenas a rebosar.

—¿Por qué has elegido… este lugar para tu cena de cumpleaños? —pregunta Laurel.

—Sé que está pasando algo. Siempre celebramos mi cumpleaños el fin de semana y este año ha insistido en celebrarlo el día exacto.

Laurel parece enfadada.

—Tienes razón… ¿Y por eso me has traído aquí para torturarme?

Sonrío alegre.

—Exacto. Ya sabes que no me gustan las sorpresas. Esto no puede ser más cierto. Soy científica, prefiero mi vida en dosis medidas.

Laurel sacude la cabeza, se ríe y me levanta el dedo corazón.

—¡Te odio!

—Me quieres. —Señalo su vodka con tónica. La bebida gotea por el

lateral—. Toma. —Le lanzo una servilleta y ella limpia el vaso evitando mirarme. Algo va mal.

—¿Están bien los niños? —pregunto, un poco preocupada.

—Sí, están genial —afirma Laurel. Sé que me habría enterado ya si su preocupación tuviera que ver con ellos.

—¿Qué pasa, Laurel? —insisto.

—Emily, es… Ben.

«Oh». No tengo que preguntar a qué Ben se refiere, porque solo hay uno: Ben Holiday. Mi novio de la universidad y, por desgracia, el hombre con el que tuve mi última relación seria, hace casi quince años. De alguna manera, consiguió llegar al corazón de Emily la científica clínica; mi verdadero yo. Cuando pienso en Ben, echo de menos a los dos. A mi exnovio, y a la chica que era cuando estaba con él.

Laurel mueve sus largas pestañas mientras me mira.

—Va a venir a la ciudad.

Me arden los ojos. Pero no es por el humo de los cigarros. Ben vuelve a casa y yo soy la última en enterarme.

—Tiene… problemas en su relación. No sé mucho más. Escuché una conversación que tuvo con Zach.

Me muerdo el labio.

—¿Qué tipo de problemas? —Me muero de curiosidad—. ¿Qué piensa Zach? —pregunto. Zach es el marido de Laurel.

—Está encantado de quedar con él, pero no me ha invitado a ir con ellos… —explica Laurel.

—¿Lo has visto? ¿Los has visto? —Esa es la pregunta del millón. Ben lleva una década desaparecido. No le gustan las redes sociales. Oí que su mujer es bastante religiosa y que considera las redes sociales un pecado, o algo así. Aunque siempre recibo actualizaciones sobre su vida gracias a Laurel, que se entera por Zach.

«Oye, Zach ha hablado con Ben y acaba de regresar de Vail de hacer un viaje de esquí épico».

«¡Ben ha llamado a Zach y, al parecer, pescó tres peces espada gigantescos en México!».

«No te lo vas a creer, pero Ben acaba de completar su primer

Ironman».

No es culpa mía no haber superado lo de Ben. Todo el mundo lo presenta como una especie de enigma hercúleo que salta montañas, demasiado misterioso para aparecer en Facebook o Instagram.

—¿Ella… va a ir a la quedada con Zach? —pregunto.

—No lo creo. Le pregunté a Zach si debía organizar una cena para los cuatro, y me dijo que era una noche de chicos en el bar, que necesitaba hablar.

La traición cala hondo al pensar en mi mejor amiga cenando con la mujer de Ben. Los cuatro —Laurel y Zach, y Ben y yo— solíamos ser inseparables.

—¿Estás segura de que oíste bien a Zach? ¿Qué dijo exactamente? —pregunto. No puedo tener más curiosidad.

—Dijo que quizá pasar un tiempo separado de ella lo ayude a resolver las cosas —Laurel me lanza una sonrisita pícara.

Oh, eso está muy bien. Quizá no resuelvan las cosas.

El divorcio se produce en torno a esa etapa del matrimonio.

Es un hormigueo que ocurre a los siete años. Yo sé perfectamente cuánto tiempo ha pasado. Bebo hasta quedarme dormida casi todos los años en la víspera de su aniversario de boda.

—¿Qué crees que habrá pasado?

Espero que Laurel se esté guardando algo, que sepa más de lo que revela, porque el suspense me está matando.

—Lo único que escuché una vez fue que Ben quería tener hijos enseguida y ella no. Aunque eso fue hace mucho tiempo.

Se me enciende una bombilla.

—¿Por qué Ben no tiene hijos todavía? Quería un montón de niños, y ya tiene treinta y cinco años. ¿Y qué edad tiene esa chica con la que se casó? —Las preguntas salen de mi boca como si estuvieran en una cinta transportadora.

—Creo que tiene más o menos la misma edad que él. No habla con Zach de ese tipo de cosas. Su mujer es superactiva. Supongo que le gusta hacer senderismo, kayak y viajar, como a él. A lo mejor no quiere renunciar a su libertad.

—Es la razón más tonta que he oído nunca para no tener hijos —digo.

Laurel vuelve a mirarme con sus preciosos ojos azules.

—Venga ya —protesto—, ¿no quiere tener un hijo con él porque prefiere irse de excursión? Yo la mandaría a paseo. —Sé que no es razonable estar enfadada con Laurel, pero me ha puesto de los nervios. ¿Por qué no me lo dijo en cuanto supo que volvía a casa?

Laurel se ríe, pero su frente se aprieta como si esta conversación la estuviera estresando.

Le dan un respiro cuando nos dejan la comida en la mesa, y mis pensamientos escapan a Ben. Tal vez está cansado de vivir en las afueras con su querida esposa. Puede que incluso me *eche* de menos.

Cojo una alita del plato y le hinco el diente mientras observo las patatas fritas blancas y blandurrias de Laurel. Pincha una con el tenedor y esta cuelga de la púa plateada como si fuera un tallarín mojado.

—Por eso aquí hay que pedir alitas —le informo.

—Mensaje recibido. Por suerte, no volveremos a cenar aquí pronto. Hay que mejorar. Y me refiero a mejorar en todo, Emily.

Exhalo, porque ambas sabemos que está hablando de Ben, pero no puede decirlo abiertamente después de cómo rompimos. Laurel tiene algo de responsabilidad en eso. Mi ruptura con Ben tiró por la borda toda la trayectoria de mi vida. Podríamos haber tenido hijos pronto, antes de que enfermara, si yo no hubiera puesto final a la relación.

Tengo tantas ganas de tener un bebé que a veces me duele, y hablar de ellos durante todo el día lo empeora. Y no solo hablar de ellos: verter tubos de ensayo en placas de Petri y crearlos con mis propias manos lo hace francamente insoportable. Todo porque estaba esperando al hombre adecuado.

Pero Ben era el hombre adecuado, el único con el que había pensado en tener hijos, y lo dejé marchar…

TRES

EMILY

MONTAÑA

Mi adosado se encuentra en la avenida Grandview de Mount Washington, la joya de la corona del horizonte de Pittsburgh. Las casas son una mezcla incongruente de todo tipo de diseño arquitectónico posible: renacimiento gótico, *art dèco*, victoriano, un lujoso edificio de apartamentos de gran altura, una obra maestra moderna de cuatro plantas… Todos están apiñados unos junto a otros en un enorme conglomerado de edificios. Mi casa favorita de la montaña es de piedra y tiene estatuillas de dragones de aspecto maligno custodiando la entrada, vallas negras y enredaderas descuidadas.

Estoy segura de que ahí vive una bruja vieja.

Pero es imposible que sea peor que Chelsea Asad.

—¡Eres un desgraciado! Un vago y un desgraciado. —El eco de la voz de Chelsea se cuela por las ventanas abiertas.

Según Chelsea, Jasper es un vago gorrón que se niega a trabajar. Irónicamente, al parecer, Chelsea no ha trabajado ni un día de su vida. Jasper probablemente no se va de casa por su hija de tres años, Clementine. Estaba segura de que, cuando naciera Clem, se mudarían del edificio de al lado con vistas a los acantilados escarpados. Pero Chelsea aún sigue ahí.

Me siento en el balcón y la saludo.

A veces lo hago para que se dé cuenta de que estoy aquí.

Puede que así deje de gritarle a su maldito marido.

Uno de los únicos momentos sagrados de mi día es cuando puedo sentarme en el balcón a tomarme el café de la mañana antes de ir a la clínica.

Chelsea me saluda con la mano, pero sigue quejándose:

—Si no encuentras trabajo antes de que acabe el mes, ¡ya puedes buscarte otro sitio donde vivir!

Bostezo, porque he oído esa amenaza más veces de las que quiero contar durante los siete años que llevo viviendo aquí. Una niñata de familia adinerada como Chelsea puede permitirse hacer esa amenaza. El desalojo de Jasper no parece muy próximo.

Jasper es el siguiente que me mira, y hemos compartido tantas miradas furtivas que hace tiempo que ya no se avergüenza. Tengo un símil muy divertido: nuestras interacciones son como un borde afilado que se ha desgastado hasta ser una mera protuberancia. Aunque, al parecer, su protuberancia es considerable por la forma en que Chelsea grita de placer mientras hacen el amor.

Además, le gusta dejar la ventana abierta para esas reivindicaciones manifiestas de control sobre su marido.

A veces sale después a su balcón, con su bata de seda ondeando al viento que siempre parece soplar a esta altitud, exponiendo su cuerpo desnudo a la ciudad, todavía resbaladiza por el contacto con Jasper. Creo que se pavonea para que la mire. La forma en que finge que está inhalando el humo de su cigarrillo delata más de lo que cree.

Aunque Chelsea no es mi tipo. Jasper sí.

Moreno y melancólico, con pelo y ojos castaños, y abdominales tipo tableta de chocolate. Le gusta barnizar muebles antiguos en el balcón sin camiseta en verano.

Jasper y yo somos personas tranquilas.

A veces nos sentamos los dos en el balcón, juntos, en silencio, sorbiendo nuestros cócteles o bebidas calientes. Puede que nos saludemos asintiendo con la cabeza, a gusto en presencia el uno del otro. Ya me ha pillado antes en poco más que ropa interior, pero nunca me ha motivado lo suficiente como para que me fuera a cambiar. Solo es Jasper. Somos como compañeros de piso, en cierto modo.

Entonces Chelsea regresa, entra en nuestro espacio sagrado y destruye nuestra dicha.

Suele haber discordia inmediata, porque Chelsea se queja de algo:

«¿Por qué no te has encargado de las facturas… No has llamado a la niñera… No te has encargado de la reparación…».

La presencia de Chelsea genera un halo de energía nerviosa, incluso en el balcón, un lugar que trae paz solo con observar las vistas de la ciudad y sus luces centelleantes. A menudo se pasa de la raya de una manera que me inquieta.

Hay días en los que ansío tanto mi tranquilidad que me imagino a mí misma empujándola de la cornisa.

Visualizo la forma en que su cuerpo golpearía las rocas, pensando con cuáles chocaría primero. Al llevar tanto tiempo viviendo aquí, he memorizado incluso la forma en que se recortan y sobresalen en la ladera de la colina empinada. Tal vez, rebotaría lo suficiente hacia la derecha como para enredarse en los cables rojos inclinados del teleférico que sube y baja por la ladera de la montaña; un sistema de transporte arcaico que aún se utiliza.

Chelsea moriría sin duda por una caída de ese tipo, y podría tratarse de un accidente.

Odio que ese pensamiento se me pase por la cabeza tan a menudo. Pero no podemos controlar nuestros pensamientos, como tampoco podemos separar quirúrgicamente nuestros sentimientos de nuestro cuerpo. Me gustaría cambiar mis sentimientos, pero, tal y como están las cosas, no puedo evitar pensar en lo injusto que es el mundo, en que mujeres malvadas como Chelsea Asad tengan hijos y yo esté completamente sola… Y sea estéril.

Con demasiada frecuencia, Clementine parece asustada por tanto grito. No debería estar cerca de todo eso. Estaría mejor…

Con una madre como yo.

CUATRO

EMILY

Siento una vibración en el bolso y cojo el teléfono. Es la jefa de Administración, Lisette.

Lisette: ¿Puedes venir hoy antes? #911

Que no sea un 911. Otra vez, no. Tuve uno la semana pasada.

Emily: Envíamelo.

Suena la notificación de mi correo electrónico con la historia médica de la paciente. De inmediato. Así es como debe tratarse un 911.

Lisette: Es tu turno.

Lisette también conoce bien nuestras palabras clave. Le pagan el doble que a cualquier otra persona en su puesto por entender el lenguaje en clave que Batey ha ideado para nosotros.

La leo en mi teléfono, buscando la razón por la que Batey está pensando en negar el tratamiento a la esperanzada pareja, y la encuentro rápidamente: la paciente ha tenido más de tres abortos previos.

La mayoría de las clínicas de fecundación artificial aceptan dinero de cualquiera que quiera probar sus servicios, siempre que la paciente sea una candidata sana y viable, pero nosotros no somos una clínica cualquiera.

El dinero no es la principal motivación de la doctora Magda Batey.

Lo único que le importa es la tasa de éxito.

Ser los mejores.

Registrar la tasa de natalidad más alta del país.

Recibir invitaciones para hablar en comités por su experiencia.

Pero eso también significa rechazar a parejas como las de este expediente y truncar sus sueños de ser padres. Y, cuando no puede dar la noticia ella misma, me da un toquecito en el hombro para que la ayude.

Lo más difícil es admitir que yo también ansío ser la «mejor» del país en lo que hago. Si no puedo tener el amor de un hombre o una familia propia, seré la persona más respetada en mi campo.

El título tiene gancho: «La embrióloga más reputada de Estados Unidos».

Avanzo con mis horribles Crocs hasta la habitación de la perdición, que hemos bautizado pintorescamente como «el remanso gris de tranquilidad». Tardé dos días en estar bien después de dar la mala noticia a la última pareja la semana pasada. Sabía que les había disgustado, pero mi respuesta emocional se retrasó y luego se alargó.

Aunque la doctora Batey recibe el crédito por los actos milagrosos que ocurren en nuestra clínica, el verdadero milagro de la vida ocurre a puertas cerradas, en un laboratorio altamente controlado, dirigido por mí.

Puede que la doctora Batey sea la médica que implanta los embriones, pero soy yo quien cuida de ellos durante toda la transferencia.

Son mis bebés antes que de ella… O de ellos.

Los cuido especialmente y siento una verdadera pérdida cuando no salen adelante. A la doctora Batey no parece molestarle. Solo es una oportunidad para volver a intentarlo, para sacarles más dinero. Porque no son ni el tiempo ni el dinero ni las esperanzas ni los sueños de la doctora Batey los que están en juego; y si no conciben, sus tasas de éxito bajan.

Aunque la consulta es suya, el laboratorio es mío.

Es lo único de este mundo que me pertenece de verdad.

Y, hasta que tenga mi propio bebé, trato a cada espécimen con el mayor de los cuidados, porque sé que algún día será mi turno y querré que otra persona haga lo mismo por mí.

Me pierdo en mis pensamientos mientras me preparo para mi reunión con la pareja. El miedo y el pánico me nublan un poco la

visión, pero no puedo pasar por alto a la pareja que viene hacia mí.

—*¡Emily!* —oigo gritar mi nombre, y es surrealista. Conozco al dueño de esa voz, pero no debería estar aquí.

Siempre me imaginé que cuando volviera a ver a Ben, sería como en una película de Hollywood, se detendría la música de fondo y todo lo demás se congelaría excepto él y yo. Ambos estaríamos encerrados en una burbuja de nostalgia que nadie más podría ver ni penetrar, y nos miraríamos todo el tiempo que quisiéramos, examinando cada pequeño detalle que pudiera haber cambiado desde la última vez que nos vimos.

Yo llevaría el pelo perfectamente peinado y estaría vestida con algo distintivo y fresco, como un chaquetón descolorido o un vestido negro entallado. Pensaría tonterías como «¿Siempre ha tenido esas arruguitas alrededor de la boca?».

Y él me diría que estoy igual, como suele decir la gente que no te ha visto en mucho tiempo, y yo me preguntaría si me está haciendo un cumplido o si está insultándome, como hacía yo con los demás.

Pero no ocurre nada de eso.

Llevo una bata blanca de laboratorio y estoy sudando a mares, y desde luego no estamos solos.

—Ben, hola —consigo decir.

—Pensé que a lo mejor te veía. Sabía que trabajabas aquí… —divaga Ben mientras se acercan a mí.

Su mujer está cogiéndolo de la mano, pero ahora no puedo concentrarme en ella. Son imágenes borrosas, gente imaginaria. Es un enigma de dimensiones épicas. Esto no puede ser real.

—Sí, trabajo aquí… —es todo lo que puedo decir. Me pongo la mano en la frente.

Ben me mira de manera extraña, pero me fijo en sus ojos oscuros y pensativos durante solo un segundo antes de apartar la mirada. No puedo analizar la expresión de la mujer de Ben, porque su cara aún no ha entrado en mi campo de visión. En lugar de eso, me concentro en la historia médica que tengo en las manos.

Allyson y Ben

Perfil: Allyson Holiday

¿Cómo pude pasar por alto el apellido?

Allyson: 37
Profesión: analista de marketing
Estado civil: casada
Hijos/Abortos anteriores: 4
Cirugías en el último año: NS/NC
Alergias: NS/NC
Por favor, indique si padece alguna enfermedad (diabetes, hipertensión, hipercolesterolemia, cardiopatías, etc.):
_____NS/NC_____
Motivo de la visita: La paciente ha sufrido cuatro abortos.
Por razones religiosas, la paciente no ha acudido antes a una consulta de fecundación in vitro

Esto no puede estar pasando, y hoy no puedo aceptar este caso.

—Ya nos pondremos al día en la fiesta del Día del Trabajo de Laurel si vas, pero ahora mismo llegamos tarde a la cita con la doctora Batey —dice tan despreocupadamente que quiero desmayarme, morirme y vomitar, todo al mismo tiempo. Es como si se hubiera encontrado con una vieja amiga de la universidad. Como si yo solo fuera una chica con la que compartió una cerveza una vez en un bar. Y no tengo ni idea de qué fiesta habla. Al parecer, nadie me ha invitado.

—No creo que pueda reunirse con vosotros hoy —digo en tono apresurado, ahora con curiosidad por la chica que le ha hecho olvidarse de mí.

—¿Qué quieres decir? Solo hemos llegado cinco minutos tarde —dice.

Aún no puedo concentrarme en su mujer, pero noto la ansiedad en su balanceo. Según su historia médica, es religiosa, y no ve con buenos ojos este asunto de la fecundación *in vitro*, pero al final han tomado la decisión de seguir adelante de todos modos y contratar a la mejor profesional que podían… y ella les ha abandonado.

Miro fijamente la historia médica: cuatro abortos espontáneos.

Ben ha perdido cuatro bebés.

Esta mujer que está a pocos pasos de su amor y protector ha intentado crear un bebé con él cuatro veces y ha fracasado.

—Si te parece bien, Ben, me han pedido que yo me encargue de tu caso hoy. Soy la embrióloga jefa de la clínica. —Por fin establezco contacto visual con él. Al fin y al cabo, soy una profesional y esto es lo que hago cuando me reúno con una pareja nueva.

Y él está igual que siempre, pero en su versión más hermosa y madura. Tiene el pelo más corto, pero sigue estando demasiado largo para un hombre. Sigue teniendo un cuerpo esbelto y firme y una sonrisa perenne. Ben lleva una de esas corbatas negras finas con una camisa de vestir blanca a cuadros y unos vaqueros ajustados a lo Harry Styles. Es la viva imagen de un profesor de arte; un profesor de arte sexi.

Aún no estoy lista para mirarla.

Probablemente parezca que la ignoro a propósito, pero mi cerebro analítico solo puede examinar una cosa a la vez, y aún no me he hartado de Ben.

—Nos parece bien. ¿Ally? —pregunta Ben a su mujer.

Lo único que puedo distinguir en mi ceguera temporal es que la mujer de Ben lleva unas gafas último modelo, parecidas a las mías. No me gusta que lleve gafas. Eso es algo muy mío.

Cuando veo que no protesta ni dice gran cosa, los conduzco a la habitación gris violácea de la tranquilidad, que hoy será cualquier cosa menos tranquila. Me siguen sin hacer ruido. No oigo el chasquido de unos tacones detrás de mí, lo que me indica que no lleva.

Entramos en la habitación y sigo estudiando su historia médica mientras se acomodan en los sillones. Por el rabillo del ojo veo vagamente a la mujer de Ben cogiendo folletos. Probablemente también esté buscando algún papel tras el que esconderse.

Intento concentrarme, pero la vista se me vuelve a nublar. Estoy acumulando esa sensación de nerviosismo en el pecho que a veces tengo justo antes de ponerme a llorar. Llorar sería el peor escenario posible en este momento.

—Buenos días, me llamo Emily Daugherty y soy la embrióloga jefa

de la clínica. —Vuelvo a hojear el expediente, aunque ya sepa lo que pone. Probablemente sueñe con imágenes fotocopiadas de él—. Aquí dice que estáis interesados en realizar una prueba de fertilidad, y posiblemente someteros a una fecundación *in vitro*; mi trabajo es discutir el protocolo general y responder a vuestras preguntas.

Levanto la vista y por fin centro la atención en Allyson. Bueno, Ally, porque Ben prefiere poner apodos bonitos a sus parejas. Me gusta Ally, suena mucho mejor que Em.

M, la decimotercera letra del abecedario.

Ally, un nombre adorable compartido con una de las primeras estrellas de *The Bachelorette*.

Y se pronuncia «ali», como las alimañas que te encuentras en la basura.

Basta, Emily.

Ally no ha dicho ni una palabra, pero me doy cuenta de que está casi lista para hablar por la forma en que acerca su pulcra falda negra hasta el borde del asiento de la silla acolchada. Sus piernas son largas y tonificadas; debe gustarle mucho hacer senderismo con esas piernas y envolverlas alrededor de Ben…

—Tengo algunas preguntas —dice Ally, y al fin enfoco toda su cara, el lugar al que me estaba esforzando tanto por no ir. Maldita sea, es adorable, con esos hoyuelos a lo Jennifer Garner y labios carnosos. Ally tiene los ojos marrones, como Ben, y el pelo largo y oscuro le cae por encima de los hombros. Lo lleva sujeto hacia un lado con un pasador de pelo en forma de colibrí que parece antiguo; es una pieza muy interesante.

—Adelante —digo.

Saca un bloc de notas de su bolso y es entonces cuando empiezo a odiarla de verdad. Ally empieza a repasar las preguntas razonables e inteligentes que siempre espero, pero nunca recibo de los pacientes excesivamente emocionales que pasan por estas puertas.

—La tasa de éxito del setenta por ciento es la más alta que he visto nunca, y me pregunto si eso implica que el setenta por ciento de todas las pacientes que tratáis aquí se quedan embarazadas gracias a vuestros servicios o hay algo más.

«Buena pregunta. Eres inteligente. Batey te odiaría».

—La tasa de éxito del setenta por ciento se refiere a los embriones que se implantan. Si en una extracción no se extrae ningún óvulo viable y no se intenta la implantación, la doctora Batey no cuenta esos casos para calcular la tasa de éxito; considera que son extracciones fallidas.

—Eso es poco profesional, ¿no crees? —Los ojos brillantes de Ally me miran a través de sus gafas de montura negra.

«Sí, lo creo».

De repente, tengo un deseo ardiente de saber a qué se dedica la señora Holiday.

—Yo no pongo las reglas. ¿Por casualidad trabajas en el campo de la medicina? —Si Ben se hubiera casado con una doctora, Zach se lo habría dicho a Laurel. ¿No sería estupendo?

—No, pero se me da muy bien la investigación técnica. De hecho, soy analista de marketing. La investigación es mi vida.

La investigación también es mi vida.

—Ya veo… Debió ser duro mudarte con un trabajo que evidentemente te gustaba tanto —comento.

—Puedo trabajar desde casa, así que no he tenido que dejarlo —dice, cortante.

—¡Qué bien! La única que sabe cómo se calcula el número exacto de la tasa de éxito es la doctora Batey. Puedes preguntarle sobre ese tema en una consulta futura. Tiene el cupo de casos completo, y si cree que no puede ayudar a una paciente, tiene derecho a negarle el tratamiento.

Ambos se sobresaltan ante ese comentario. Ally parece ahogarse; los músculos de su garganta están contraídos por la angustia.

Ally se ha esforzado mucho, física y emocionalmente. Es obvio que duda del proceso debido a sus creencias, pero sabe por su investigación que somos los mejores, y si alguna vez se decide a hacerlo, nuestra clínica será la elegida. Puedo sentir su desesperación porque la comparto, pero no estoy segura de poder ayudarla. Batey perderá la cabeza si no sigo sus órdenes.

Lo mejor es que intente ponerme en contacto con Batey y explicarle la situación: que conozco a estas personas y que me gustaría darles una oportunidad. Quizá haya alguna manera de

mantener sus números fuera de la tasa…

Echo un vistazo a mi teléfono.

—He recibido un mensaje urgente. Lo siento mucho, esto es muy poco profesional, pero tengo que salir un momento.

Tanto Ally como Ben me miran desconfiados, quizá porque mi teléfono no ha sonado ni ha vibrado. Podría estar en modo silencioso, pero supongo que Ben sabe que estoy mintiendo.

Ben me hace un gesto con la cabeza y salgo corriendo por la puerta, no muy segura de volver si no puedo dar a esta pareja la respuesta que se merece.

CINCO

EMILY

Llamo al móvil de Batey, pero salta el buzón de voz. Mierda.

Me sorprendo cuando me doy la vuelta y veo a Ben justo detrás de mí. Sacudo el teléfono y me lo guardo en el bolsillo de la bata. Ally aún debe estar en la sala de consultas.

—Hola, Ben… ¿Necesitabas ir al baño? Está justo por… —Señalo el pasillo.

—Corta el rollo, Emily —dice Ben.

Vaya. Pierdo el equilibrio por un momento. El pasamanos estabiliza mi bamboleo.

—¿Qué quieres decir?

—Sé que ibas a decirnos que no podéis tratarnos —continúa Ben—. Y ahora te estás escondiendo aquí, igual que… cuando te escondías de los investigadores del caso Cook cuando estábamos en la universidad. Nunca se te han dado nada bien los enfrentamientos.

Cook. El profesor Ivan Cook.

Me quedo inmóvil, con la mente en blanco. En mi cabeza, tenía sentido decirle al profesor que estaba mostrando los primeros síntomas de la enfermedad de Parkinson. El temblor de sus manos, su postura rígida de repente, la letra diminuta con la que había corregido mi trabajo… Eran todas las señales típicas.

No sabía que caería en un agujero negro por sus búsquedas en Internet, que decidiría automedicarse, que tomaría demasiadas pastillas… y que moriría.

No fue culpa mía. Yo no lo maté.

Pero… A mi padre le habían recetado unos analgésicos después de operarlo y yo le di los que quedaban.

Me había dado las gracias discretamente por comunicarle mis pensamientos, me suplicó que no compartiera mis hallazgos con el

decano y me preguntó si tenía algo para ayudarlo con su dolor hasta que pudiera acudir a un médico. Como era universitaria y tenía acceso a cosas… «Guiño, guiño; asentimiento de cabeza, asentimiento de cabeza». No lo hizo.

Por aquel entonces, yo me dedicaba a diagnosticar prematuramente a los pacientes, sin tener un título. Me creía muy lista, pero no lo era. Quería ser la chica que tenía contactos, aunque distaba mucho de serlo; en el mejor de los casos, era una friki de la ciencia con demasiada curiosidad.

Tras la muerte de Cook, Ben me ayudó a colarme en su destartalada casa de Point Breeze, acordonada con cinta policial. Encontramos el frasco de pastillas con el nombre de mi padre impreso en la etiqueta y nos deshicimos de él. Ben quería que me entregara, porque había sido un simple error, pero lo que hice conllevaba una pena de prisión por homicidio inducido por drogas.

No pensaba arruinarme la vida así por un hombre al que apenas conocía.

Sobre todo uno que nunca me había dado una nota más alta de un notable, ni a ninguna otra chica tampoco. Era un ególatra y un machista. Podía pudrirse y criar malvas. Yo no iba a ser castigada solo por estar formándome. Ben dijo que no podría vivir consigo mismo si la situación fuera al revés, pero aquí estamos los dos, vivitos y coleando, y enfrentándonos a más dilemas morales y consecuencias.

—¿Qué estás diciendo, Ben? Así no es como quería que fuera nuestra primera conversación después de todo este tiempo. —Admito que estoy muy decepcionada. He construido en mi mente una imagen de Ben durante años y ahora está siendo cruel.

—Solo estoy diciendo que quiero que hagas tu trabajo. Ese tan importante por el que renunciaste a todo.

Por todo se refiere a él… Él lo era todo para mí, pero está admitiendo que yo también lo era todo para él. Apenas puedo respirar cuando dice las siguientes palabras.

—Hice cosas por ti que todavía me quitan el sueño. Haz esto por mí. Ayúdanos, Emily.

Se aleja, vuelve a la consulta y me deja sin aliento. Y sin muchas

opciones.

Vuelvo a entrar en la habitación, un poco confusa. Hay tanto que desentrañar de esa corta charla en el pasillo… Pero no puedo hacerlo ahora.

—Siento mucho la interrupción.

Ben se sienta, expectante. Nervioso.

—No pasa nada.

Me ha echado la bronca, y tal vez era hora de que alguien lo hiciera. Se me ocurre que quizá ha llegado el momento de que yo también ajuste algunos de mis criterios. ¿Tengo que claudicar ante todas las demandas de Batey? ¿Incluso cuando no estoy de acuerdo con ellas? ¿Incluso cuando me rompen el corazón? Conozco bastantes de sus secretos. Quizá pueda hacerla recular en sus prácticas, igual que Ben intentó hacerme recapacitar en las mías.

Y puede que no tenga un marido que me quiera, y aunque sería lo ideal, tal vez no lo necesite. Allyson quiere tener un bebé de forma natural, pero quizá yo deba renunciar a la idea de que llegue don perfecto y tomarme la justicia por mi mano, como hizo la valiente pareja que me precedió.

—¿Tenéis alguna otra pregunta… antes de que empecemos con las evaluaciones?

Ben sonríe de oreja a oreja. Su mano izquierda agarra la derecha de Ally, y me doy cuenta de que es porque lo desea con todas sus fuerzas. Ojalá tuviera a alguien que me cogiera la mano así. Pero… que no lo tenga no significa que no pueda tener lo mismo que ellos: un bebé.

Verlo ahí sentado me hace darme cuenta de que realmente solo hay un Ben Holiday. Y esperar a que llegue otro igual, uno que se arrastre por la escena de un crimen por mí y que guarde mis secretos más profundos y oscuros, es como esperar que un rayo caiga dos veces en el mismo sitio. Se lo debo. Más que eso, quiero ayudarlos.

Ally se toca con la otra mano el crucifijo que lleva colgado al cuello, con cara de tristeza y conflicto. Hay un folleto arrugado en su regazo.

—Aquí dice que el sangrado puede ser normal durante todo el

proceso y, como puedes ver en mi historia, he tenido varios abortos espontáneos. ¿Cómo voy a notar la diferencia? —pregunta.

Ben pierde su eterna sonrisa ante la palabra *aborto*. Su rodilla, a la que le gusta rebotar cuando está sentado durante mucho tiempo, se queda quieta. Si pudiera meterme en la cabeza de Ben, estoy segura de que podría sentir su desesperanza por la pérdida de cada uno de esos niños que nunca llegó a hacer rebotar en esa rodilla saltarina. Se ha imaginado sus caras.

Se ha preguntado si serían niños o niñas. Ha intentado visualizar si se parecerían a él o a Ally.

—Durante la extracción de óvulos, puede producirse un ligero manchado o sangrado porque hay que clavar una aguja a través de la pared vaginal para extraer los óvulos. Pero es muy ligero. Después de la transferencia, puedes tener los mismos síntomas —le explico.

—Ya veo —dice Ally, tensa.

—El personal hará un examen exhaustivo y también le harán pruebas a Ben. Os harán un examen completo.

He respondido a las preguntas de Ally, y casi hemos terminado con la consulta más horrible de mi vida cuando el peor de los comentarios de Ally sale a relucir a continuación.

Todavía tiene el folleto en la mano. Lo deja en su regazo para jugar con su crucifijo.

—Siento molestarte con tantas preguntas, pero sé que todo esto está basado en la investigación, que es mi especialidad. Y, si esto tiene una ciencia, quiero hacerlo bien —proclama.

«La ciencia también es mi especialidad, Ally». Y es entonces cuando entiendo lo que ha pasado en realidad.

Es entonces cuando me golpea como una aguja hipodérmica en el ojo.

Ben se ha casado con una chica como yo: una mujer inteligente, investigadora, elegante, con gafas y zapatos planos.

—Estarás al corriente de cada paso. Somos muy minuciosos. Avisaré a las enfermeras de que estáis listos —digo con rapidez. Después, salgo de la habitación antes de que puedan decirme nada más. No habrá despedidas ni buenos deseos para los Holiday. Porque no puedo pasar ni un minuto más en la habitación de la

tranquilidad con el amor de mi vida y la versión mejorada exponencialmente de mí misma.

Ben ha dejado claro que elegí mi carrera por encima de él, y por eso estamos así ahora. Lo que él no sabe es que no fue por algo, sino por alguien. Fue por otro hombre, pero mi fascinación por él no tenía nada que ver con el amor.

SEIS

EMILY

CAMBRIDGE

TRECE AÑOS ANTES

La Universidad de Cambridge está situada a unos ochenta kilómetros al norte de Londres, a orillas del río Cam. Recuerdo que me quedé con la boca abierta cuando contemplé por primera vez aquella institución que parecía más un conjunto de castillos pequeños que una universidad.

Los edificios de aspecto medieval eran de estilos tudor y neogótico. De los tejados triangulares sobresalían antiguos husos que parecían alfileres rezando al cielo, y sus puntas se perdían entre las nubes blancas. Había una barricada de piedra alrededor del exterior de la universidad, que amurallaba el perímetro de la institución educativa. Los que estaban dentro eran los elegidos, los protegidos, los envidiados.

Pero no fue la ostentosa presentación lo que me cautivó. La universidad era uno de los centros de investigación médica especializados en el área de la embriología más acreditados de todo el mundo, y esa era la especialidad que me interesaba. Y el ala en la que me encontraba en ese mismo momento había sido el origen todo.

—¿Puedo ayudarte? —Apareció ante mí un hombre con el pelo blanco como la nieve y gafas. Otro tipo normal con aspecto de profesor y americana de *tweed* gris.

—Hola… Estudio embriología. Solo estaba buscando información sobre los estudios de sir Robert Edward. —Pensé que me iban a

echar del campus porque no era estudiante ni estaba registrada como visitante. No era el tipo de lugar en el que te colabas. Contaba con que mi aire de inocencia juvenil me salvaría.

—¿De verdad? ¿Eres estudiante de posgrado aquí? —preguntó.

—No, terminé mis estudios universitarios hace seis meses.

—Qué lástima —dijo, sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque me vendría muy bien un ayudante de posgrado. El que tenía acaba de dejarlo.

Fue entonces cuando reconocí los ojos serios tras las gafas y casi caí de rodillas. Nunca había sido religiosa. Estaba demasiado embelesada con la ciencia como para creer que no evolucionamos a partir de otra cosa que no fuera la especie animal. Pero si había un Dios, el hombre que tenía ante mí lo era, y ese era mi momento con él.

—¿Es usted…? ¿Es usted sir Robert Edward? —pregunté, sorprendida e hipnotizada al mismo tiempo. Me subí las gafas, aunque no se me habían bajado. Retrocedió un paso ante la tambaleante joven americana con pantalones cargo que se había emocionado tanto al conocerlo.

—Sí, soy yo —dijo, orgulloso, enderezando su vieja columna vertebral.

—Bueno, si aún me acepta, sería un honor ser su ayudante de posgrado.

—Pero aquí no eres una estudiante graduada —dijo.

—Solicitaré la admisión. ¿Qué le parece si mi puesto está condicionado a mi aceptación?

Durante mi entrevista con sir Edward, le cité todos los resultados clínicos de todos los estudios en los que había participado, incluyendo el año en que se habían realizado, y después él se aseguró de que mi proceso de solicitud de admisión se agilizara. Y cuando me aceptaron, movió los hilos necesarios para que me dieran el puesto. Estaba de acuerdo en que nadie merecía el puesto más que yo.

Fue el momento en que se abrió mi nueva puerta, una puerta gloriosa, pero que cerraría para siempre la otra: la puerta de Ben.

Solo había dos cosas que amaba en este mundo: la ciencia y a Ben.

Ahora me doy cuenta de que aquel día elegí la ciencia antes que a Ben.

En ese momento no era consciente, pero eso fue lo que ocurrió.

Llamé a Ben el día que me aceptaron. No estaba segura de por qué, ya que no había hablado con él desde que me fui.

Ahora lo sé. Quería ver si aún me estaba esperando.

—Hola, Em. ¿Cómo estás? —preguntó.

Su voz me entristeció. Debería haber estado eufórico, pero para entonces Laurel ya se había marchado a casa y la emoción de mi viaje se había consumido. Escuchar la voz de Ben me hizo daño. Me hizo extrañarlo.

—Sigo viajando, viviendo un sueño. ¿Cómo estás tú? —pregunté.

Había ruido de fondo, se oía a mucha gente hablando y vasos tintineando. Seguía de camarero en Mario's Sports Bar, en el South Side. Se escuchaba de fondo el noticiario de los Pittsburgh Penguins.

Mi hogar. También echaba de menos mi hogar.

—Ahora mismo estoy trabajando. Espera un momento, voy a salir al callejón.

Lo oí decir con voz nerviosa a alguien: «Eh, tío, cúbreme».

Luego, un silencio incómodo. De repente, me sudaban las manos al darme cuenta de que podía oírme bien.

—Vale, ¿así está mejor? —preguntó.

—Sí, ya no se oye a los pingüinos —bromeé.

—Sí, el bar está a tope. —Suspiró.

—¿Te pillo en mal momento? —pregunté.

—No, no. Vi a Laurel el fin de semana pasado… Mmm… Borracha. Y me sorprendió que no estuvieras con ella. Dijo que no habías vuelto a casa. Yo suponía que ya estarías de regreso a estas alturas. —Intentaba no parecer decepcionado, pero me di cuenta de que lo estaba.

—Bueno… Ben, he conseguido una oportunidad increíble. No te lo vas a creer.

—¿De qué hablas? —preguntó.

—El científico que conceptualizó el bebé probeta, el jefe del Proyecto Embrión, me ha pedido…, ¡a mí!, que sea su ayudante de

posgrado en la Universidad de Cambridge. Así que voy a hacer el posgrado en Inglaterra. Me acabo de enterar de que me han admitido. Tienen un programa acelerado en el que también puedo doctorarme. ¿Te lo puedes creer? —En cierto modo, seguía intentando compensar lo que había ocurrido con Cook en la universidad—. Verás, Ben, quiero poner toda mi energía en ayudar a los demás, no en hacerles daño.

Pero no creo que él lo viera así.

Se hizo de nuevo el silencio. Pero no era un simple silencio: era un vacío que se extendía por el mar que nos separaba y que nublaba el mundo.

—Eso es genial —dijo finalmente Ben. Pero no sonaba nada emocionado por mí.

—Sí, así que empiezo en primavera y estaré aquí unos dos años. —Apreté los dientes.

—¿Dos años? —preguntó, exasperado.

—Sí… Bueno, ¿cómo estás *tú*? —volví a preguntar. Pero lo que de verdad quería saber era si ya había encontrado a otra persona. Y si esa información era suficiente para que siguiera esperando.

—Me alegro por ti, Emily. No he tenido suerte a la hora de encontrar un trabajo de profesor por aquí, así que estoy considerando la posibilidad de mudarme al sur. Hooch me ha encontrado uno en Carolina del Norte y me ha dicho que puedo quedarme en su casa cuando vaya a la entrevista. —Jaden Hooch era uno de sus amigos, pero la idea de que Ben lo siguiera a otro estado no me entusiasmaba. A Ben le encantaba Pittsburgh. Nunca se me había ocurrido que pudiera no estar allí cuando yo volviera.

—Bueno, hay que hacer todo lo que se pueda para conseguir trabajo, ¿no? Mírame a mí, yo voy a estudiar en Cambridge. Todavía no me lo creo. Conseguirás algo, Ben. Eres un artista increíble.

—Sí, bueno, Em… Han cambiado muchas cosas desde que te fuiste. Las cosas están tan mal que nadie puede conseguir trabajo. Laurel ha tenido que aceptar un puesto de becaria en unos grandes almacenes y Zach ha encontrado un puesto de contable a tiempo parcial, pero no hay trabajos fijos disponibles para ningún recién licenciado. Supongo que es un buen momento para seguir

estudiando. —Ben sonaba solemne y extraño, como si la vida ya lo hubiera vencido, pero yo sabía que al final las cosas le saldrían bien, porque la gente como Ben siempre caía de pie.

—Qué horror. Estoy segura de que yo también lo pasaré mal cuando vuelva, ya que mi campo es muy específico y hay menos clínicas de fertilidad que colegios, grandes almacenes y agencias de publicidad. —Intenté ser empática.

—Eh, tío, te necesitamos aquí. Han añadido tiempo extra, la gente se está volviendo loca —oí que gritaba alguien.

—Tengo que colgar, Em. Buena suerte en Inglaterra. Cuídate, ¿vale?

—Me ha encantado hablar contigo, Ben. Espero que consigas un gran trabajo.

—Claro, ya nos veremos —dijo.

Y esas fueron las últimas palabras que me dirigió. Pero era mentira. No quería verme como había dicho. Simplemente desapareció. Hasta ahora.

* * *

EN LA ACTUALIDAD

—Emily, no hay cancelaciones para la semana que viene, pero te haré un hueco el lunes por la mañana si vienes temprano. ¿Te parece bien a las seis y media de la mañana? —Tessa, mi enfermera favorita, me saca del pasado.

—Genial, muchas gracias, Tess —digo. Estoy en mi mesa y debería ir al laboratorio, pero mis pensamientos me han paralizado.

Van a ser unos meses duros. La última vez que me pincharon, el estómago se me llenó de moratones pequeños, pero me sentía como si me hubieran picado cien abejas. Al menos sé lo que me espera, pero va a ser difícil pasar por ello con solo el apoyo de mi madre.

La primera vez, mi padre todavía estaba vivo.

Voy a echar mucho de menos sus abrazos. Todo es diferente desde que falleció. Más frío. Si no doy un paso ahora, mi vida continuará por este camino lleno de soledad. Mi madre se está haciendo mayor. No quiero acabar sola.

Tess se aleja a toda prisa con sus historias y yo intento no morderme el carrillo con demasiada dureza por el hecho de que la ecografía de Ally sea hoy y la mía no pueda ser hasta la semana que viene, pero entonces me recuerdo a mí misma: «Yo dirijo este lugar». Gran parte de mi vida ha estado fuera de mi control.

Sobre todo, cuando estaba enferma.

Las cicatrices que me quedan en el pecho son un recuerdo constante de aquella época.

Sin embargo, no son las heridas quirúrgicas las que se me quedan grabadas, sino las emocionales.

Batey me informó de que menos del cinco por ciento de las mujeres que sobreviven a un cáncer de mama con el tipo de tratamiento que yo recibí pueden concebir después de forma natural. Parecía un castigo. Perder los pechos y las posibilidades de tener un bebé al mismo tiempo, como si te quitaran la feminidad de un plumazo.

Ayudar a otras mujeres que tienen problemas de fertilidad es a la vez gratificante y una tortura lenta. Cada día veo a otros cumplir su sueño de formar una familia, mientras que yo me quedo atascada intentando dar el primer paso: tener una pareja implicada.

Batey fue quien insistió en que congelara mis óvulos.

Las cicatrices de la doble mastectomía se han curado desde entonces. Me han puesto implantes, que según Laurel son una «bonificación», pero están lejos de serlo. Hicieron falta tres operaciones, pero mis pechos siguen pareciendo dos naranjas raras con un gran espacio entre ellas.

La cicatriz del catéter es un recordatorio constante de mi dolor, de mi viaje: una pequeña línea debajo de la clavícula, sobre el pecho izquierdo. Cuando la froto, pienso en los días durante la quimio en los que soñaba con cómo sería mi vida si hubiera tomado decisiones diferentes.

Si hubiera tenido la mano de un marido que sostener durante ese tiempo.

Ahora me froto la cicatriz.

Mi madre se jubiló anticipadamente de su puesto de enfermera escolar para cuidar de mí, y siempre le estaré agradecida por ello. Pero nunca me sentí tan sola y desolada como entre mi segunda y

tercera operación —sin pezones, con la piel marchita y calva— y plenamente consciente de que ese mismo día Ben se casaba con otra persona.

SIETE

ALLY

EXPOSICIÓN

—¿No podemos ir a otra clínica? —Ya estamos en el coche, pero sigo teniendo la sensación de que alguien ha retirado una sábana de una camilla, dejando al descubierto mi cuerpo desnudo, y que el resto del mundo me está mirando, incluida Emily, la exnovia de Ben.

Ben explica:

—En esta conseguiremos los mejores resultados. Sabía que Emily trabajaba allí, pero me la imaginaba más entre bastidores. Seguro que no tendremos que volver a verla cuando la doctora Batey se encuentre mejor.

Ben, el eterno optimista. Esta vez su positivismo no está funcionando.

Solo sé tres cosas sobre la ex de Ben, Emily Daugherty: que es una superviviente de cáncer, que ella y Ben fueron novios en la universidad y que le rompió el maldito corazón. Nada de esta historia me hace querer confiarle mi futura familia.

—Estará trabajando en nuestro caso, de una forma u otra. Es tu ex. No puedes esperar que esté de acuerdo con esto. Ya he puesto demasiado de mi parte… —Aceptar ponerme inyecciones de fertilidad en Carolina del Norte y luego trasladarme aquí había sido un error, y lo sabía. Aún no hemos puesto la casa en venta. Ben dice que podemos esperar hasta que yo esté lista, pero nunca lo estaré.

Él sacude la cabeza.

—Dale una oportunidad a la fiesta de Laurel. Una vez que conozcas a Emily fuera del hospital, verás que es inofensiva. Le encanta su trabajo. Hará lo correcto por nosotros.

—¿Por qué quieres ir a una fiesta a la que va tu ex? —No entiendo

a mi marido. Quiere que cambiemos nuestras vidas por completo y meter a gente nueva en ellas, y espera que yo le siga la corriente.

—Porque… estarán todos mis amigos de la universidad. Y ella forma parte del grupo.

Y yo no. Soy una forastera.

—¿No crees que me resultará muy incómodo aparecer en una casa donde todo el mundo sabe que tu antigua novia se está encargando de nuestro tratamiento de fertilidad?

—No tiene por qué ser así. No tenemos que decírselo a nadie —afirma.

—Bueno, pues va a ser así, Ben. A ver si te crees que no van a atar cabos los cotillas de tus amigos. —Miro por la ventana la nubosidad gris que embadurna el paisaje urbano. Parece un lienzo apropiado para mi nueva vida. Nunca tuve el círculo de amigos que tuvo Ben en la universidad. Vivía en casa y asistí a una universidad pública durante dos años antes de trasladarme a un campus, y para entonces todo el mundo ya había formado sus grupillos.

—En los últimos siete hemos vivido donde te criaste. Como tú querías. Echo de menos mi hogar… —lo dice como un niño que lleva demasiado tiempo en un campamento de verano.

Yo también echo de menos mi hogar. Todo esto parece una prueba, una prueba de mi compromiso con él. Con Dios. Una prueba de mi matrimonio.

—Nunca habíamos hablado de mudarnos hasta hace unos meses. Me ocultaste tu entrevista de trabajo. Y ahora esto…

Me agarra la mano.

—Lo sé. Siento no haberte dicho lo de la entrevista. No pensé que conseguiría el trabajo. —Su voz se llena de un regocijo que ahoga la disculpa.

—Si me ocultas algo más, me vuelvo a Charlotte —le digo.

Retira la mano, nunca antes le había amenazado.

«Te dejaré si me ocultas algo más».

Tiene que entenderlo. Estoy al límite. Iba a aceptar el nuevo trabajo de profesor tanto si venía con él como si no.

«Volveré cuando acabe el curso y entonces lo resolveremos».

Parecía una solución imposible. Como si realmente fuera a vivir

separada de mi marido durante meses y depender de las vacaciones escolares para conservar nuestra relación. Ya nos estaba costando antes.

—Yo no lo veía como un secreto. Solo iba a hacer una entrevista para un trabajo que pensé que no iba a conseguir y no se lo dije a nadie. —Agarra el volante con fuerza.

No quiero empezar una pelea, pero tal vez debería.

—Es una forma de verlo muy cómoda para ti. Estoy segura de que, si yo hiciera lo mismo, tu perspectiva sería muy diferente. ¿Y si mi trabajo no me permitiera trasladarme, Ben? Me encanta mi trabajo. Y me pagan muy muy bien.

—Todo ha salido a la perfección. Y una de las razones por las que acepté el puesto es el aumento salarial. No hay razón para insistir en problemas que nunca va a haber. —Me ningunea con tanta facilidad…

—Ni siquiera se trata de eso. El traslado ha sido una falta total de consideración por mis sentimientos. Tomaste una decisión precipitada y no me consultaste. A mí, a tu mujer.

Tamborilea con los dedos sobre el volante; a veces su TDAH no diagnosticado me saca de quicio.

—Sabes que a veces soy muy impulsivo. Antes te encantaba eso de mí. —Sonríe, dulcemente, pero ser guapo no te lleva a conseguirlo todo—. Tenía que aprovechar esta oportunidad, Ally. Y has podido conservar tu trabajo. Así que no discutamos por algo que no es un problema. Te prometo que no volveré a ocultarte nada más.

—Tienes suerte de que me dejen trabajar desde aquí… —No voy a decir nada más, aunque sé que Ben lleva mucho tiempo sin sentirse afortunado por estar conmigo.

—Tendremos que adaptarnos, pero quiero que lo intentemos juntos. Siempre podemos volver a Charlotte si no funciona. Pero, en cierto modo, creo que todo está destinado a suceder, incluso la participación de Emily. Es la mejor. Y la clínica también —afirma.

¿Lo es? Se me eriza la piel ante ese comentario. Estoy segura de que se refiere a su capacidad laboral, pero ¿en qué más Emily es la mejor? Mi mente viaja a lugares insospechados; los labios con marcado arco de cupido de Emily recorriendo el cuello veinteañero

de mi marido…

Parecía aguda y pequeña, capaz y rápida, como un pequeño torpedo.

Ben no llega al metro ochenta y apuesto a que su pequeño cuerpo encaja perfectamente con el de él. Me sacudo el pensamiento, pero ella parecía sigilosa por la forma en que se deslizó dentro y fuera de esa habitación sin previo aviso. Y eso no me gusta.

¿Qué clase de mujer deja a Ben?

Dios sabe que yo no podría. Incluso después de que me dejara primero para mudarse.

Sobre todo después de la conversación con mi madre. Mi padre también pensaba que otra mujer era mejor que la suya.

OCHO

ALLY

LA MALETA

Una maleta junto a la puerta.

Así es como recuerdo que nos dejó.

Era una vieja bolsa de piel sin ruedas, de las que se estropean con el paso del tiempo, llena de grietas descoloridas y sucias. Probablemente lo había heredado de su padre, que también abandonó a mi abuela en una época en la que la gente no se divorciaba.

El lado de la familia de mi padre está plagado de separaciones. Mi madre decía que era porque no tenían a Dios en su vida.

Mi padre y mi madre iban a misa todos los domingos. Y, aun así, su relación no sobrevivió.

Nuestro pequeño rancho en Shelby, Carolina del Norte, estaba rodeado de remolques. No teníamos mucho, pero, hasta ese momento, nos teníamos la una a la otra.

Cuando le pregunté a mi madre qué le había pasado a nuestra familia, me dijo que papá se había enamorado de otra persona. Había roto sus votos matrimoniales, una completa decepción. Odié a mi padre después de eso. Y dejé de confiar en los hombres.

En mi mente, todas las relaciones tienen una fecha de caducidad, y a veces la gente se pasa mucho de la suya. Cuando empezaba una relación nueva, a menudo pensaba: «¿Cuánto tiempo pasará antes de que se canse de mí y me deje?».

Mi mecanismo de defensa cuando era más joven era romper con los hombres primero, antes de que tuvieran la oportunidad de abandonarme. En el momento en que la relación perdía la chispa,

cuando el período inicial de embelesamiento terminaba, yo cortaba por lo sano.

Hasta que no conocí a Ben, no intenté que una relación funcionara de verdad. Es como decía mi madre: «El verdadero amor no consiste en encontrar al hombre con el que puedes vivir, sino al hombre sin el que no puedes vivir».

No entendí lo que quería decir hasta que conocí a Ben.

Me habló de sus padres, que llevaban casados muchos años, y de que aspiraba a tener el mismo tipo de relación que ellos. Y yo lo creí.

Pero cada hombre tiene sus límites.

Y ahora que hay otra mujer, y estamos teniendo problemas, me pregunto:

¿Está pensando en Emily en este preciso momento? ¿En su pasado? ¿En su reencuentro fortuito? ¿Y si no fue fortuito? No sé el estado civil de Emily, pero no he visto ninguna alianza en su dedo. Puede que sea una de esas mujeres que no la llevan, dado que se pasa el día tratando con muestras de fluidos corporales, pero algo dentro de mí grita lo contrario.

Que está sola por elección. O porque no puede encontrar una pareja adecuada.

Y que tal vez…, solo tal vez…, a lo mejor todavía quiere a mi marido.

Descuelgo el teléfono, porque ya no está a un paseo en coche de distancia. Otra cosa sobre este lugar que hace que sea difícil adaptarse. Mi madre nunca había vivido a más de unos kilómetros de mí.

—Hola, mamá.

La oigo moverse, probablemente intentando encontrar un lugar tranquilo en la tienda para atender una llamada.

—¿Cómo te va, bichito?

Sonrío al oír el viejo mote.

—Pues va… La exnovia de Ben trabaja en la clínica en la que me estoy haciendo el tratamiento…

—Puf. Bueno, tú eres su mujer, cariño. Ella no.

—No estoy segura de que eso importe mucho ya.

Suspira por teléfono.

—El sacramento del matrimonio importa bastante. A Ben también. —Me doy cuenta de que mi madre todavía se culpa por la forma en que terminó su matrimonio—. Necesitas apoyar a tu marido para salvar vuestra relación, Ally. No dejes que esa mujer sea una molestia.

«El hombre es el cabeza de familia», decía, una frase que yo no creía mucho como mujer trabajadora e independiente; y yo era la que aportaba más dinero al matrimonio, por lo que me resultaba difícil llamar a Ben el cabeza de nuestra familia, aunque hacía todo lo posible por respetarlo por lo que era.

—Es difícil porque ni siquiera quiero estar aquí. Y ahora ella está aquí…

—No cometas el mismo error que yo. Ben es un buen hombre. Si no estás a su lado, encontrará a otra. No puedes ponérselo fácil.

—No lo haré —le digo.

Las palabras de mi madre me revuelven las tripas por muchas razones. Quizá porque sé que hay algo de verdad en ellas, y no me gusta la idea de que soy reemplazable. Ben fue el hombre con el que decidí comprometerme, después de todo. Dejé ir a los demás hombres de mi vida. Incluso a uno que significaba aún más para mí que él…

Mi madre nunca se recuperó del todo de la marcha de mi padre. No salía con nadie en serio y llevaba su divorcio como una sucia faja atada al pecho. Entrábamos en la iglesia las dos solas y ella bajaba la cabeza incluso antes de que empezara la oración de apertura.

Era una existencia lamentable, que no me quería para mí.

Me educaron para ser una mujer fuerte, feroz y económicamente independiente.

La educación era la prioridad.

Y yo soy la mujer fuerte y cristiana que ella crio, pero mi fe está siendo puesta a prueba, y aunque estoy dispuesta a esforzarme para satisfacer las necesidades de Ben, no estoy segura de poder incluir a otra persona en nuestra relación: Emily Daugherty.

NUEVE

ALLY

EL ÁLAMO

El reclinatorio de la nueva iglesia se me clava en las espinillas mientras rezo por enésima vez por algo que Dios no nos ha concedido. Ben reza conmigo —es algo que siempre hemos hecho juntos—, pero me estoy quedando sin avemarías.

Y sin esperanza.

Los buenos deseos de todos han empezado a parecer vacíos.

—Cuando Dios quiera.

—Confía en el plan de Dios.

—Dios bendecirá a vuestra familia.

Excepto que Él no nos ha bendecido.

Es el final de la misa en nuestra nueva iglesia.

Los fieles ya han recibido las hostias sagradas y se han se han dado la paz. Nos persignamos en una sala llena de desconocidos y caminamos juntos por el pasillo central. Desde fuera, probablemente parezcamos una pareja feliz, pero no puedo dejar de pensar en cómo me gritó Ben después de nuestra última pelea.

Cada vez que voy a misa, me acuerdo de ello. La iglesia es donde voy para ayudarme a perdonar a mi marido.

«Por favor, Dios, pulsa el botón de borrado de mi cabeza y haz que olvide esas crueles palabras que me dijo». ¿Cuál era la moraleja? ¿Qué se suponía que debía aprender de eso?

Ahora que ha pasado algún tiempo, al mirar hacia atrás veo lo equivocado que estaba Ben.

Estaba muy enfadado conmigo; asqueado, más bien.

No puedo borrar de mi memoria la imagen de Ben sosteniendo un recipiente de plástico en sus manos enguantadas.

No sé si podré volver a mirarlo igual, sin imaginarme sus manos envueltas en látex. Iba a hacer algo que ningún hombre o mujer debería tener que hacer jamás: llevar una muestra de nuestro feto al hospital para que la examinaran. Para averiguar por qué nos sigue pasando esto.

El pequeñín era más pequeño que los otros, apenas estaba formado.

No iba a permitir que tocará a mi hijo o hija con sus manos enguantadas.

«Es la voluntad de Dios», le dije. No lloré. Esa vez no. Lloré después de los tres primeros y luego parece que se me acabaron las lágrimas.

Estaba acorralada entre la ducha y el retrete, atrapada.

«¡No, no lo es! Te pasa algo malo», afirmó con crudeza. La forma en que su dedo laceró el aire señalando al centro de mi corazón. El odio al final de sus palabras, que se tradujeron en «Todo esto es culpa tuya, y no eres suficiente para mí». Siento cada gramo de ellas.

Más tarde se disculpó y dijo que lo que quería decir era que podría haber una razón para que los bebés no salieran adelante y que deberíamos averiguar cuál era.

Pero no podemos volver al tiempo anterior al momento en que esas palabras salieron de su boca.

Llegamos al exterior de la iglesia. El aire sofocante de agosto me ahoga.

—Vamos a desayunar —dice Ben.

Asiento con la cabeza, porque siempre desayunamos después de misa, es una tradición; pero no puedo instalarme en nuestra vieja rutina en esta vieja ciudad industrial como si fuera una traviesa más de la vía. Ya ni siquiera estoy segura de quiénes somos.

Una pareja que baila entre gráficos de ovulación y oraciones diarias.

No siempre fue así. Antes solíamos divertirnos. El último viaje que hicimos fue al Parque Nacional de Grand Teton. Yo planificaba nuestras excursiones con varias semanas de antelación, pero ya no las hacemos.

En cuanto decidimos formar una familia y supimos que yo estaba «en riesgo», nos volvimos demasiado precavidos como para hacer excursiones.

Con cada embarazo me pregunto: ¿es demasiado para él?

¿Va a dejarme para buscar a una mujer que pueda darle una familia de verdad, *igual que hizo mi padre?* Después de marcharse con la otra mujer, formó una nueva familia con ella; nunca conocí a mi hermanastro ni a mis hermanastras.

Esta mañana, Ben va vestido con sus mejores galas de domingo, que tienen su propio toque artístico: los puños de su camisa abotonada tienen un estampado cachemir morado, y su pelo oscuro está dividido por la mitad y cae suavemente en dos gruesas ondas.

Nos sentamos en un restaurante de tortitas, pero se nota que no es tan bueno como los de Charlotte. Ni siquiera tienen gachas de sémola en el menú. Increíble.

El calor pegajoso del verano me inquieta aún más, y me muerdo el interior de la mejilla pensando en cuánto me preocupaba pasar el segundo trimestre de embarazo con este calor. Qué tonta fui al pensar que llegaría tan lejos.

Pedimos la comida, y Ben saca el tema. Sé que le preocupa algo, porque durante la misa ha estado bastante nervioso. Anoche hicimos el amor, pero él podría haber estado en la otra habitación.

Probablemente porque nuestra casa adosada de alquiler parece… subarrendada. Es fría y poco acogedora, y la pintura blanca está opaca. Nuestra cama es la misma en la que hemos dormido durante la última década, pero la habitación es más pequeña.

Todo es una versión deslucida de la hermosa casa que dejamos, decorada sin nuestros adornos, como las fotos de todas nuestras vacaciones que colgaban de la pared. Aún están en cajas y no me atrevo a ponerlas aquí. No tenemos nada que nos recuerde lo felices que fuimos una vez.

—Necesito saber si vas a ir a la fiesta. —La forma en que pronuncia: *«si vas»* me dice que va a ir conmigo o sin mí. Algo muy habitual últimamente.

—No es hasta dentro de unas semanas, ¿verdad? Ni siquiera lo he pensado.

—Laurel me ha enviado un mensaje de texto para confirmar —dice Ben.

Estoy cansada de oír hablar de Laurel, la mejor amiga de Emily.

—¿Cómo pueden dos personas cambiar tanto las cosas? Dile que no lo sabemos todavía.

La camarera nos toma nota y, cuando le pido un té helado, me informa de que no lo tienen en esta parte del país. La camarera y Ben se ríen. ¿Quién quiere vivir en un lugar en el que solo hay el típico té aburrido? Odio este sitio.

—Laurel estará tirando la casa por la ventana. Conociéndola, habrá regalos para los invitados y servilletas con iniciales, o algo así. —Ben me mira como si eso fuera algo admirable, pero, en realidad, hace que tenga menos ganas de conocer a esa mujer. Los que van de sobrados no impresionan a los que nunca han tenido medios para seguirles el ritmo.

—Me muero de ganas de ir —digo.

Nos sirven la comida, y yo, desconcertada, la bebo con un té que tengo que envenenar con edulcorante, porque aquí los sobres de azúcar están viejos y tienen grumos.

—Venga, Ally. Tenemos que quedar con más gente, no podemos estar siempre tú y yo solos. Estamos pasando por una mala racha. Zach y Laurel te gustarán.

Lo que quiere decir es que, si nunca vamos a tener hijos, necesitamos amigos para llenar ese vacío; que ya no es suficiente con que seamos solo nosotros, y nunca lo será.

—Laurel no parece mi tipo de chica. —«Poner iniciales es una horterada».

—Cat y Seth también estarán allí —dice de sus otros amigos de la universidad de los que habla esporádicamente; gente a la que espera que yo quiera solo porque él lo hace. Ben se va de viaje una vez al año con Seth y Zach, y ese es el espacio en el que siempre los he colocado: en el cubo de los viajes de chicos. Podría haber pasado el resto de mi vida sin verlos más allá del día de mi boda, y habría estado bien.

—Qué bien. ¿Cat también es una artesana superdotada? ¿Debería aparecer con regalos para tus amigos?

Ben se ríe.

—No, no. Cat es muy tranquila. Es ama de casa y tiene tres niños. No tiene tiempo para nada más.

—Seguro que tendremos algo en común —bromeo.

Se le borra la sonrisa de la cara.

Mi tenedor golpea el plato. Últimamente no disfruto de la comida. Cuando estoy embarazada, como por el bebé, porque necesita proteínas y vitaminas. Pero, cuando pierdo a los bebés, siento que no puedo hacer sitio para la comida. A lo mejor me castigo porque el alimento que les proporcionaba no era lo bastante bueno para mantenerlos con vida.

—Necesitamos un cambio, Ally.

Miro por la ventana, presa del pánico ante un telón de fondo desconocido. El descontento me consume como si fuera una llama.

Ben se zambulle en sus tortitas.

—Nunca hablamos de mudarnos aquí. Mi familia está en Carolina del Norte. Lo siento como un engaño. Y lo de la clínica nueva… me parece un error —susurro la última parte. Parece un pecado incluso hablar de ello, sobre todo justo después de misa.

Dios creó al hombre.

La ciencia no creó al hombre. Punto.

Para empezar, tenía dudas sobre si ir a una clínica o no, y ahora, después de sentirme cómoda con mi primer doctor, Ben me obliga a cambiar a otro… ¡Y la doctora ni siquiera vino a conocernos!

—A mí nunca me han hecho pruebas. Puede que sea algo relacionado conmigo —dice.

Ah, sí, estaba demasiado ocupado con la entrevista para concertar una cita. Otro punto delicado en nuestro matrimonio. Habría sido motivo de pelea, pero, por mucho que Ben diga que podría ser él, ambos sabemos la verdad: soy yo. El esperma de Ben hace bebés. Es mi vientre, mi recipiente, el que no puede llevarlos a término. No necesito que me lo diga un médico.

—No me convencen ese sitio y sus pretensiones de que su tecnología es puntera. Me sentía cómoda con el doctor Williams —digo de mi antiguo médico.

—Nadie puede realizarte un procedimiento médico sin tu

consentimiento. Quién sabe, tal vez una vez que escuches lo que tienen que decir… —Ben parece una aplicación de medicina: investiga todo lo que puede para arreglarme.

Mis pérdidas me duelen más a mí que a él. No me cabe en la cabeza que pensara que eran meros tejidos que diseccionar en un laboratorio. En mi mente, son todos hijos que nunca tuvieron la oportunidad de serlo. Incluso les di a los tres primeros un lugar de descanso permanente.

Los otros están enterrados en mi antiguo jardín trasero, detrás de la casa que me niego a poner en venta.

Ben no lo sabe. Estaba sola las tres primeras veces que aborté. Siempre ocurrían mientras él estaba dando clase, o en el camino de ida y vuelta a su aula llena de niños. Mientras yo estaba sentaba sola sobre la fría cerámica llorando la pérdida de los míos.

Sabía que tendría que interrumpirle en el colegio para decírselo. Y no podía soportar las preguntas o el drama que se desencadenaría entre sus colegas más cercanos: «¿Cuál era la emergencia familiar? ¿Va todo bien?».

No quería que los profesores de nuestro distrito escolar se enteraran de nuestra(s) pérdida(s). Por suerte, estaba en casa cuando se produjeron los abortos.

Tenemos un precioso álamo amarillo en el jardín trasero. Los árboles son una fuente vital para la industria del mueble, ya que la robusta madera del álamo se utiliza como material básico para piezas y armazones. Mis hijos no nacidos descansan en la tierra que hay cerca de sus fuertes raíces.

Algunos días, miraba por la ventana y me los imaginaba a los tres jugando a la sombra bajo la protección del árbol.

No puedo decirle a Ben esto ni dónde están. Conociéndolo, tratará de desenterrarlos para su búsqueda genética.

Y desde luego no puedo quedarme en Pensilvania.

¿Qué pasa si vendemos nuestra casa y el nuevo propietario renueva el jardín? ¿O quita el árbol?

¿Y si el propietario los desentierra?

Me pongo enferma solo de pensarlo.

Y estoy enfadada por disculparme por algo que está

completamente fuera de mi control. Algo que nos está destrozando.

Cuando vi a Ben entrar corriendo con su kit, tuve que deshacerme de él por el desagüe. Y eso es lo que más me molesta. Le robó al número cuatro un sitio bajo el árbol con los demás. Nunca se lo perdonaré. El bebé ya se había ido. No quería que nadie hurgara en lo que quedaba de él o ella. La idea me hacía temblar.

—Solo te pido que lleguemos a un acuerdo. Esto no funciona. Estamos atascados. Estar aquí… parece lo correcto; un paso adelante.

Con *esto* se refiere a nosotros*.* Lo nuestro no funciona. Y siento tener que decirle que es el único que piensa que estar aquí nos ha venido bien.

—En cuanto me despierto aquí, empiezo a asfixiarme. No puedo respirar. Y no es una metáfora. El aire huele a contaminación —le digo, y él frunce el ceño.

Me parece una afirmación justa comparada con el resto de los pensamientos que me rondan por la cabeza.

Aparta su plato vacío. Él no tiene ningún problema para comer. Es un hombre sin remordimientos.

—En parte te sientes así por las firmes opiniones de tu madre en contra de la fecundación *in vitro*.

Cruzo los brazos. El vestido de verano me tira de los pechos, hinchados por todas las hormonas que me he estado inyectando en el cuerpo para hacer feliz a mi marido.

—No le pienso ocultar nada a mi madre.

—Tal vez solo necesitas distanciarte un poco de ella. No te sentirás tan mal si no te sientes obligada a contarle todos los detalles de nuestro matrimonio —dice—. Al menos puedes intentarlo, Ally. Es todo lo que pido.

—Eso es lo que estoy haciendo… —¿No lo ve? No se da cuenta de lo difícil que es cumplir sus peticiones. O lo cerca que estoy de salir por la puerta y volver a casa, a mi verdadera casa, porque esta no lo parece.

Solíamos ser una pareja fuerte. Estábamos unidos físicamente. Espiritualmente. Había una fuerza entre nosotros que no creía que pudiera romperse. Cuando empezamos, nuestra relación era tan

sólida como una roca roja y tan brillante como el sol.

DIEZ

ALLY

ESPINOSO

2017

Nos sentamos a tomar un café y un helado de higo chumbo en la pequeña franja que conforma el centro de Sedona, Arizona, y me sonríe mientras el suelo parece zumbar bajo nosotros. Está tan emocionado por nuestra excursión a Cathedral Rock que no puede esperar a hacer la siguiente.

—Siento que puedo flotar aquí. Este lugar me da ganas de pintar y de dar volteretas al mismo tiempo.

Qué declaración de pura felicidad. No puedo ocultar la emoción compartida. El entusiasmo de Ben es adictivo. Es alguien con quien todo el mundo quiere estar, y tengo mucha suerte de que sea mío.

—Son los vórtices. —Le lanzo un folleto turístico, que se niega a mirar. Siempre que le pido a Ben que lea algo, me dice que le haga un dibujo. «Soy una persona visual», suele responder. Lo que significa: «Odio leer». Somos opuestos, y eso me encanta.

Me encanta la pareja que somos.

—¿Un vórtice? —se ríe de mí—. ¿Ya no estamos en el planeta Tierra? Te creería si me lo dijeras.

Entrecerramos los ojos por el sol y contemplamos las cadenas montañosas que hay en la distancia. Las cimas rojizas y polvorientas nos envuelven en un cálido abrazo. Este lugar sienta bien. Es el sitio perfecto para nuestro aniversario, un viaje que simboliza muchas más aventuras por delante.

—Es verdad —le digo—. Se supone que hay cuatro vórtices en Sedona. Cathedral Rock es uno de ellos. Por eso probablemente aún

te sientes un poco colocado. Los vórtices irradian energía. Por eso la gente viene aquí a meditar, a recargar pilas y a crear. Es un lugar muy espiritual.

Ben me sonríe, y sé que siente esto a un nivel diferente que yo. Cuando cierro los ojos, casi puedo palpar el ronroneo de la vida que hay a mi alrededor. Para el intuitivo ser interior de Ben, supongo que suena más como el rugido de un motor.

—Este lugar es totalmente zen. Deberíamos venir todos los años. El guía dijo que hay algunos senderos más fáciles para niños. He visto a un montón de familias haciendo senderismo.

Sonrío ante su comentario, aunque hayamos decidido esperar para tener hijos. He visto lo agobiada que ha estado mi madre toda su vida, sin atreverse nunca a salir de nuestra ciudad natal. Primero quiero construir una base sólida con Ben. Además, mi infancia no fue como la suya. Él y su familia viajaban bastante, y yo no he estado en ningún sitio que no fuera Carolina del Norte durante la mayor parte de mi vida. Quiero ver cosas…

—Con el tiempo —le digo—. Vamos a la Capilla de la Santa Cruz a rezar sobre eso.

A Ben se le ilumina la cara de alegría, porque la iglesia construida en la ladera de la montaña también está en su lista de sitios que visitar.

Salta de su sitio, nunca se le ha dado bien quedarse quieto.

Nos dirigimos a la sinuosa pasarela que lleva a la iglesia católica y recorremos el resto del camino. Me hace llorar su magnificencia, la gigantesca cruz y las vidrieras que parecen brotar de un recorte de rocas rojas.

Un montón de turistas que han ido allí en furgoneta hacen cola para ver la estructura sagrada.

Ben se queda boquiabierto.

—Tengo que hacer una foto para mi madre. Este sitio le encantaría.

Entramos en la iglesia, y la primera parada que hay que hacer al entrar es para encender unas velas: oraciones para enviar al Cielo, acompañadas de un pequeño donativo, por supuesto.

Encendemos una para mamá Della, la abuela de Ben. Yo enciendo una más, dirigida a Dios, acompañada de una pequeña oración: «Por

favor, no me bendigas con niños todavía».

* * *

Es un momento en el que pienso más de lo que debería. Tal vez de alguna manera yo sabía que, cuando intentáramos formar una familia, las cosas no funcionarían. Tal vez, quería preservar nuestra hermosa familia de dos. No puede ser culpa mía que esto esté pasando, pero ambos somos culpables de lo mal que hemos reaccionado a nuestra situación. A cómo hemos caído desde entonces.

Es peligroso ver solo el lado positivo de alguien. Ben ha tenido una vida muy fácil: familia numerosa, educación privada, estudios universitarios pagados, un grupo de amigos que darían la vida por él…

Yo no he tenido nada de eso. La vida me puso a prueba mucho antes de que él llegara. Pensé que, estando con él, podría beber un poco de su suerte.

Pero nunca hubiera podido predecir lo que pasaría cuando le llegara la decepción.

Y la mayor decepción de su vida soy yo.

Además, nunca me imaginé que él se volvería contra mí.

O que yo me volvería contra él, porque no soporto ser quien lo está hundiendo. Lo único bueno de este traslado es que será más difícil para él descubrir lo que he hecho.

A mis ojos, su giro oscuro es mucho peor que el mío.

ONCE

EMILY

VACÍO

Llego a la casa de mi infancia en Brentwood, un barrio obrero situado en la franja industrial de la Ruta 51, al sur de la ciudad de Pittsburgh. Como la mayoría de las casas de la zona, la de mis padres es una antigua casa de ladrillo de dos plantas.

No es grande ni mucho menos, pero la piscina elevada del jardín trasero me convirtió en la niña más popular del barrio; de hecho, fue lo único que me convirtió en la niña más popular del barrio.

Doy un golpe de advertencia en la puerta antes de agarrar el pomo de la puerta. Dudo un momento antes de girarlo, pensando en cómo voy a contarle mi decisión de tener un hijo sola; una decisión que tomé tras mi encuentro de la semana pasada con los Holiday.

Después de nuestra consulta estaba segura de dos cosas:

Ben había vuelto a casa para formar una familia y, probablemente, también para estar más cerca de la suya.

Y yo no quería esperar ni un solo día más para empezar la mía.

Es hora de dejar de desear y esperar a que llegue el hombre adecuado, y dar el paso de someterme a la fecundación *in vitro* yo sola. Siempre he querido un bebé.

Tengo un alijo de óvulos congelados perfectamente sanos.

Y, si Ben va a tener hijos, entonces yo también puedo tenerlos.

Abro la puerta.

—Emily, ¿eres tú? —oigo el eco de mi madre.

—Sí, mamá.

Primero aparece su sombra por el pasillo y luego dobla la curva con los auriculares puestos. Es una adicta a los pódcast de autoayuda: *El*

club de las viudas, *Empezar la vida a los sesenta*, *Vivir y dejar marchar.*

Ese último está dedicado a mí, estoy segura.

—Estás más pálida que de costumbre. —Mamá me pasa el dorso de la mano por la mejilla. Es una enfermera jubilada; juraría que lleva haciendo eso desde el principio de los tiempos.

—Gracias, mamá.

—¡Feliz cumpleaños! He preparado tu comida favorita. Ah, toma. —Coge una bolsa de regalo de la mesa de la cocina y me la entrega. Saco un jersey azul que nunca me pondré y abro la tarjeta, para encontrar palabras inspiradoras para el nuevo año y una tarjeta regalo para una manicura y una pedicura.

—Gracias. Necesitaba arreglarme las uñas. —Una pedicura sentará especialmente bien a mis pies doloridos e hinchados cuando esté embarazada.

—Ya casi he terminado. —Su cuerpo rubio y ágil flota hasta la cocina abierta al comedor, donde la luz del sol se cuela por las ventanas, iluminando las sillas vacías. Todo en esta casa parece vacío desde que papá falleció, aunque hayan pasado varios años. Cuando busco razones por las que no he logrado los objetivos que tenía en la vida, no puedo culpar a mis padres.

Me dieron todo lo que pudieron.

Papá era soldador submarinista y trabajó en muchos puentes de Pittsburgh. Era un trabajo poco convencional, y cuando era pequeña, me lo imaginaba como un tritón con equipo de submarinismo serrando metal, lo cual es bastante exacto. Era mi héroe, y al final de su vida, tras una larga batalla contra la ELA, lo único que quería era dejar de sufrir, y yo tuve la oportunidad de ser su heroína. No todos los superhéroes llevan capa.

Aunque sé que mi madre no ve lo que hice de la misma manera.

—La cena ya está lista. Siéntate —dice.

Nos acercamos a la mesa, puesta con vajilla dorada, de la buena, y ocupamos nuestros sitios. La silla vacía de papá llena la habitación. Ambas fingimos no darnos cuenta.

—¿Cómo te va en el trabajo? —Se acerca con una bandeja con pollo asado, zanahorias, patatas y judías verdes. En realidad, no es

mi comida favorita, pero todo lo casero sabe bien—. ¿Esa mujer todavía te sigue explotando?

—Me mantiene ocupada. —Tendré que hablar con Batey si sigue habiendo tantos códigos 911. No se trata solo de la confusión emocional que supone dar la mala noticia, sino del hecho de que su selectividad a la hora de aceptar nuevos pacientes es cada vez más evidente. Si Ally tenía dudas sobre sus índices de éxito tras solo una consulta, es solo cuestión de tiempo que una pareja descontenta y rechazada la denuncie por negligencia médica.

—¿Alguna novedad en la clínica? —Mi madre me sirve la cena con una cuchara y me corta el pollo como si tuviera cinco años. Cuando me fui de casa, dejó de hacerlo, pero, cuando enfermé, volvió a empezar y no ha parado.

Dejo que lo haga. Las dos seguimos curándonos.

—Pues la doctora Batey ha ampliado nuestra división de genética para incluir la selección de género, algo que me entusiasma.

—Y… ¿qué es eso? —pregunta.

—El hombre determina el sexo del bebé. Así, si una pareja decide que quiere un niño o una niña, puede recurrir a nuestros servicios para hacerlo realidad. Se llama Microsort. Clasificamos el componente masculino o femenino de los espermatozoides.

—¿Y qué pasa si por accidente te equivocas de género? —pregunta mi madre.

—Puede ocurrir, pero voy a intentar que no pase. En ese caso, nos desharemos del embrión de género no deseado o lo congelaremos para su uso posterior.

Mi madre, que permanece complaciente el noventa y ocho por ciento del tiempo cuando hablo de trabajo, se sobresalta ante mi comentario.

—Bueno, eso no está muy bien, ¿no crees?

Cuando la clínica abordó la introducción de la selección de género, yo misma tuve esos pensamientos, pero le doy la respuesta que me dieron en el centro, y que me tranquilizó.

—De hecho, hay factores genéticos que hacen que ciertos géneros sean más propensos a enfermedades hereditarias que otros, como la hemofilia y la distrofia muscular. Por tanto, si alguno de los

progenitores es portador o tiene una fuerte predisposición genética a uno de estos trastornos, este procedimiento tiene sentido. Hay todo tipo de enfermedades relacionadas con el género que hacen que estos procedimientos sean relevantes.

Ella asiente.

—Es fascinante. Estoy muy orgullosa de ti, Emily, y de que dediques tu vida al trabajo.

Me estremezco. Estoy segura de que no quiere decir que mi trabajo sea lo único que tengo, pero es como me lo tomo. Parece la transición perfecta para mi gran noticia.

—Eso es algo de lo que quiero hablarte. Puede que pronto dedique mi vida a otra cosa —intento sonar esperanzada.

—Ooh… ¿Has conocido a alguien? —pregunta entusiasmada mi madre.

—No, pero he decidido tener un bebé sola, y necesito tu ayuda. —Me trago mis judías verdes, casi sin poder levantar la vista, por miedo a que no esté de acuerdo conmigo.

—Bueno, ¿qué quieres decir con «sola»? —Mi madre está rígida en su silla, jugando nerviosamente con los colgantes de gran tamaño de la cadena que lleva al cuello. Ha dejado de comer y deposita los cubiertos en su plato con filo dorado.

—He intentado tener citas, y no han funcionado. Me estoy haciendo mayor, ahora tengo treinta y seis años, y solo dispongo de un tiempo limitado para llevar a término un embarazo de forma segura. Los óvulos que congelé antes del tratamiento también están envejeciendo. Con cada año, su viabilidad disminuye. Y estoy lista para tener un bebé… ya —declaro.

Mi madre esboza una sonrisa tensa.

—Entonces, ¿te van a inseminar? —pregunta.

—Tengo óvulos congelados en la clínica. Son de cuando tenía veintiocho años. Hay muchas más probabilidades de embarazo con ellos si me someto al tratamiento de fecundación *in vitro* —digo.

—Por supuesto, te apoyaré en todo lo que decidas hacer —dice mi madre—, pero ¿qué ha provocado todo esto?

Aprieto la mandíbula, porque no puedo decirle la verdadera razón.

—Un cumpleaños más. Mi edad. Tengo dinero, y supongo que me

ayudarás a cuidarlo, que es lo que necesitaba preguntarte. Solo quiero un bebé. Seguro que puedo con un bebé. Como tú, mamá.

A mi madre se le pone la piel de gallina con mi última afirmación.

—Quizá, después de tener este, conozcas a un hombre y tengas otro —dice.

Se está viniendo arriba.

—Concentrémonos en este —digo.

—Vale, vale… —dice, dándome una palmadita en la mano—. Es que siempre me arrepentí de no haberte dado un hermano.

Yo también lamento que tomara esa decisión, pero, al parecer, su depresión posparto fue tan grave que mi padre se hizo una vasectomía poco después de mi nacimiento.

—¿Cómo eliges al padre? —pregunta, aún perpleja. Aparta el plato, que está a medio comer.

—Leo un catálogo de esperma y, básicamente, elijo —digo.

—¿De un tipo cualquiera de la calle? —pregunta.

—De un donante de esperma. En el catálogo figura su ocupación, nivel de estudios, color de piel, color de ojos y demás —explico.

—¿Quiénes son esos donantes? ¿No puedes pedírselo a alguien que conozcas? ¿A alguien de por aquí? —Señala por la ventana—. ¿A un vecino o algo así?

—Mamá, ¿en serio? —me río. La idea de que mi madre elija a mi donante de esperma es espeluznante.

—Me preocupa… no saber quién es ese hombre con el que vas a dividir los genes. Oye, he conocido a un chico nuevo de tu edad en yoga —dice mamá, muy seria, y mi sonrisa falsa está tan pegada que me hace daño en la cara—. Está en el equipo creativo de una de esas nuevas empresas tecnológicas del Strip District. Se llama Harrison. ¿Quieres que te lo presente? —pregunta.

—No, ya no quiero tener más citas. Mi última relación no funcionó porque creo que quería más un bebé que un marido. Llevo mucho tiempo pensándolo y ya he tomado una decisión.

—Harrison ha estudiado Arte. Es tu tipo —presiona.

No tenía por qué sacar ese tema.

—Ah, sí, por cierto, ha vuelto —digo rápidamente.

—¿Quién? —pregunta mamá.

La miro a los ojos, nerviosa. ¿Por qué he tenido que abrir la bocaza?

—Ben ha vuelto a Pittsburgh con su mujer.

Mamá se echa más patatas en el plato, apresurada, casi enfadada. Luego las aparta a un lado.

—Vaya, ¿ha sido por eso?

—No, de verdad. Es el momento justo —insisto, apartando también mi plato.

—¿Dónde vive? —pregunta.

—En Cramberry.

—¿En serio? —pregunta mamá, sorprendida—. Debe tener varios niños.

—Todavía no.

—Qué interesante —dice.

—Lo es —digo, más decidida que nunca a que me incluyan de inmediato en el programa de fecundación *in vitro*. Sería genial ganarle la partida a Ally. Odio ser así, pero ella tiene a Ben. Quiero tener a mi bebé primero.

—Vale, te apoyo, cariño. ¿Tienes que empezar con esas horribles inyecciones? —pregunta mi madre—. ¿Como cuando te extrajeron los óvulos?

—Sí. Esa es otra cosa que quiero pedirte. Puede que necesite a alguien que me ayude a ponérmelas. —A lo largo de los años, tener una madre enfermera me ha sido muy útil. Intentaba no abusar de ese privilegio, pero siempre sacaba paracetamol del bolso cuando se lo pedía en el colegio.

—Lo solucionaremos. Mi agenda está libre para ti —me asegura.

—Laurel va a ayudarme a elegir el donante. La he llamado de camino aquí. Estaba muy emocionada. Me ha dicho que podemos pedir ensaladas, compartir una botella de rosado y elegir al papá del bebé —bromeo, pero mi madre no se ríe. Probablemente nunca ha oído la expresión «papá del bebé» antes.

—Entonces, ¿no voy a poder opinar sobre quién va a ser el padre de mi nieto? —pregunta.

—Puedo traerte una lista de los contendientes finales.

—Como quieras, Emily, es tu elección —dice—. Solo me preocupa…

Bueno, ya sabes que lo pasé bastante mal después de tenerte. Y la última vez que estuviste bajo estrés, cuando tu padre…

No puede decir la palabra.

No la decimos.

Miro el sol que se cuela por la ventana, imaginando que es él, que está en un lugar mejor. Sin dolor. Sé que mi madre piensa que lo que hice —acabar con su vida prematuramente— estuvo mal, pero fue una petición que me hizo él antes de ponerse muy enfermo. Su último deseo era que, cuando quedara incapacitado y ya no pudiera formar pensamientos ni crear movimientos, lo ayudaran a poner fin a la agonía.

Tenía las herramientas a mi disposición para hacer desaparecer su sufrimiento, para siempre.

Fue horrible ver cómo se deterioraba.

Mi madre habría estado encantada de cuidarlo hasta que muriera, pero yo no podía quedarme de brazos cruzados y presenciarlo, sabiendo que su última petición fue hacer justo lo contrario. Eso fue diferente de cuando pensaba que sabía cómo tratar a Cook. Ya me había formado. Era más sabio. No sería un accidente, sino algo bien pensado.

Es un punto de discordia entre mi madre y yo.

Nadie más lo sabe y lo hemos afrontado a nuestra manera, pero ahora sus insinuaciones sobre el tipo de madre que podría ser por mis decisiones anteriores lo están empeorando todo.

Teme que tenga depresión posparto como ella.

Teme que le haga daño a mi bebé, porque maté a mi padre.

—¿Puedo levantarme de la mesa? —pregunto, porque ya no puedo seguir sentada aquí con ella. Ese último comentario ha sido demasiado fuerte para digerirlo durante la cena.

—Claro —dice ella, con cierta frialdad.

Subo las escaleras hasta mi antiguo dormitorio, donde solía sentarme en el banco de la ventana mientras soñaba que vivía en un lugar lejano. Toda la casa está llena de vidrieras que mi padre soldó él mismo, pero mi dormitorio es el único que tiene una criatura, una mariposa rosa y verde brillante, en la esquina derecha. Esos eran los colores de mi habitación infantil, rosa y verde, y aunque los colores

de las paredes cambiaron con los años, la preciosa ventana permanece.

Mientras recorro el ala del insecto con el dedo, visualizo nuevas cosas en el horizonte para mí. Casi puedo ver una pequeña cuna aquí y una mecedora de madera donde mi madre está acunando a un bebé para que se duerma. Nos sentamos a la mesa de la cocina cuando el bebé se duerme y me prepara un té de su colección.

«¿Té blanco o negro?, ¿y quieres que escurra las hojas para que no tomes demasiada cafeína? Te mantendrá despierta», dirá mi madre.

Olvidará el día en que me vio inyectando sustancias tóxicas en la vía de mi padre.

Esos recuerdos serán sustituidos por otros nuevos.

Los pensamientos sobre la muerte serán sustituidos por la vida, y entonces podrá volver a mirarme como a la hija que siempre ha querido.

Por fin tendremos algo de que hablar aparte de mi salud, mi trabajo y mi inexistente vida amorosa. No tendremos que pasar de puntillas sobre lo que ocurrió en esta casa. Ya no me parecerá una tumba abandonada cuando entre por la puerta, ya que los chillidos de mi bebé llenarán el espacio de risas y felicidad.

Un bebé será suficiente para mí. Puedo criar a mi hijo o hija parcialmente aquí, tal como me criaron a mí, y enviarlo al mejor colegio privado de la zona. Le daré a mi hijo todo el amor que tengo. Lo haré lo mejor posible.

Que Ben haya vuelto a la ciudad es algo bueno para mí.

Incluso años después, me ha ayudado a poner mi vida en perspectiva, me ha hecho volver a soñar de nuevo. Quizá nuestros bebés puedan conocerse y hacerse amigos, o incluso enamorarse.

¿No sería una película perfecta para la televisión?

Mi mente ya está buscando en mi base de datos mental a las estrellas de cine que podrían interpretar nuestros papeles, y no se me ocurre nadie apropiado para Ben, pero la gente dice que me parezco un poco a Reese Witherspoon, ya que tengo la misma cara en forma de corazón que ella. Suspiro fuerte y pienso que es muy posible que nunca encuentre a un hombre de verdad, porque vivo mi vida enteramente a través de lentes de microscopio y revistas de

famosos. Pero estoy decidida a crear mi propio final de cuento de hadas. No importa lo que tenga que hacer para conseguirlo.

DOCE

ALLY

HUELLAS

Ben se apoya en la encimera de cuarzo, con el café apoyado en su firme pecho. Puedo oler el serrín de los armarios de madera recién instalados. Las paredes blancas y los azulejos grises son casuales y modernos. Quiero imaginarme también un rastro de pequeñas huellas de dedos, pero no puedo. Echo mucho de menos mi antigua casa.

La decoración aquí es tan blanca que parece casi una clínica, como esa maldita clínica a la que tengo que ir hoy.

Mi casa de Charlotte tiene unas ventanas preciosas con cortinas con pequeñas flores azules en los bordes de encaje. Nos las hizo mi madre.

—Acaban de plantar los arbustos. Todo es nuevo. —Ben afirma lo obvio.

Yo solo asiento con la cabeza y lo miro con los ojos muy abiertos.

Ya sé que no puedo ser feliz aquí, pero voy a dejar que pruebe su nuevo trabajo. Tal vez pueda quedarme embarazada aquí, y entonces podré mudarme por fin.

Una cosa es vivir separado de mí, pero Ben no vivirá separado de su hijo. Tomó la decisión de mudarse sin consultarme, y yo puedo hacer lo mismo. Aunque la próxima vez será él quien vaya detrás de mí, pidiendo volver.

—Hoy tengo que visitar mi nueva clase —dice Ben.

—Vaya. —Mintió sobre la primera vez que fue a ver a su *nuevo jefe*. Dijo que iba a casa a ver a sus padres y omitió que también tenía una entrevista de trabajo. ¿Sobre qué más ha mentido?

—Hoy me van a hacer una ecografía en la clínica. Ya te lo había

contado —le digo.

Me mira estupefacto.

—Pensé que habías dicho que no me necesitabas para la ecografía. Ya te hicieron una en la clínica anterior. Si no me equivoco, es igual. Ya estuve en esa.

No lo entiende. Son todos médicos y enfermeras nuevos. Ya me costó bastante acostumbrarme al primer conjunto de procedimientos necesarios para someterme a un tratamiento que va en contra de mis creencias religiosas, y esta vez no es más fácil.

—Nunca dije que no quisiera que vinieras.

Suspira.

—Va a haber muchas citas, ¿verdad? —Me hace señas con el teléfono—. Tengo en mi agenda que nos van a evaluar a los dos la próxima semana. —Su aplicación de calendario está activada, como si eso lo aclarara todo.

—No, no pusiste en tu agenda que hoy tenía una cita. —Es una afirmación, no una pregunta. Se queda ahí, mirándome boquiabierto con su mochila infantil JanSport colgada del hombro. Quiero gritarle que se supone que está enseñando a niños, no haciéndose pasar por uno, pero no lo haré. No es su aspecto lo que me enfada. Son sus acciones.

—Tengo que irme, Ally. Les dije que iba a ir. Las clases empiezan dentro de dos semanas —dice—. Me gustaría que estuvieras más entusiasmada con mi nuevo trabajo. Es un distrito fantástico y el seguro de salud es estupendo. —Sigue sin mirarme. Sabe que se equivoca. No parece una respuesta suficiente para faltar a mi primera cita con el médico.

—En casa también tenías un seguro de salud estupendo. —Seguiré refiriéndome a Charlotte como mi casa, porque lo es.

El excelente seguro médico de Ben es una de las grandes ventajas de su trabajo como profesor. Cuando quiso comprar pinceles caros para sus alumnos y la escuela no cubrió los gastos, le dejé usar nuestra cuenta conjunta para financiar el gasto, porque siempre me dije que lo que le faltaba en dólares lo compensaba con el corazón.

Actualmente estoy perdiendo con esa inversión.

—Me aseguré de darnos de alta a los dos cuando firmé el papeleo.

—Sonríe, satisfecho de sí mismo, y se sube más la mochila al hombro, un movimiento definitivo que parece más relacionado con su marcha que con mi sufrimiento mientras él no está.

—¿Por qué estás actuando así? —Mi tristeza se ha transformado en furia. No me importa la cobertura de su seguro, hoy lo necesitaba a él.

—¿Qué quieres decir? Tengo que ir a trabajar, Ally.

Niego con la cabeza. No lo entiende.

—¿Desde cuándo tu trabajo es más importante que yo?

Ben deja de coger sus cosas. Esas palabras son una declaración de guerra.

—Tu carrera ha sido lo más importante para ti durante años, y yo estaba ahí para animarte. Ahora que estás en un puesto superior, espero que hagas lo mismo por mí. —Después levanta la vista, irritado.

—No es que no me alegre por ti. Ojalá hubieras encontrado una oportunidad así en casa.

—Allí no se gana lo mismo… Pero supongo que a ti no te importa. Porque solo soy un humilde profesor. —Deja la taza de café—. Y no olvides todo el tiempo que podré pasar con nuestro hijo en verano mientras tú trabajas. Tenemos una piscina ahí mismo. —Señala al exterior, y una cosa que sí tiene esta urbanización es una piscina magnífica. Pero en Charlotte estábamos a un paso del lago Norman y a solo unas horas de la playa. Parece una pobre sustituta.

—No quería decir que tu trabajo no fuera importante. Solo quería decir que parece más importante que yo en este momento.

—Sí, claro. —Camina hacia la puerta—. Lámame después de la ecografía. —La puerta se cierra silenciosamente tras él, pero el ruido, de alguna manera, sigue siendo ensordecedor.

Me deja más fría que cuando me dijo que se iba a mudar a Pittsburgh conmigo o sin mí. ¿No quiere venir conmigo a la clínica porque tiene miedo de que nos digan que no hay esperanzas? ¿Que somos una pareja incapaz de concebir?

Ben dijo que, si esto no funciona, no tenemos que intentarlo de nuevo, pero no creo que eso sea una solución. No puedo imaginarme una vida sin hijos en la que Ben y yo nos limitemos a

mimarnos el uno al otro durante toda la eternidad, en la que las únicas huellas sucias de los azulejos sean las nuestras. No lo conseguiremos. Ben quiere tener un hijo.

Yo quiero tener un hijo.

Siempre faltará algo en nuestras vidas.

Mi teléfono del trabajo me avisa de que va a empezar una videollamada dentro de quince minutos. Bebo un poco de café e intento olvidar que mi marido prefiere montar un aula de pintura con alumnos de octavo que acompañarme a una de las citas médicas más estresantes de mi vida.

TRECE

EMILY

BALCÓN

Hoy he salido más pronto que de costumbre. Hace más calor de lo normal, pero es que no puedo dormir.

Estoy fuera con mis pantalones cortos y mi camiseta de tirantes, con mi primera taza de café en la mano. Habrá más tazas antes de que pueda funcionar al cien por cien.

Este día promete mucho más que el anterior.

El sol irradia calor sobre mi piel.

Los coches y peatones se mueven con frenesí abajo. La ciudad ya está iluminada completamente, aunque apenas son las seis de la mañana, y aún está oscuro.

Me paso la mano por la barriga plana. El ombligo es un círculo diminuto. Pienso en cómo se estirará y se extenderá con la vida que albergaré en los próximos meses. Me muevo por el balcón, contoneándome con mi fingida barriguita de embarazada, pensando en cuánto espacio ocupará mi cuerpo cuando esté embarazada.

Oigo una leve risita y miro por encima del hombro para encontrarme a Jasper viéndome desfilar como si fuera un pavo real confundido que ha perdido las plumas.

Me quedo con la boca abierta y dejo la taza de café sobre la mesa de mosaico.

—¿Qué haces? —pregunta.

Vaya… Me ha hablado.

Nunca habíamos tenido una conversación. El sonido de su voz es suave y fuerte, como sus abdominales. Esta mañana Jasper va sin camiseta y con un pantalón de pijama bastante usado. No puedo evitar pensar que con la ropa que llevamos cada uno podríamos

hacer un conjunto completo.

Mi primer instinto es cubrirme.

—No hagas eso —dice con una sonrisa lobuna en la cara.

Dejo caer los brazos a los lados. ¿Qué sentido tiene? Lleva cinco minutos mirándome.

—No deberías espiar a la gente —le digo, un poco molesta porque no ha hecho notar su presencia antes.

—Sabes que vivo aquí, ¿verdad? —Se ríe de nuevo—. Este balcón forma parte de mi casa. No te estoy espiando. Estoy sentado en el porche de mi casa. —Mueve las manos para mostrar las vistas de la ciudad, la razón por la que compré esta casa.

Me siento como si fuera tonta. Tiene todo el derecho a estar sentado o de pie justo donde está, en su propiedad.

—Bueno, estoy prácticamente desnuda —digo con la respiración entrecortada, consciente de que mi escote sin sujetador se derrama por encima de la camiseta sin mangas.

—No me importa. —Sus ojos recorren mi cuerpo. Camina hacia mi lado del balcón y se aprieta contra el borde de cristal que da a mi casa moviéndose de forma seductora y vagamente amenazadora.

Nunca habíamos estado tan cerca el uno del otro.

Trago saliva e intento hablar, pero mis ojos se clavan en su pecho, que es una placa de acero sin pelo.

—Tengo que prepararme para ir a trabajar —le digo. No le he mentido.

—No me has respondido. ¿Por qué te estabas frotando…? —pregunta.

No me doy cuenta hasta ahora, pero su mano se ha deslizado dentro de la cinturilla elástica de sus pantalones. Aprieto las piernas porque Jasper es demasiado para mí. Fornido y alto, y con mucho más músculo del que jamás he tenido en mis dos pequeñas manos… Pero no importa, porque Jasper es fornido y alto, pero también está casado.

—Me estaba… imaginando cómo sería estar embarazada —digo con sinceridad, porque mi cerebro está cortocircuitando y es incapaz de mentir.

—¿Quieres ayuda con eso? —pregunta.

Un silencio sepulcral flota en el aire, pero su rostro está completamente serio. ¿Estoy soñando? ¿Me ha preguntado eso a mí?

Debería resultarme algo siniestro viniendo del tranquilo Jasper, que apenas sale de casa y no me ha dicho ni una palabra en años. Pero de alguna manera… No lo es. Nos conocemos íntimamente, gracias a nuestra extraña manera de comunicarnos a través del voyerismo.

No puedo explicar esta relación a nadie. Chelsea no valora a Jason. En realidad, lo maltrata. Y probablemente soy la única que lo sabe, porque lo he presenciado con mis propios ojos.

—¿Dónde está Chelsea, Jasper? —susurro.

—Ha ido a llevar a Clementine a casa de su tía, que vive en South Hills. Y me ha dicho que más vale que tenga un trabajo cuando vuelva.

Aprieto el cuerpo contra la pared de plexiglás. Mi mirada oscila del pecho de Jasper a su mano, que por suerte descansa en la parte superior de su cintura.

—¿Por qué no… consigues uno? —le pregunto—. ¿Un trabajo? —Odio ser tan directa, pero parece un problema tan grave en su matrimonio que no puedo evitar preguntar.

—Ya tengo uno. Trabajo desde casa. Soy diseñador gráfico autónomo, pero Chelsea quiere que trabaje en una de esas cajas de cristal. —Señala los altos rascacielos que pueblan el horizonte de Pittsburgh—. Y no me veo capaz de hacerlo. Al parecer, quiere presumir de marido con traje y corbata delante de sus amigas.

Miro boquiabierta a Jasper, preguntándome cómo es posible que su aspecto físico sea un problema. También me pregunto ¿qué amigas? Porque nunca he visto visitas en casa de los Asad.

—Pues vaya.

—¿Quieres venir? —pregunta.

—¿Qué? —Me río incontrolablemente y decido que todo esto es una broma. Lo miro, expectante, y me doy cuenta de que quizá no lo sea —. Tengo que irme a trabajar.

—Eso ya lo has dicho. —Sonríe de nuevo.

Tengo que irme, porque si no, Jasper me va a meter en un problema.

—Esta vez sí que me voy. —Me doy la vuelta antes de que pueda cambiar de opinión.

—Vale, entonces tendré que sentarme aquí y disfrutar de la vista yo solo.

Me doy la vuelta una vez más y veo a Jasper… mirándome mientras me alejo.

CATORCE

ALLY

ZOOM

Me tapo las ojeras, intentando ocultar mi estrés a mis compañeros.

Me moriría antes que compartir con mis colegas de trabajo que tengo problemas matrimoniales. No somos ese tipo de compañeros, y eso me gusta.

Se abre la pantalla de Zoom. Mi fondo es una estantería falsa en otra casa que en realidad no es la mía. Ajusto rápidamente el filtro en línea. No parezco una mujer que se ha mudado hace poco a otro estado y ha sufrido un miniataque de nervios, pero me parezco mucho a ella.

Si me hubiera quedado en Charlotte, Ben le habría dicho a la gente que no me había ido con él porque no estaba dispuesta a comprometerme y priorizar por una vez su trabajo.

Puede ser muy emocional cuando sale su lado artista, impulsivo y apasionado. ¿Habría provocado que se portara mal?

Incluso podría haberse acostado con otra mujer, más joven y fértil. Su apetito sexual es casi insaciable. ¿Qué haría estando solo y separado de mí durante tantos meses, hasta las próximas vacaciones escolares?

Pensarlo me revuelve el estómago.

Alguien menciona unas estadísticas sobre las últimas tendencias en el cuidado dental desde la pandemia sobre las que podría opinar, pero no lo hago. Estamos elaborando informes para una empresa de blanqueamiento dental que aprovecha el hecho de que la gente ya no lleva mascarillas. Pero no puedo concentrarme en la llamada ni preocuparme por asuntos tan mundanos.

Sobre todo cuando el resto de mi vida se está desmoronando.

Hoy tengo una reunión mucho más importante de la que preocuparme. Y tengo que ir… sola.

* * *

Ningún hombre, mujer o niño debería tener que tumbarse semidesnudo en una mesa sin nadie a su lado. Ben debería estar aquí.

Hay una bata de papel sobre mi cuerpo y una mujer con uniforme médico azul que no conozco y que está a punto de meter una varita lubricada dentro de mi cuerpo. Hay una pantalla a mi derecha que muestra una imagen oscura. Odio el vacío, la ausencia de todo. Lo he visto demasiadas veces.

—Ahora va a sentir un poco de incomodidad… —dice.

—Vale.

No es lo invasivo del procedimiento. Soy adulta. He estado aquí antes y me hicieron la misma ecografía hace unos meses.

Es la inquietud, la incertidumbre por lo que podrían encontrar. O lo que podrían no encontrar. Siempre he sospechado que mis problemas médicos se deben a algo de lo que carezco. Algo que me hace diferente o no merecedora del milagro de la vida que parece llegar a todas las mujeres que me rodean.

—Solo estamos haciendo una exploración para confirmar que no tiene quistes ni otras obstrucciones. También comprobamos el grosor del revestimiento del útero —dice la especialista.

Mientras mueve la varita, no puedo evitar pensar: «Esto no está bien».

No es el orden natural de las cosas.

¿Por qué no he sido bendecida? ¿Por qué mi marido no está aquí conmigo?

—Tiene buena pinta —dice la especialista.

Saca la varita y la limpia.

—Me alegro de oírlo —digo. Y me fastidia tener que volver a pasar por ese proceso, pero es la política de la clínica. No tienen en cuenta las pruebas anteriores.

—A continuación, le harán un análisis de sangre, y todos los

resultados serán enviados a la doctora Batey.

Me incorporo en la camilla.

—¿La conoceré hoy? —Sería estupendo ver a la mujer responsable de crear mi futura familia. Y poner a este proceso una cara diferente a la de Emily Daugherty.

La especialista, alegre como son los especialistas, no deja de sonreír mientras dice:

—Oh, no. Hoy solo están programados el escáner y el análisis de sangre. Batey la verá otro día para comentarle los resultados.

Asiento con la cabeza, limpiándome la mucosidad que tengo entre las piernas. La doctora Batey empieza a parecerse al mago de la Ciudad Esmeralda. ¿Alguna vez la veré de verdad? ¿Aparecerá o es todo una ilusión? El doctor Williams era mucho más interactivo. Incluso me enviaba correos electrónicos después de mis citas para saber cómo estaba. No he recibido nada de esta mujer, aparte de una factura.

La especialista se va, pero mis pensamientos blasfemos continúan.

Uno de los diez mandamientos: «No te harás un ídolo».

He convertido a la doctora Batey en una especie de diosa que creará un hijo para mí, pero no debería hacerlo. Todavía está en manos de Dios.

Mis brazos y piernas desnudos se arrastran con incertidumbre, divididos entre lo que es moralmente correcto e incorrecto. Estoy tan tensa que podría gritar al vacío. Pero nadie me oiría.

Ni siquiera mi marido.

Lo que más temo de estas pruebas es que descubran mi mayor miedo: que en el fondo no estoy hecha para la maternidad.

«Te pasa algo».

Cuando Ben me dijo eso a la cara, sé que no se refería solo a algo físico.

Estamos a un millón de kilómetros de nuestra adorada iglesia en la ladera de Sedona, cuando éramos una pareja iluminada que se lanzaba al mundo a correr aventuras.

La forma en la que me ha hablado y tratado desde que nos hemos topado con este escollo ha sido inimaginablemente dolorosa.

También es la razón por la que uno de los bebés de la tumba sin

nombre que hay bajo el álamo pertenece a alguien que no es Ben.

Dios me estaba castigando entonces.

Y lo sigue haciendo.

Ya no hablo con él, pero es otra razón por la que quiero volver a Charlotte. Ansío su cercanía como una manta cálida bajo la que refugiarme cuando el mundo se vuelve frío. Cuando Ben se enfría.

Como hoy.

Ben sabía que necesitaba que viniera a esta consulta. Y no está aquí.

Me bajo de la camilla y vuelvo al vestuario de pacientes, en el que hay unas taquillas metálicas, pensando en que no le he dicho a Sebastian que me iba. Prometimos no volver a hablarnos después del embarazo. Era lo mejor.

Pero ahora tengo la sensación de que he desertado.

Un día Sebastian pasará por delante de mi antigua casa y verá que todas las luces están apagadas y que no hay coches en la entrada.

Y otro día pasará por allí y verá un cartel de «Se vende» en el jardín.

El jardín donde sabe que está enterrado nuestro bebé también está en venta.

Me haría polvo pasar por su casa y ver lo mismo.

Es un hecho que no puedo revelar a Ben.

Pero, para mí, Sebastian está a salvo. Sebastian siempre ha sido una persona a la que puedo contarle mis secretos.

Sebastian es terrible para mí, pero me salvó de mí misma hace años de una forma que hace que ahora sea imposible olvidarlo. A pesar de que Sebastian es «Pecado».

QUINCE

ALLY

PECADO

2005

En nuestro parque de autocaravanas abunda la pobreza. Justo antes de las vacaciones de verano, hubo tres casos de piojos. No es raro en este pueblo dejado de la mano de Dios situado a las afueras de Crowder's Park, un páramo olvidado.

Hoy he vuelto a pelearme con mi madre porque se niega a irse de aquí al complejo de apartamentos que he encontrado más cerca de Charlotte.

En este caluroso día de verano en Carolina, estoy aquí fuera en lugar de en la autocaravana, donde hace un poco más de fresco.

Alguien grita a su perro que vuelva a la valla metálica que rodea su casa modular.

No me gusta ese perro. Nunca me ha mordido, pero, con su temperamento, podría hacerlo.

Sebastian, con pantalones cortos, camisa de manga larga y gorra, llega en su coche destartalado.

—¿Quieres ir a la piscina conmigo? Parece que tienes calor.

Sé que quiere decir que estoy sudorosa, pero su voz deja entrever un doble sentido.

Conozco a Sebastian desde que estaba en preescolar. Hablamos entre nosotros en las pequeñas y mordaces dosis que provienen de una infancia infeliz, en la que estábamos más cansados y derrotados que otra cosa. Nunca me ha invitado a salir en diecisiete años, y eso me mosquea.

—Se supone que tengo que preparar la cena. Se lo he prometido a

mi madre.

Sonríe.

—¿Todavía es gerente en el Dollar General?

—Sí.

Sebastian se ríe, como si él pudiera encontrar un trabajo mejor.

—Es un buen curro para lo que hay en este pueblo. Mantiene un techo sobre nuestras cabezas —digo.

Sebastian mira nuestra casa de mierda, y ambos sabemos que nada en nuestro vecindario es digno de orgullo.

—Venga. Disfruta un poco de la vida. Es verano. Vente a nadar. Lo único que haces es trabajar y estudiar. Se ha acabado el instituto, Ally.

Ha dado en el clavo, porque es verdad.

Todos los días que he vivido en Shelby como adolescente, lo único que he hecho ha sido tramar y planear una forma de irme. Nunca he intentado divertirme. Desde que papá se fue, no parecía un lugar en el que mereciera la pena crear recuerdos.

—Está bien. Como quieras.

Llegamos a la poza y nos columpiamos en lianas que podrían romperse en cualquier momento, para enseguida sumergirnos en el riachuelo.

Nunca se rompen, pero de todos modos me tiro al agua de buena gana.

El agua fría masajea mi piel. Veo cómo la espuma blanca se arremolina alrededor de mis delgados brazos.

Nos salpicamos mutuamente. A Sebastian no parece gustarle, porque me hunde un par de veces, pero sin hacer mucha fuerza. Me levanta para que salga a la superficie y yo jadeo.

—Idiota.

—¿Necesitas que te haga la respiración boca a boca? —pregunta.

Vuelvo a salpicarle y le golpeo el hombro musculoso, riéndome.

—¡No!

Cuando hacemos una pausa para tumbarnos en el lecho del arroyo, me vuelve a aplicar la crema solar sin que se lo pida y me hace un masaje en el cuello. Es agradable notar sus fuertes manos en mis músculos tensos.

—¿No estás cansada de ser siempre una niña buena? —pregunta.

El agua del arroyo resbala de nuestros cuerpos. Las gotas cuelgan de la punta de su nariz, de sus labios… Ahora estamos a escasos centímetros el uno del otro, y nunca me había fijado en lo bonitos que son sus ojos, con unas pestañas lo bastante largas como para retener también el agua.

—Sí —susurro.

Entonces me besa, y yo dejo que lo haga…

Durante todo el verano.

Mi primera gran aberración contra la Iglesia la cometí con Sebastian: fornicar. Pero no sería la última.

DIECISÉIS

EMILY

COMPLEJO DE DIOS

Aún no me he armado de valor para decirle a Batey que he decidido someterme a su tratamiento de fertilidad. Cuando salí de casa de mi madre, estaba entusiasmada y me sentía fuerte y firme en mis convicciones, pero llegó el lunes y Jasper me distrajo, dejándome dolorida —ojalá fuera en el buen sentido— por tomar siempre la decisión más práctica. Ojalá pudiera dejarme llevar.

Me hace preguntarme si estoy tomando la decisión correcta.

Batey es la misma persona que me convenció para congelar mis óvulos, pero a veces se burla de las pacientes que soportan solas el proceso de fertilidad. Recuerdo sus comentarios después de que una mujer soltera le preguntara por la posibilidad de hacerlo sola:

«Ha llorado durante la consulta. Esta ni siquiera aguantará las inyecciones. Te lo garantizo».

Batey prefiere trabajar con parejas que cuentan con un sólido sistema de apoyo y, ocasionalmente, con mujeres solteras con una carrera profesional y una gran voluntad. Pero sé que ella no piensa eso de mí.

«Alguien tan manso y apacible como tú necesita un compañero fuerte», me dijo después de mi procedimiento de extracción de óvulos.

Sin embargo, ya he decidido cómo la voy a convencer.

Le diré que me preocupa la viabilidad de mis óvulos y que no quiero esperar ni un minuto más. Soy una gran candidata. No hay problemas de salud ni obstáculos económicos para mis tratamientos. Científicamente, tendrá sentido para Batey, pero socialmente, me verá como una fracasada. En este momento no voy a poder soportar

que me juzguen.

Sin mencionar que Batey ha puesto otro 911 en mi escritorio. Tengo los nervios a flor de piel por el anuncio de mi fecundación *in vitro*, y la verdad es que no quiero ocuparme de esa consulta. La última casi acaba conmigo.

La doctora Batey revuelve los papeles que hay sobre su escritorio y mete algunos apresuradamente en su maletín, sin prestarme atención. «Plántate, Emily».

—Doctora Batey… La última consulta no fue muy bien. Quizá debería ocuparse usted de esta. Los pacientes estaban muy enfadados porque usted no estaba y…

—¿Por eso desobedeciste mis órdenes? Nunca te había detenido una paciente enfadada. A todos nos disgusta recibir noticias decepcionantes. ¿Por qué fue diferente con la anterior? —Levanta la vista brevemente.

—Hizo… muchas preguntas; el tipo de preguntas que dificultaron decirle que no.

Batey deja de hojear la pila de papeles de su escritorio.

—¿Te refieres a preguntas como las de Corini?

Aprieto mi café helado ante la mención de la doctora Corini. Es la paciente que casi deja al descubierto a la doctora Batey. La doctora Corini se presentó a su cita con numerosos estudios sobre cuándo implantar embriones al tercer día tras la fecundación, y cuándo al quinto día.

Cuestionó nuestros procedimientos, y yo casi me derrumbé y le conté la extraña regla de Batey. Batey solo implanta embriones en el quinto día, sin excepciones. Si los embriones no son de la mejor calidad en el quinto día, los desecha o pasa el caso a otra persona para que su tasa de éxito no disminuya. Antes de Corini, ni una sola paciente había cuestionado nuestras prácticas. No hay nada más peligroso para Batey que una paciente con demasiada formación.

Mi jefa sabe cómo ponerme nerviosa.

—No, no, solo eran preguntas incómodas. La pareja estaba irritada porque usted no estaba. Además, los conozco personalmente… Así que… —No me voy a explayar más. No creo que me beneficie.

—Emily, la única forma de vencer tu miedo a comunicarte con los

demás es enfrentándote a ellos. Esto te ayudará también en tu vida personal —predica.

Asiento con la cabeza. Batey es una ególatra interesada con una necesidad imperiosa de moldear el mundo a su imagen y semejanza. Pienso en la cara puntiaguda y pulida de Batey, de pie en un podio a miles de kilómetros de distancia, dando una conferencia que la hace parecer la mujer más inteligente del mundo, mientras yo sufro en la sala gris violácea de la tranquilidad haciendo la parte más dura de su trabajo: asesorar a los pacientes.

Es un momento terrible para contarle mi decisión de recurrir a un donante de esperma para la fecundación *in vitro*. Culpará a la introversión de mi incapacidad para encontrar pareja e insistirá en que la única forma de que conozca a alguien es mejorar mis habilidades comunicativas. Después de mi interacción con Jasper no puedo evitar pensar que a lo mejor tiene razón.

—Pero… —Suena el teléfono de la oficina, interrumpiéndonos.

—Te dije que las botas de Anderson estaban en la entrada —le grita Batey por el auricular a quien solo puedo suponer que es su marido, un auxiliar judicial que trabaja desde casa. Ya he oído más veces a Batey gritarle comentarios despectivos, pero nunca la he escuchado replicar—. No puedo creer que me hayas llamado al trabajo para molestarme por unas botas de fútbol. —Y… plas, plas, cuelga el teléfono—. No me puedo creer que me haya llamado. ¿Quién se cree que soy, la asistenta? —suelta.

Es una triste ironía que haya dedicado su vida a crear familias para desconocidos, para luego descuidar la suya propia.

—No me había dicho que Anderson jugaba al fútbol. ¿Está en una liga anual? Con suerte, podrá ver algunos partidos. —Tal vez así reconsidere aceptar la cita de hoy si la ablando, pero esa misma afirmación es la que hace que deje de revolver papeles y me mire fijamente.

—Su padre puede hacer de animador. Soy una mujer muy ocupada. Estoy haciendo algo más que cambiar vidas: las estoy creando. Mis hijos lo entenderán cuando sean mayores. De todos modos, un niño necesita más a su padre —afirma.

—Claro —digo. Pero cuando sean mayores no lo entenderán, solo la

odiarán. Todo el mundo sabe que los chicos que no tienen buenas madres acaban siendo los peores maridos y padres del mundo.

—Aquí no tenemos solo un trabajo que hacer. Dicen que los médicos tienen complejo de Dios, pues bien, no hay nada que nos acerque más a Dios que esto. —Batey vuelve a mirarme a los ojos y el brillo de su mirada es realmente aterrador.

No respondo. Ayudamos a traer vida al mundo…, pero trabajar para alguien que piensa que tiene un trabajo similar al de nuestro Salvador puede ser bastante difícil a veces.

Batey me suelta enfadada:

—Bueno, ya tienes lo que querías. Esa pareja… Tu amiga… —lo dice con tanto rencor que estoy segura de que ella no tiene amigos de verdad— ha conseguido un hueco en la agenda de la semana que viene.

—¿Qué? —Me agarro al borde del escritorio de Batey y cojo la agenda delante de sus narices. Se echa hacia atrás y me mira como la invasora de espacio que soy. No me gusta que Ally haya conseguido hueco en la agenda antes que yo, pero, aunque sea así, le llevo varias semanas de ventaja. Ya me han extraído los óvulos.

—Bueno, eso es lo que querías, ¿no? —pregunta.

No es lo que quería. ¡Yo quería ser la primera!

—Sí, vale, pero quería hablarle de algo más. —Las palabras arden en mi lengua. Ally no puede tener un bebé antes que yo.

Con Ben. En mi propio laboratorio.

Batey se levanta, con los papeles de su cartera de piel bien ordenados en sus separadores.

—Date prisa. Intento conseguir plaza en un vuelo a Nueva York antes de lo previsto.

—He decidido someterme a la fecundación *in vitro* con los óvulos que me animó a congelar hace años.

Batey parpadea, solo una vez.

—Muy bien.

—Sola. Con un donante.

—Lo suponía —dice.

Vuelvo a colocar la agenda semanal de la clínica sobre su mesa.

—Y quiero formar parte de la agenda… de inmediato. Quiero un

hueco la semana que viene.

Batey parpadea dos veces.

—Bueno, trabajas aquí. Hazlo realidad. No soy la animadora de Anderson y tampoco soy tu secretaria.

Y después de decir eso sale por la puerta. Y yo me quedo con su consulta.

Por ahora parece un intercambio justo. He negociado lo que quiero, que es estar en la agenda lo antes posible, y ella ha conseguido lo que quiere, que es librarse de ese 911.

Y Ally Holiday… también ha conseguido lo que quiere.

¿O no? ¿Ben la está empujando a probar nuestros servicios porque no pueden hacerlo solos? Percibí muchas dudas en ella, y ninguna en él.

Mis dedos recorren el tablero de corcho de la consulta de la doctora Batey que contiene las fotos de los muchos bebés concebidos en nuestra clínica. Mi mano se detiene un instante en las caras de las gemelas que casi no logran entrar en el tablero.

Son las gemelas de la doctora Corini.

La doctora Batey le pasó el caso de la doctora Corini al doctor Woo.

Exhalo profundamente y salgo del despacho de Batey con mi bebida, sintiéndome como si hubiera conquistado una pequeña montaña. Es demasiado temprano para que ya hayan pasado tantas cosas. Son las siete y media de la mañana de un lunes y aún no me he bebido todo mi café de Starbucks.

Según el último ejemplar de *OK!*, a mi actriz favorita, Jennifer Garner, le gusta el café solo helado. Así que, en su honor, y porque se supone que hoy va a hacer calor, esta mañana me he tomado mi primer café helado. Creo que la razón por la que leo prensa del corazón es para escapar de la realidad. He aprendido que hay cosas que no se pueden comprar, y el amor es una de ellas.

La dignidad es otra.

Me siento en mi mesa del laboratorio, con una nueva revista del corazón a mi lado, y miro fijamente hacia delante.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Ralphie.

Ralphie es uno de los técnicos del laboratorio. Es un chico tranquilo de unos veinte años que solo me habla cuando necesita algo, y lo

adoro por eso. Trabajamos muy bien juntos, casi siempre en silencio.

—Batey me ha endiñado otra consulta —le digo.

—No me lo puedo creer. ¿Cuándo?

—Dentro de una hora —le digo.

Ralphie frunce el ceño.

—Esa mujer nos va a hundir a todos. Deberías decírselo. Tienes que dejar de ser una cobarde, Em.

—Me temo que eso es imposible. Incluso en nuestro laboratorio. —Me río, y Ralphie también.

No me siento bien siguiendo las órdenes de Batey, pero la necesito de mi lado para que apruebe mi agenda de última hora. Ahora soy su paciente. Si la cabreo, lo retrasará todo hasta Navidad.

—No pongas esa cara. ¿Has conseguido alguna cita en alguna de esas páginas web que estabas mirando? Tienes que olvidarte de este lugar durante un rato —dice Ralphie.

—No. Creo que se acabó eso de conocer hombres por Internet.

Ralphie se ríe.

—Ni siquiera puedo responder a ninguno de los chicos que recientemente me han seleccionado como su pareja predestinada. Para mí, encontrar el amor a través de un sistema generado por ordenador no tiene nada de romanticismo. Si las personas estuvieran destinadas a ser catalogadas como animales de laboratorio, habrían nacido con mejores marcadores genéticos y se habrían emparejado al nacer —digo.

—Mmm… Quizá deberíamos inventar esa aplicación —bromea Ralphie mientras mueve las muestras bajo la lente de su microscopio.

Me acomodo en mi taburete.

—De verdad, todos los encuentros que salen de la web de citas empiezan y acaban igual: un tipo que intenta estar a la altura de un perfil que ha creado y que suele ser falso y estar burdamente hinchado. Por no hablar de las fotos, que no coinciden con la persona real.

—Eso está muy mal —dice Ralphie.

—Busca pareja pronto, Ralphie. Los perfiles de las webs de citas mienten —le aconsejo.

—No estoy cerrado a ello, señorita Emily.

Me ajusto las gafas a la cara. Nada es más real que lo que hacemos en este laboratorio. Por eso creo que es difícil conectar con la gente en Internet.

Mi teléfono zumba en el bolsillo.

—Maldita Lisette.

Lisette venera a Batey, y como yo dirijo el espectáculo de magia, soy su ayudante enguantada. Es hora de mi consulta…

DIECISIETE

ALLY

VOZ

—Solo necesitaba oír tu voz. —Cruzo los brazos sobre el pecho en un abrazo mientras me balanceo en el asiento delantero de mi coche.

—Ally… Acordamos que no haríamos… esto. —Hay ruido de fondo; probablemente Sebastian esté en una obra. Me lo imagino con un casco, un chaleco reflectante y un portapapeles dirigiendo a un equipo que está construyendo un puente o una torre.

Algo más físico y productivo que planear una clase en la que los alumnos tienen que hacer un precioso… animal de cartón piedra.

Además, apuesto a que él habría dejado su puesto de trabajo sin dudarlo para acompañarme hoy a mi cita médica si la situación fuera diferente.

Si fuera su hijo el que intentábamos crear.

Sebastian me ayudó a enterrar a nuestro bebé, mientras que Ben nunca vio nuestras pérdidas como hijos reales. La diferencia entre los dos hombres es cegadora para mí algunos días. Y al mismo tiempo, cuando Ben me decepciona, como hoy, no puedo ver nada más.

—Me he mudado, Sebastian.

Ben es a quien juré amar y cuidar ante Dios.

Ben también es el que me pidió que me casara con él, no Sebastian. En el pasado, el amor de Sebastian no era estable. ¿Podría serlo ahora?

—¿Qué quieres decir con que… te has mudado? —Su voz suena sarcástica, y entiendo por qué. Puede que él y yo hayamos hablado muchas veces de marcharnos del sur, pero es donde debemos estar.

—Es temporal, pero me he mudado a la ciudad natal de Ben en Pensilvania.

Se hace el silencio al otro lado de la línea, excepto por el débil sonido de metal y voces de hombres.

—¿Por qué? ¿Están los padres de Ben… enfermos?

—No, están bien. Estamos todos bien. Pero, mmm…, quiere que reciba tratamiento en una clínica de fertilidad que hay aquí y ha conseguido trabajo en un colegio local, así que es solo hasta que me quede embarazada.

—No parece temporal. Y yo que pensaba que estabas en contra de las clínicas…

Lo dice como si estuviera haciendo algo siniestro. Como si fuera a una clínica abortista, en lugar de todo lo contrario, un lugar donde crear una vida. Pero a mí nunca me lo parecerá, y él lo sabe.

—Yo estaba… —Me paso las uñas por las perneras de los vaqueros. «Está mal, ¿verdad?».

—¿Y qué ha cambiado? —pregunta, dubitativo.

No estoy segura de cómo responderle. La última vez que hablamos no me planteaba la fecundación *in vitro*. Eso fue antes de mi pelea con Ben. Pero sigo sin estar convencida de que la fecundación *in vitro* sea la solución. No puedo decir que, si me quedo embarazada en esta clínica, aceptaré plenamente al niño creado allí. Algo en la forma en que ese niño fue creado siempre me parecerá contaminado, porque no es como Dios quiere.

Sigo queriendo una familia por encima de todo, pero ¿y si no soy capaz de quererlo a él o a ella porque no son fruto del amor? ¿Y si no puedo establecer un vínculo con ellos porque se formaron en un laboratorio?

—No ha sido idea mía, pero he decidido intentarlo. —Mi voz apagada me delata.

—Vamos, que Ben te está obligando a hacer esto. Porque al señorito se lo han dado todo hecho y no soporta ser el único de su grupo de amigos privilegiados que no tiene hijos. Le estás arruinando el estilo.

—No es eso, Seb. Él solo quiere una familia. Y yo también. Hoy lo he pasado muy mal en la cita médica.

Hay más ruido de fondo, como si alguien estuviera manejando una sierra.

—¿Por qué no estaba allí contigo?

—Vamos a tener que ir muchas veces más y ha tenido que faltar a esta.

—Ya veo. Bueno, mi oferta sigue en pie, lo sabes ¿verdad? —pregunta.

Me quedo mirando el techo del coche, parpadeando para contener las lágrimas. Por eso lo he llamado. Eso es lo que necesitaba oír. Sebastian es mi tentación, la manzana envenenada que a veces me sabe tan dulce que no puedo evitar darle un mordisco.

Solo un bocado. Por favor, Dios, concédeme ese deseo.

—¿A dónde iremos? —susurro, como solía hacer cuando éramos más jóvenes.

Aún puedo vernos holgazaneando en un caluroso día de julio, con el sol ardiendo en el cielo. Estamos tumbados sobre la colcha de retales de su madre, con las piernas cruzadas, y él tiene un libro en la mano que no está leyendo. Mi cabeza está en su regazo y mis pies, encogidos hacia la derecha; los suyos están estirados hacia delante. Siempre ha sido alto y esbelto.

Lleva una camisa de manga larga para protegerse la piel y una gorra.

Respondería algo así como:

—A Mobile, Jacksonville o Nueva Orleans. Mi primo tiene un restaurante criollo en Baton Rouge. Podría trabajar allí. Aunque tendrías que tratar con mis parientes, y ese es el lado alocado de mi familia.

—No puede ser peor que la mía —diría yo, aturdida.

Puedo vernos en cualquiera de esos lugares. Los dos juntos en días tranquilos, calurosos y brumosos. Leyendo libros, haciendo el amor y nadando hasta que nos fallaran las piernas.

Sebastian es mi pasado, y el tiempo que pasamos juntos se parece mucho a una fantasía. Probablemente sea solo eso. Mamá decía que es fácil encontrar las imperfecciones en las cosas que no son nuevas porque aún no han tenido la oportunidad de arrugarse. Ese dicho se me quedó grabado, pero ahora mismo es difícil seguir su consejo. Y

Sebastian está lejos de ser nuevo.

—¿Qué te parece a Miami, Galveston o Venice Beach? —Siempre recita las ciudades tan rápido que estoy segura de que el cerebro de Sebastian funciona como un atlas.

—Las dos últimas están demasiado al este.

—Más lejos de Pensilvania. Solo quiero que seas feliz, Ally. Es lo único que he querido siempre. —Se oyen gritos de fondo—. Oye, tengo que colgar. Llámame si vuelves a la ciudad, ¿vale?

Cuelga y me quedo pensando en muchas cosas.

¿Por qué hago esto si me produce tanta infelicidad?

La invitación de Sebastian a que le llame cuando regrese a la ciudad es lo que más me llama la atención. Va contra las normas, contra las reglas muy estrictas que pusimos la última vez que tuve problemas en mi matrimonio y las cosas se nos fueron de las manos. ¿Ve que lo mío con Ben está casi acabado? Él es muy avispado, pero quizá no haga falta mucho para ver la brecha evidente en nuestro matrimonio.

Tengo miedo de ir a la fiesta de Laurel y que los demás también noten que no soy feliz, que Ben no es feliz y que ambos somos desdichados el uno con el otro. ¿Cambiará algo un bebé? ¿O lo empeorará?

* * *

—¿Qué tal tu día? —pregunta Ben. Deja caer su mochila al suelo con un suspiro.

—Ha sido bastante duro —admito.

Ben coge un vaso del armario, lo llena de agua y bebe un largo trago.

—¿Te han dado malas noticias en la clínica?

—No, Ben. Pero podrían haber encontrado algo hoy, y tú no estabas allí conmigo.

—Ally…, ya te habías hecho esa prueba. Si hubiera algo que fuera a salir en una ecografía, probablemente ya lo habrían encontrado. Dijeron que hoy solo te iban a hacer una prueba preliminar y unos análisis de sangre.

Miro con desdén a este hombre tan torpe que también es mi marido.

—Es un sitio nuevo. El personal es nuevo. ¿Cómo sabes que no han utilizado equipos especiales o me han hecho pruebas distintas a las que me han hecho antes?

—Bueno, ¿ha ocurrido eso?

Mi temperatura corporal aumenta ante todas las preguntas. El hecho de decir que he tenido un mal día sin él debería bastar para que me pidiera perdón o, como mínimo, para que me diera un abrazo.

—No lo sé. Supongo que no, pero eso no quita que haya estado en una clínica nueva sometiéndome a pruebas muy estresantes.

—Bueno, yo tenía que empezar en un nuevo trabajo, algo que también ha sido muy estresante, y te prometo que iré la próxima vez. ¿Has visto a Emily? —Me pone las manos en los hombros, pero los muevo para que me suelte.

¿Está intentando enfadarme todavía más?

—No la he visto… Y tú no estás entendiendo nada.

—Y tú estás siendo muy difícil.

Me enfado aún más y luego me pregunto si no *seré* yo la que no está entendiendo nada. ¿Por qué habrá sacado Ben el tema de Emily? ¿Su razonamiento para no querer ir a la clínica estaba relacionado con ella de alguna manera? Sé que habló con ella en el pasillo antes de regresar del baño. Lo llevaba escrito en la cara cuando volvió a sentarse. ¿De qué hablaron?

—¿Por qué no vamos a dar un paseo por el campo, para desahogarnos? A los dos nos vendría bien hacer ejercicio —dice Ben.

—No quiero ir de paseo contigo —le digo. *«Porque podría tirarte por un puto acantilado»*.

—Como quieras. —Se va y sube las escaleras. Oigo el ruido de los cajones mientras busca su ropa de deporte en el desorden del piso de arriba.

La solución de Ben es escapar de mí en la naturaleza. Le gustaría que lo acompañara, como en los viejos tiempos, pero yo solo puedo pensar en los ratos que pasé entre la maleza mucho antes de conocerlo.

En compañía de un hombre diferente, de piernas largas y bronceadas sumergidas en el agua que había bajo nosotros. Me gustaría escaparme a algún sitio, eso está claro.

A Miami, Galveston o Venice Beach…

DIECIOCHO

EMILY

INTERCAMBIO

Ally tiene una cita hoy.

Me mantendré alejada de la sala de procedimientos, pero mentiría si dijera que no siento una gran curiosidad por los resultados de su exploración inicial. Desde el momento en que pronunció las palabras: «La investigación es mi vida», todo parece una competición.

Quiero acorralar a Ben y preguntarle: «¿Qué te atrajo de ella? ¿Qué fue? ¿Su personalidad? ¿Su aspecto? ¿O fue porque te recordaba a mí?».

Nunca tendría el valor de hacerlo, pero, cuando me siento sola por la noche a ver Netflix, imagino que soy uno de los valientes personajes de la pantalla que sí lo tiene.

He estado trabajando con el coordinador para entrar en la agenda lo antes posible, y ahora mismo cuento con que se produzcan al menos una o dos cancelaciones para agilizar el proceso. Ya voy por delante de Ally. Mis óvulos sanos fueron extraídos hace años y están congelados.

Pero voy con retraso, porque no tengo pareja y aún no he visitado el banco de esperma ni he empezado con las inyecciones.

No quiero que haya algo malo con Ally. Tal vez una razón para retrasar su tratamiento, pero nada que lo dificulte.

Quiero que Ben sea feliz. De verdad. Tener familia siempre fue una parte esencial de sus planes de futuro. Se merece un hijo propio.

Solo quiero ser la primera.

Quiero anunciar que estoy embarazada antes de que lo haga Ally.

¿Tan terrible es?

Mi carísimo café no me ha sentado nada bien.

Puedo sentir cómo la competitividad aumenta con mi reflujo ácido. Pero para mí es más que un concurso de quién se ha quedado embarazada antes. Quiero recuperar un trocito de lo que debería haber sido mío.

Si hubiera tomado otras decisiones entonces, y si Ben me hubiera esperado un poco más, sería a mí a quien haría compañía en esta clínica, no a ella.

Siento un impulso malicioso de estropear su momento de alegría. Aparecer en casa de Laurel y anunciar…

«Debo de ir uno o dos meses por delante de ti, ¿no es genial?».

Ally estará todavía con las inyecciones y el proceso de retirada de óvulos. Tal vez esté hecha polvo. Tal vez quiero eso.

Ya será bastante duro ser la única de la fiesta sin acompañante.

Reunirnos con nuestro bullicioso grupo de amigos de la universidad por primera vez en años será abrumador, y no se me ocurre mejor momento para fastidiar la noticia del bebé de Ally.

Me lo merezco, ¿no? Puede que haya deseado que volviera algún día, pero no con ella.

DIECINUEVE

ALLY

HUIR

Ben está raro desde que ha llegado a casa, y al principio pensé que era por el trabajo nuevo, pero ahora creo que quizá estaba evitando acompañarme a la clínica por otra razón: Emily. ¿Es ella el verdadero motivo por el que ha vuelto a casa?

Odio pensar que sea posible, pero, a juzgar por su postura ahora mismo, está ocultándome algo.

—¿Por qué no me cuentas de qué hablasteis en el pasillo? ¿Es algo tan incómodo que ya no puedes acompañarme a mis citas?

—No fue nada. Solo le pedí que hablara bien de nosotros a Batey —dice, con las manos en alto, como si lo hubieran pillado.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque pensé que te enfadarías.

—Estoy enfadada. No quiero que nos acepten como pacientes por enchufe. Quiero médicos que se impliquen con nuestro caso.

—Están implicados. No habrían aceptado tratarnos de otro modo.

Me alejo de Ben y subo las escaleras. Es normal que las parejas tengan desacuerdos, pero probablemente no sea natural que las mujeres tengan maletas secretas escondidas en el armario. Momentos después, oigo la puerta cerrarse de golpe.

Habló con su ex sobre mi historia médica. Me pregunto de qué más hablaron en ese pasillo. Estuvieron ahí mucho tiempo…

Si Ben se comporta así, yo no voy a ser menos.

Así que empiezo a llenar la maleta de ropa que le podría gustar a Sebastian.

Toco con los dedos los flecos de un bikini diminuto que probablemente ya no me quede bien, pero a Seb no le importará. Es

rosa neón, chillón y llamativo, y es muy apropiado para Miami Beach.

Los pantalones cortos son los siguientes. Demasiado cortos. Definitivamente, no son nada cristianos.

Porque si abandono esta vida, también abandono la anterior.

He intentado seguir el camino, construir mi vida a Su imagen. He rezado y rezado para que me ayude con mi matrimonio y a tener familia. Pero no he recibido ninguna respuesta ni señal divina.

Y estoy cansada.

Estoy tan jodidamente cansada…

Me limpio las lágrimas mientras meto un vestido de verano en la maleta. Uno muy corto. Lo compré hace años y nunca me lo he puesto, sigue teniendo la etiqueta. Las chanclas son lo siguiente. Mis zapatos de vestir pueden quedarse aquí, porque también dejaré mi trabajo.

Esa es la escapatoria que me ha ofrecido Sebastian.

Sebastian no es solo un ex al que no he olvidado: es como una realidad alternativa a la que puedo acudir en cualquier momento. A diferencia de los de Sedona, es un verdadero vórtice por el que puedo pasar a un mundo diferente; una vía peligrosa en un matrimonio que se está desmoronando, porque no es oro todo lo que reluce, pero sí que lo es fuera de Pensilvania.

Es verano y la hierba ya se está volviendo marrón, pero en el sur no está así nunca, y simplemente no puedo hacer de este lugar mi hogar.

Lo triste es que Ben no tiene ni idea de lo fácil que sería para mí dejarlo y no volver jamás.

Cuando amenazó con desertar por su trabajo de profesor, fue difícil no dejarle marchar y a continuación llamar a Sebastian para decirle que estaba de camino. Ahora, estoy empezando a pensar que a lo mejor era lo que él quería. Mientras yo pensaba en volver con mi antiguo amor, ¿él hacía lo mismo?

¿Esto es lo que pasa cuando el matrimonio ya no es una novedad?

Fantaseé con la idea de que Ben volvía a casa y veía que me había llevado todas mis pertenencias: «¿Cómo te atreves a abandonarme?».

Ben sabe cómo mi padre salió de mi vida, y el daño que su propia partida provocaría en mí.

Pero yo seguía intentando mantenerme en el buen camino. Aún intentaba honrar mis votos matrimoniales.

Tengo pasaportes falsos.

Sebastian me los hizo la primera vez que Ben y yo pasamos por una mala racha. Aún están en el bolsillo interior de mi maleta. «Es una forma de irse sin dejar rastro», dijo Sebastian.

No es que Sebastian sea un oasis perfecto. Sé que no lo es.

Pero tiene imperfecciones y acepta todas las mías, y siempre lo hará.

Nunca sentiré que no soy suficiente para él. No es que quiera o no quiera tener hijos. Es que le da igual.

No cree en el matrimonio convencional. No le importa si tengo una carrera de alto nivel.

Una vez fuimos felices sin nada de eso. Y podremos volver a ser felices.

Podría tomarme un descanso de todo esto. Dejar atrás el trabajo competitivo y las expectativas, y romper con el ritmo agotador del mundo corporativo.

Retirar la mitad de nuestros ahorros —los míos y los de Ben—, aunque, si soy sincera, la mayor parte del dinero es mío. Y podría utilizarlo para otra cosa en lugar de para costear la parte de los tratamientos de fecundación *in vitro* que el seguro no cubre, porque no lo cubre todo. El dinero podría servir para rehacer mi vida en la playa con Sebastian. Él podría trabajar en la construcción y yo podría dedicarme a algo sencillo, en el sector turístico, por ejemplo.

Me encanta estar al aire libre y explorar otras culturas.

Mi trabajo actual me tiene atada a un escritorio.

En lugar de soñar con viajes a los que ya no voy con Ben, podría estar conduciendo una lancha en los Everglades o hacer sonar la bocina mientras conduzco un minibús a pedales por Miami. Un trabajo que me permita interactuar con la gente a un nivel real en lugar de limitarme a observarla entre bastidores.

Puede sonar ridículo para cualquier otra persona, pero los confines de la América corporativa y un marido silenciosamente descontento

son los ingredientes perfectos para una ruptura limpia. Nunca tengo que preocuparme de que la oferta caduque con Sebastian. Sus relaciones románticas no duran porque no cree en el matrimonio, pero dijo que conmigo tendría una relación de «compañeros de vida». Una oferta de monogamia de Sebastian siempre ha sido suficiente para mí.

Mientras dejo un tanga de encaje encima del vestido, me dispongo a hacer lo que siempre hago antes de entregarme por completo a una vida de desenfreno y pecado: llamo a mi madre.

* * *

—Te echo de menos, cariño —su voz suena preocupada.

—Yo también te echo de menos, mamá. Ya estoy pensando en volver a casa. —Empujo hacia abajo la ropa de la maleta para hacer sitio para más.

—¿Vienes de visita? ¿Cuándo? Me aseguraré de despejar mi agenda.

Después de casi treinta años, mamá sigue trabajando en el Dollar General. Su autocaravana de Shelby está pagada. Le he ofrecido alojarla en un centro comunitario más cerca de Charlotte donde pueda relacionarse con otros adultos de su edad, pero no quiere ni oír hablar de ello. Y no quiere caridad. Dice que el trabajo le da un propósito, aunque nunca he entendido cómo una vida dedicada a la venta de chatarra puede hacer algo así.

—No… No sé si puedo quedarme aquí, mamá. No me gusta Pensilvania. Y… No creo que pueda soportar las pruebas médicas. Siento que no está bien. Lo noto en mis entrañas.

Mi madre suspira.

—Si te vas, tu matrimonio podría no soportarlo.

—Me temo que puede que ya no tenga remedio. —Es la primera vez que lo digo en voz alta, o que lleno la maleta hasta arriba. Para mí tiene más significado del que debería. Cada nervio de mi cuerpo me impulsa a cerrar la cremallera y salir corriendo por la puerta.

Podría hacerlo. Podría dejar a Ben hoy y no mirar atrás.

—Lucha. Lucha por tu matrimonio, Ally —dice con voz ronca—. Te

arrepentirás si no lo haces.

—¿Tú, de entre todas las personas, esperas que deje a unos científicos hacer un bebé y ponerlo en mi vientre? —No puedo creer que estemos debatiendo un tema al que ella se ha opuesto rotundamente desde el momento en que lo planteé. Solo cambió de opinión cuando Ben amenazó con dejarme para mudarse a otro estado.

—No, por supuesto que no, pero esa no es tu única opción… Puedes hablar con Ben sobre la adopción si su manera no funciona. El matrimonio es una cuestión de compromiso. Si lo dejas ahora… —No termina la frase, pero no tiene por qué hacerlo.

—Ben no quiere adoptar —replico—. Y yo tampoco —digo, porque la idea de criar a mi propio hijo ya es bastante desalentadora. Criar al de otra persona en el estado de mi matrimonio actual parece imposible. Esto solo funcionará con alguien que hemos creado juntos. No sé por qué, pero es algo de lo que estoy completamente segura.

—Inténtalo, Ally —dice con la garganta seca—. Si no lo haces, te arrepentirás. Si lo intentas todo y aun así no funciona, al final podrás decirte a ti misma que lo hiciste lo mejor que pudiste.

Cierro los ojos ante sus palabras, porque sé que tiene razón.

Ben es un buen hombre, aunque a veces se comporte de una forma algo insensible y densa. Todavía quiere una vida conmigo. Quiso que viniéramos aquí para que empezáramos de nuevo.

Mi marido es el camino recto y recurrir a Sebastian sería ceder a mi lado oscuro, girar hacia la tentación.

—Lo estoy intentando, pero es muy difícil —le digo.

—El matrimonio es muy difícil. La vida es muy difícil —dice.

Nunca se han dicho palabras más ciertas, aunque me doy cuenta de que ha sido más difícil para mi madre. No puedo evitar pensar que su consejo viene de un lugar diferente. Una mujer desesperada que, a sus sesenta años, sigue trabajando en un pueblo muerto.

A mí me iría mucho mejor sola, pero tiene razón.

Al menos debería intentarlo a su manera. Aunque es lo último que quiero hacer.

—Vale, mamá. Lo intentaré. Pero no te sorprendas si un día

aparezco en tu puerta.

—Eres bienvenida cuando quieras.

Colgamos, pero sé que no es a su puerta a donde voy a ir corriendo.

Sebastian y yo tenemos la política de no mandarnos mensajes de texto.

Su teléfono de trabajo se lo proporciona la ACG de Carolina, una asociación comercial formada por contratistas y empresas relacionadas con la construcción. Cuando me ha llamado en el pasado, en el registro de llamadas de la factura del móvil aparece el nombre: «Asociación General de Contratistas de América». He llamado a la asociación muchas veces a lo largo de los años para diversas reparaciones domésticas, así que a Ben, que no es nada manitas, no le ha extrañado.

Con los mensajes de texto podrían pillarnos, pero Sebastian debe haber sentido mi necesidad a través del teléfono. Mientras pienso en él, me envía un único mensaje, como si percibiera que necesito saber de él. Lo borraré justo después de leerlo.

Sebastian: Se necesitan voluntarios para la rehabilitación de tortugas marinas en las Maldivas. Haga clic en el enlace.

VEINTE

EMILY

ELECCIÓN

Una niña se cuelga peligrosamente de la barandilla de uno de los miradores de Mount Washington.

Mount Washington tiene dos grandes miradores circulares, que son el lugar ideal para hacer fotos de graduación y de ocasiones especiales de todo tipo. Pero hoy, en hora punta, los turistas se apartan y señalan por un motivo distinto.

Nadie quiere tender una mano o, más probablemente, involucrarse con la niña que corre el riesgo de precipitarse a un metro y medio de profundidad.

Aparco mi Land Rover rápidamente, porque conozco a esa niña.

Salgo corriendo del vehículo.

—¡Clementine!

Ella vuelve a apoyar las piernas sobre el óvalo de cemento y se pone a salvo. Se oye un suspiro colectivo de la multitud congregada. Si ella hubiera tomado otra decisión o si yo la hubiera asustado tanto que se hubiera resbalado, la gente me estaría mirando como si fuera un monstruo. Pero ahora mismo soy una heroína.

Estas son las decisiones que tomamos cuando se trata de la vida y la muerte.

Cada vez reflexiono más sobre estos ideales en el trabajo a medida que se acumulan los 911, pero no tienen nada que ver con esto.

—Hola, señorita Emily —dice Clementine, sin inflexión en la voz, lo que indica que no se ha dado cuenta del peligro que corría en realidad.

—¡Ven aquí, ahora mismo! —Los brazos me tiemblan mientras la

acojo en ellos. Le doy un abrazo y acaricio su cálida cabeza.

Me mira atónita. No puedo dejar de notar que está vestida con un mono veraniego muy cuco.

—Debes tener más cuidado. No vuelvas a acercarte a la barandilla sin un adulto.

Me mira boquiabierta, aún insegura.

—Vaaale —dice con voz cantarina.

Me arrodillo a su lado, le quito de la cabeza el pegajoso pelo color miel que comparte con Chelsea y cojo una de sus manos, que está roja y magullada por haberse agarrado a barandilla negra y caliente, entre las mías.

—¿Dónde está tu madre?

—Está durmiendo en el suelo. Le pregunté si podía ir a dar un paseo y me dijo que sí.

Suena todo muy raro.

—¿Cómo que está dormida en el suelo? ¿Está tu papá en casa?

—No, está intentando conseguir un trabajo. —Sonríe dulcemente.

Asiento con la cabeza. La segunda respuesta tiene sentido.

—¿Podemos ir a tomar un helado? He traído mi dinero —pregunta. Justo entonces me fijo en el monedero que Clementine lleva colgado de la muñeca. Qué niña de tres años tan lista. Iba a por un helado a la heladería de la calle Shiloh, que está calle arriba.

Pero debe haberse distraído con las vistas.

Esta noche el cielo parece como si alguien hubiera abierto un pomelo rojo rubí y lo hubiera esparcido por encima de las nubes. Abro la boca para decirle que sí con respecto al helado, pero unas luces azules y rojas rugen por la carretera, captando mi atención. Alguien debe haber llamado a la policía.

Los agentes suben la colina en sus vehículos, se bajan y corren hacia donde estoy agachada junto a Clem.

—¿Es su hija, señora? —pregunta un agente.

Su tono de voz es brusco y está enfadado, probablemente porque piensa que soy una madre negligente por dejar que mi hija se cuelgue de la ladera de una montaña.

—No, es mi vecina; pero me preocupa mucho su madre. Clementine me ha dicho que su madre estaba dormida en el suelo —

le digo al agente con una expresión de urgencia en la cara, y él se ablanda un poco—. Si les dejo acceder por la verja que hay entre nuestros adosados, ¿podrían entrar a comprobar que está bien?

La mujer policía que se mantiene firme detrás de su compañero dice:

—Sí, señora.

Cuando los agentes abren la puerta sin cerrar de la impoluta y bien decorada casa, el olor acre me golpea antes que la visión de ella.

Chelsea está desmayada en su salón, nadando en un charco de su propio vómito. Clementine intenta correr hacia su madre, pero yo la agarro y le tapo los ojos.

El agente comprueba el pulso de Chelsea.

—Está viva.

Mientras su compañera llama a una ambulancia, observo que hay una botella de vodka al lado de Chelsea, y ya no necesito ver nada más.

—Por favor, díganle a su padre que Clementine está conmigo. La voy a llevar a tomar un helado.

No estoy segura de que los agentes me hayan oído, pero llevo a Clementine fuera antes de que puedan indicarme lo contrario. Ni siquiera tengo el número de móvil de Jasper.

—¿Qué le pasa a mamá? —pregunta Clementine.

—Está enferma, pero los policías van a hacer que se sienta mejor. Vamos a tomar un helado.

Clementine frunce el ceño y se anima de inmediato.

—Vale.

* * *

—Tierra a Emily. —Cat agita una mano delante de mi cara—. Es imposible que estés así después de beber solo un sorbo de vino.

Cat, Laurel y yo estamos sentadas alrededor de un montón de papeles. Cat formaba parte de mi vida tanto como Laurel antes de que se fuera.

No les he contado antes a mis mejores y más viejas amigas lo que pasó con Clementine, no sé muy bien por qué. Aunque estoy

distraída.

Es difícil no pensar en la cara de agotamiento de Jasper cuando volvió a casa a buscar a Clementine, vestido con traje y corbata, como quería Chelsea. Todo elegante, enfundado en un Armani a medida, aunque de algún modo parecía más desnudo que el día en que me espió, apenas vestido, desde su balcón.

La realidad de todo esto es muy triste. Jasper no solo es víctima de malos tratos verbales; además, su mujer es una adicta. Ahora conozco todos sus trapos sucios.

Sus arrebatos de ira también tienen mucho más sentido para mí ahora.

Cuando vino a por Clementine, lo único que dijo Jasper fue: «Al final hice lo que me pidió e intenté conseguir un trabajo de oficina, y fue más de lo que pudo soportar. Creo que le molestaba no tener nada por lo que gritarme».

Es una de las frases más disfuncionales que nadie me ha dicho nunca, pero extrañamente entendí lo que quería decir. Sin decir nada, le entregué a su adorable hija. No hay palabras para este tipo de intercambios.

Intenté volver a la vida normal después de aquello, pero esta tampoco es la típica quedada universitaria.

Hace años, nos sentamos alrededor de una mesa como esta, en la casa de Cat en South Side, y decidimos romper a la vez con nuestros novios. Tachamos todas las iniciales que habíamos tallado en la mesa de su cocina, «E+B», como si nos estuviéramos cortando con un cuchillo en la palma de la mano para hacer un pacto de sangre: «Nos liberaremos de nuestros hombres». Eso fue cuando intenté ser impulsiva y convencerme de que necesitaba una aventura para llenar mi aburrida vida, como ir a visitar un paisaje extranjero o conocer a gente nueva…

Parecía un buen plan en aquel momento. Me pregunto si estas dos señoras se dan cuenta de lo mucho que lo lamento, viendo que ellas regresaron y se emparejaron con los mismos hombres de los que juramos separarnos.

Y yo sigo aquí, sola, buscando posibles donantes de esperma.

—No tenías por qué haber venido hasta aquí, Cat —le digo.

Algunas personas tienen círculos de amigos, mientras que yo solo tengo un triángulo. Caterina Morello Marcel constituye un tercio y vive en Washington D. C. En el área metropolitana.

—¿Me tomas el pelo? No iba a dejar que eligierais las dos solas al padre de tu bebé. Necesitáis mi mediación. —Cat se recoge el pelo oscuro en una coleta y se pone manos a la obra.

Cat es el término medio entre Laurel y yo: la negociadora diplomática de nuestras indecisas deliberaciones, el alma amable que apacigua mi cinismo.

Coge la pila de papeles que he dejado sobre la encimera junto a un bolígrafo rojo.

—Entonces, ¿son solo un número en un catálogo? ¿Es como comprar un jersey por Internet o algo así? ¿Hay fotos? —pregunta.

—No, y de hecho yo prefiero no verlo, porque lo estaría buscando toda la vida. No quiero ir por la calle y pensar que lo veo por todas partes.

—Tu donante de esperma sería una especie de obsesión para ti —racionaliza Cat.

Laurel suelta una risita.

—Sí, algo así —digo.

Cat se centra en uno de los perfiles.

—Bueno, aquí pone que este se parece a Kevin Bacon.

—Cat, ¿puedes poner una «X» roja al lado de ese, por favor? —ordeno con una sonrisa.

—Claro. Ese te va a obsesionar —dice Cat.

—*Everybody cut loose, footloose. Kick off the Sunday shoes* —canta Laurel. Salta del taburete y se pone a bailar. Sé que todos estamos pensando en el hermano de la fraternidad que en su actuación de bienvenida representó una coreografía inspirada en la película y se le rompieron los pantalones, arruinándonos para siempre al actor y la película.

Pero no quiero que esto sea gracioso.

Esto no tiene gracia. Es mi vida.

—Venga, chicas. —Apoyo la cabeza en el tablero de la mesa de bordes afilados; una superficie poco adecuada para el reposo de la cabeza… o para los niños.

—Venga, Laurel, vuelve a sentarte. Siéntate, por favor. ¿Ves?, por eso me necesitas aquí, Emily —insiste Cat.

—Vale, lo siento. Aunque los parecidos con famosos son una forma estupenda de que Emily se imagine a los papás de su bebé sin verlos en realidad. Le encantan las estrellas de cine —dice Laurel, y acaricia el ejemplar de la revista People que está sobre la mesa.

—¿Hay alguno ahí, por casualidad, que diga que se parece a Chris Hemsworth? —pregunto.

—Mmm… No veo a ninguno. Intentemos concentrarnos —dice Cat —. A ver, Emily, ¿qué buscas en el padre de tu bebé? Aparece nivel educativo, etnia, altura, color de ojos y actividades extraescolares. — Cat suelta sobre la encimera las fichas de los donantes de la clínica, haciendo un fuerte sonido como de bofetada.

Cuando me dirigí al Departamento de Donantes, me pidieron que rellenara una hoja de perfiles de candidato para acotar mi selección. Pero no quería descartar a nadie, así que les hice imprimir todos los que tenían en la base de datos. Ahora, las especificaciones que hay en los papeles me atascan el cerebro con tantas descripciones y cifras que no soy capaz de procesarlas todas. Hay tantos perfiles y categorías que las palabras se confunden.

—Concéntrate. Si pudieras elegir a cualquier chico para tener a este bebé, ¿cómo sería? —pregunta Cat.

«Sería igual que Ben. Pero, si no puedo tener a Ben, esto es lo que voy a elegir…».

—Con estudios superiores y máster o doctorado, si es posible. La etnia no importa. El donante no tiene por qué ser alto, pero eso no está de más. No me importa el color de los ojos. Tampoco que sea atlético, pero no sacrificaría cerebro por músculo.

—A ver… —Cat hojea las páginas.

Laurel actúa de manera extraña. Nos observa desde unos metros de distancia y mira los papeles con incertidumbre, como si de verdad contuvieran algo del espécimen masculino en ellos.

—¿Qué te parece el número tres, siete, cero, nueve? Grupo sanguíneo: A negativo. De ascendencia irlandesa, italiana y galesa. Mide un metro ochenta y tres, y pesa ochenta kilos. Cabello castaño y ojos azules. Es estudiante de Arquitectura. Aficiones: leer, correr,

tocar la guitarra y viajar. Embarazo registrado: sí. Es agnóstico y tiene un perro.

—¿Qué significa: «Embarazo registrado: sí»? —pregunta Laurel.

—Significa que ha engendrado otros hijos mediante fecundación *in vitro* —respondo.

—¿Qué piensas de eso? —pregunta Cat.

—No me hace mucha gracia, pero ¿cómo voy a esperar ser yo la única?

Me ciño la capucha con más fuerza, con una mezcla de emoción, felicidad, nervios y terror recorriendo mi cuerpo. Ahora mismo estoy eligiendo a un padre para mi bebé.

—Vale, ¿pros y contras de este? —pregunta Laurel.

—Bueno, probablemente sea muy joven si es estudiante, estará en la veintena, lo más probable, así que eso es estupendo para un esperma sano, pero, al mismo tiempo, ¿cuántos hijos más va a engendrar este tío? Me da un poco de «miedo» que mi bebé pueda toparse con uno de sus hermanos sin ni siquiera darse cuenta. —Me estremezco ante las probabilidades.

—No lo había pensado —dice Laurel.

—Yo tampoco. —Por mucho que haya estudiado el campo de la fertilidad, no puedo creer que no se me haya ocurrido antes. Mis únicas reservas eran las consecuencias médicas y genéticas del proceso, pero me olvidé de examinar las cuestiones sociales. Recurrir a un donante de esperma tiene muchas trampas—. ¿Y si mi bebé se cruza sin saberlo con uno de sus hermanos más adelante en la vida y las cosas se ponen raras? —pregunto.

Una palabra que aprendí en Cambridge resurge de los recovecos de mi mente: «Consanguinidad: el hecho de descender de un mismo antepasado».

—¿No puedes controlarlo para asegurarte de que eso no ocurra? —pregunta Cat.

—Puedo, pero no quiero hacerlo. Quiero estar totalmente desconectada de ese tipo.

—Cierto, el donante fantasma —dice Laurel.

—Correcto —confirmo.

—Bueno, ¿qué te ha gustado de este? —pregunta Cat.

—Que va a ser arquitecto; adoro el diseño. Me encantaría decir: «Tu padre es arquitecto… Y es alto, y me gusta que sepa tocar un instrumento musical».

—Lo llamaremos «el arquitecto» y lo pondremos en el montón de los «quizá». Otro.

—Número tres, siete, uno, cero. Abogado. Grupo sanguíneo: O positivo. Afroamericano. Un metro setenta. Pelo castaño. Ojos marrones. Cristiano. Embarazo registrado: no. Aficiones: entrenar, cocinar y correr.

Arrugo la nariz.

—Este no me gusta.

Odio a los abogados. Son unos arrogantes. Y es bajito, así que nuestro hijo también lo será, y como persona bajita que soy, sé que la vida es dura para nosotros; y está claro que será pequeñito, porque si combinas un metro cincuenta y ocho con un metro setenta, te sale alguien bajito. Así que no sé.

—Bueno, puedes ser todo lo exigente que quieras, pero yo no haría suposiciones descabelladas —argumenta Cat.

Mis ojos deben haberla chamuscado a través de los cristales de las gafas, porque lo siguiente que dice es:

—Vale, pues vamos a ponerle una cruz roja.

Laurel me mira con ojos de loca, y decido que puedo estar tan loca como quiera en este caso.

Cat dice:

—Número tres, siete, uno, uno. Oh, impresionante, está licenciado en Biología. Es asistente de investigación clínica. Grupo sanguíneo: O positivo. Latino. Un metro ochenta y cinco, y setenta y ocho kilos. Castaño. Ojos azules. Cristiano. Embarazo registrado: no. Aficiones: senderismo, pesca, actividades al aire libre y viajes. Tiene un perro. Suena genial, Emily. Asistente de investigación —dice, pero a mí no me impresiona tanto.

—¿Por qué demonios es solo asistente si tiene una licenciatura? —pregunto.

—No sabemos cuántos años tiene —comenta Laurel.

—Si tiene una licenciatura, debería haber pasado de asistente —afirmo—. O no es lo bastante ambicioso, o no es lo bastante listo

para ascender.

—Parece que Kevin Bacon cada vez tiene mejor pinta —bromea Laurel.

—No pasa nada, aquí hay unos cuantos más con titulación superior. Y, si no encuentras a ninguno en este montón, hay otras clínicas. Tal vez el no elegir a un chico de tu base de datos haga disminuir tu preocupación por que los hermanos se encuentren más adelante —dice Cat.

—Confío mucho en nuestros procedimientos de cribado, sobre todo en lo referente a las enfermedades. Sé que el esperma de nuestro banco es de una calidad superior —argumento.

—Vendemos esperma de alta calidad… —Laurel se ríe.

—Madre mía, Laurel —se ríe Cat, y su coleta se balancea.

—¿Crees que Zach tiene esperma de alta calidad? —pregunta Laurel.

—Bueno, él hizo a tus dos pequeñines, ¿no? —pregunto.

—Seth debe tener superesperma, porque hicimos tres y el tercero ni siquiera lo teníamos planeado —admite Cat.

—Debe ser muy duro tener bebés por accidente —digo.

—Oh, Emily, lo siento mucho. He sido muy insensible —se disculpa Cat.

—No pasa nada, sé que no querías hacerme daño. Y es la verdad, así que…

Las dos me miran con el tipo de lástima que detesto.

No saben lo en serio que hablo de los bebés accidentales. He tenido algunos rollos de una noche y en momentos puntuales he deseado que algo hubiera ido mal y que no me viniera la regla. Antes pensaba que estaba loca por desear algo así, pero, viendo mi situación actual, no me parece tan descabellado. Al menos conocería al tipo, me habría quedado embarazada de forma natural y podría sacarle parecido al niño.

—Vale. Número tres, siete, uno, dos. Grupo sanguíneo: O positivo. Un metro noventa. Ciento siete kilos. De ascendencia italiana, irlandesa y alemana. Ojos avellana. Pelo castaño. Tiene un máster en Ciencias de la Actividad Física y del Deporte. Es profesor. Cristiano. Embarazo registrado: no. Tiene un perro. Le encanta hacer

ejercicio y toca el violín.

—Tenemos un ganador —anuncia Laurel.

—¡Sí! —Cat está de acuerdo.

—Parece un atleta. ¿Qué es, profesor de gimnasia? —pregunto, no muy segura.

—Parece que está buenísimo. Tu bebé puede heredar el cerebro de ti, puedes estar tranquila —razona Laurel.

—Pero ¿y si el bebé se queda con su cerebro y mi aspecto y se fastidia todo? —reflexiono.

Las dos chicas me miran como si fuera la mayor aguafiestas del mundo.

—Se ha demostrado mediante investigaciones clínicas que al menos el cincuenta por ciento de la inteligencia es hereditaria y algunos estudios apuntan a cifras cercanas al setenta por ciento. No puedo dejar que un deportista cualquiera sea el padre de mi hijo —digo.

—Tiene un máster, Emily.

—Sí, en deporte.

—Pues sí que eres exigente, chica. Aunque, como es de ascendencia italiana e irlandesa, podría tener mal carácter —opina Laurel.

—Bien pensado —asiente Cat.

—Bueno, pues ya está. Tenemos al arquitecto que ha engendrado a todos los bebés del mundo, por lo que mi bebé podría casarse con su hermano, y tenemos al deportista —resumo.

—No te olvides de Kevin Bacon —bromea Laurel.

—Sí, claro, ¿cómo podría olvidarlo? Dios mío. —Suspiro.

—Nos hemos quedado sin estudiantes universitarios. ¿Cuál de estos tíos va a ser el papá? —pregunta Cat, impaciente. Cat siempre termina todo lo que empieza, y obviamente pensaba que su trabajo de hoy era terminar esta tarea.

—Ninguno de ellos —grito.

—Vamos, Emily, no son tan malos. Son todos chicos listos —racionaliza Laurel.

—Es verdad, tú dijiste que preferías cerebro a músculo —recuerda Cat.

—Sí, pero me resulta difícil el hecho de que haya tenido otros hijos

y me pregunto si serán uno o veinte, y si solo hace esto para pagarse la universidad o es algo que planea hacer de por vida.

—¿No puedes enterarte? —pregunta Cat.

—Podría, pero tardaría meses en obtener respuestas. Nuestra clínica no usa a un donante para más de veinticinco embarazos, pero ahora eso me parece mucho —reflexiono.

—En realidad, no importa, ¿verdad? Todos esos tíos están vendiendo su esperma. Al final, alguien se quedará embarazada de ellos, ¿no? Y eso debería ser bueno, porque significa que tienen esperma de calidad —razona Cat.

—Supongo que sí. Tengo que pensarlo —digo.

—Venga, vamos a olvidarnos de ello por hoy. Puede que no hayamos encontrado al padre definitivo, pero hemos reducido la lista a dos candidatos —dice Laurel—. Esto es algo muy positivo.

Cat se muerde el labio con disgusto. Es probable que su personalidad tipo A se sienta insatisfecha por no haber logrado el objetivo propuesto.

—Sí, chicas. Gracias —digo.

Ponen el catálogo a un lado, pero yo no puedo dejar de pensar en los donantes.

Allí, en ese montón grapado de especificaciones en blanco y negro, está el futuro padre de mi bebé. He soñado con quién sería desde que era pequeña, y de algún modo me parece desolador que lo tenga que encontrar en algo tan rudimentario como una pila de papeles. Así no es como se suponía que iba a ser el cuento de hadas.

Laurel saca una botella de vino blanco del frigorífico, la descorcha y nos sirve una copa a las tres. Tomamos unos aperitivos e intentamos hablar de otra cosa, pero en este grupo siempre acabamos volviendo al pasado. No sé cómo acabamos llegando allí siempre, pero el pacto de ruptura es un tema recurrente.

Cat recuerda que Seth estuvo dos semanas separado de ella. Cuando Laurel y yo nos fuimos, lo único que hacía era llorar. Seth no estaba, y nosotras nos habíamos ido, y ella simplemente se vino abajo.

He aplaudido su relación desde el primer día, pero la de Laurel me

parece injustificada. Es injusto que sea yo quien rebusque entre páginas impresas de donantes de esperma y que ella haya vivido la gran aventura europea con otros tíos mientras su simpático futuro marido se quedaba en casa esperando a que volviera.

—Te prometemos que no vamos a sacar nada de esto en la fiesta, Emily. Todo el mundo se muere de ganas de verte —anuncia Cat.

Laurel bebe un poco más rápido.

—Ben quería tener una pequeña reunión de amigos para celebrar que está de vuelta en la ciudad.

Laurel está mintiendo. Lo que está haciendo es desviar sus decisiones hacia algo que otra persona quería porque no quiere ser dueña de sus actos. Ben no quería que hubiera una fiesta.

Ha sido todo cosa de Laurel.

Le encantan las fiestas. Voy a pasar su mentira por alto, como he hecho con tantas otras en el pasado, porque la mayoría de las veces lo hace para no cabrear a nadie.

—Será estupendo ver a todos —digo negando con la cabeza, hundiéndome aún más en la comodidad de mi sudadera raída.

—Zach, Seth y Hooch van a ir… Seth dice que ya no se acuerda de cómo eres —menciona Cat.

—¿Le has dicho que no se pierde nada? —replico.

—Emily, no empieces. Hooch sigue soltero, y…

—¡Noooo! —protesto.

—Lo menciono para que sepas que al menos no serás la única sin pareja —dice Cat.

—No estabas intentando emparejarme con Hooch, claro… No estoy tan desesperada.

—Bueno, tú ven y listo. Estarás conmigo y con Zach. Faltan todavía un par de semanas —intenta convencerme Laurel.

—Para entonces estaré muy sensible por culpa de las inyecciones de hormonas. Lo intentaré, pero no prometo nada —contesto.

—Ah, sí. Estoy deseando volver a agujerearte —bromea Laurel.

—No hace falta. Mi madre puede…

—Emily, no te preocupes. Puedes contar conmigo. Te pincharé donde sea, no hay problema. —Laurel se ríe.

Cat también suelta una risita y yo empiezo a reírme tan fuerte que

las gafas se me resbalan por la nariz.

—Me lo pensaré —digo, todavía mareada.

—Vale, me conformaré con eso de momento. Parece que tienes muchas cosas en qué pensar. —Cat da una palmadita a la pila de papeles de los donantes y bebe un sorbo de vino. Esta elección nos va a pesar mucho a todas, porque es una gran decisión que estamos tomando juntas. Igual que la anterior.

VEINTIUNO

EMILY

PACTO

2008

«El pacto» ocurrió en el estudio de Ben en Regency Square después de una fiesta. Aún recuerdo cómo la luz de la luna rebotaba en el suelo de parqué, proyectando sombras sobre el ladrillo visto blanco y los lienzos pintados a mano de las paredes. Ben no paraba de hablar de que me iba en una semana y de lo mucho que me iba a echar de menos.

En ese preciso momento, fui consciente de que Laurel estaba teniendo la misma charla con Zach, lo que me impulsó a seguir adelante. No defraudaría a Laurel. Habíamos pasado por todo juntas, e íbamos a romper con nuestros hombres juntas también.

En mi mente, siempre tendría una segunda oportunidad con Ben si estábamos destinados a ser el uno para el otro. Habíamos vivido muchas cosas juntos. Estábamos atados para siempre por nuestras experiencias, incluida la vinculada al profesor Cook, que conllevaba una pena de cárcel si nos pillaban.

—¿Qué pasa, Em? —preguntó Ben—. Deberías estar emocionada por tu viaje.

—Hablando de mi viaje por Europa… —Así fue como inicié la conversación que lo cambiaría todo.

—¿Los seis meses más largos de mi vida, quieres decir? —preguntó Ben. Sus ojos marrones destilaban calidez y amabilidad. Quería envolverme en él para siempre y olvidar este tonto pacto que había hecho con mis amigas.

Evité la pregunta y señalé uno de sus cuadros favoritos, que estaba

colgado en la pared que había enfrente de nosotros.

—Me encanta ese. Hemos tenido grandes experiencias.

Habíamos ido a El Capitán, en Yosemite, a principios de marzo, cuando la nieve empezaba a ceder, pero no era así como lo había pintado Ben. En su cuadro se veía la montaña en pleno invierno, con nubes grises y moradas asolando el vértice de la montaña, enrollándose en blancas plantas rodadoras que escapaban por la cima, que parecían dientes helados y las bocas furiosas de mil dioses nórdicos.

—Y tendremos grandes experiencias. No hace falta que seas tan dramática, Em. Tengo muchas más preparadas para cuando vuelvas. Es la espera lo que me va a matar. —Me miró como un niño expectante y casi me acobardé.

Pero, al igual que El Capitán, el mundo era grande y nosotros, pequeños. ¿Cómo íbamos a saber qué papel debíamos desempeñar y quiénes estábamos destinados a ser si no explorábamos todas las opciones? Al menos, así de lógico sonaba todo cuando Laurel, Cat y yo urdimos el plan mientras tomábamos unos cócteles.

—Bueno, entonces quizá deberíamos explorar otras opciones, para que no haya expectativas —sugerí.

«¿Diversificar?». Esa no era la palabra que tenía en la cabeza cuando había planeado el discurso. Quería retirarla y editar mis palabras, pero ya las había dicho y no podía retractarme.

—¿Explorar otras opciones? —Ben se levantó y retrocedió—. ¿Qué significa eso exactamente? —Su sonrisa se arrugó y hundió las manos en su chaleco militar verde *vintage*, con las piernas separadas en una mirada endurecida tipo: «Qué cojones…».

Me entró el pánico.

—El estrés de todo esto, Ben, de intentar ser una pareja cuando estamos a miles de kilómetros de distancia. Este es el momento en el que se supone que debemos averiguar quiénes somos y cuál es nuestro lugar en el mundo.

Era 2008, la crisis inmobiliaria estaba a la vuelta de la esquina, la burbuja financiera ya estaba explotando y el mundo estaba teñido de incertidumbre.

Y yo estaba matando lo único seguro que tenía en mi vida: Ben.

—No lo entiendo. Em, ¿estás rompiendo conmigo? —No me miraba, se estaba secando los ojos con la manga de la chaqueta. El parche que llevaba en el brazo, de la pista de esquí de Stowe, me miraba en todo su esplendor nevado. Se lo había comprado en nuestro viaje de esquí a Vermont y era su sitio favorito para hacer *snowboard*.

—Hay más cosas en este mundo que tú y yo. Quizá deberíamos explorarlas. —Incluso mientras estaba diciendo las palabras, no me las creía.

Toda esa idea había sido un gran error. Lo supe en ese mismo instante, cuando los ojos de Ben se llenaron de lágrimas. Le hice tanto daño que apenas podía hablar.

—¿Quieres ver a otras personas? ¿A eso te refieres con lo de «explorar otras opciones»*?*

—Ben, ¿no hay nada que hayas querido hacer sin mí? Has hablado de ir a Alaska para vivir de la tierra y de mudarte a Utah para poder hacer *snowboard* hasta quedarte prácticamente ciego —dije.

—Em, ninguna de esas cosas importa sin ti a mi lado. No puedo creer que ya no quieras estar conmigo. ¿Qué he hecho? ¿Qué ha pasado? —Entonces gritó; fue un aullido espeso y estrangulado, como el de un animal atrapado en un cepo. El recuerdo de ese sonido aún me oprime el corazón.

—No has hecho nada… —Intenté agarrar su manga, pero se alejó más de mí.

—¿Es por lo de Cook? Te *protegí*. —Cook había muerto apenas cuatro meses antes, y nuestro conflicto al respecto aún estaba en fase de cicatrización.

—Por supuesto que no. Sabes que te estaré eternamente agradecida. —Me atraganté con la lengua. «¿Me va a delatar? ¿Me está amenazando?», pensé—. Creo que…, dadas las circunstancias, no sería mala idea darnos un respiro; solo para ver por dónde deberían ir las cosas —continué.

—Ah, ¿sí? Bueno, pues yo creo que no tienes corazón y que deberías irte ahora mismo.

A Ben le costaba recuperar el aliento. Lo único que quería hacer era estrecharlo entre mis brazos y decirle que lo sentía, y que me había asustado y había metido la pata, pero no lo hice. En lugar de eso,

hice lo que me pidió. Cogí mi bolso, salí por la puerta y conduje hasta casa. Fue entonces cuando rompí a llorar.

Dicen que todo sucede por una razón y que cuando una puerta se cierra se abre otra. Pero yo creo que a veces metes la pata y cierras una puerta que deberías haber mantenido abierta, y nunca encuentras otra tan buena. Algunos errores no tienen lado bueno.

* * *

Tiene que ser el arquitecto. Decidido, el arquitecto.

Después de que Laurel y Cat se fueran, lloré hasta quedarme dormida y tuve un sueño horrible sobre un chico joven que salía con el puño en alto en el programa *Jersey Shore* y me preguntaba si quería conocerlo mejor. El joven era el chico del máster en deportes, y la pesadilla era mi subconsciente diciéndome que era el candidato equivocado.

Luego me levanté de la cama y me quedé despierta hasta las tres de la mañana repasando toda la pila de candidatos sin estudios hasta que casi me sangraban los ojos de cansancio. Fue inútil porque ninguno de los perfiles de los donantes parecía lo bastante bueno para mi futuro bebé.

Cuando visité a mi madre el domingo, le gustó el arquitecto; en la medida en que le podría gustar a cualquier madre el donante de esperma de su hija, claro.

Y ahora es lunes, y por fin ha llegado la hora de ponerme en la agenda para la próxima evaluación TEC (Transferencia de Embriones Congelados). Tendrán que inyectarme suero fisiológico en el útero para asegurarse de que la cavidad uterina no presenta anomalías antes de iniciar el proceso. Espero que hoy lo haga una de las especialistas en ecografía para acelerar las cosas. Pero la ausencia de Batey está estropeando mis planes.

Se supone que hoy debería estar aquí.

Después de la ecografía, comenzaré a recibir las fastidiosas inyecciones —primero Lupron, que impedirá la ovulación, luego estrógeno y después progesterona—, como si fuera un alfiletero humano lleno de hormonas. Si todo va bien, al cabo de un mes

Batey revisará mi revestimiento uterino para confirmar que tiene el grosor adecuado para mantener el embarazo, y entonces será el momento de la transferencia de embriones.

Mis fantasías de bebé se ven interrumpidas por una Lisette neurótica que dobla la esquina con su falda lápiz, mascando chicle y golpeando con el bolígrafo una historia que tiene en las manos.

—Tienes que ocuparte tú. No va a llegar a tiempo y la pareja está furiosa.

—Ahora sí que no quiero hacerlo —digo.

Lisette me pone las carpetas en las manos de todos modos. Batey inquieta a Lisette más de lo que ella me enerva a mí. Los demás sabemos que Batey no es una celebridad de verdad, solo finge que lo es en el trabajo, pero tiene engañada a Lisette.

—Oye, yo no me dedico a la genética. Está fuera de mis obligaciones —argumento—. Que vengan otro día. —Vuelvo a poner las carpetas en las manos de Lisette.

Ella sacude su cabeza rubia. Lleva un moño alto, con un flequillo recogido que le hace la frente tan grande que parece un alienígena retro. Estoy tan distraída por lo elaborado que es su peinado que apenas puedo concentrarme en sus palabras.

—Han venido en coche desde Filadelfia. Al menos diles que hay que cambiar la fecha y dales algo de información.

Esto es ridículo. Estoy harta de Batey.

—¿Y el doctor Woo o el doctor Antonsic?

—Quirófano y día libre —se apresura a decir Lisette.

El doctor Antonsic tiene el día libre, cómo no. Nunca está. Tiene que jubilarse ya.

—¿No pueden explicárselo las enfermeras? —pregunto.

—No han recibido la formación adecuada. La doctora Batey ha dicho que tú estudiaste esto y que deberías saber algo al respecto.

—Entonces, ¿has hablado con ella? ¿Dónde diablos está? —pregunto.

Ralphie pasa por el pasillo del laboratorio en ese preciso momento.

—Ánimo, chica —murmura.

—Anderson se ha caído por las escaleras esta mañana y se ha hecho mucho daño en el brazo. La doctora Batey ha tenido que

llevarlo al hospital mientras su marido llevaba al otro al colegio. Ha intentado que lo llevara su marido, pero Anderson quería a «mamá».

Típico de ella. Seguro que el pobre niño se ha tirado por las escaleras a propósito para llamar su atención.

—Aah —suspiro.

Ahora me siento culpable porque de verdad tiene una buena razón para no estar aquí, pero no me parece bien éticamente ocuparme de este caso. Me parece mucho peor encargarme de este que de los otros, porque no he recibido una formación adecuada sobre el procedimiento. Delibero sobre mis opciones mientras Lisette me devuelve las carpetas. Mueve el trasero con un gesto de desafío mientras sale de la habitación haciendo ruido con sus taconazos.

Ralphie se está riendo.

—Vaya, Em, hoy sí que te ha sacado de quicio. —Estoy un poco más cabreada de lo habitual, ya que mi propio estrés disminuye mi umbral de confrontación.

—Espera a que empiece con las hormonas. —Tengo la cara roja y caliente, y necesito encontrar un trabajo nuevo.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Ralphie, preocupado.

—He decidido someterme a una FIV a través de TEC.

—¡Qué dices! ¡Eso es geeeniaaal! —Ralphie salta hacia mí como si fuera a abrazarme, pero en vez de eso me choca los cinco. Los investigadores de laboratorio no nos abrazamos.

—Gracias. Es una decisión muy importante, pero estoy preparada. Iba a decirle hoy a Batey que me pusiera en la agenda, pero en vez de eso voy a hacer esto. —Golpeo la carpeta que tengo en las manos.

—No hay nada igual. Tener hijos es lo mejor de la vida. —Ralphie sonríe, orgulloso. Fue padre de una niña en su adolescencia. No sigue con la madre, pero ha cumplido como padre. Y, por lo que veo, está haciendo un trabajo excelente.

—Espero darte la razón pronto, pero primero tengo que ocuparme de esto. —Señalo la carpeta, nerviosa.

Ralphie me despide con la mano mientras me dirijo a la habitación gris. No hay nada fuera de lo común en la historia de la paciente, hasta que me fijo en el motivo de su consulta. Intento no emitir

juicios morales sobre la gente que cruza nuestras puertas, porque soy una defensora de todo lo que la ciencia pueda hacer por la fertilidad, pero con este caso tengo dudas.

Kelly y Marx
Perfil: Kelly Amstead
Kelly: 32
Profesión: NS/NC
Estado civil: casada
Hijos anteriores/abortos espontáneos: 2 hijos
Cirugías en el último año: NS/NC
Alergias: NS/NC
Indique si padece alguna enfermedad (diabetes, hipertensión, colesterol alto, cardiopatía, etc.): NS/NC
Motivo de la consulta: Tras dar a luz a dos niñas sanas de forma natural, la paciente desea un varón.

No aparece ninguna razón genética. Si la hubiera, estaría en el formulario. No hay más explicación que el hecho de que esta gente *quiere* un niño.

La pareja está tranquila cuando entro en la habitación. ¿Y por qué no iba a estarlo? No son como los cientos de parejas sin hijos que les han precedido, angustiadas por la posibilidad de no ser padres nunca. Son dos personas de treinta y pocos años que quieren concebir un niño para Navidad.

Marx tiene una cabeza brillante y tatuajes de tinta brillante que resaltan sobre su piel, gruesos anillos en los dedos y una expresión adusta, intimidante. Kelly parece todo lo contrario: correcta y refinada, enfundada en un moderno mono negro, está sentada con las piernas y los brazos cruzados.

—En primer lugar, permítanme disculparme en nombre de la doctora Batey. Por desgracia, ha tenido una emergencia familiar —empiezo.

Marx se cruje los nudillos de la mano izquierda.

—Mi mujer concertó esta cita hace meses, y queríamos iniciar el proceso cuanto antes. En breve voy a tener que irme a trabajar

fuera.

—¿Sabe que hemos venido en coche desde Filadelfia? —me pregunta Kelly.

Marx se echa hacia delante en su silla, con cara de enfado extremo.

—Lo sé, y espero poder responderles a las preguntas que tengan sobre la selección de sexo y el diagnóstico genético preimplantacional o DGP —digo.

Asienten con la cabeza.

Después de explicarles lo que sé sobre el DGP y el proceso de implantar solo los embriones masculinos, les hablo de las inyecciones y de las precauciones. También les digo que, aunque el DGP es eficaz casi al cien por cien en la selección del sexo, siempre existe la posibilidad de que produzca un embrión del sexo opuesto, varios embriones o que la implantación no se produzca.

Marx cruje ahora los nudillos de su otra mano.

—Entonces, ¿habría posibilidad de embarazo gemelar? —dice Marx, entusiasmado.

Kelly frunce el ceño, claramente poco interesada en esa perspectiva.

—Por supuesto, eso podría ocurrir si implantamos dos embriones y hay anidación de ambos. Con la FIV siempre hay más posibilidades de embarazos múltiples.

—Si fuera así, seríamos pares —dice Marx. Sonríe cuando dice esto, haciendo que parezca un sentimiento lógico de equilibrio familiar.

Yo no estoy tan segura de eso.

—Kelly, ¿tiene alguna pregunta? —Me empieza a preocupar que este embarazo se centre en los deseos y necesidades de Marx. ¿Esta mujer quiere un hijo varón? ¿U otro bebé?

—Bueno, Marx está mucho tiempo fuera peleando, así que pensar en perseguir a dos niños gemelos y dos niñas mayores me parece bastante agotador —admite.

Marx palmea la mano de su mujer.

—Si me dejaras contratar a una niñera, tendrías ayuda, y podrías ir al gimnasio.

Aunque parece un poco bruto con todos esos tatuajes que tiene en los brazos, se nota que quiere a su mujer de verdad y que desea

que ella también quiera esto. Pero ¿lo quiere?

—¿Peleando? —No quiero preguntar, pero tengo que denunciar cualquier indicio de violencia que vea en una pareja.

—¿No le suena el nombre de Marx Amstead? Es un luchador de la UFC. Quiere que tengamos un niño para que continúe su legado —dice Kelly con admiración.

Y, de repente, todo cobra sentido. Lo que pasa es que no hay suficiente testosterona en la casa para este tipo.

—Ay, no, lo siento. No suelo ver programas deportivos —admito.

—Apuesto a que le encantan los Steelers. Nosotros somos hinchas de los Iggles, por si no se había dado cuenta… —dice Marx.

—Claro. Lo único que detesto más que a un hincha de los Pittsburgh Steelers es a un hincha acérrimo de los Philadelphia Eagles.

—No soy muy aficionada a los deportes —le digo.

Marx me sonríe y asiente con la cabeza, intentando conectar, aunque no tengamos entre nosotros un cable compatible. Sin embargo, puedo verlo. Le delata esa mirada. La que expresan muchos futuros padres, que harían cualquier cosa por tener *ese* bebé. Para Marx, este procedimiento significa algo más que conseguir a un futuro compañero de lucha. Este hombre quiere un hijo. Solo espero que Kelly también quiera uno.

—Bueno, si ya no tiene más preguntas, les remitiré a las enfermeras para discutir los próximos pasos.

Asienten y salgo de allí antes de que Lisette pueda escabullirse con su falda ajustada.

* * *

Suspiro aliviada cuando vuelvo al laboratorio.

¿Cuándo será mi turno?

En lo único en lo que puedo pensar desde el momento en que tomé la decisión de tener un bebé es en tener ese bebé. Soy una de esas mujeres que han contraído la fiebre del bebé y, al final del día, he convencido a mi ecografista favorita, Marjorie, para que me inyecte suero en el útero y me haga unas fotos. Resulta que mi cavidad

uterina está en perfecto estado, abierta y dispuesta a recibir un embrión.

«Ven con mamá».

Después de volver a vestirme, Batey me espera en mi despacho. Parece agotada, con ojeras y ninguna de las llamativas joyas que suele llevar como complemento de su traje.

—Hola, doctora Batey —digo.

—Quería disculparme contigo, Emily.

Casi me caigo de la silla.

—¿Eh?

—Anderson se hizo daño, e insistió en que me quedara con él. Ya tiene nueve putos años, no entiendo por qué sigue comportándose como un bebé. Esperemos que estos niños crezcan un poco más rápido para que no sigan llorándole a mamá por cada corte y rasguño.

—Entonces, ¿no era grave? —pregunto.

—No, se ha roto el brazo.

—Vaya. Por favor, no se preocupe. No pasa nada —digo.

—Sí que pasa. No debería permitir que mis problemas personales se antepongan a los procedimientos médicos más innovadores.

La doctora Batey es increíble. No me ha pedido perdón ni una sola vez por faltar a una consulta cuando llegaba tarde por motivos de trabajo, pero aquí está, suplicando mi perdón por el brazo roto de su hijo. ¿Cómo es posible que no se dé cuenta de que debería ser al revés?

—Seguro que cuando sean mayores echará de menos que la necesiten —insisto.

—No lo creo.

Yo tampoco. Y es muy triste. Nunca será el tipo de madre que piensa que los días en que sus hijos eran pequeños fueron los mejores de su vida. Cuando sean mayores, autosuficientes y no la molesten, será cuando más los aprecie. No puedo esperar ni un minuto más para contarle mis novedades, y me imagino que, como acaba de disculparse, irá todo bien.

—Hoy me han hecho la ecografía. Todo correcto.

—Espléndido —dice, juntando las manos—. ¿Has seleccionado ya al

afortunado padre de entre los múltiples donantes de nuestro banco?

—Sí, pero no hay tantos donantes con títulos universitarios como me hubiera gustado. Y no hay ninguno con doctorado —me quejo.

—Bueno, ¿qué tipo de hombres crees que eyaculan en un recipiente de plástico por dinero, querida? —pregunta ella.

Me encojo de hombros.

—Seguro que hay hombres desinteresados con familia y un doctorado…

—Que son ciudadanos de bien y con buenos sueldos, y que probablemente tienen sus propias familias y suficiente dinero como para no tener que eyacular en un vaso por algo de dinero extra —dice.

Odio la forma en que la que dice «eyacular», enfatizando el «yac», como si fuera el nombre de una persona.

—Comprendo. Hay uno que me convence bastante. Es un estudiante de Arquitectura.

—Joven. Bien. ¿Cómo fue la consulta de DGP con los que quieren un niño?

Y, así de fácil, volvemos al trabajo.

—Ha ido bien. Estaban un poco disgustados. Y el marido es un luchador de la UFC, algo temperamental, pero un buen candidato… físicamente hablando. Lisette tiene toda la información.

—¿Lisette? ¿Esa extraña mujer rubia tras una montaña de pelo que no para de dejarme mensajes de voz urgentes? —pregunta Batey.

Me río y recuerdo por qué decidí trabajar para esta mujer despiadada. Es eficiente y muy sarcástica, como yo.

—Bueno, el deber me llama. Avísame cuando tengas todo listo para tu implantación y veremos si podemos hacer a una pequeña Emily, o a un pequeño arquitecto. Los maridos están sobrevalorados, de verdad. Están bien para arreglar cosas y por los ingresos extra, pero tú no necesitas dinero y siempre puedes contratar a un manitas —dice con naturalidad.

Qué respuesta tan perfecta. Supongo que, después de todo, me ha incluido en la categoría de mujer fuerte con carrera.

Por extraño que parezca, su lógica tiene mucho sentido para mí esta vez.

—Será mejor que vuelva al trabajo —afirma, acercándose a la puerta.

Dejo que se vaya, sintiéndome aliviada al haber hecho mi anuncio y sabiendo que todo el mundo está oficialmente de acuerdo con mi decisión, incluida Batey.

VEINTIDÓS

ALLY

DÍA DEL TRABAJO

Llevo casi tres semanas enteras con la maleta hecha metida en el armario. Parece un equipaje de mano viejo. ¿Por qué iba Ben a husmear en mi maleta? Nunca me la pediría prestada: es rosa pastel y, además, él tiene la suya.

Hoy es la fiesta del Día del Trabajo en casa de Laurel Quinn.

Tenía mis dudas, pero la encantadora casa de piedra de estilo Tudor de Laurel me transmite seguridad a primera vista.

Al salir del coche, Ben me frota el hombro. Últimamente está muy atento, me pregunta cómo me siento y comprueba su calendario para no perderse ninguna cita importante. Ben llama al timbre.

Laurel me saluda con un fuerte abrazo, enfundada en un vestido de verano largo y vaporoso.

Los brazaletes de sus muñecas van a juego con sus pendientes. Tiene un forma de ser relajada y natural, que armoniza muy bien con su casa tenuemente iluminada y adornada con jarrones, colores vivos, fotos familiares de estudio en la pared… así como fotos espontáneas. Le gusta la fotografía.

—¡Me alegro de verte, Ben! —Laurel le da un beso en la mejilla—. ¡Ally!, ¡cuánto tiempo!

Nos guía a través de la casa, que huele a vainilla y canela. Luego nos indica que caminemos hacia un amplio pasillo con rústicas vigas de madera expuestas y más allá de la cocina exterior, que cuenta con electrodomésticos de alta gama. El país de las maravillas iluminado que ha creado en el exterior nos espera, y Laurel se queda allí de pie, preparada para recibir cumplidos.

—Qué bonito —digo.

—Gracias —dice efusivamente.

Y supongo que puedo intentar que me guste estar aquí. Y que me guste ella.

—¡Es la primera vez que volveremos a estar todos juntos desde nuestras bodas! —exclama Laurel.

Somos la primera pareja en llegar, y odio decirle a Laurel que no recuerdo mucho de mi boda, y menos de la suya. Ben y yo empezamos a salir después de que «Laurel y sus amigos» se casaran.

—¿Cómo vas con las inyecciones de fertilidad? —pregunta Laurel, mientras coloca una servilleta que acabo de mover de su sitio.

Me sobresalto ante su comentario. Ben me prometió que nuestro tratamiento no sería el tema de conversación de esta noche. Ha desaparecido en la casa con Zach y puedo oír sus risas.

—Ya estoy en la tercera semana… —digo en voz baja.

—Ah, muy bien. ¿Y cómo te encuentras? —pregunta.

¿Laurel siempre es así?

—¿Cómo se encuentra quién? ¿Hay alguien enfermo? No me digas que tienes que ir a recoger a los niños a casa de tu madre —oigo que dice una voz femenina no identificada.

Me doy la vuelta y veo a alguien a quien recuerdo vagamente: Caterina, «Cat». Es la amiga de Ben de pelo oscuro que sale en las fotos antiguas. Su marido, Seth, probablemente es el dueño de la voz extra que se oye hablando dentro de la casa con los chicos.

—Oh, solo le estaba preguntando a Ally cómo se encontraba… —Laurel hace una molesta «O» con la boca, como si no quisiera decir nada respecto al tema del que está hablando, aunque es obvio que todas las presentes saben de qué se trata.

—¡Ally, hola! —grita Cat, y me da un abrazo. Estas mujeres…—. Ah, sí, las inyecciones y las hormonas… y todo eso. Debe ser muy duro. ¿Cómo lo llevas? —Cat me pone la mano en el hombro, y me resulta muy incómodo.

—Voy tirando. —¿Están intentando crear un vínculo conmigo? A mí me gusta ir despacio: empezar con un tema que no esté relacionado con mis ovarios inflamados y luego ir entrando en materia poco a poco.

—¿Inyecciones? ¡Inyecciones! Ojalá pudiera inyectarme alcohol en vena. —Ahora hay hombres entrometiéndose en nuestra conversación y miro a Ben como si estuviera dispuesta a marcharme ya. Mi expresión le dice: «Lo prometiste». Tiene una sonrisa estúpida en la cara y dudo que sepa por qué estoy enfadada.

Y entonces *ella* aparece, y todo el mundo grita y la vitorea.

—¡Emily! —grita Zach.

Emily lo saluda con la mano y cruza la puerta de cristal del patio con un plato cubierto en la mano. Lleva una blusa de estilo campesino y una falda vaquera, con las que tiene un aspecto juvenil pero mono, típico de las mujeres pequeñitas.

Zach saluda primero a Emily con un rápido abrazo, y luego ella hace una ronda de abrazos cálidos hasta que llega a mí y se detiene en seco para mirarme torpemente como el bicho raro que soy. De hecho, yo también tenía los brazos extendidos para abrazarla y es ella la que se ha echado para atrás.

—Ah, hola, Allyson.

Tenía que saber que yo estaría aquí. Ben mencionó esta fiesta la primera vez que nos vimos en el pasillo de la clínica. ¿Por qué está actuando de forma tan rara? Mis brazos caen a los lados. A lo mejor ella, la extraña científica bajita, es así.

—Hola.

—¿De qué estabais hablando? No quiero interrumpir la fiesta —dice Emily.

—De inyecciones, por lo visto —dice Seth, el típico chico inteligente, con gafas gruesas, alto y esmirriado. Tiene esa mirada ligeramente agotada que grita: «Trabajo muy duro en mi curro de cerebrito para poder mantener a mi familia de cinco miembros».

—¿De inyecciones? —pregunta Emily.

—Sí. —Laurel señala con la cabeza a Ally—. Parece que las dos tenéis mucho en común.

Emily se muerde el labio ante esta información, y yo no puedo sentir más curiosidad por saber a qué se refiere Laurel.

Se oye un estruendo en la puerta.

—¡Necesito ayuda con el barril! —grita un hombre.

Los chicos corren hacia un tipo que no reconozco con una voz que

podría destrozar una montaña. Al oírlo, me pongo la mano en la oreja.

—Ese es Hooch —informa Cat.

—¿Hooch? —pregunto.

—Jaden Hooch —aclara Laurel.

Los labios de Emily se tuercen de una forma que me hace pensar que no le cae muy bien.

Los cuatro chicos acarrean un barril de cerveza y arrastran una cubeta de plástico llena de hielo hasta la zona de la cocina exterior.

—También tengo *spritzers* —me dice Laurel.

—Ahora mismo no bebo alcohol, pero gracias —digo.

Laurel me ofrece una sonrisa tensa y me pregunto si la habré ofendido. Es el tipo de mujer que nunca te lo haría saber si lo hicieras.

Los hombres están haciendo sonidos de cavernícolas, como si tuvieran problemas con algo.

—Venga, Ben, dale. Siempre fuiste el mejor en esto —dice Zach.

—¡Sí, sí, dale! Ben, ¡eres genial en esto! —dice Hooch, mientras se inclina hacia delante.

Los hombres se parten de risa y las mujeres también. No me hace gracia el humor soez, y menos cuando Ben se sube detrás de Hooch simulando montarlo.

—¡Oh, solo están haciendo el tonto! —me dice Laurel.

—Ya.

Menudos animales.

VEINTITRÉS

EMILY

AMIGOS

Ally parece bastante estirada y altanera, como si pensara que los amigos de Ben no están a su altura. Ni Ben tampoco.

Tal vez sean las hormonas. Las inyecciones de Lupron han hecho que mis ovarios parezcan dos pelotas de golf endurecidas escondidas en mi abdomen, y ya he ganado peso.

El agrandamiento de los ovarios es un efecto secundario de la medicación, pero no recordaba que me hubiera pasado cuando me pincharon para la extracción de óvulos. Los ovarios me pesan, y están tan doloridos y enfadados que temo que me atraviesen la pelvis.

Estoy sentada al lado de Seth y Cat en una de las mesas, y Cat no para de contar que casi no vienen porque su hijo pequeño le había salido un sarpullido y la niñera no quería contagiarse, pero que al final se le quitó bastante rápido.

Laurel vuelve con un enfriador de vino y una botella de Chablis.

—Hola, señoras… y mujer de Ben —dice Hooch, de forma despreocupada, mientras se acerca a saludarnos.

Además de mí, Hooch fue la única persona que se perdió la boda de Ally y Ben debido al funeral de un pariente.

—Ally —lo corrige ella.

Él asiente con la cabeza. Laurel me lanza una mirada de reojo. Y me acabo de dar cuenta de que, aunque la voz de Hooch sigue siendo potente, el resto de su cuerpo se ha reducido. Es Hooch con cincuenta kilos menos.

—Estás muy delgado, Hooch —digo.

Él sonríe, muy orgulloso de sí mismo.

—Ah, ¿no sois amigos en Instagram? Probablemente Emily se perdió tu gran transformación de hace unos años —deduce Cat.

—Sí, el ayuno intermitente y la dieta cetogénica me cambiaron la puta vida, y ahora soy un buenorro —explica Hooch.

—¡Vaya! Pues estás estupendo —suelto.

Parece que estoy flirteando, pero en realidad no es así, y él se lo toma como una insinuación, porque me da un abrazo.

—Gracias, Emily —dice, y luego deja un beso descuidado en mi mejilla. Qué asco.

Hooch todavía no es un buenorro ni de lejos. Tiene una mandíbula cuadrada que hace que se parezca mucho a un *bulldog*. No estoy segura de que tenga prognatismo, pero a veces escupe cuando habla.

Hooch se mueve alrededor de la mesa para abordar a Ally.

—Encantada de conocerte —dice ella, extendiendo la mano para evitar un abrazo. Ally ha estado rápida, y ha evitado de forma educada e inteligente un «abrahooch».

Hay una silla vacía a mi lado, así que Hooch se sienta en ella y me sonríe de forma extraña. Genial.

A continuación, se sirven los aperitivos. Laurel ha ido a por todas: ensalada de frutas, brochetas de pollo, una bandeja de carne y *pepperoni*, otra de verduras y una especie de carne ahumada sobre galletitas saladas. No hay nada comprado en el súper, mi mejor opción para las cenas.

Lo ha preparado todo Laurel. No sé cómo encuentra tiempo para ser tan buena ama de casa con un trabajo a tiempo completo como compradora sénior para una importante empresa de ropa.

Hooch apila un poco de carne y queso en su plato y lo único que puedo pensar es que no necesita más *pepperoni* porque su aliento ya apesta a cecina.

—He oído que estáis intentando tener un hijo —les dice Hooch a Ben y Ally sin ningún pudor.

Están sometiéndose a FIV. Es evidente que algo no ha ido bien a la hora de concebir a su hijo de forma natural, y si quisieran hablar de ello, lo harían. La cara de Ally se nubla con desaprobación.

—Lo estamos intentando, sí —dice Ben.

El brazo de Ally se acerca al suyo y sé que él le está apretando la mano por debajo de la mesa, como solía hacer conmigo. La quiere de verdad, y este bebé podría hacer la pareja más fuerte o romperla.

—Estáis en buenas manos —digo para acabar con la tensión.

Hooch pone cara de estupefacción.

—Un momento… ¿Emily está haciendo a vuestro bebé? —pregunta, incrédulo.

Ahora Ally está visiblemente incómoda; encoge su alto cuerpo en la silla y roe un trozo de apio con los dientes. No tiene nada sustancioso en el plato; un par de verduras y fruta, nada de carne ni queso.

—No, no, yo solo trabajo con la doctora que va a realizar la intervención —aclaro. Maldita sea, ¿por qué he dicho nada? ¿Por qué siempre tengo que abrir la boca?

—Vaya, es de locos —dice Hooch tras terminarse la cerveza, y vuelve al barril para llenar otro vaso.

Ally se está abanicando. Aunque quiera odiarla, parece tan dulce con sus trenzas medievales colgando detrás de sus gafas negras… Es tranquila y seria como yo, y puedo empatizar con ella ahora mismo, porque este proceso es muy estresante.

—Habrá mucho que celebrar el año que viene. Tendremos dos mamás sentadas a la mesa —anuncia Laurel.

Joder, Laurel.

Probablemente no quería dejarme fuera de esta conversación prebebé, pero debería haberlo hecho.

—Sí, Em, hemos oído que vas a tener uno tú sola. Siempre fuiste un espíritu libre —comenta Seth.

El comentario de Seth flota en el aire nocturno como un residuo pegajoso mientras los engranajes internos de Ben y Ally giran para ponerse al día. Los de Ben parecen algo más lentos que los de su mujer.

—Espera… ¿Te estás sometiendo a un tratamiento de FIV? —pregunta Ally. Su rostro ha perdido todo su color.

—Sí —respondo mansamente.

«¡Esto no tiene nada que ver contigo! Sin embargo, sí que tiene que ver con tu marido».

—Quizá podamos celebrar fiestas de cumpleaños conjuntas —continúa Laurel, dando palmas.

«Por favor, para».

—Gracias, pero no creo que sea posible. Estoy usando óvulos congelados, así que lo más probable es que me adelante a la agenda de Ally. Mis óvulos ya han sido extraídos así que…

—Puede que no. Ally empezó a ponerse las inyecciones hace tiempo en Carolina del Norte —dice Ben.

¿Qué?

—Están pensando en hacerme la transferencia la primera semana de octubre —añade Ally, con una leve sonrisa asomando a su rostro.

¿Y por qué yo no lo sabía? No estaba en el gráfico, pero solo miré de pasada, y estaba tan conmocionada que no lo analicé en profundidad. Se me cae el alma a los pies. Puede que Laurel vea cumplido su deseo.

—Es la misma semana de mi transferencia —anuncio.

Laurel rebota en su silla; le encantan los culebrones. ¿Quiere que no esté bien? ¿Sería un entretenimiento para ella? ¿Somos Ben y yo y nuestro extraño trío de FIV como un culebrón enfermizo para ella?

Estoy harta de estos cambios emocionales paranoicos. ¡Malditas hormonas!

—Deberías llamar a Lifetime y venderles el guion de la película. Todo esto no parece real —dice Cat.

—Bueno, tendremos que ver cómo acaba la película antes de vender los derechos —bromeo.

Todo lo que he hecho desde que tuve consulta con los Holiday fue imaginar nuestro futuro. El de los tres. Es algo muy refrescante, porque hasta ahora me había centrado en el pasado. Es irónico que la misma persona que me ha dejado atrapada en la Edad de Piedra durante tanto tiempo sea la que me devuelva al presente.

—¿Y qué duda hay? El final serán dos preciosos bebés que cumplirán años en fechas cercanas. Así podrán aparecer los créditos encima de una imagen de las dos familias y los bebés con sus gorritos de fiesta. Dios mío, una fiesta de cumpleaños conjunta

contigo, tu ex y tus bebés probeta —reflexiona Laurel.

—Ya nadie los llama así —la corrijo.

Pero ese fue uno de los escenarios de Hollywood que creé. En otro, Ben tendría un niño y yo, una niña, y se enamorarían, y por fin tendríamos la conexión a la que siempre habíamos estado destinados. O ambos eran del mismo sexo, estrellas del deporte, rivales incluso, y nos echábamos miradas furtivas mientras animábamos a nuestros hijos para que se patearan el culo.

—Sí, sí, lo que tú digas. Es todo tan extraño y genial… Tenéis mucho en común después de todos estos años, y esta noche nos lo vamos a pasar muy bien.

Laurel es tan positiva siempre… Y yo quiero creerla.

—¿Que tengamos cita la misma semana que tú te resulta un problema? —Ben por fin se ha dado cuenta de la conversación y probablemente se haya percatado de que no estoy contenta con la agenda de la clínica.

—No, no; solo estaba pensando en lo raro que es empezar el tratamiento de fertilidad en una clínica y luego irte a otra —miento. No es lo que estaba pensando en absoluto, pero sirve de excusa.

—Pues la verdad es que me encantaba el doctor Williams, mi especialista, pero en realidad hay una muy buena razón para ello. Ben no supo si iba a conseguir el trabajo hasta el último momento. Yo ya había empezado el tratamiento, e iba a quedarme allí y terminar de ponerme las inyecciones con mi antiguo médico. Me gustaba mucho. Pero no pude hacerlo. No quería estar lejos de Ben tanto tiempo, y ya sabes cómo son los tratamientos… Desde luego, no quería hacer ese viaje tan largo en coche ni coger un avión para acudir a todas las citas médicas. Estar separada de Ben durante meses no parecía razonable, ¿entiendes? —pregunta.

El silencio se apodera del grupo. Laurel traga ruidosamente mientras yo me quedo allí sentada, sintiendo un intenso dolor. Ally no puede saber que lo que ha dicho son puñales para mi corazón.

Pero lo son. Ally no puede estar separada de Ben ni siquiera durante un par de meses.

Yo estuve separada de él seis, y luego dos años más o menos.

Y esa es la gran diferencia entre nosotras, y es la razón por la que

él debe estar con ella y no conmigo.

—Totalmente, es tu marido —contesto.

La tranquilidad se extiende por el grupo.

Lo que no digo es que, si yo estuviera casada con Ben, tampoco querría separarme de él. Pero lo triste es que probablemente soportaría bien la separación si fuera para avanzar en mi carrera. Quizá no merezca estar con nadie. Me excuso para ir al baño, donde lloro durante cinco segundos y luego paro.

VEINTICUATRO

EMILY

COLAPSO

Después de mi minicolapso, me queda mucho más por beber. ¿Cómo si no voy a aguantar el resto de la noche? Hooch ha anunciado que también ha encontrado un trabajo como profesor en la zona y que se traslada de nuevo al vecindario.

Ante la buena noticia, Ben y Hooch han gritado: «Huuurraaa» y han chocado sus torsos. ¡Qué alegría, la pandilla está junta de nuevo!

A medida que la fiesta avanza y la noche se oscurece, la silla de Hooch se ha ido acercando cada vez más a la mía. Su intención está clara. Nada consolidaría más nuestro círculo que yo emparejándome con Hooch, pero eso no va a ocurrir. A pesar de que Hooch es profesor de ciencias de quinto curso y se autoproclama «un hombre de ciencias», no logro imaginarme nada de lo que pueda hablar con él. Mi formación científica no hace que me interesen ni remotamente sus lecciones sobre el estado actual de la fotosíntesis y la respiración de las plantas.

Su mano roza mi rodilla un par de veces, pero consigo apartarme. Bajo el hechizo de las linternas chinas, a Hooch se le ha reducido el prognatismo y hace quince minutos que no me escupe, pero sigue siendo Hooch.

Estas hormonas son terribles.

Hay un aroma científico para el apareamiento humano llamado feromonas. Estoy segura de que Hooch ha dado una lección al respecto. Los animales tienen un olor físico que emiten al aire para hacer saber a sus posibles parejas que están dispuestos y preparados. Los seres humanos también tienen feromonas, y a menudo se sienten atraídos por el olor de una persona sin saberlo.

Me estremezco al pensar que no puedo controlar el mío y que estoy bombeando sustancias antinaturales en mi cuerpo que podrían excitarlo. Puaj. La oscuridad es total, salvo por el resplandor de las luces, y nadie se da cuenta de que aprieto las piernas bajo la mesa como si hubiera un cartel de «Prohibido entrar» entre ellas.

La verdad es que todos nos compenetramos bastante bien y, para mi desgracia, Ally empieza a caerme bien cuanto más la conozco. Han cambiado el tema de los malos comportamientos de sus propios hijos por el de los nombres de los futuros bebés, lo cual es bueno, porque así puedo volver a meterme en la conversación.

—Me gustan los nombres antiguos, como Audra y Stella para niña y Jonah y Caleb para niño —anuncia Ally.

Apruebo sus nombres para los futuros hijos de Ben. No es que necesite mi consentimiento, pero me complace que sus hijos tengan nombres tradicionales.

—¿Y a ti cuáles te gustan, Em? —me pregunta Ben.

Y pienso: «Qué raro que Ben me pregunte cómo quiero llamar a mis hijos». Hace mucho tiempo, nos decidimos por Grayson y Liam, pero esos nombres murieron y fueron enterrados el día que Ben se casó con otra mujer.

Me abanico brevemente, como intentando alejar el olor a sexo de mi cuerpo.

—Me gusta Seraphina para niña y Maddox para niño —revelo.

Ben parece un poco decepcionado. No es que nadie más se dé cuenta, pero su sonrisa se tuerce un instante, y me pregunto si esperaba que dijera Grayson y Liam.

—¡Tú y tus putos famosos! —grita Laurel, lanzándome un trozo de queso.

—¿Qué pasa? —pregunto, apartando el queso justo a tiempo, y se lo lanzo de nuevo.

—Hola, hija de Jennifer Garner e hijo de Angelina Jolie —se burla Cat.

—Son nombres geniales —defiendo.

—Emily es una completa adicta a los cotilleos de famosos —le explica Laurel a Ally.

«Gracias por hacerme parecer una cabeza hueca superficial».

—Son nombres geniales —coincide Ally.

—No me los robes —le espeto.

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda contenerme, y los ojos de Ally se abren como si acabara de llamarla zorra.

—Los has dicho tú, Em. Tienes preferencia —dice Ben, rescatándome.

Y no me puedo creer que Ben y yo estemos sentados en una mesa discutiendo sobre nombres de bebés. Si todo va según lo previsto y nos implantan a las dos la primera semana de octubre, será un viernes. Así son nuestras agendas. Si ambos embarazos prosperan, Ally y yo nos quedaremos embarazadas en el mismo día.

Entonces, solo será cuestión de ver quién sale de cuentas primero.

Suspiro al pensar que va a dar a luz una hora antes que yo y que se va a anunciar el gran nombre, y me va a matar si es uno de los de mi bebé. Pensamientos mezquinos, muy mezquinos.

—Lo siento. Creo que el vino me está afectando.

Yo ofrezco esa patética excusa, pero Ally no dice: «No pasa nada». Nadie dice una palabra, y el único que no me mira con el ceño fruncido es Hooch, que babea. Está claro que es hora de que me vaya.

—Bueno, creo que cualquiera que sea el nombre que elijan —dice Hooch— será un complemento maravilloso para Ballyson. Eh, ¿qué os parece Ballyson?

«Un mal chiste. Una broma hiriente. Un golpe directo a mi corazón».

Estaban Kimye (Kim Kardashian y Kayne West) y TomKat (Tom Cruise y Katie Holmes), y al igual que ellos, a pesar de que parecían encajar bien al principio, Bemily también había separado sus caminos.

Bemily fue como Hooch bautizó juguetonamente mi relación con Ben después de haber bebido más de la cuenta en una fiesta universitaria a la que todos habíamos asistido, pero el nombre se mantuvo hasta la graduación. Y ahora ha trasladado su breve momento de creatividad a Ben y Allyson, y sin querer ha sacado a relucir nuestro antiguo apodo.

—Ni hablar, colega —comenta Ben, bajando los ojos a su plato

vacío.

Todos se ríen, pero es un murmullo bajo; un silencioso puñetazo a Emily en el estómago. De nuevo, Ally no podía saber que esto podría herirme, así que se limita a mirar de reojo a Hooch.

Hooch me ha hecho sentir como una basura, utilizando humor relacionado con los famosos para hacerlo, y así ha conseguido golpearme desde todos los ángulos equivocados.

Aparto mi silla de él.

Susurro algo ininteligible al oído de Laurel para alejarme de ese *bulldog* lascivo.

—Cecina.

—¿Qué? —pregunta ella.

—Nada —le susurro, y ella me mira con cara de fastidio.

—Voy a dejar que te vayas pronto, pero antes tienes que comerte un filete —exige Laurel—. Esta noche eres mi cita y te invito a un filete.

El siguiente plato de Laurel son filetes y brochetas de verduras, que Zach nos ha preparado a la parrilla. Ally no come nada de carne, y me pregunto si es vegetariana o simplemente está muy pendiente de su dieta. Vaya, tiene un defecto. A Ben le gusta comer bien. Está preparando a su futura Audra o Stella para ser anoréxica.

—Emily no te necesita, Laurel. Puede tener una cita cualquier noche de la semana —dice Cat, guiñándome un ojo.

—Ja, ja. Falso. Pittsburgh es una de las peores ciudades para tener citas de todo el país. —Mi comentario empaña el ambiente, pero es algo que conozco muy bien.

—Oh, vamos, dudo que te cueste conseguir una cita, Emily. Una chica lista, guapa y con éxito como tú… —coquetea Hooch, dándome un codazo en el costado.

«No me toques».

—¿Crees que tendría un hijo yo sola si las citas no fueran una mierda aquí? —digo con demasiada amargura.

Noto que Ben deja de masticar su filete. Y a Ben *le encantan* los filetes.

—Si me disculpáis, tengo que ir al baño —digo, aunque acabo de ir.

Hasta ahora, he conseguido que mi decisión de ser madre soltera

pareciera digna. Soy la mujer que no necesita a un hombre. Puedo hacerlo todo yo sola. Pero acabo de admitir que la verdadera razón por la que voy a tener un bebé sola es porque soy incapaz de encontrar una pareja adecuada.

Respiro hondo al salir del aseo de Laurel, y me dispongo a volver a la fiesta cuando otro par de ojos con montura negra y enrojecidos se cruzan con los míos al otro lado de la puerta del baño.

—Emily, ¿tienes un minuto para hablar conmigo en la cocina? —pregunta Ally.

«Dios mío, por favor, no me obligues».

—Claro —resoplo.

No puedo ocultar mis ojos hinchados bajo las luces incandescentes de Laurel. Nos sentamos en taburetes opuestos: la isla de granito de la cocina es lo único que nos separa. Eso y el último trozo de tarta de *mousse* de chocolate. Se me hace la boca agua.

—¿Qué pasa? —pregunto. Me acomodo en el taburete de ante sintético.

Ally está visiblemente enfadada y su estrógeno extra está haciendo que mi estrógeno extra llore, y no quiero llorar. Delante de ella, no. Pero casi puedo interiorizar lo que siente y beber en su desesperación por nuestras desafortunadas situaciones. En lugar de eso, intento concentrarme en el chocolate que hay encima de la tarta. ¿Cómo consigue Laurel cortar las virutas tan finas?

—Quiero empezar dándote las gracias por haber sido tan amable con Ben y conmigo en el hospital. La doctora Batey era nuestra primera opción, y sabíamos que trabajabas en su clínica, pero no sabía la enorme importancia que tendrías en nuestro caso. Y, con sinceridad, no creo que Ben lo supiera tampoco. —Hace una pausa, con la boca abierta como si quisiera decir algo más.

No estoy segura de lo que quiere de mí aquí. Mi breve arrebato se ha calmado en la superficie mientras intento procesar su intención para este pequeño discurso. Cada muestra de emoción humana es para mí un momento de inspección para poder comprenderla mejor.

—De nada. Es mi trabajo —comento.

—Sé que lo es, y me doy cuenta de que eres muy buena en tu trabajo. Lo sé, de verdad. He leído mucho sobre la importancia del

laboratorio y cómo lo que ocurre en él puede afectar mucho a los resultados. —Y empieza a llorar.

Y entonces me arde el pecho y se me saltan las lágrimas, e intento concentrarme en esas pequeñas virutas de chocolate de la tarta como si fueran piezas mágicas de valor que pueden ayudarme a superar esto, pero no funciona y las lágrimas se derraman también por mis mejillas.

—Pero solo quiero asegurarme de que estás bien con toda esta situación y de que has hecho las paces con Ben, porque necesito saber que mis bebés recibirán los mejores cuidados —consigue decir entre sollozos que le quitan el hipo.

Los trocitos de chocolate están borrosos, y mis mejillas están húmedas de tristeza. Odio esto más que cuando solía sentarme en el suelo del salón a mirar fotos viejas de Ben en la universidad mientras imaginaba cómo sería ella.

Es difícil odiar a alguien a quien no puedes ver, pero ahora la veo y no la odio en absoluto. Ally ha investigado. Sabe lo importante que es mi papel en la concepción de su hijo, y de todas las mujeres que han pasado por mi clínica y que he deseado que me dieran ese tipo de reconocimiento, no quiero que ella sea la excepción.

—Ally, me alegro por Ben, y solo quiero lo mejor para él. Debería ser padre. —Me ahogo con las palabras.

—Lo sé. Sé que le deseas lo mejor. Pero es que ahí fuera parecías enfadada por no haber encontrado a nadie todavía, y necesito asegurarme de que te parece bien esto —admite.

Todo es culpa mía. Nada de lo que sale de mi boca puede ser correcto. Ally acaba de darme una pista sobre el hecho de que todos en la mesa probablemente piensan lo mismo, que todavía estoy colgada por Ben.

—No tiene nada que ver con Ben, lo prometo. —«Sí que tiene que ver»—. Cuidaré de tus embriones, de tus futuros bebés, como si fueran míos. Tienes mi palabra. —«Y lo haré».

Ally sonríe, y sé que de alguna manera he hecho que mi metedura de pata de antes mejore.

—¿Va todo bien por aquí? —oigo a Ben preguntar desde la puerta mosquitera, que acaba de abrirse—. Pero ¿qué demonios…? —

pregunta, dando un paso hacia el dúo hormonal de lloronas que se cierne sobre la tarta de chocolate.

—¡Fuera, Ben, estamos en una reunión de estrógenos! —grita Ally.

Y yo me río. Él se echa atrás con una expresión muy confusa en la cara, y es divertido por un momento que Ally y yo tengamos una broma privada que Ben no puede compartir.

—No lo soporto más —dice Ally, y clava un tenedor en la tarta.

—Será mejor que compartas eso —exijo.

Lanza un tenedor de plástico a la mesa y devoramos el último trozo de tarta mientras Ben, muy confuso, vuelve a salir.

—No. Se. Os. Ocurra. Entrar. Ahí —le oigo decir desde fuera mientras nos terminamos la nata montada.

Allyson Holiday y yo nos reímos y lloramos y devoramos la tarta juntas, y nunca hubiera imaginado ni en un millón de años que me haría amiga de la mujer de Ben. Por otra parte, se ha casado con una versión de mí; ¿cómo podría rechazarla?

En su lugar, le he prometido que voy a crearle un hijo, y una segunda promesa muy especial a Ben de hacer lo mismo.

Una promesa que cumpliré.

VEINTICINCO

ALLY

LO MISMO

Laurel no tenía regalos personalizados para nosotros, pero sí reveló el secreto, y no puedo evitar pensar que lo hizo a propósito. Ben no se molesta en hacer la pregunta: «¿Qué te han parecido mis amigos?».

Se sienta tranquilamente en el asiento del conductor, jugueteando con la radio, como si cualquier canción pudiera ser apropiada para «Mi exnovia y mi mujer se van a quedar embarazadas en la misma semana». Al menos debería cambiar a un canal de música *country* si ese es el ambiente que intenta crear.

Por fin, se atreve a mirarme.

—¿Qué? —pregunta—. No lo sabía, Ally.

—Esa parece ser tu defensa para todo últimamente. —«No sabía que conseguiría el trabajo y que eso significaría desarraigar nuestras vidas. No sabía que Emily llevaría nuestro caso. No sabía que Emily se sometería a una FIV la misma semana que nosotros».

Suspira.

—Es de locos. Lo siento, pero parecía que os llevabais muy bien en la cocina. A Emily probablemente le vendría bien alguien con quien desahogarse. Está pasando por este proceso ella sola.

—Ha sido su elección. Lo que me lleva a mi siguiente pregunta. ¿Por qué ha decidido hacerlo ahora? ¿Justo ahora? Esos óvulos llevan congelados… ¿cuánto?

—Ocho años —dice.

Cierro la boca de golpe.

—¿Cómo…?

—Se puso enferma hace ocho años. Fue entonces cuando los congeló. Antes de su tratamiento.

—¿Por qué lo sabes?

«¿Han mantenido el contacto? ¿Igual que Sebastian y yo hemos estado… manteniendo el contacto?».

Ben suspira.

—Fue duro saber que había enfermado cuando volvió a casa. Recuerdo…

Había un trasfondo entre Ben y Emily esta noche que no me ha gustado nada. Me sentiría ciento cincuenta por ciento mejor si Ben hubiera roto con Emily hace tiempo, pero no fue así como ocurrió. Es difícil imaginar a Emily dejando a Ben para pasearse por Europa, pero entonces no la conocía. Quizá era más animada que el apagado semirrobot que escupe datos clínicos como si recitara poesía para sí misma.

—Puede que vaya a casa a visitar a mi madre después de la próxima revisión —declaro.

Ben no se inmuta.

—No puedo ir contigo. Acaban de empezar las clases. Todavía no puedo cogerme ningún día libre.

—No pasa nada. —«Porque así podré ver a Sebastian y tú estarás a kilómetros de distancia»—. Solo necesito verla.

Y a seres humanos que tengan dos dedos de frente y no actúen como si estuvieran atrapados en un túnel del tiempo de hace quince años.

—Creo que te sentirás diferente después de la transferencia —dice Ben—. Emily va a hacer nuestro sueño realidad.

No entiendo cómo está tan seguro.

Es interesante que Ben me diga cómo me voy a sentir.

Este hombre no tiene ni idea de lo mal que lo voy a pasar después de la transferencia.

—Ben, ¿qué te hace pensar que este embarazo será diferente a los demás? Nunca he tenido problemas para quedarme embarazada. He tenido problemas para mantener el embarazo.

Ben abre la boca para hablar y luego la cierra. ¿De verdad creía que la FIV era la panacea?

—Analizarán tus óvulos y los embriones antes de implantarlos; eso seguro que mejora nuestras posibilidades.

Él sí cree que este proceso va a ser mano de santo, y que nuestro bebé creado en un laboratorio va a ser un niño milagro.

—¿Y si ese no es el problema? —pregunto.

Suspira de nuevo.

—Me encantaría que fueras más positiva.

—Y a mí me encantaría que entendieras lo difícil que me resulta ser positiva dadas las circunstancias. Echo de menos mi casa. Me sentiré mejor después de ver a mi madre.

—Esta es tu casa ahora —dice Ben—. Esta noche esa gente te ha acogido como si fueras una de ellos. No teníamos ese tipo de amigos en Charlotte. Nunca salíamos con amigos. —Ben lo dice como si llevara varios años quejándose de eso, pero es la primera vez que le oigo decirlo. Supongo que esta noche le ha recordado lo que se ha estado perdiendo.

—No parece que tengan mucho que ver conmigo —digo—. Laurel es un poco mala; ¿por qué ha dicho lo del bebé de su mejor amiga? Cat mira a todo el mundo como si fuera mejor que ellos. Hooch no tiene modales. Seth y Zach no están mal, pero son unos inmaduros. Y tú te vuelves un inmaduro cuando estás con ellos. —Es como si no pudiera evitarlo. Juro que estas inyecciones que me están dando en la clínica contienen suero de la verdad.

—Es el comentario más crítico que te he oído decir jamás. Vaya. Entonces, ¿te caen mal?

—No me caen mal. Simplemente no los entiendo, y a ti tampoco cuando estás con ellos. Eres como otra persona, una que no me gusta…

Ben sacude la cabeza.

—Laurel me ha pedido que te dé su número para que hables con ella cuando quieras. Tiene buenas intenciones, pero se emociona demasiado con las cosas. Se ha esforzado mucho en la fiesta para que estuvieras a gusto. ¿No puedes esforzarte tú también un poco más en vez de rendirte después de una noche?

Aparto la mirada y pienso: «Sí, se ha esforzado». Quizá no esté siendo razonable.

—¿Y si lo hago, pero sigo sin ser feliz aquí? —pregunto.

—Entonces, volveremos a Charlotte —dice—. No voy a obligarte a que te quedes aquí si eres tan desgraciada.

—¿De verdad? —pregunto, sintiéndome ya un millón de veces más ligera.

—Sí, pero al menos tienes que intentarlo.

—Trato hecho.

* * *

Estoy en un Target con Laurel Quinn. Está haciendo el papel de asesora de compras, pero las cosas que elige me están produciendo ansiedad.

—Oh, estos biberones son los mejores, pero deberías encargar varios tipos diferentes porque no sabrás lo que le gusta al bebé, ¡ni él tampoco! —Laurel se ríe como si lo que ha dicho fuera graciosísimo.

Hago una mueca, porque estamos empezando la casa por el tejado. Pero hay una serie de cosas que tengo que hacer si quiero volver a Carolina del Norte, y seguirle la corriente a Laurel es una de ellas. Así que aquí estamos…, en el pasillo de bebés de Target, añadiendo artículos a una lista para un niño que todavía no existe.

Sin embargo, Laurel parece entusiasmada.

—Uuh, ¿añadimos esta mecedora electrónica? No las había cuando mis hijos eran pequeños. —Señala una sillita de bebé apoyada en un pedestal que vibra al pulsar un botón.

—Claro —digo, imaginándome un columpio de verdad bajo el álamo de mi casa en lugar de este prefabricado.

Suena el teléfono de Laurel y levanta un dedo indicándome: «Espera un momento».

—Hola, Emily…

Laurel parece vacilar al hablar con su amiga, y sé que es porque está conmigo. Parece que… Laurel no le ha dicho que íbamos a ir de compras juntas. El jurado sigue deliberando sobre esta chica. ¿Intenta fomentar una amistad auténtica o causar problemas? Hay algo en ella que me hace dudar.

—¿Qué es lo que no está bien? —pregunta Laurel.

Emily ha dicho: «Eso no está bien».

La he escuchado.

¿A qué se refiere? ¿A mí y a Laurel, su mejor amiga, comprando juntas o a que hagamos una lista para un evento que aún no ha tenido lugar? No puedo decir que esté en desacuerdo con ella en ninguna de las dos cuestiones.

—Sí, ella es consciente de las posibilidades… —dice Laurel con sorna.

Mis dedos rodean con fuerza la cesta de la compra. Emily cree que soy idiota y que no comprendo la posibilidad real de que esto no vaya a funcionar conmigo; como si yo fuera una mujer con la cabeza en las nubes que cree que todo va a salir bien. Yo no soy así.

—Deberíamos hacer la tuya la semana que viene…

Y cuelga a su amiga. Como debe ser.

Esto es ridículo.

Veo unos pantalones largos y vaporosos y pienso en lo bien que me quedarán sobre el bañador cuando esté en Miami Beach, con Sebastian. Ben no tiene ni idea de hasta qué punto estas amistades forzadas en este entorno estresante me hacen querer huir al sur, mucho más lejos que a Carolina del Norte.

«Me iré corriendo. Ya lo verás. Correré tan rápido que no te vas a enterar».

VEINTISÉIS

EMILY

CONTROL

Oficialmente ya no controlo mi cuerpo ni mis emociones, y siento que alguien va a tener que sujetarme durante las próximas semanas. Me preocupa en qué clase de monstruo podría convertirme una vez completada la transferencia. Con suerte, parte del estrés de la FIV desaparecerá cuando me quede embarazada y pueda centrarme en el bebé.

Con un poco de suerte, mi cuerpo se recuperará gracias a sus hormonas naturales, frente a las sintéticas que me he estado inyectando. A lo mejor entonces puedo alcanzar algún tipo de estabilidad en esta montaña rusa emocional en la que he estado desde que pasé de tomar solo Lupron combinarlo con estrógeno y progesterona.

Y luego tenemos también el persistente pensamiento sobre Ally Holiday, y saber que ella está pasando por lo mismo, y que Ben está a su lado para capear el temporal. Tiene a alguien que le dice que todo va bien cuando no hay certeza de que todo vaya a ir bien.

El chocolate y las lágrimas solo llegan hasta cierto punto.

Ally y yo tuvimos un momento de conexión esa noche, pero desde entonces todos los días me han acosado la culpa y la inquietud. La mentí, pero cómo iba a decirle que nada me gustaría más que estar en su lugar de mujer infértil, de pie junto a Ben, preparándome para tener su primer hijo…, nuestro primer hijo.

Creo que mis amigos también lo saben. Y, para empeorar las cosas, desde que Ben ha vuelto, es como si a Zach le hubiera crecido un nuevo apéndice llamado Ben. Es raro que hable con Laurel en fin de

semana y que los Holiday no estén con ellos, como hoy en Target.

¿Cómo puede haberse ido Laurel de compras con Ally?

¿Por qué ha tenido que volver Ben para arruinarme la vida?

Al principio pensé que era algo bueno, pero ya no. Hay algunos días en los que todavía me pregunto si estoy haciendo lo correcto, teniendo a este niño yo sola.

Mientras estoy a salvo en los confines del laboratorio, Ralphie me pregunta:

—Entonces, ¿cuándo es tu transferencia?

Estoy mirando a través de un microscopio.

—Voy a descongelar cuatro de mis ocho óvulos, y ver cuántos superan la congelación.

Batey quería que me hiciera dos extracciones: «Cuantos más saques, más probabilidades habrá», pero eso habría supuesto posponer aún más la quimioterapia, así que opté por una, en la que se obtuvieron un total de ocho óvulos.

—Buena idea. Hay que contar con que al menos dos van a ser viables —dice Ralphie.

Cuando me encontré aquel bulto en el pecho, solo quería que me lo quitaran. Era difícil pensar en el futuro cuando no sabía si sobreviviría al presente. Mi madre se mostraba recelosa con que me hiciera la extracción. Le preocupaba que el cáncer pudiera hacer metástasis en otras zonas durante el tiempo que tenía que esperar para someterme al procedimiento de fertilidad, y a mí también. Ahora, viéndolo con perspectiva, ojalá hubiera seguido el consejo de Batey y me hubiera hecho dos extracciones.

Tengo ocho óvulos y después, el juego se acaba.

—Probablemente lo sean tres —digo, optimista.

—Tienes razón, tres es más probable. Estoy muy emocionado por ti. —Ralphie sonríe.

—Gracias, Ralphie, ya somos dos.

* * *

—Tenemos que ir a Target a hacer tu lista —me dice Laurel por el móvil cuando vuelvo del trabajo.

Las hojas están empezando a cambiar y, aunque estoy atrapada en el tráfico de la hora punta en Boulevard of the Allies, puedo ver las copas de los árboles otoñales del monte Washington invitándome a llegar a casa, guiñándome un ojo a medida que el follaje se hace visible.

—Laurel, de verdad, necesitas pisar el freno. Ni siquiera estoy embarazada todavía. —Agarro con más fuerza el volante de piel. ¿No se da cuenta de lo que estas preguntas pueden hacerle a alguien en mi posición? Es como elegir la vajilla de tu boda antes de que te hayan pedido matrimonio.

La salida del puente Liberty está a la vista, pero una imbécil que no ha esperado bien su turno para incorporarse intenta cortarme el paso por la derecha. Estoy tan enfadada que quiero darle un golpe con mi todoterreno y estrellarla contra el quitamiedos. Sigue ahí, con su intermitente rojo parpadeando sin cesar.

Y yo sigo sin dejarla pasar.

Se escucha un chirrido cuando casi se choca con el quitamiedos.

Le sigue un violento bocinazo, acompañado de un bonito gesto con el dedo, que puedo ver claramente en el retrovisor.

¡Que espere su turno como todo el mundo! Yo he tenido que esperar una eternidad.

—¿Va todo bien, Em? —pregunta Laurel.

Está claro que estas hormonas deberían llevar una etiqueta de advertencia.

—Oh, solo un pequeño encontronazo entre una motorista agresiva y yo en el puente Liberty —digo, aunque estoy bastante segura de que ahora hay un accidente detrás de mí.

No me atrevo a mirar, porque aunque la otra conductora lo estaba haciendo mal, podría haber evitado el accidente si la hubiera dejado meterse en mi carril. «Pero hoy no, bonita».

Mi agresividad se ha debido a algo más que a la rabia de la carretera y a las hormonas. Ya estoy harta de hacer favores a la gente y de hacer concesiones y promesas a quienes no las merecen.

«¿Por qué le estoy haciendo promesas a tu maravillosa esposa, Ben? Te dejé yo, pero tú tampoco me esperaste. Perdóname por querer tener una carrera satisfactoria».

—Ay, ¿no lo odias? Detesto entrar en ese puente. Bueno, mira, aunque este ciclo no funcione, tienes otros huevitos en el congelador, ¿verdad?

Vaya, mi mejor amiga me presta atención cuando hablo.

—Puedes permitirte emocionarte, Em.

—La emoción puede conducir a una profunda decepción. ¿Y desde cuándo me llamas, Em?

Así me llama Ben. Y Ralphie. Solo ellos tienen derecho a hacerlo.

—Entonces, ¿todo esto es por Ben?

—No, es que nunca me has llamado así antes de que volviera.

—Es pegadizo —explica.

No es cierto. El diminutivo Em no es pegadizo, es la forma en que Ben lo dice lo que lo hace pegadizo. El entusiasmo de Ben es contagioso, y cuando él y Laurel están en la misma habitación, sus personalidades se compenetran. Se contagia de la energía de él, como hacía en la universidad, y no hay forma de que se lo explique sin que suene a reproche, cuando es algo totalmente inocente.

—Bueno, te agradecería mucho que volvieras a dirigirte a mí de la manera que llevas diez años haciendo.

—Lo siento… Madre mía. Antes de que te enfades más conmigo, la pobre chica no tenía ni idea de qué tenía que comprar para el bebé, y aquí no tiene amigos —dice Laurel.

Ahora soy yo quien corta el paso a los coches al desviarme hacia el carril derecho del puente.

Y… Oigo bocinazos más violentos.

—Emily, ¿deberías estar conduciendo?

—Entonces, ¿ahora sois amiguísimas? —pregunto.

—No, no. Ben me pidió ayuda. No fue cosa de ella, y sinceramente creo que se sintió un poco incómoda. No es que después nos sentáramos a pintarnos las uñas de los pies la una a la otra o algo así… —dice Laurel riéndose.

—¿Estaba Ben allí? —No sé por qué importa, pero importa.

—No, estaba ocupado haciendo cosas en su casa. Ella ha elegido decorar la habitación con temática de la jungla. ¡Le he comprado un mono! Ya no tengo bebés, así que lo siento si me emociono con el mono, pero es amarillo, y cuando tiras de la cuerda canta una

canción, y…

Uf, ¿temática de la jungla? Qué poco original.

—¿Y qué? —pregunto.

—También te he comprado uno a ti.

—¿Me has comprado un mono?

—Le he comprado un mono a tu bebé.

—¿A un bebé que aún no está en mi útero? —pregunto, molesta.

—Sí, lo siento. No tienes que aceptar mi regalo si no quieres —dice Laurel.

No le contesto. Ella también se está volviendo loca. Alguien debería encerrarnos a todos. Mis emociones son tan incontrolables que me asustan. Esa mujer podría haber muerto en el accidente de ahí atrás y lo único que he podido pensar ha sido: «Me alegro, ha intentado cortarme el paso».

—¿Por qué no te quedas con el mono hasta que nazca el bebé? —Parezco enfadada, porque lo estoy. Mi mejor amiga me está engañando con la mujer de mi exnovio. Menuda mierda. Me sudan las manos y la cubierta acanalada del volante de mi Land Rover se me queda impresa en las palmas.

La carretera McArdle sube en línea recta por la ladera de la colina inclinada hacia Mount Washington, y yo no debería ir tan rápido, pero Laurel me tiene alterada. Llego a la cima de la colina y el semáforo se pone en rojo. Freno bruscamente y todo mi cuerpo se inclina hacia delante, haciendo que mi teléfono golpee el salpicadero y caiga al suelo.

—Emily. Emily —se oye por el altavoz de mi dispositivo manos libres.

Los científicos somos personas muy estructuradas. Nuestros protocolos tienen controles específicos, validaciones. De repente, esto entre Ally y yo parece una especie de competición, o un experimento, y he perdido el control.

—¡Tengo que colgar! —grito, y cuelgo. El semáforo cambia a verde y giro a la derecha.

Su excusa de que Ally no tiene a nadie más es una mierda. Ben tiene dos hermanas que viven en la zona y podrían haberse tomado la molestia de estrechar lazos con su cuñada. Ben no tiene que

pedirle ayuda a mi mejor amiga. Y mi supuesta mejor amiga podría haberle dicho «no» o inventarse cualquier excusa…

La verdad es que Laurel está disfrutando en su papel de compradora experta de cosas imprescindibles para bebés. Le encantan los bebés y le encanta enseñar a la gente a hacer cosas que no saben hacer. Es cómplice de todo esto.

Es posible que Ally no sea tan parecida a mí como yo pensaba. La decoración para bebés es la menor de mis preocupaciones. Lo único que debería importarme es una transferencia exitosa, seguida de una prueba de embarazo positiva, y de la detección de un latido cardíaco.

Y después podremos celebrarlo.

Pero hasta entonces todo esto parece prematuro y soberbio. Seguro que Ally ha investigado y lo sabe, así que no tiene sentido. ¿Se ha vuelto más loca que yo?

He visto cómo la FIV no funcionaba sin motivo aparente cada semana durante los últimos nueve años de mi vida. ¿Cómo puede estar tan segura de que su tratamiento va a funcionar?

Estas preguntas me atormentan mientras conduzco con demasiada brusquedad hasta llegar a mi pequeña plaza de garaje.

Le mando un mensaje a Laurel.

He llegado bien a casa. Solo por curiosidad, ¿Ally es plenamente consciente de la posibilidad de que fracase su FIV?

Laurel me responde con otro mensaje.

Gracias a Dios. Ya estaba en el coche, preparándome para ir a ver si seguías viva. Ally acaba de decir que ha estado rezando y que tiene fe en que Dios los bendecirá con un bebé.

Ah… la carta de Dios.

He visto a personas religiosas como Ally recurrir a la FIV como último recurso cuando todo lo demás había fallado, y esas fueron las que acabaron más destrozadas cuando Dios siguió sin bendecirlas con un hijo. Es como si se lo tomaran como algo personal, como si Dios no hubiera respondido a sus plegarias porque pensaba que no

se merecían un bebé.

Marybeth, la madre de Ben, probablemente esté encantada con Ally y sus creencias. Todos sus hijos tienen nombres bíblicos, y aunque nunca se quejó de mi falta de devoción, creo que le molestaba.

No es que no crea nada en Dios. Creo que hay algo espiritual ahí arriba; pero es que yo creo más en la ciencia y en la evolución, y en pruebas objetivas que puedo ver, tocar y oler… y controlar. Aunque, ahora mismo, nada parece estar bajo mi control, así que decido que a mí también me vendría bien rezar un poco.

Si Ally puede rezar para que ese bebé entre en su vida, quizá yo pueda rezar para que ella y Ben salgan de la mía.

VEINTISIETE

EMILY

MEZCLA

Lunes

Octubre recibe a Pittsburgh con lo que el hombre del tiempo llama una mezcla invernal. A mis hormonas extra no les gusta tener frío, y están poniendo a caldo su pronóstico.

Hoy tengo muchas más cosas en la cabeza que el tiempo. Anoche no podía dormir, porque la semana que viene será dura. Ally tiene programada hoy la extracción de los óvulos. El número y la calidad de los óvulos extraídos serán un factor muy determinante en el resultado y el éxito de su fecundación *in vitro.*

La bandeja de incubación número tres ha estado esperando pacientemente la llegada del futuro bebé Holiday. Esta semana es muy diferente a las demás.

Cada día pienso en la incubadora de acero inoxidable, parecida a un frigorífico, como un aparato más en el trabajo. No parece más que un congelador vertical con diez hileras de bandejas agujereadas en su interior. Excepto que, a diferencia de un frigorífico, está lejos de ser frío. La temperatura está fijada en treinta y seis grados y medio, la humedad en el cien por cien y la concentración de dióxido de carbono en el cinco por ciento. La mayoría de las clínicas mantienen sus incubadoras a treinta y siete grados, pero, dada mi formación de posgrado, insisto en una temperatura ligeramente inferior.

Si estoy enferma o de vacaciones, la doctora Batey cancela las citas.

No confía en nadie más para trabajar con las muestras de sus pacientes.

Ralphie aún no está en el laboratorio. He llegado muy temprano a pesar del mal tiempo. Acaricio con cariño la incubadora. Esta semana albergará las vidas del futuro bebé de Ben y del mío, y es muy importante que cumpla su función.

El laboratorio está impoluto, pero me tomo la molestia de volver a limpiarlo. No puede haber ningún contaminante ni una mota ni germen que pueda estropear el proceso. La vida del futuro bebé de Ben y Ally depende de ello. Y la del mío también.

* * *

Ally probablemente está despertando de la sedación ahora mismo. El equipo de la doctora Batey ha recuperado seis ovocitos de los folículos envejecidos de Ally; no es una recolección muy buena. En el mundo de la extracción de óvulos, obtener de ocho a doce se considera un éxito.

Con más cuidado del habitual, coloco cada ovocito en su propia placa de Petri individual. Les espera una mezcla de nutrientes que imita el entorno de las trompas de Falopio de Ally.

Estos pequeños no son solo células, son bebés en potencia. Pensar en cada espécimen de ese modo me hace ser mejor embrióloga. No solo le da a mi trabajo una finalidad auténtica, sino que también me hace sentirme constructivamente paranoica, como si pudiese cometer un asesinato si doy un paso en falso.

Los óvulos de Ally necesitarán de cuatro a seis horas antes de que pueda añadirles el esperma de Ben, tomando uno de los pequeños nadadores de mi exnovio e inyectándolo directamente en el óvulo de Ally. Hay otros procedimientos, pero la doctora Batey se ha decidido por este tras el historial de abortos espontáneos repetidos de Ally, y es una gran opción ahora que la extracción ha dado tan pocos óvulos.

—¿Cómo están tus óvulos? —pregunta Ralphie, mientras aparece sigilosamente por la esquina.

—¡Ah! —grito.

—Oye, Em, que soy yo —dice Ralphie.

—No te me acerques a hurtadillas, y menos esta semana —le

regaño.

Ralphie levanta las manos y sonríe.

—Lo siento. Seguro que seré mucho más feliz trabajando contigo cuando esto acabe.

—No estoy muy segura de eso; aún no conoces a Emily, «la embarazada» —digo.

—Tú tampoco. Ni se te ocurra convertirte en una de esas embarazadas locas de remate —dice.

Le devuelvo la sonrisa a mi cómico ayudante.

—Bueno, a juzgar por los cambios de humor que estoy teniendo últimamente, si fuera tú, estaría bastante preocupado.

—Puedo soportarlo. No conoces a mi ex. Haces que ella parezca Blancanieves.

—Gracias por tus ánimos. —El sarcasmo resuena en mi voz.

—Entonces, ¿has llegado temprano para sacar tu alijo o qué? —insiste Ralphie.

—Mientras hablamos, mis pequeños se están descongelando mientras hablamos en el agradable baño caliente que les he preparado. Anoche vine a sacarlos para poder llegar a tiempo a la agenda del viernes. Batey no quiere venir el sábado —le explico.

No quería estar ni un día detrás de ella; la chica que siempre va un paso por detrás de Allyson Holiday.

—No puedo creer que su alteza no haga una excepción contigo —bromea Ralphie.

—Sí, me debe una, ¿no crees? —pregunto.

—Ja. Te debe mucho más que un simple sábado. —Tiene mucha razón. Necesito el humor fresco de Ralphie en mi vida.

—Bueno, quiere asegurarse de que es ella quien se encarga de la implantación, y se va de viaje el sábado. No va a permitir que nadie más sea responsable de la inserción de mis pequeños amores.

Sé que la forma en que hablamos de las muestras suena espeluznante. Ralphie y yo somos los únicos que hablamos de nuestros procedimientos clínicos en términos tan cariñosos. Pero hoy son míos de verdad. Y de Ally. Y de Ben.

Respiro hondo. Es hora de inyectar el esperma de Ben en los óvulos de Ally.

Las muestras de esperma fresco se recogen el mismo día de la extracción de óvulos, es un proceso rápido. Excepto que, cuando voy a coger la muestra de Ben, no está. En la bandeja hay una ranura para el recipiente con la etiqueta «Holiday», pero el vasito de plástico con su esperma no aparece por ninguna parte.

—¿Ralphie?

—¿Sí? —responde Ralphie.

—¿Dónde está la muestra de esperma de Holiday? Deberían haberla entregado en algún momento de esta mañana después de la extracción de Ally.

Ralphie me mira confuso. Ha sido un día bastante ajetreado. Hay diez transferencias de embriones programadas para el viernes, y he pasado la mañana utilizando la máquina Microsort para el caso Amstead. El tinte de la máquina Microsort ilumina más los espermatozoides X (femeninos) que los Y (masculinos), porque los cromosomas X tienen aproximadamente un dos coma tres por ciento más de ADN.

He bromeado con Ralphie diciéndole que no me sorprendía nada que las hembras tuvieran más ADN desde el principio.

La máquina ha clasificado con éxito suficiente esperma masculino para su muestra, pero es un proceso nuevo y, por lo tanto, largo. Una distracción bienvenida de mis propios óvulos descongelándose a pocos metros de mí en su baño caliente.

—Yo… No sé dónde está. —dice Ralphie, blanco como la nieve.

Yo también debo de haberme puesto más blanca de lo normal, porque Ralphie nunca comete errores, y hoy no puedo permitirme que cometa uno.

Le prometí a Ben que no arruinaría esto. Rompió una ventana por mí, arriesgándose a que lo detuvieran, porque yo no era lo bastante alta para entrar en casa del profesor Cook. La trayectoria de mi vida podría ser totalmente diferente si él nunca hubiera encontrado ese frasco de pastillas.

Nunca habría ido a Europa. El incidente ocurrió en mi último año. Sin duda, me habrían encarcelado a la espera de juicio o al menos me habrían obligado a permanecer en los Estados Unidos.

Nunca habría estudiado en Cambridge. Y… nunca habría roto con

Ben. Me pregunto si él piensa en las consecuencias del «favor» que me hizo y si ahora me lo echará en cara si no lo ayudo.

Ralphie ya está al teléfono. Su mirada de pánico se convierte en pura diversión, y no puedo creer que pueda haber un poco de humor en esta situación.

—Eh, vale. —Se ríe a carcajadas—. ¿Y qué quieres que le diga a Emily? —Escucha un instante—. Uf. Creíamos que lo había perdido yo —suspira Ralphie.

Cuelga y se vuelve hacia mí con una mirada que solo puedo describir como de diversión atormentada.

—Entonces, esa muestra que faltaba era de tu ex, ¿verdad? —pregunta Ralphie, hinchando las mejillas, intentando disimular una carcajada que amenaza con estallar en las comisuras.

—Sí, ¿qué demonios está pasando? ¿Dónde está la muestra? —pregunto, histérica.

Hay una forma muy específica de realizar mis procedimientos. En el paso en el que nos encontramos, no me gusta que los óvulos esperen más de seis horas en la placa de Petri antes de inyectarles los espermatozoides, y ya casi han pasado.

—Tu chico no ha sido capaz de suministrar una muestra —revela Ralphie e inmediatamente, suelta una carcajada—. ¡Ja, ja, jaaaa!

Me muerdo la mejilla, intentando no unirme a él. Esto es absurdo. Ben es el hombre más hipersexual que he conocido. Una vez me pilló por banda en el guardarropa del teatro donde trabajaba porque las bibliotecas le parecían un cliché y quería hacerlo en un lugar público. ¿La pequeña habitación porno que proporcionan a los hombres es demasiado poco para él? No me lo puedo creer.

—Bueno, tiene que hacerlo, estos óvulos no pueden quedarse aquí así —me asusto.

—Quizá deberías ir a ayudarlo —bromea Ralphie.

—*Ralphie*.

—Emily, esto es muy gracioso.

—No lo es —le digo. No es la primera vez que sucede algo así, pero hace tiempo de la última vez.

Los otros dos pacientes que no pudieron suministrar una muestra tenían excusas decentes. Uno de ellos era un superviviente reciente

de cáncer de próstata que intentaba recurrir a la fecundación *in vitro* porque su esperma estaba afectado por la quimioterapia y solo tenía un testículo.

El otro era un tipo nervioso que había tomado demasiados ansiolíticos y no conseguía excitarse. Las dos mujeres estaban enfadadísimas con sus maridos y la doctora Batey les negó la implantación el día que había prometido.

Si yo soy exigente con mi proceso, la doctora Batey es una maniática y no hace excepciones con nadie.

Suena el teléfono del laboratorio mientras permanezco de pie con las manos pegadas a los costados. Ralphie se ríe en silencio, dando saltitos y murmurando: «Madre mía». Descuelgo el teléfono, pero solo para que deje de sonar. En realidad, no quiero hablar con nadie.

—Soy Emily —digo.

—Emily, soy Tessa.

Tessa es la enfermera que hoy está en el quirófano con la doctora Batey, ayudando con las extracciones.

—Sí, dime —respondo.

—Hay aquí hay una paciente que solicita tu presencia —dice Tessa en voz baja.

—¿Quién es? —pregunto.

—Allyson Holiday. ¿La conoces? —pregunta.

—Sí, es… una amiga mía —le explico. ¿Qué está pasando? ¿Por qué quiere verme Ally?

—Ha preguntado por ti. Quiere verte. Dice que tiene algunas preguntas. ¿Crees que puedes escaparte un momento?

Es imposible que Ally quiera hablarme de la incapacidad de Ben para correrse en un bote de plástico. Es probable que ni siquiera sepa que no ha podido producir una muestra. Haría bien en no compartir esa información con ella el día en que la han anestesiado y le han puesto una sonda en los ovarios para buscar óvulos viables. Cualquier mujer a la que le hayan inyectado hormonas durante varias semanas y que se haya sometido a ese procedimiento tan invasivo no sentiría simpatía por las dificultades de Ben.

—Supongo que… Bajaré enseguida.

Cuelgo el teléfono y me quedo mirándolo.

—¿Qué pasa, Em? —pregunta Ralphie, preocupado.

Coloco delicadamente el teléfono en el auricular.

—La señora Holiday quiere verme.

Ralphie se echa a reír de nuevo.

—Ralphie, esto no es gracioso. —Yo estoy a punto de llorar. Esto no va nada bien.

—Lo siento mucho. Lo siento, Emily, pero sí que es gracioso. Voy a dejar de reírme; no quiero disgustarte. Pero oye, Em, tu chico, um, el señor Holiday…, ¿tenía problemas para que su soldadito se mantuviera firme?

—No, Ralphie. Es un artista. Era espontáneo, incluso.

—Entonces, tal vez deberías bajar y pintarle un mural o algo para que pueda hacerlo. —Ralphie empieza a reírse a carcajadas.

Me lo imagino más tarde bebiendo con sus amigos en su apartamento mientras les cuenta esta historia.

—Tengo que ir a la planta de procedimientos —digo.

—¿Ella lo sabe? —pregunta Ralphie.

—No lo sé.

—¿Y se lo vas a decir?

—No estoy segura.

—Emily, no tienes que ir. Ese no es tu trabajo. Deja que Batey se encargue.

—No quiero que Batey lo sepa. No se lo digas, por favor —le suplico.

—¿Por qué? —pregunta Ralphie.

—Porque Ben va a entregar esa muestra hoy. Tiene que hacerlo —digo.

—El buen de Ben, ¿eh? —Ralphie vuelve a las andadas.

—Llama a la enfermería para pedir su muestra, Ralphie. ¿Me oyes? Diles que la implantación depende de ello y que tenemos prisa.

—Vale, lo haré —dice.

—Oh, mierda, me tengo que ir.

Estoy sudando al salir del laboratorio. Me quito los guantes y voy al baño a lavarme las manos y limpiarme las gafas antes de ir a ver a Ally.

Pulso el botón del ascensor y un globo casi me golpea en la cara.

Recuerdo que trabajo en un hospital materno-infantil donde hay operaciones y nacen niños. Esta idea se me olvida algunos días y semanas, cuando estoy absorta en mi trabajo de laboratorio, totalmente entre bastidores.

Cuando llego, Ally está en la camilla, con el pelo oscuro recogido en un moño. Lleva puestas unas gafas negras y sus ojos parecen aturdidos y semicerrados tras ellas.

—Le dije que no te llamara —dice una señora mayor morena que supongo que es la madre de Ally.

—No pasa nada —le digo—. Ally, ¿qué ocurre?

—Es Ben. Vino aquí y se quedó conmigo hasta que me anestesiaron, y me prometió que estaría aquí cuando despertara, y Ben nunca rompe sus promesas… —empieza a decir.

«No, nunca lo hace».

—No lo he visto —le digo.

—Pensé que tal vez existía la posibilidad de que hubiera ido a verte, o que al menos hubieras tenido noticias suyas o lo hubieras visto en el hospital. Le he llamado, pero me ha saltado el buzón de voz directamente, y él nunca lo apaga. Estoy un poco preocupada —admite, aturdida.

Ally está saliendo de una anestesia muy fuerte, pero parece muy nerviosa bajo su somnolencia.

—No tengo ni idea de dónde está —digo.

Aunque, en realidad, tengo una ligera idea.

Nuestra otra habitación gris está repleta de porno, loción para las manos y fotos horribles colgadas de las paredes. Tal vez ese sea el motivo. Esas infames imágenes de la pared.

Cuando vine a trabajar aquí, hicimos una breve visita al banco de esperma y me vino a la mente una fotografía de una rosa en blanco y negro a medio abrir enmarcada con un cutre marco negro. Me quedé pensando en el color de la rosa. Para empezar, era una fotografía mala, pero ¿quién hace una foto de ese tipo de flores tan bonitas en blanco y negro?

—Le he dicho que probablemente haya perdido la noción del tiempo —empieza a decir su madre, pero luego parece quedarse sin palabras—. Pero ya ha pasado un buen rato. —Suspira.

—No sé qué decir. No se ha puesto en contacto conmigo.

Me doy cuenta de que estoy esforzándome muy poco en consolar a Ally, pero necesito salir ya de esta habitación para volver a mi laboratorio. Esperemos que Ben haya producido algo para entonces y todo esto pueda resolverse con rapidez. Pero si no, alguien tiene que darle ánimos, porque si la caga, su mujer no se lo perdonará nunca. Necesitamos una muestra fresca ahora mismo.

—Entonces, ¿está todo bien? —pregunta Ally, con el miedo entremezclado con sus palabras. Las lágrimas se acumulan en sus ojos como un oasis de esperanza a la espera de hacerse realidad, y por cada pizca de nerviosismo que su lenguaje corporal no puede transmitir, su expresión facial lo hace ahora por ella.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, sin saber a qué se refiere.

—Hablo de mis óvulos. ¿Hay suficientes? ¿Tienen buena pinta?

No me había dado cuenta hasta ahora de que Ally tiene una pila de papeles en la bandeja de la mesa de al lado. Más investigación, al parecer.

—Ah… —Me callo.

—Acabo de leer que las condiciones en el laboratorio, los técnicos y embriólogos son determinantes en el éxito del procedimiento. El médico es básicamente el mensajero; el que entrega el embrión que produces en tu laboratorio —dice. Se ha convertido en mi persona favorita en todo el mundo por decir eso. Ojalá más gente viera mi trabajo de esa manera.

—Sí, de momento todo tiene buena pinta —miento, porque me ha acariciado el ego de la forma adecuada. También es necesario ocultarle la verdad porque su marido y su esperma han desaparecido. Y miento porque no he echado ni la más mínima ojeada a sus óvulos porque no tiene sentido hasta que han reposado un rato.

Y, sobre todo, no revelo todos los pequeños detalles, porque si le dijera que ha obtenido una cifra inferior a la media, podría sufrir un colapso mental total.

—Oh, qué bien. —Suspira.

El tictac del reloj de pared me revuelve el estómago. Ya han pasado las seis horas. Tengo que regresar a mi laboratorio. Tengo que

conseguir la muestra de Ben.

—Bueno, debo volver al trabajo. Le diré a Ben que venga a verte enseguida si me lo encuentro por el camino. Descansa —le aconsejo.

—Siento haberte hecho venir, Emily. Solo quería decirte que confío plenamente en ti. Confío en ti, Emily —dice en voz baja, volviendo a apoyar la cabeza en la almohada y cerrando los ojos. Parece que tiene la boca seca, áspera. Se duerme en un instante.

Su madre me hace un gesto, haciéndome saber que puedo irme ya. Me despido de ella con la mano y salgo de allí.

VEINTIOCHO

EMILY

MUESTRA

Lunes por la tarde

—¿Y bien? —le pregunto a Ralphie mientras me vuelvo a poner la bata blanca. Las palabras de Ally: «Confío en ti, Emily», hacen que me ponga rápidamente en acción.

¿Por qué no puede odiarme por ser la exnovia de su marido como cualquier otra mujer con sangre en las venas? Mi sentido de la obligación hacia Ally es mucho más fuerte de lo que debería. Pero no me gusta decepcionar a la gente que cuenta conmigo, y menos en el trabajo.

—Acaba de llegar. Tu hombre lo ha conseguido —dice Ralphie, señalando un bote de plástico con esperma con una etiqueta en la que pone: «Holiday». Ralphie se echa hacia atrás en la silla, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza y una sonrisa de oreja a oreja. Él y yo nos reiremos de esto algún día, pero hoy no.

—Gracias a Dios. Todavía hay esperanza. No se lo has dicho a Batey, ¿verdad?

—No. —Ralphie todavía está sonriendo.

—Para ya.

—¿De qué? —pregunta.

—De hacer eso —digo, señalando su cara de suficiencia—. Bueno, tengo que empezar a trabajar.

Ya son más de las dos.

—Aunque hoy ha sido un día muy entretenido, ¿te importa que me vaya? He revisado todas las historias y he etiquetado las muestras. Mi hija tiene partido de baloncesto esta noche, y es fuera de la

ciudad —dice Ralphie.

—Vete si quieres. Yo voy a hacer de reina inyectora de esperma el resto del día. —Me seco el sudor de la frente, me lavo las manos, me pongo guantes y empiezo a preparar mi puesto. Un alivio temporal inunda mi cuerpo.

—Eso sonaría fatal si no nos dedicáramos a lo que nos dedicamos. Lo digo porque muchas damas de la ciudad podrían decirte que yo soy, de hecho, un rey inyector de esperma. —Ralphie se ríe.

Y yo esbozo una sonrisa.

—Sí, claro. Fuera de aquí —me río.

Ahora estoy sola en el laboratorio, ansiosa por transformar estos óvulos en hermosos embriones. Hermosos embriones Holiday. Tendrán pelo castaño, ojos marrones, amplias sonrisas, y hoyuelos como los de Jennifer Garner, si tienen suerte.

Pero decido comprobar primero mis óvulos.

Ponerlos bajo el microscopio me pone muy nerviosa.

¿Cuántos han sobrevivido a la congelación? Las estadísticas de supervivencia rondan el setenta y cinco por ciento, así que espero tener al menos tres óvulos buenos de los cuatro que he descongelado.

El primero me calma los nervios. Es absolutamente perfecto, redondo y sin imperfecciones oscuras. La zona o barrera exterior tiene un grosor ideal. Parece un pequeño círculo de colores claros con una goma elástica que roza su perímetro exterior. Cuando hablo de mi trabajo con personas ajenas al campo clínico, describo la zona como la cáscara de un huevo; mantiene todas las células en su sitio hasta que llega el momento en que se multiplican y crecen.

El resto de mis óvulos tienen un aspecto idéntico al del primero bajo el microscopio. No podría estar más satisfecha. ¡Todos han sobrevivido!

«Son unos supervivientes». Es un susurro constante en mi oído. Yo soy una superviviente, y mis óvulos también lo son.

Su división celular aún no es la deseada para la inyección de esperma, así que los vuelvo a colocar en su placa de laboratorio. Un par de horas más y estarán listos para la selecta semilla del arquitecto. El futuro bebé Daugherty podría ser constructor o

científico, y lo más probable es que tenga los ojos azules. Espero que los ojos del arquitecto sean más bonitos que los míos grises.

La emoción me invade y me hace agarrarme a la mesa del laboratorio. Se me aprieta el pecho al pensar en lo que va a ocurrir en las próximas horas. He estado tan abrumada con el drama de los bebés de otras personas que no he podido disfrutar de ninguno de los míos.

Hoy voy a crear a mi bebé. Con mis propias manos. Dios mío.

Tawny se ofreció a ocuparse de mi muestra, pero no me atrevo a dejar que nadie más la toque.

Ahora toca inspeccionar los óvulos de Ally.

Me da más pánico mirar los suyos que los míos. Me he sentido muy presionada para que esto salga bien, y además el pequeño susto con la muestra perdida de Ben me ha desquiciado. Es un hombre que literalmente se arrastró sobre cristales rotos por mí. Tengo que hacer lo mismo, cueste lo que cueste.

Me sudan las manos bajo el látex mientras coloco las muestras bajo el microscopio. Están calientes y se pegan a los guantes de forma antinatural. Es como si mi cuerpo percibiera el peligro, o tal vez solo sean mis nervios.

Veo el primero de los óvulos de Ally y me quedo inmóvil. Cierro los ojos, esperando estar imaginándomelo. Contengo la respiración ante la pesadilla que se esconde bajo el visor y me lamento en silencio por el óvulo no viable de Ally. Mierda.

Me repongo con rapidez, me enderezo en el taburete y me preparo mentalmente para echar un vistazo a los demás. Es solo uno. No pasa nada.

Mi respiración se acelera mientras examino erráticamente el resto de sus muestras. Y grito.

Por suerte, no hay nadie más para oírme. Vuelvo a quedarme congelada, pero mi cuerpo tiembla en el sitio como una hoja atrapada en una tormenta de hielo. «¡No, no, no! ¿Por qué, por qué, por qué?», me digo a mí misma, y al Dios al que Ally ha rezado tanto, el mismo que acaba de defraudarla.

Ninguno de los óvulos de Ally es viable.

La mayoría tienen la barrera exterior dañada y su contenido se

desborda por los lados, como si las compuertas cromosómicas fueran insuficientes. Las células de los ovocitos nunca crecerán ni se multiplicarán, porque se han detenido antes de tener la oportunidad. Los otros dos presentan manchas oscuras que indican anomalías graves. Olvídate del tercer o quinto día. No han pasado del primero.

Nunca he visto óvulos de tan mala calidad en una mujer menor de cuarenta años. Es una tragedia absoluta, y algo imposible de arreglar por la ciencia.

Reviso febrilmente su historia en busca de algo que dé sentido a todo esto. Es increíble que Ally pudiera quedarse embarazada.

Tal vez, en algún momento, Ally tuvo óvulos algo viables, pero una vez convertidos en embriones no eran lo bastante fuertes como para aguantar un embarazo completo, ni siquiera para superar el primer trimestre. Ahora no tiene óvulos viables ni posibilidades de formar un embrión sano.

Se me parte el corazón por ella al pensar en lo que habrá pasado esta pareja con sus otros embarazos y con las pérdidas que han experimentado ya. Se supone que esta era la solución. Mi renombrada clínica, mis habilidades, mi laboratorio… se suponía que eran su divina providencia. Y les he fallado.

Las lágrimas corren por mi cara y se acumulan en mi boca abierta. De todas las personas a las que les puede pasar esto, en todos los laboratorios del mundo, tienen que ser Ben y Ally, y tenía que ser en el mío.

Mis sentimientos de lástima e injusticia se vuelven rápidamente negros y furiosos. Le prometí a Ben que lo conseguiría. Él me apoyó en mis peores momentos. Estaba tan desesperada por sacar el frasco de pastillas de la casa de Cook que busqué en Internet criminales a sueldo.

Por no mencionar que he mentido a Ally y a su madre.

Hay un testigo de mis mentiras. Ally estaba sedada, y yo podría decir que me escuchó mal cuando le dije que sus óvulos estaban bien o que entendí mal su pregunta, pero había una parte muy consciente a su lado que escuchó cada falsa promesa que le hice: su madre.

Le hice a Ally promesas que no puedo cumplir. Me culpará aunque

no sea culpa mía. Le dije a Ally que sus óvulos tenían muy buen aspecto. Investigará a fondo este procedimiento fallido y descubrirá que le mentí, y entonces pensará que hice algo para sabotear su embarazo.

Tal vez incluso haya una demanda o una investigación penal sobre por qué dije que sus óvulos parecían estar bien cuando la mayoría de ellos están de hecho muertos —probablemente han muerto dos horas después de llegar a la placa de Petri— y los otros tienen malformaciones. Ben podría seguir diciendo que no es la primera vez que realizo una muerte asistida y no se lo cuento a nadie, y Dios mío, ¿y si le preguntan a mi madre sobre el tema?

Mis intenciones eran buenas. Siempre son buenas. Pero ¿cómo voy a explicarme y quién me va a creer? Desde luego, tengo motivos para hacer que las cosas vayan mal. Es la mujer de mi ex. Si me descubren, parecerá que tenía malas intenciones.

Es casi la hora de inyectar mis óvulos con el esperma del arquitecto, pero parece egoísta pensar en mí cuando Ally yace en una habitación a unos pisos de distancia.

No es justo. Son buenas personas, una gran pareja. Y le han repartido la peor mano de fertilidad de la baraja.

Y aquí estoy yo, una mujer soltera sin perspectivas de encontrar un padre para mi hijo, y mis óvulos son perfectos. Casi desearía que pudiéramos intercambiarnos.

No será una pérdida para este mundo si no me reproduzco, pero ¿Ben?

Ben debería tener hijos. Nunca he conocido a ningún hombre que deseara tanto tener hijos como Ben. Alguna personita debería conocer el sonido amable y tranquilizador de la voz de Ben Holiday. Ben debería poder transmitir su talento creativo y enseñar a sus descendientes a utilizar el pincel, porque es un artista maravilloso y probablemente un profesor fantástico.

¿Qué hay peor que amar tanto a los niños que uno hace de su vocación servirlos, para que luego se le niegue la posibilidad de tenerlos? Parece una forma cruel de vivir la vida.

Debería haber una trona en la mesa familiar de los Holiday para el bebé de Ben.

Y ese niño debería crecer rodeado por un ejército de más Holiday ruidosos, luchando por un hueco alrededor de la larga mesa del comedor, que siempre estaría abarrotada de amor.

Mi bebé nos tendrá a mí y a mi madre, y a nadie más. Solo tengo un par de tías, un tío y algunos primos que viven fuera de la ciudad.

Lucho por contener la respiración, para no llamar la atención desde fuera del laboratorio. Mi visión se nubla con las lágrimas, y odio las lágrimas. Los científicos detestamos ese defecto del espectro emocional. ¿Por qué no podemos controlarlo?

No hay manera de que pueda darles esta noticia a los Holiday.

No puedo. Simplemente no puedo hacerlo.

La responsabilidad podría trasladarse a la doctora Batey, pero será bombardeada con un montón de preguntas sobre mis falsas respuestas a las preguntas de Ally, para las que no tengo una buena defensa.

Mi trabajo está en juego. Metí la pata hasta el fondo y he hecho un montón de cosas mal, pero mi carrera es lo único que siempre he hecho bien. Es mi estrella brillante en el pozo oscuro que es mi vida, y esta situación que he creado podría comprometerlo todo.

A pesar de lo que ha pasado entre Ben y yo, y de todas las horas obsesivas que he pasado pensando en él, nunca ha habido una parte de mí que no le deseara lo mejor. Las imágenes mentales de Ben como padre me sacuden el cerebro y me abrasan las sienes.

Ally es más sensible que yo, y no fue capaz de dejar a Ben durante un par de meses a pesar de que eso habría facilitado sus tratamientos. Ella se merece esto más que yo. Ben también.

Ben debería ser padre.

Ben aún puede ser padre.

La adopción es una posibilidad, pero no conozco la postura de Ben y Ally al respecto. Si fuera una opción aceptable, ya habría ocurrido, ¿no? Utilizar un óvulo donado podría no ser una opción para Ally, dadas sus creencias religiosas. Es poco probable que vaya más lejos utilizando el espécimen reproductivo de otra persona cuando rehuyó utilizar el suyo propio durante tanto tiempo.

Su matrimonio se desmoronará por lo que he hecho.

Discutirán durante meses sobre mí, y Ally culpará a Ben por usar

mis servicios. Sentirá que es culpa suya, y eso lo sumirá en una depresión. Siempre se lo tomaba todo muy a pecho, tanto las cosas buenas como las malas.

Ally dirá cosas como «¡Te dije que era un error confiar en ella!».

Y entonces Ben también me odiará. Incluso podría delatarme a la policía por lo de Cook. No soporto que Ben me odie.

Y luego hablará con Laurel y Zach, Cat y Seth, y todos se volverán contra mí. Seré la villana inmoral con un hacha preparada para destruir a mi ex. Después, me impedirán trabajar mientras tiene lugar la investigación criminal.

Perderé todo lo que tengo porque cometí un puto error y abrí la boca cuando no debía, porque no tengo tacto verbal.

«Confío en ti, Emily, de verdad».

Esas son las últimas palabras que me ha dicho Ally. Prácticamente puedo oír cómo me las repite una y otra vez mientras su madre me hace señas para que salga de la habitación.

«Venga —me ha dicho la madre de Ally con sus suaves ojos marrones—. Vete a hacer el bebé de mi hija».

Levanto la cabeza en busca de aire y tiemblo tanto que mis gafas traquetean en el puente de la nariz mojado de lágrimas.

Observo mi entorno en busca de una respuesta. Mi nuevo objetivo es detener los jadeos erráticos y calmarme de una puta vez.

Una foto de Melissa Gilbert me mira fijamente desde la portada de uno de mis ejemplares de la revista *People*. Tiene un aspecto muy digno mientras hace una exposición sobre *La casa de la pradera*. Probablemente no tuvo que trabajar después de la emisión de la serie con todo el dinero que ganó, pero si sigue actuando porque le encanta. Es su pasión y quizá estaría perdida sin ella. Igual que yo nunca podré ser feliz sin mi trabajo. Si no tengo hijos, mi carrera es mi único legado.

No puedo perder este trabajo.

Haré lo que sea para protegerlo. Ben y Ally seguirán teniéndose el uno al otro si pueden capear esta tormenta, pero yo no tendré nada. Lo arriesgué todo por este trabajo. Perdí a Ben por mi carrera. No puedo quedarme sin ninguno de los dos.

Melissa Gilbert parece guiñarme un ojo, y entonces recuerdo la

última película de Lifetime que he visto de ella: *Cambiados al nacer*. Se basa en una historia real. La película cuenta la desgarradora historia de dos recién nacidos a los que, por accidente, se intercambia en la sala de maternidad del hospital. Años más tarde, a uno de los niños le hacen una prueba médica porque sufre un trastorno raro, y sale a la luz que la madre y el padre no son los progenitores biológicos. Lo peor de toda la película es ver cómo los padres se dan cuenta de que tal vez tengan que dar a otra persona el bebé que han criado.

Las lágrimas se han secado en mis mejillas mientras mis pensamientos se vuelven más oscuros y más claros al mismo tiempo, como una máscara opaca hecha especialmente para mí. El hecho es que da igual qué embrión implanten a Ally en su útero. Lo único que importa es que Ben y Ally tendrán un hijo al que criar juntos. Un bebé sano con los maravillosos genes de Ben.

Nunca notarán la diferencia…

—No, no, no, Emily —me susurro a mí misma.

Me imagino a Melissa Gilbert susurrando desde la portada de la revista: «Sí, sí, sí, Emily». Su cara inocente me lleva a tener pensamientos oscuros.

—Laura Ingalls Wilder desaprobaría tanto tu comportamiento… —digo en voz alta mientras me levanto para saludar a mis óvulos. Mi pequeño colapso ha dejado mi mente descolocada.

—Hola, pequeños —digo lloriqueando.

Ahora solo puedo ver a través de mi máscara oscurecida. A veces mi mente se pone en modo espectador. Es como si viera la vida a través de una pantalla de televisión; estoy ausente y presente al mismo tiempo.

¿Qué haría uno de los personajes de mis series favoritas en este caso?

La idea está ahí, y si va a suceder, tengo que hacerlo ahora que Ralphie no está. Y mientras las muestras siguen frescas. Será fácil implantar el esperma de Ben en uno de mis embriones y hacerlo pasar por el de Ally.

Solo tengo que indicar que uno de mis óvulos ha muerto durante la congelación. Según las estadísticas, eso es lo normal. Después,

desecharé uno de los óvulos no viables de Ally y lo colocaré en el contenedor de residuos biológicos y diré que es mío.

Nadie ha abierto nunca el contenedor de residuos biológicos buscando nada.

Las cosas que van a la papelera roja nunca salen hasta que la vacían en un descampado que está a saber dónde, así que no corro ningún peligro por ese lado.

Mañana les diré a los Holiday que, cuando fui a comprobar la muestra de Ally, vi que los otros óvulos habían muerto durante la noche, y que solo quedaba un embrión viable. Rezaré para que uno llegue a la fase de blastocisto, día cinco. Si el Dios al que Ally rezó quería que este bebé existiera, tal vez me puso en su camino por una razón.

Un escalofrío recorre mi piel caliente y enrojecida. Es como dijo la doctora Batey: «La gente dice que tengo complejo de Dios. Bueno, no hay nada que me acerque más a Dios que esto».

Y es verdad. Y ahora me toca a mí jugar a ser Dios.

Tengo la cara entumecida y me escuece por las lágrimas. Incluso si todo sale bien, implantar un solo embrión sigue dejando a Ally con la posibilidad de que la implantación no prospere. Puede que le pase algo más aparte de los óvulos, pero sacrificar uno de los míos resolverá todos mis problemas por el momento.

No hay forma de que nadie se entere.

Soy la supervisora clínica.

Nadie comprueba mi trabajo. Yo compruebo dos veces el de los demás.

No hay otra persona que revise mis especímenes.

Mis subordinados no cuestionan mis procesos y procedimientos. Si entrego un solo embrión viable, los Holiday se sentirán decepcionados, pero, si Ally investiga, entenderá que esto puede ocurrir, y su cerebro de analista racional estará de acuerdo con este pobre resultado. Y si a ella le parece bien, a Ben también. Y si le parece bien la reacción de su mujer, entonces no me odiará. No habrá investigación y estaré fuera de peligro.

El resto de la lógica puede resolverse más tarde. Si esto va a suceder, tiene que ser ahora.

Con mi máscara negra de negación puesta —que hace las veces de gafas de laboratorio—, me acerco a mi muestra y luego a la jeringuilla.

Ahora tengo la jeringuilla en la mano.

La heroína de mi serie ficticia decide que lo mejor es utilizar la jeringuilla para extraer el esperma de Ben. Mis manos se mueven hacia mis óvulos en lugar de hacia los no viables de Ally. Sin pensarlo dos veces, inyecto el esperma Holiday en mi óvulo, y lo coloco en una placa de Petri bajo la bandeja número tres marcada como «Holiday».

En el siguiente suspiro, cojo uno de los óvulos no viables de Ally, lo fotografío como prueba y lo tiro al contenedor rojo de residuos biológicos. Si los técnicos comprueban la muestra por la mañana, supondrán que el resto de la muestra de Ally se estropeó durante la noche si yo no indiqué lo contrario.

Todas las cifras cuadran. Ally tenía seis óvulos en su bandeja de incubación, tal y como indiqué tras su extracción.

Y en mi bandeja he anotado que uno de mis óvulos por desgracia ha perecido durante la congelación. Quedan tres sanos. Dudo un momento antes de inyectar el esperma del arquitecto en mis propios óvulos.

El esperma de Ben está al alcance de mi mano. Queda bastante. Ben produjo suficiente volumen, y solo necesito un poco.

Queda mucha muestra para inyectar en más óvulos. La tentación me hace perder el juicio y tengo que apartarme un momento de la mesa y pensar.

—No lo hagas, Emily —me susurro a través de mi confusión mental.

Melissa Gilbert intenta replicar, así que la tiro al suelo, bocabajo, y pisoteo la revista. Está intentando convertir mi vida en una película para poder interpretarme en el papel principal.

«Pero estaría bien que fueran hermanos», oigo decir a Melissa desde el suelo.

Maldita sea. Tiene razón. Es probable que no vuelva a pasar por este proceso. No después de hoy. Y Ally no tendrá ninguna oportunidad de darle un hermano a este niño. Parece lo correcto.

«Nunca lo sabrán. Tú controlas el laboratorio —susurra Melissa con

su voz de Laura Ingalls—. Igual que controlabas las medicinas con las que ayudaste a tu padre».

En eso no se equivoca. A veces nos encontramos en una posición en la que tenemos que jugar a ser Dios por razones divinamente guiadas que no podemos explicar.

Pero todo tiene sentido cuando tomo la muestra de Ben y la inyecto en mis propios óvulos.

VEINTINUEVE

ALLY

DESERTOR

Me dormí entre el momento en que Emily se fue y llegó Ben.

«Aquí está Ben».

—¿Dónde estabas? —le pregunto.

Abre la boca para responder, pero no dice nada.

Un sutil movimiento en la esquina de la habitación del hospital me recuerda que mi madre está aquí. Se levanta de la silla.

—Voy a por un café para que podáis poneros al día.

—Yo… estaba en el ala donde recogen las muestras. Dando… mi muestra —dice—. Tiene que hacerse justo después de extraer los óvulos.

—Han pasado varias horas, Ben.

Se encoge de hombros.

—Siento no haber estado aquí cuando te has despertado. Es un hospital muy grande.

Ben no es mentiroso. No es lo bastante astuto para eso, pero por alguna razón siento que me está mintiendo, y no entiendo por qué. De la misma manera que me ocultó información durante nuestra primera consulta con Emily hasta que lo interrogué al respecto.

—¿Te has perdido? —le pregunto—. No tienes muy buen sentido de la orientación.

—Más o menos. Me llevó un tiempo volver a esta ala, eso es todo.

¿Más o menos? ¿Qué respuesta es esa a la pregunta de por qué has tardado tanto en volver con tu mujer después de que se sometiera a una intervención importante?

—Ha venido Emily —le digo.

Parpadeo y bebo un sorbo de agua, pero él sigue de pie a bastante distancia de mí. Tiene un aspecto extraño, como si acabara de atracar una tienda y estuviera intentando decidir si quedarse o huir.

—Ah, ¿sí? —Se balancea de un pie a otro—. ¿Y qué quería?

—Ven aquí, Ben.

Él da un paso adelante.

—¿Qué?

—¿Qué te pasa? Me vendría bien un abrazo. Ni siquiera me has preguntado cómo estoy.

—Ay, lo siento. —Se inclina, pero apenas roza mis hombros encorvados en mi bata de papel al darme un rápido apretón.

—¿Algo ha salido mal? —pregunto.

—No. En lo que respecta a mí, no. —Se balancea sobre sus talones y mira hacia otro lado.

—¿Y en lo que respecta a mí? —grazno. ¿Qué es lo que me está ocultando?

—No sé nada de lo tuyo. ¿Qué te ha dicho Emily? —pregunta.

Ahora está sentado a mi lado, un poco más concentrado. Quizá sea el momento de sugerir que empiece a medicarse para el TDAH. Me he mordido la lengua al respecto, pero lo cierto es que no mejora con el paso del tiempo. Y vivir con él cada vez resulta más difícil.

—Me dijo que había visto mis óvulos y que todo estaba bien, pero nunca se sabe… Las próximas semanas son la prueba de fuego.

—Bueno, si Emily dijo que tenían buen aspecto, entonces es verdad —dice Ben, más animado. El color vuelve a su rostro, que estaba pálido cuando ha llegado.

Pero aquí hay algo que no encaja.

Primero la desaparición de Ben, luego su mentira sobre dónde estaba

y después la excesiva seguridad de Emily de que todo está bien. Parece como si ella estuviera compensando algo malo.

Y Ben también.

—De acuerdo. —Cierro los ojos, esperando que sean las drogas las que me hacen sospechar. Pero oigo a mi marido alejarse de mí otra vez. No ha estado presente durante la mayor parte de este proceso. Tal vez la ciencia, las muestras y los fluidos le den asco, y no me lo

dice porque esto fue idea suya.

O tal vez es porque él también ha llegado al límite, y si esto no sale bien, él es el que está dispuesto a dejarme por no ser capaz de darle la vida que siempre quiso, una jugada sacada del manual de mi padre.

TREINTA

EMILY

Ben… está justo delante de mí.

Todavía estoy conmocionada por lo que he hecho, pero reconocería la parte de atrás de su cabeza desde cualquier sitio por el pequeño mechón que sobresale cuando tiene el pelo demasiado corto, pero que cae hacia un lado después de un par de semanas de crecimiento.

Pronto empezará el colegio. Probablemente ha ido a la peluquería hace poco.

Necesitaba otra bebida con cafeína. O tal vez solo tenía un fuerte deseo de huir del laboratorio después del crimen que acababa de cometer: hacer nuestros bebés, míos y de Ben.

Ahora mismo están reposando mientras crecen sus células. ¿Heredarán mi pelo claro o el suyo oscuro? ¿Serán altos como él o bajitos como yo? ¿Serán callados y observadores, o extrovertidos y creativos?

Engullo mi *frappuccino* ante esos pensamientos tan peligrosos.

Oh, Dios mío… ¿Qué he hecho?

Si se lo contase, ¿cuál sería la reacción de Ben? ¿Debería confesar ahora para que no haya incomodidad entre nosotros? ¿Lo entendería? Él fue el que me presionó para que lo hiciera bien…

No puedo quedarme detrás de él mientras ambos esperamos el ascensor y fingir que no lo veo como la torpe observadora que soy.

—Hola, Ben.

Da un pequeño respingo, se gira para descubrirme y se mete el teléfono en el bolsillo como si le hubiera pillado haciendo algo que no debería.

—¡Emily! Hola.

No he estado a solas con Ben desde nuestra incómoda negociación

en el pasillo el día de su consulta. Temo perder la oportunidad de decir algo más cuando suene el ascensor y se abran las puertas. Las personas que estaban esperando entran en el elevador.

—Estoy esperando el ascensor de subida —le digo.

Seguro que él está esperando al de bajada para ir al vestíbulo. Me he parado en este piso para comprar algo de beber. Me pregunto qué hace aquí. ¿A dónde va? ¿A quién estaba enviando un mensaje?

—Aaah… —Duda y observa cómo se cierran las puertas del ascensor de bajada.

Aprieto mi golosina de la tarde, porque eso debe significar que quiere hablar conmigo. ¿Por qué? ¿Sabe algo?

—Ally te estaba buscando antes —le digo.

—Sí, ahora está durmiendo —dice—. Necesito un poco de aire fresco. Esta mañana ha sido muy estresante.

Intento ocultar mi sonrisa.

—Ella no sabe… nada de tu retraso.

Se sonroja. ¡Joder, qué guapo es! Aunque la última vez que hablamos en privado fue un poco imbécil.

—Gracias por no decirle nada. Tuve que dar un paseo después. No podía evitar pensar, ya sabes, en lo duro que ha sido todo esto y si es la decisión correcta. ¿Alguna vez te has preguntado si tomarías otras decisiones si pudieses volver atrás en el tiempo? Porque yo no sé… Si esto no funciona, no creo que hagamos un segundo intento.

«Tienes razón, Ben. No haréis un segundo intento, porque no quedarán suficientes muestras. Y cuando hablas de decisiones, ¿es porque te arrepientes de haberte arrastrado por la ventana de Cook por mí? Porque yo también me arrepiento. Aunque hubiera acabado en la cárcel, puede que aún te tuviera a ti».

Me resulta difícil encontrar las palabras adecuadas. Qué pregunta tan difícil. ¿Me arrepiento de mis decisiones?

Si pudiera volver atrás, ¿rompería con Ben? No. ¿Elegiría hacer la FIV sola? Sí. ¿Crearía al bebé de Ben con mi ADN? Tal vez.

—Mmm, claro. Todos tenemos dudas. Pero tiendo a inclinarme por la idea de que estamos en un camino, y que los obstáculos que se nos presentan tienen la intención de enseñarnos algo.

Los obstáculos… y las oportunidades.

—Cierto.

Me mira fijamente y me pregunto a qué se refiere, a él y la fertilidad de Ally, o a nuestro pasado juntos. ¿Este bache en el camino le hace preguntarse si la vida sería mejor conmigo? Estamos en aguas peligrosas. La relación entre Ally y él obviamente está tensa por este procedimiento, y ya tengo demasiadas conexiones con los Holiday.

La puerta del ascensor suena y se abre. Soy la única que está esperando.

—No pasa nada si no queréis volver a intentarlo. Muchas parejas optan por hacer un solo intento. Bueno, será mejor que vuelva al trabajo. Pero, Ben, si tienes alguna duda, llámame.

Se balancea sobre sus talones y sonríe.

—Vale, gracias.

Me quedo mirándolo hasta que se cierran las puertas y me dejo caer contra la pared.

Tiene dudas sobre Ally. Está inseguro sobre su relación. Pero lo que me pregunto en realidad es si sigue pensando en mí.

TREINTA Y UNO

EMILY

ZUMBIDO

Martes

La luz golpea mis ojos en ángulos extraños, los aparatos electrónicos zumban por triplicado y de repente soy consciente de que no es la primera vez que han sonado las alarmas. Cojo el teléfono. Es Ralphie. Tengo como cien llamadas perdidas.

—Hola —respondo.

—Em, ¿dónde diablos estás?

Miro el reloj. Son más de las nueve de la mañana. Joder.

—No me encuentro muy bien —le digo.

No es mentira. Me duele la cabeza. Apenas recuerdo haber abierto el vino anoche, pero ahí está la botella en mi mesilla, y no hay ninguna copa, solo está la botella.

—Entonces, ¿no vas a venir? Porque está pasando algo raro en el laboratorio. Te necesito aquí. Si hubiera sabido que no ibas a venir, habría asignado tu trabajo a Tawny o a Ellen —dice Ralphie, molesto.

Es una semana salvaje, y no tenemos el tipo de trabajo en el que puedes faltar sin avisar.

—Ya voy —anuncio.

—No puedo creer que no llamaras para avisar de que ibas a llegar tarde. ¿Va todo bien? —pregunta Ralphie.

—Sí. —Suspiro—. ¿Qué querías decir con que está pasando algo raro en el laboratorio? —Me froto los ojos para desperezarme.

—La muestra Holiday se ha ido a la mierda. Eché un vistazo y tuve que etiquetar cinco de los seis como muertos, y luego había uno que

era perfecto. Es muy extraño. Los he examinado porque la paciente ha llamado aquí tres veces para ver cómo estaba su muestra, y Lisette no para de decirle que ni la doctora Batey ni tú estáis aquí.

—Dios mío.

—No es que debas decirle nada de todos modos, pero yo desde luego no puedo. He enviado un correo electrónico a Batey con los resultados y le he pedido que tenga la amabilidad de llamar a la pobre mujer. Sin embargo, no hay respuesta de Batey. Aunque no me sorprende —resopla.

¡La muestra de los Holiday!

La de Ben Holiday.

El esperma de Ben Holiday con mi embrión.

Etiquetada como muestra de Allyson Holiday.

—¿Em?

Respiro al otro lado del teléfono. La gravedad de todo no se asentó hasta que estuve sola en casa, lejos del laboratorio, pero, cuando lo hizo, me mediqué con alcohol hasta que me dormí. Ahora todo es demasiado real.

—Voy para allá.

Cuelgo el teléfono. Todo regresa en fogonazos y oleadas, el estómago se me revuelve y me pongo a vomitar en el inodoro, porque no he comido nada desde ayer al mediodía.

¿Qué he hecho?

Ayer no parecía haber otra opción, cuando estaba sola en ese laboratorio. Solo estábamos Melissa Gilbert, yo y las muestras. Las buenas y las malas. La de Ally, la de Ben y la mía. Luego, la mía y la de Ben. Y aunque no tiene nada que ver con mis sentimientos por Ben, pero nadie lo creerá.

Al menos no soy yo quien ha descubierto la anomalía del único embrión bueno de Ally esta mañana. Pero al parecer soy yo quien va a tener que explicárselo. No es habitual que los pacientes llamen al laboratorio. No es el protocolo, y no tengo ninguna obligación de contestar a sus mensajes. Pero no es cualquier paciente, es Ally. Veo que también ha llamado a mi móvil personal.

Sabe por sus investigaciones que para hoy debería tener una mejor idea de la salud de sus embriones, y quiere saber cómo están.

Son casi las diez cuando llego al trabajo. Tengo la boca como una lija y me duele la cabeza cada vez que la luz me da en los ojos.

Definitivamente ha sido una noche dura.

* * *

—Joder, estás hecha un asco. Si estás tan enferma, quizá no deberías estar aquí —comenta Ralphie.

El laboratorio está abarrotado y hay mucho ruido. Tawny ladra y el doctor Woo grazna, y Ellen se mueve demasiado despacio.

Como no respondo a Ralphie, me da mi bata de laboratorio.

—Tu muestra tiene muy buena pinta, por cierto, perdona por no mencionarlo. No era mi intención fisgonear, pero la mujer de tu ex me tuvo ocupado con la suya, y no pude evitar mirar la tuya. Le he dado a la doctora Batey mi mejor evaluación de la muestra Holiday, pero estamos esperando a que deseche oficialmente sus cinco embriones malos —divaga Ralphie.

Me duele físicamente hablar con él, así que coloco la muestra de Ally en el microscopio y proclamo:

—Vaya, tienes razón. Están mal. —Suspiro, intentando parecer sorprendida, pero estoy tan agotada mental y físicamente que apenas puedo fingir mi angustia.

—Como si dudaras de mí. —Ralphie está radiante. Con lo engreído como es, le encanta mi validación—. No tienes que volver a llamar a esa mujer. En realidad, yo en tu lugar no lo haría. Parece una loca. Deja que Batey se gane su sueldo —aconseja Ralphie.

—¿Por qué estaba tan alterada? —pregunto, preocupada.

Es imposible que Ally sepa lo que ha pasado, pero la paranoia ya me está invadiendo. En el momento en que Ralphie dijo las palabras: *«Es muy raro»* en relación con el único embrión bueno de Ally, se me hizo un nudo en el estómago.

Nadie más que yo debía ver esos embriones. Claro, podría haber dicho que cinco habían muerto, pero Ralphie vio la disparidad bajo el microscopio entre la calidad del embrión bueno y los malos, y es notoriamente diferente. Si no fuera tan descuidada y hubiera llegado a tiempo al trabajo, esto no sería un problema.

—Dijo que necesitaba hablar contigo sobre su muestra. Dijo lo mismo tres veces seguidas. «Necesito hablar con Emily sobre mi muestra», con esa voz tranquila e inquietante. Y no quiso decir por qué.

¿Cómo puede saber que algo va mal?

Esto ya no está saliendo según lo había planeado. Algunas personas tienen la capacidad de mentir y vivir al límite. Demonios, algunas personas incluso disfrutan con ello. Yo no soy una de esas personas.

—Acabo de enviarle un mensaje de texto a la doctora Batey para que se ponga en contacto con ella —le digo a Ralphie.

Necesito limitar mi contacto con Ally hasta que resuelva esto. Tengo que decidir si voy a conservar ese embrión o hacer que perezca misteriosamente como los demás de alguna manera.

¿De verdad puedo dejar que esto continúe?

Pero ¿podré vivir conmigo misma si destruyo lo que he creado?

Lo que he creado es una vida en potencia. Tiene derechos legales. Por lo tanto, destruirlo es como cometer un asesinato. No solo es moralmente incorrecto, sino que podrían despedirme y demandarme.

—Perfecto. Diferir la responsabilidad. ¿La mujer de tu ex es una loca o algo así? —pregunta Ralphie.

—No, es que es muy sensible. Debe ser muy tentador para ella tener una amiga en el laboratorio —la defiendo.

—¿Una amiga? ¿Por qué eres amiga de la mujer de tu ex?

—Ben y yo salimos juntos hace mucho tiempo —le explico. Me estoy acalorando por los nervios y la cabeza me late con fuerza.

—Ajá —dice Ralphie, escéptico.

—Ahora tengo que trabajar —le digo, dándole largas.

Durante dos horas seguidas, no hablo ni una sílaba con nadie y trabajo, sin prestar atención a las bromas guturales de Tawny ni a los chistes malos de Ralphie. Pero mientras tanto pienso en la magnitud de lo que he hecho.

He abusado de mi poder de la peor manera posible y he creado un escenario potencial de pesadilla para los Holiday.

Un error en el laboratorio.

Muestras mal etiquetadas.

Se crea un bebé.

Pero solo uno de los padres es el biológico.

Suena como un programa del canal Sci-Fi.

—¿Em?

Oigo a Ralphie, pero no siento la necesidad de contestarle. ¿No me entendió cuando le dije que no me sentía bien? ¿No ve que me estoy ahogando en mis propios pensamientos? ¿Asfixiándome en mis malas decisiones?

—Em —repite.

—¿Qué? —pregunto, suspirando y abandonando mi microscopio.

—¿Qué te pasa? —pregunta.

—No me encuentro bien, pero hay demasiado trabajo para irme a casa —miento.

—¿Quieres que le diga a tu visita que estás demasiado enferma para salir a comer con ella? Aunque igual podría perder la cabeza si se entera de que estás aquí, tan enferma, con su muestra y todo eso. A esta mamá se le están afilando las garras mucho antes que de que nazca la cría.

—¿De qué estás hablando? —Oigo mi corazón palpitar en mis oídos.

—Ella está aquí. Supongo que no quería aceptar un no por respuesta. —Ralphie está sonriendo. Está disfrutando del espectáculo.

—Estás hablando de Allyson Holiday, ¿verdad?

—Claro que sí. —Ralphie vuelve a sonreír.

—¿Qué demonios está haciendo aquí?

—Quiere comer y dice que solo te robará media hora de tu tiempo.

—Dile que estoy un poco indispuesta y que me pondré en contacto con ella pronto. Que no parezca que tengo nada grave —le digo.

Ralphie tiene que hacer que se vaya hasta que desaparezca la espada que tengo entre ceja y ceja. Todo el mundo tiene que pasar a un segundo plano durante unas horas más. Ralphie hoy parece un niño molesto colgado de la pernera de mi pantalón, y siento la repentina necesidad de quitármelo de encima a patadas.

—Sí, señora —dice Ralphie mientras se aleja.

Es muy extraño que Ally esté aquí. Debería estar descansando y preparándose para su implantación el viernes, no deambulando por la clínica, buscando respuestas. Todo esto es una locura.

—Vale, creo que me he librado de ella. Lisette está muy cabreada. Ha dicho que llamaría a seguridad si volvía.

La verdad es que me parece bien. Necesito ganar algo de tiempo. De todos modos, todo parece una mala apuesta. El único embrión puede anidar… o no.

¿Lo dejo correr o acabo con el secreto antes de que salga a la luz? Las dos decisiones son horribles.

La muestra de Amstead ya está en mi poder y estoy colocando diez posibles luchadores viables de la UFC en la bandeja de incubación, justo debajo del único embrión de Ally. Es como si todos los embriones tuvieran cara esta semana. Todo nuestro futuro podría estar en esta máquina. Artistas, científicos y luchadores. Los futuros bebés que hay en esta unidad podrían gobernar el mundo.

Y en ese momento sé que no hay forma de eliminar los embriones Holiday-Daugherty. Los únicos del lote que son la mezcla perfecta de arte y ciencia.

Picasso y Einstein.

Pintura y precisión.

Ben y yo somos como dos almas gemelas perdidas en el tiempo, reunidas de nuevo en el último acto de amor desinteresado. Le estoy dando una parte de mí para que pueda vivir sus sueños con Ally para siempre, y él me está dando una parte de sí mismo para que yo pueda vivir los míos. Es un hermoso acto de sacrificio, y tiene que ser la elección correcta.

TREINTA Y DOS

EMILY

PAZ

Miércoles

En el transcurso de las siguientes veinticuatro horas, hago las paces con las muestras Holiday-Daugherty, sobre todo con la de Ally, a la que he bautizado mentalmente con el nombre de Bemily. Que haya hecho las paces no significa que no esté atormentada por la culpa y el arrepentimiento, solo significa que, de momento, he encontrado un espacio aceptable para mi decisión. La creación de Bemily no fue por rencor, lujuria o venganza: fue un acto de amor, en ambos frentes.

Lo hice para que Ben pudiera tener un bebé.

Para que él no terminara con una esposa que estuviera deprimida, amargada y eternamente insatisfecha. Lo hice para que pudiera tener la vida que debía vivir, con el hijo al que debía criar.

Puede que haya algunas razones interesadas detrás de mis decisiones, como encubrir mis mentiras, y conservar mi trabajo y a mis amigos, y preferir que mi propio hijo comparta la genética de Ben antes que la de un completo desconocido, pero no son las razones principales.

La principal motivación para esta manipulación genética es dar a alguien a quien aprecio de verdad algo que se merece. Se trata de crear un ser que algún día significará algo para el mundo y entregárselo a unos padres que lo criarán bien. Y, mientras siga recordándomelo, estaré bien.

De todos modos, es muy probable que ese único embrión no se implante. Será tanto mi pérdida como la suya, pero solo uno de

nosotros podrá llorarla. Mi desinterés silencioso me ayudará a superar esto; soy la donante anónima.

Puede que Ben no lo vea así.

Lo verá como otra cosa en la que le he fallado. Como en la universidad, cuando pensaba que podría contar conmigo toda la vida después de lo que había hecho por mí.

Ahora espera que yo lo ayude, y debo hacerlo.

Veo lo que he hecho como un regalo. He dado un pedazo de mí, de mi propia carne y sangre, para que Ally pueda tener la suya.

Aunque Ally podría verlo como una abominación. Su formación cristiana rechazaría mi teoría. La de Ben también. Contaría todo a las autoridades, diciendo que debería haberme delatado cuando tuvo la oportunidad.

Un escalofrío me recorre la espalda como si el hielo cincelara mis vértebras. En todo esto hay algo muy bueno y muy malo, pero en el fondo de mi corazón sé que hay más bueno que malo.

Hoy el laboratorio huele a energía estática. La gente se mueve tan rápido en espacios reducidos que siento una quemazón interna, como frecuencias de radio usadas en exceso, pero todo el mundo parece estar hoy en su propia longitud de onda.

Mi jornada laboral avanza a buen ritmo.

Las células de mi muestra siguen creciendo y floreciendo fabulosamente, y confío en que la doctora Batey podrá elegir entre tres blastocistos increíbles; dos los implantará el viernes, y el tercero lo congelará.

Ante mis ojos cegados por el microscopio parpadea una breve visión en la que crío trillizos yo sola. No sucederá, porque solo permitiré que me implanten dos embriones, pero eso significa que los mellizos son una posibilidad real. «Los mellizos de Ben». Trago saliva al pensarlo.

Suena el teléfono del laboratorio y contesta Ralphie. La doctora Batey no me ha molestado con ninguna consulta desde que empecé mi propio proceso de FIV. Probablemente es porque teme que los asuste con mi terrible comportamiento.

—¿A dónde vas? —le pregunto a Ralphie.

—Lisette quiere que vaya —dice, irritado.

—¿Para qué? —pregunto, con el estómago encogido.

—A lo mejor ha perdido el bolígrafo con el que no para de dar golpecitos a todo el mundo y necesita que la ayude a encontrarlo —bromea.

—Claro —digo.

Ralphie vuelve enseguida, haciéndome saltar. Me está mirando con asombro, y yo, instintivamente, me quito los guantes de látex. Me sudan las manos. Estoy nerviosa y ocurre algo malo.

—¿Qué pasa? —pregunto, pero ya sé la respuesta.

—Esa chiflada ha vuelto otra vez. Ha preguntado si ya te encuentras mejor y si puede invitarte a comer.

¿No ha oído hablar del correo electrónico?

Mi umbral de confrontación está en torno a uno en una escala de diez puntos ahora mismo. Estoy medio convencida de que hice todo esto solo para no tener que darle explicaciones después. Así de dolorosa es la confrontación para mí.

—No creo que sea buena idea —respondo.

—Em, no puedes esconderte aquí para siempre. Si quiere hablar contigo, encontrará la manera. ¿Por qué no respondes a sus preguntas y luego le pides educadamente que no vuelva a venir a verte a tu lugar de trabajo?

Sacudo la cabeza ante las sabias palabras de mi ayudante de veintiséis años.

—Vaya, qué consejo más maduro —me burlo.

—Tengo una hija, ¿recuerdas? ¿Cómo crees que le enseño a enfrentarse a sus miedos?

Suspiro. Tiene razón. Y, cuantas más largas le dé a Ally, más desconfiada se volverá.

—De acuerdo. Llama a Lisette y que le diga a Ally que se reúna conmigo en el vestíbulo en media hora.

—¿Qué soy, tu mayordomo? —pregunta Ralphie, tendiéndome el teléfono para que llame yo.

—Por favor, Ralphie —suplico.

—Em, tienes mucha suerte de tenerme —me dice, dedicándome una sonrisa juguetona.

—Nunca lo he dudado ni un momento —aseguro.

TREINTA Y TRES

ALLY

VERDAD

—Emily, lo siento mucho. No quiero molestarte.

La miro desde arriba, gracias a mis sandalias de cuña, lo que hace que mi afrenta parezca más agresiva de lo que ya es. Ya es bastante malo que le mintiera a Ben y le dijera que he estado de compras con mi madre los dos últimos días, cuando en realidad he estado viniendo aquí. Mientras tanto, mi madre cree que me hago revisiones todos los días, y es solo cuestión de tiempo que se dé cuenta.

—No pasa nada, Ally. Es que he estado enferma y no quería que enfermaras antes de tu transferencia. —Extiende la palma de la mano rechazando mi intento de abrazo, recordándome el patético abrazo de Ben en la sala de reconocimiento.

¿Por qué estos dos se han vuelto tan fríos desde el procedimiento?

Mi instinto me dice que Emily y Ben traman algo, y por primera vez me pregunto si estarán haciendo algo a mis espaldas. ¿Se están acostando juntos? Ben no me ha tocado en semanas, pero suponía que era por mi tratamiento.

—Sí, me lo dijeron. ¿Ya te encuentras mejor? ¿Estarás bien para tu transferencia del viernes? —pregunto, preocupada.

Emily ladea la cabeza como si no lo hubiera pensado.

—Estaré bien —confirma—. Y si no, tengo contactos que me pueden poner en la agenda lo antes posible.

—Claro… —Miro a mi alrededor, a la bulliciosa oficina—. ¿A dónde quieres ir a comer? —pregunto.

Si la invito a comer, quizá podamos recuperar ese momento en la

cocina de Laurel, donde lloramos encima de una tarta de chocolate. Ese día Emily estaba de mi lado. Desde entonces, parece que nadie lo está, y no entiendo por qué.

—¿Qué tenías pensado? —pregunta, consciente de que estoy fuera de mi elemento en esta nueva ciudad.

—Si prefieres tomar un café y charlar, a mí no me importa. Y si tienes hambre… —No termino la frase.

—La comida me parece bien —proclama.

—¿Te apetece ir a Primanti Brothers? A Ben le encanta —digo.

—Claro, sus sándwiches son un clásico. Es un sitio muy agradable y atienden rápido. —Emily me hace un gesto hacia los ascensores.

Bajamos por la concurrida Forbes Avenue; a mí me cuesta bastante avanzar con mis cuñas, pero Emily camina sin problema con sus zapatos planos de color carne. No estoy segura de por qué me he puesto tan elegante para verla. Tal vez solo necesitaba hacerme más grande en una situación en la que me siento muy pequeña.

El restaurante está abarrotado y tengo que empujar a tres hombres para llegar a la cola de pedidos. Me cambia el gesto al leer el menú.

—Oh, no. Olvidé que no comes carne —dice Emily.

Dos hombres con polos mal ajustados me miran como si fuera de otro planeta.

—Siempre consigo encontrar algo —prometo, en voz lo bastante alta como para que me oigan.

—Ponen ensalada de col y patatas fritas en todos sus sándwiches, y tienen ensaladas, así que eso es un plus —dice Emily, y no sé si está siendo sarcástica—. Para mí, uno de pavo y el queso —pide.

—Y para mí, unas patatas fritas —digo, de repente sin nada de hambre. Los olores de la carne mezclados con la col fermentada me dan náuseas.

Saco una patata frita de la bolsa y jugueteo con ella antes de metérmela en la boca, preguntándome si Emily se ha olvidado de verdad de que soy vegetariana o si está intentando envenenarme con más mentiras.

TREINTA Y CUATRO

EMILY

Muerdo mi sándwich de pavo y queso, y Ally mete los carrillos hacia dentro de un modo que me indica que se le ha revuelto el estómago con mi pedido carnívoro.

¡Ya verás cuando se entere de lo que he hecho con su bebé!

Mierda.

Este no era el plan.

Debía distanciarme de Ally hasta que terminaran las transferencias.

Pero no puede alimentar mal a mi hijo. Mientras el pensamiento pasa por mi mente, pincho un tenedor de ensalada de repollo. Este será siempre el problema con el escenario que he creado.

No poder afirmarme para proteger al hijo que es mío, aunque solo biológicamente.

—Vas a necesitar comer proteínas cuando estés embarazada, lo sabes, ¿no? —le pregunto.

—Es posible obtener proteínas de otros alimentos además de la carne —responde Ally, ofendida.

—Tienes razón, lo siento. ¿Qué pasa, Ally? Sé que en circunstancias normales no te habrías pasado para invitarme a comer.

Ally suspira y me mira con anhelo a través de sus gafas casi idénticas a las mías. —Es mi muestra. Al final solo había un embrión bueno, y sé que a veces pasa, y que siempre podemos volver a intentarlo, pero estoy harta.

—La transferencia de un solo embrión es un tratamiento estándar muy popular en todo el mundo. Las personas a las que se les saca diez optarán a menudo por utilizar solo uno cada vez para evitar embarazos múltiples. A mí, por ejemplo, solo me van a implantar dos, el otro lo congelaré para más adelante —admito.

—Pero tú tienes otro. Yo no. Solo tengo este. —Tiene los ojos

llorosos bajo las gafas y ha dejado de coger patatas. Es la mujer que yo había imaginado. Si esto no funciona, la destruirá. Y a Ben.

—Bueno, solo tienes que rezar para que este prospere, igual que yo rezaré para que se implante uno de los dos míos —le digo, utilizando la religión para calmarla. El objetivo de esta interacción es que sea rápida.

¿Cómo de rápido puedo hacer que se vaya?

—¿Y si tienes gemelos? —pregunta.

—Ah —suspiro. Vuelvo a ponerme nerviosa al pensar en los gemelos de Ben.

—Lo siento. Es que tenemos problemas tan parecidos y tan diferentes a la vez… —dice, pero ahora sus lágrimas caen sin control.

—Es estresante, lo sé —la consuelo, dándole palmaditas en la mano.

No debería haberla traído aquí. Debería haberla llevado a un restaurante más tranquilo, pero estoy tan ensimismada en mí misma y tengo tanto miedo de que me obligue a confesar que la he traído al sitio más ruidoso de la zona… «Por sugerencia suya», me recuerdo a mí misma.

—Es que no sé qué haré si este no prospera. Dime qué les pasó a los otros.

—¿Qué?

Es la pregunta que he estado temiendo. Me meto un trozo de sándwich en la boca y levanto la mano indicando que necesito un minuto para masticar. ¿Qué le puedo decir?

Trago saliva.

—A veces ocurre. Los embriones se estancan y se detiene su formación. Dejan de crecer y multiplicarse, y simplemente mueren… —susurro.

—Entonces, ¿eso es lo que pasó, que se murieron? ¿No eran anormales? —pregunta ansiosa, frotándose las mejillas húmedas.

Estoy segura de que ha rastreado Internet en busca de razones por las que sus embriones no salieron adelante, como una madre en duelo que elabora su propio informe forense para tener un cierre.

—Algunos tenían ligeras anomalías —admito.

Ally palidece, y sé que me he pasado. Buscaba la esperanza de que esta ronda de FIV no fuera su única oportunidad de tener un hijo. Pero lo es. Quizá sea mejor que lo entienda ahora antes de que los médicos se lo digan después.

—Ya veo —responde ella en voz baja.

Se están gestando más preguntas, pero no puedo más. Me froto las manos sudorosas en las perneras del pantalón, mirando a través de las ventanas empañadas en busca de una salida.

—Tengo que volver al trabajo —digo.

—Sí, lo sé. Lo siento —se disculpa.

Es como la noche de la fiesta de Laurel en la que sus disculpas parecían cuchillos de acero que se clavaban en mi espalda; aunque esta vez es mucho peor, porque la única que debería estar pidiendo clemencia soy yo.

—No pasa nada. Me alegro de que te sientas mejor con todo —le digo, aunque estoy segura de que solo he conseguido que se sienta peor.

—Tengo la sensación de que esta es mi única oportunidad. Me moriré si no funciona —dice con un gemido. Y ahora está llorando de nuevo, y Primanti no es lugar para conversaciones íntimas.

—Espero que todo salga bien —digo, en voz baja, empezando a levantarme, y entonces…

—Emily, tuve un sueño.

Ay, Dios mío. Vuelvo a sentarme.

—Ben y yo estábamos en la cima de nuestra montaña favorita en Aspen. Donde nos gustaría habernos casado si hubiera sido posible, pero claro, no lo era. Bromeamos con que esquiaríamos por la pista y yo lanzaría mi ramo detrás de nosotros a la dama de honor que esquiara más rápido para cogerlo. Pero en mi sueño había cuatro niñas a nuestro lado. Estaban en blanco y negro, como en una vieja imagen de televisión, pero podía verlas tan claras como el día. Me enfadaba que no estuvieran a color como Ben y yo; y entonces en mis brazos había un bebé recién nacido, y estaba a color, como nosotros.

Casi vomito la comida ante la historia del sueño de Ally. Las dos nos quitamos las gafas para limpiarnos los ojos.

Ally soñaba con todos sus hijos perdidos.

—Quizá signifique que esta vez será la definitiva —digo.

—Tal vez…, pero había algo mal en el sueño. No era un sueño feliz. Las niñas señalaban al bebé, intentando decirme algo, moviendo la cabeza en señal de desacuerdo, pero yo no podía oír lo que decían. No tenían color ni sonido.

«Intentaban decirte que no era realmente tu bebé».

Se me cae el alma a los pies. Si un montón de fetos no nacidos son la razón por la que se descubra todo, me va a dar algo.

No puedo seguir con esto.

Si me hace una pregunta más, me voy a romper en mil pedazos.

—Eso es horrible, pero tal vez sea solo el estrés —consigo decir. Mi piel está tan caliente ahora mismo que creo que mi camisa está mojada.

—Espero que tengas razón. —Ally me mira entonces con sus grandes ojos marrones, y nos quedamos atrapadas ahí durante un momento. Parece que me mira a los ojos en busca de algo importante.

¿La verdad, tal vez?

Bueno, si está buscando la verdad ahí, no la encontrará.

TREINTA Y CINCO

ALLY

MENTIRAS

Jueves

Mi madre está esperando con las maletas en la puerta.

—No podía faltar más días al trabajo —dice con cierta culpa.

Pero su marcha me alivia. Es difícil escabullirse e investigar a sus espaldas.

La beso en la mejilla.

—No pasa nada, ten cuidado en el viaje. —Mamá odia volar, y yo odio que haya venido en coche hasta aquí, pero insistió en venir para la extracción de mis óvulos.

—Avísame en cuanto estén los resultados —dice.

—Por supuesto —le digo.

Cuando la puerta se cierra tras ella, el alivio inunda mi cuerpo.

Ha sido agradable tenerla aquí, pero, después de la recuperación, sus palabras «Al menos tienes uno» hicieron poco para consolarme. Su listón está siempre muy bajo, mientras que mis expectativas son mucho más altas, y sé que las de Ben también lo eran. Pero miente y dice que está agradecido de haber conseguido un solo embrión.

No me lo creo.

Mis sentidos no estaban al cien por cien cuando salí de la anestesia, pero, cuando llegué a casa, hice una simulación de la ruta desde donde está el centro de donación para hombres hasta mi sala de recuperación, y solo se tarda unos quince minutos andando.

Ben tardó tres horas en hacer ese trayecto.

¿Qué pasó entre medias?

Incluso si hubiera habido un retraso de media hora —lo que es

poco probable, porque nuestra muestra era sensible al tiempo, y se supone que la clínica es la mejor—, la ausencia prolongada de Ben no tiene sentido. Aunque después hubiera ido al baño o a tomar un café, seguían sobrando dos horas.

Y quiero saber por qué.

A mi cerebro analítico solo se le ocurren tres opciones plausibles: Ben estaba hablando con Emily de las decepcionantes noticias sobre nuestros óvulos y no quería decírmelo, así que después me evitó.

O estaba con Emily en alguna parte… desnudo.

O Ben está teniendo problemas para soportar todo este proceso de FIV, y no se siente cómodo discutiéndolo conmigo porque fue idea suya.

Me inclino por una de las opciones de Emily, porque ella también estaba muy inquieta en el restaurante. Es como si los dos ocultaran algo, y quiero saber qué es. Toda esa charla de Emily sobre Dios me hizo sospechar. Ben me dijo hace tiempo que ella no es religiosa.

Solo estaba intentando que me callara. ¿Por qué?

Oigo la puerta del garaje e intento decidir cómo abordar el tema con Ben. Mi implantación está prevista para mañana y no quiero que ninguno de los dos se estrese. Mañana será un día muy complicado, pero quiero saber qué demonios está pasando.

—¡Hola! ¿Te apetece hacer una ruta o dar un paseo antes de tu intervención de mañana? No podrás hacer ejercicio durante un tiempo.

Esta vez le digo que sí. Es más fácil hablar con Ben cuando está haciendo otra cosa. Ojalá su estilo de comunicación fuera diferente, pero algunas de nuestras mejores charlas las hemos tenido haciendo senderismo.

Me ato los cordones de las zapatillas, sintiendo en las pantorrillas el familiar bombeo que solía darme un subidón. Ben y yo decidimos dar un paseo por el vecindario para poder hablar.

—¿Tu madre ha llegado bien a la carretera? —pregunta.

—Sí, pero le espera un largo viaje… Le he dicho que me llame cuando llegue.

—Me dijo una cosa muy extraña… —dice Ben, con un deje de tensión en la voz.

—¿Qué? —pregunto.

Con mi madre puede ser cualquier cosa, desde el patrón de apareamiento de las abejas hasta el proceso de cristalización del azúcar en el dulce de leche casero. Nunca sabes lo que va a salir de su boca.

—Anoche le pregunté si había encontrado algo interesante estos días que os habéis ido de compras, y me dijo que no había ido a ningún sitio contigo, que llevabas toda la semana yendo a citas médicas.

Ben no me mira cuando hace el comentario. Pensaba enfrentarme a él por sus mentiras, y resulta que me ha pillado él en un renuncio.

—Necesitaba algo de tiempo alejada de ella.

Ben se gira hacia mí, pero ahora soy yo la que no lo mira.

—Condujo ocho horas para venir a verte. Llevas meses diciendo lo mucho que la echas de menos.

—No puedo explicarlo. La echo de menos, pero tenerla aquí esta semana no ha sido de mucha ayuda. Sus expectativas de la vida son muy bajas y, cuando estoy con ella, siento que me arrastra a su abismo.

—Ally, no tenías ninguna cita médica, ¿verdad?

—No —digo.

—Así que le mentiste a tu madre sobre las citas médicas, y me mentiste a mí sobre las compras. ¿Dónde estabas?

Su escrutinio me asfixia.

—Ya te lo he dicho: solo necesitaba algo de espacio.

—¿Por eso me mentiste también a mí?

—Tal vez nos estamos mintiendo el uno al otro.

Siento que las palabras arden en mi lengua. Una parte de mí siempre ha querido contarle lo que ocurrió con Sebastian. Si admite que está pasando algo con Emily, a lo mejor puedo revelarle mi secreto, y estaremos empatados. Incluso si no es nada físico, esos dos están conspirando sobre algo juntos a mis espaldas.

Seguro que tiene su propio secreto. Y sea lo que sea me cabreará. Han vivido muchas cosas juntos. No pueden ocultarme nada.

—¿De qué estás hablando? —pregunta.

—Te pasó algo el día de la extracción. —Pongo los brazos en jarras.

Este barrio es tan sumamente tranquilo que la gente se queda mirando al pasar a la pareja que está teniendo una pequeña riña.

—Siento no haber estado allí cuando te despertaste, pero estás sacando las cosas de quicio. Al menos sabes que yo estaba en el hospital. ¿Dónde estabas tú los dos últimos días mientras tu pobre madre se quedaba sola en casa?

La forma en que me interroga, después de todo lo que he pasado —me he visto obligada a mudarme aquí, a conocer a esa gente y a someterme a procedimientos médicos—, es la gota que colma el vaso.

—Es una persona muy negativa. Y ahora mismo no puedo dejar que se meta en mi cabeza con su mentalidad tan reducida y simplista.

Los ojos de Ben se abren de par en par.

—Vaya. —Sigue caminando y yo lo alcanzo rápidamente.

—Este lugar no es bueno para mí, Ben.

—No culpes al lugar.

No hablamos el resto del camino; ninguno de los dos ha renunciado a sus secretos. Me callo para que no me presione más, y él tampoco dice una palabra, y sé que es para que yo también deje de interrogarlo.

Si se suponía que el proceso de FIV nos iba a unir más, ha funcionado a la inversa.

Me he puesto las zapatillas de correr y nunca he estado más preparada para alzar el vuelo. Si la implantación no tiene éxito, mi tiempo con Ben debe llegar a su fin. Puede que él no entienda que es nuestra perdición, pero yo sí.

Entonces quizá pueda quedarse en esta ciudad dejada de la mano de Dios, reavivar su relación con Emily y ayudarla a criar a su hijo. Estoy convencida de que eso es lo que realmente quiere.

TREINTA Y SEIS

EMILY

TRANSFERENCIA

Viernes

La semana más larga de mi vida terminará con la transferencia a mi útero de dos de los tres blastocitos perfectamente desarrollados y magníficamente cultivados. El otro embrión fecundado se meterá en el congelador para crear un posible hermano en el futuro, aunque algo me dice que yo sola no voy a ser capaz de ocuparme de más de un bebé.

Siempre puedo vender o donar el blastocisto no utilizado. El equipo de fertilidad llama «copos de nieve» a los embriones de donantes. Son únicos y hermosos, y su código de ADN se introduce en una base de datos para que lo adquiera otra persona.

Esta opción ofrece a pacientes como Ally, que no son capaces de producir óvulos viables, o a hombres que no pueden producir espermatozoides sanos, una opción para concebir un hijo. Siempre que a la donante no le importe tener un pequeño miniyo flotando por ahí en forma de bebé copo de nieve, claro.

A mí no me importaría.

Podría donar mi embrión a una pareja infértil. Incluso podría donárselo a Ally y Ben. Ben no tendría que saber que en realidad es su hijo biológico.

Es solo un óvulo fecundado y nada más.

Podría ser sospechoso si el bebé se pareciera mucho a Ben, pero en mi mente solo estaría donando mi ADN; ellos serían los padres. Al menos eso es lo que me digo a mí misma mientras me llevan en silla de ruedas para anestesiarme.

Mi otro blastocisto desarrollado, del que no estamos hablando, se transferirá hoy al útero de Ally. Probablemente estén a punto de llevarla a una sala de procedimientos. No es demasiado tarde.

Puedo confesar; contarle a todo el mundo lo que he hecho. Que decidan si aceptan o no mi embrión.

Pero mi gesto no parecerá sincero. Lo que hice no fue ético y estuvo mal, aunque también es un acto generoso y correcto. Les he dado lo que querían, y si nunca se enteran, será un secreto precioso.

Incluso si descubren la verdad, de alguna manera, años después del hecho, seguirá siendo el hijo biológico de Ben, y en ese momento ya querrán al niño o a la niña y no importará, ¿verdad?

No sé por qué me estreso. Es habitual que el proceso de FIV necesite un par de intentos antes de tener éxito. Por eso me he resistido a ir a comprar cosas para el bebé o incluso a aceptar el patuco amarillo de Laurel que llevo apretado en la palma de mi mano. «No es tan grande como un mono», me ha dicho. Al menos esta no es mi última oportunidad. Tengo cuatro óvulos más congelados; pero es mi mejor oportunidad, dada mi edad y la de mis óvulos.

—Emily, pareces muy distraída. Estaré aquí, cariño. No pienses en otra cosa que no sean pensamientos positivos para este bebé —me consuela mi madre. Me agarra la mano hasta que no la dejan avanzar más. Me besa en la frente mientras me llevan a través de las puertas batientes.

—Vale —le susurro, pero no sé si me oye.

Antes de que pueda decir otra palabra, Tessa me ha puesto una máscara en la cara, y estoy contando hacia atrás de diez a uno, pero solo llego a tres…

* * *

Cuando me despierto, la doctora Batey me sonríe con sus perfectos dientes blancos; las hileras superpuestas de su collar dorado y brillante me deslumbran.

—Todo listo, señora Daugherty —dice, triunfante—. Lo has hecho

genial.

—Bien —digo con voz ronca. Tengo la garganta seca y la vista nublada.

—¿Tienes alguna pregunta para mí, querida? —pregunta.

—No.

En unas horas podré salir de las instalaciones.

También sé que experimentaré dolores leves, posiblemente algunos calambres y, en el peor de los casos, algún manchado. Después, en unos diez días, podré hacerme una prueba de embarazo, que estará respaldada por un análisis de sangre para detectar niveles elevados de la hormona hCG. La doctora Batey sabe que soy consciente de todas esas cosas, pero supongo que es su trabajo preguntar de todos modos.

—Estoy deseando ver los resultados —dice.

Luego, me pone algo blando en la mano con el ceño arrugado por la emoción. Es la botita amarilla que apretaba cuando fui a operarme. Se me debió caer de la mano cuando mi cuerpo quedó inerte.

—Gracias —digo.

Mi madre me lleva de vuelta a casa y se marcha a petición mía.

Antes de acostarme, veo a Jasper a través de la ventana del balcón. Su expresión a través del cristal refleja un terrible conflicto. Hace tiempo que no veo a Chelsea. Sé que ha estado en rehabilitación, pero no creo que ningún tratamiento pueda hacer que alguien pase de ser una persona despreciable a un alma cariñosa.

Quizá Jasper esté pensando eso ahora mismo.

Me he preguntado por ellos desde la noche en que encontré a Clementine colgando del borde de la montaña.

Jasper se abrió a mí aquel día en que vino a recoger a su hija, pero ha vuelto a refugiarse en el caparazón seguro de su casa.

¿Está esperando a que regrese?

¿Confía en que no lo haga?

Las personas pueden ser terribles las unas con las otras, pero aun así pueden quererse, y eso es lo difícil de las relaciones. Los que mejor te conocen tienen la capacidad de causarte más daño. Pienso en mi propia participación en la vida de Ben. Tomé una decisión en

su nombre porque sé que es lo mejor para él.

Ya no se puede hacer nada para deshacer mi acto virtuoso.

Si el embrión de Ally lo logra o no, sabré todo lo que necesito saber.

Odio ponerme filosófica sobre algo puramente científico, pero, si Ally ha rezado durante todos estos meses, y si cree que Dios ha tenido que ver en todo esto, su concepción satisfactoria me lo demostrará. No me hará cambiar mi devoción religiosa en un sentido u otro, pero tendré un poco más de fe al saber que soy un mero instrumento en un plan mucho mayor.

* * *

Me siento en el balcón con una taza de té caliente en la mano. Las luces de la ciudad brillan debajo de mí y no me doy cuenta de que está ahí hasta que habla.

—Hermosa noche, ¿verdad? —grita Jasper.

Me sobresalto un poco, derramando mi bebida.

—Ay, me has asustado. Tienes que dejar de hacer eso.

Se acerca al cristal de mi lado. Tiene la cara demacrada y las mejillas afeitadas. Seguro que él también lo está pasando mal.

—Otra vez… Vivo aquí —bromea—. ¿He perturbado tu intimidad?

Me levanto de la silla y me dirijo al lado de mi balcón más cercano a él. Es un hombre muy guapo: hombros esculpidos, cejas espesas, ojos oscuros que me están mirando fijamente…

—No, en realidad, me vendría bien la compañía. Hoy me han hecho una intervención médica. —Me froto la barriga.

—¿Estás bien? —pregunta, preocupado.

—Sí, estoy bien. Y soy independiente a más no poder, pero a veces me canso de hacer las cosas yo sola.

—Yo también —dice. Y su comentario es más deprimente que el mío. Él está casado, pero su pareja está ausente, emocionalmente. Ahora mismo, también físicamente. Estar casado y sentirse solo la mayor parte del tiempo es algo muy triste.

—¿Cómo está Chelsea? —pregunto.

—Todavía está en el hospital. Ya ha estado ingresada antes. Nunca ayuda.

—Quizá esta vez sea diferente. Quizá lo ocurrido sea el acontecimiento que la haga cambiar —digo.

—Eso espero. Pero la experiencia me ha enseñado todo lo contrario. A veces, desearía haber tomado decisiones diferentes desde el principio y hacer caso a las señales de advertencia; pero luego miro a Clementine… —Después de esa confesión, desvía la mirada hacia la noche. Lo dejo respirar porque acaba de admitir que desearía no haberse casado nunca con su mujer. Su unión fue un error. Sigue con ella por su hija.

Me hace pensar en mi conversación de hoy con Ben sobre un tema similar. Todos nos enfrentamos a elecciones difíciles y tenemos que vivir con las malas decisiones que tomamos. Un solo movimiento en falso puede hacer descarrilar toda nuestra existencia.

—Hablando de Clementine, ha estado preguntando por ti. ¿Te gustaría tomar un helado con nosotros mañana? Si aún te estás recuperando y no puedes ir andando, podemos traértelo.

—Me encantaría dar un paseo contigo y con Clementine hasta la heladería —le digo.

Un paseo hasta la heladería.

Una decisión de pasar tiempo con el marido y la hija de otra mujer. Una hermana para el bebé que anida en mi vientre.

Un artista sustituye a otro.

Odio pensar así, pero abordar una situación sin diseccionarla me resulta imposible.

Mi única esperanza es que a Ally no se le dé ni la mitad de bien que a mí pensar de forma analítica y que no me descubra.

TREINTA Y SIETE

ALLY

ALIENÍGENA

—Ally… ¿Cómo es que estás llamando de nuevo tan pronto? ¿Estás lista para volver a casa? —pregunta Sebastian—. ¿Por fin vas a dejar de vivir una mentira?

Solo con escuchar su voz me entran ganas de llorar.

—Seb, ya me han hecho el procedimiento, y algo va mal.

Estoy encerrada en mi habitación, tapada hasta arriba con el edredón. La pintura barata de esta habitación me ciega. No puedo evitar imaginármela empapada de rojo.

—¿Qué pasa, pequeña? —pregunta Sebastian.

El corazón me cruje en el pecho. No quería contactar con Sebastian, pero no sabía a quién más llamar.

—Siento que… algo va mal.

Llevo dos días sin quitarme el chándal y el miedo inminente a lo que me espera es enorme, pero hay algo más.

La transferencia me ha dejado como… Como si fuera un alienígena en mi propio cuerpo.

O como si tuviera un alienígena en mi cuerpo.

—Pues vete al médico. A lo mejor han metido la pata —dice Sebastian—. Puede que se hayan dejado algo dentro. He visto documentales en los que ocurría.

—No creo que sea eso. Creo que lo han hecho todo bien, y ese es el problema.

Se hace el silencio al otro lado de la línea. La última vez que llamé a Sebastian, los ruidos de fondo de las grúas y sierras de la obra servían de amortiguador. Ahora no tengo nada que me proteja de la

verdad, salvo nuestras respiraciones agitadas.

—Entonces, ¿no quieres el bebé?

Cierro los ojos y me clavo los dedos en la palma de la mano apretando el edredón. Quizá, si me agarro con fuerza, desaparezca entre las fibras. No puede ser eso, ¿verdad? Llevamos mucho tiempo deseando tener un bebé.

—No, claro que lo quiero.

—No pasa nada si no quieres al bebé, ¿sabes? La sociedad solía decir a las mujeres que la maternidad era un rito de paso, pero la generación Z tiene razón. Una de cada cuatro mujeres de la generación Z ha decidido que no quiere tener hijos. Y eso está cien por cien bien.

Sonrío al teléfono.

—Me encanta que me hables así. Lo encuentro tan sexi…

—Puedo contarte más cosas si quieres… Hoy me he enterado de que sigue habiendo tuberías de cobre en aproximadamente el ochenta por ciento de los hogares.

Suelto una risita.

—Vaya. Eres una fuente inagotable de conocimiento. Cómo me pones.

—Ahora hablando en serio, Ally… Si sientes que todo esto ha sido un error: la mudanza, los procedimientos médicos… y el bebé, no pasa nada.

Lloro desconsolada, porque necesitaba que alguien me dijera justo esas palabras.

—No estoy segura de lo que quiero, pero esto me da mala espina.

—¿Qué dice Ben? —pregunta Sebastian, preocupado.

Me resulta muy raro cada vez que oigo el nombre de Ben salir de la boca de Sebastian.

—Esa es la cuestión. El día del procedimiento actuó de forma muy extraña, y su ex también. Creo que están tramando algo. Tengo que preguntarte una cosa, Seb…

—Dime…

—Si… me quedo embarazada y decido que no aguanto más aquí, ¿todavía podemos ir a… —Se me atragantan las palabras.

—¿A Costa Rica, a Buenos Aires o a Río de Janeiro?

Sonrío al oír lo rápido que dice las ubicaciones.

—Sigues alejándote.

—Si tenemos un pequeño con nosotros, tendremos que salir del país.

El alivio y el terror inundan mi cuerpo. Alivio de que aún me quiera con un hijo a cuestas; uno que ni siquiera es suyo.

Eso es amor.

También es aterrador, porque tendré que secuestrar al bebé si alguna vez quiero estar con Seb. Ben nunca me dejaría irme con su hijo.

—No estaba segura de que aún quisieras que te acompañara.

—Tú siempre eres bienvenida. ¿Cuándo sabrás si ha funcionado?

—Debería saberlo en un par de semanas, aunque podría llevar más tiempo.

—Bueno, llámame cuando lo sepas. Tú ya tienes pasaporte, pero puede que tenga que enviarte uno para el pequeñín. Necesitaré su nombre.

Suspiro ante la locura de su petición, pero me da mucha paz.

—De acuerdo. Tengo que colgar. Estaré en contacto.

—La verdad es que no lo dudo.

Seb cuelga el teléfono y yo me pregunto por qué estoy así.

Lo único que he querido durante los últimos cinco años ha sido tener un bebé con Ben, y ahora que la posibilidad es real, me lo estoy pensando mejor.

Podría ser la forma en que se hizo el bebé: la extrañeza de estar bajo una luz fluorescente, inyectarme hormonas sintéticas, tumbarme en una camilla metálica fría y que me hayan implantado a la fuerza con un embrión previamente fecundado.

Está tan lejos de mi idea de cómo pensaba crear mi familia que me cuesta aceptarlo.

Pero mis peores dudas son por culpa de Ben; por sus mentiras y por cómo se ha comportado en esta situación y lo vulnerable que me ha dejado por ello. Y por las cosas para las que no tengo respuestas, las incógnitas. Por Emily Daugherty, y la razón por la que ahora forma parte de mi vida.

Tenemos un deseo compartido, como el amor o la luz del sol.

Probablemente podría vivir sin él, pero pensarlo me deja fría y muerta por dentro.

Dicen que la maternidad es un regalo.

Y ella es mi cruz a cuestas, aferrada a los mismos rayos de luz. Eso me hace preguntarme si ella es mi mayor bendición o mi mayor maldición.

¿Por qué tengo la sensación de que lo que a mí me deja vacía, a ella le produce alegría?

¿Y que cualquier secreto que ella comparte con él acabará con las dos?

TREINTA Y OCHO

EMILY

PRUEBA

Dos semanas después

Las últimas dos semanas, mi mente se ha convertido en una zona de peligro. Ya he advertido antes a futuras madres que no sean demasiado optimistas sobre sus resultados. Pero, cuando me sitúo en el lado opuesto de la mesa de consulta, me doy cuenta de que es imposible seguir ese consejo.

Ningún tipo de asesoramiento va a negar el hecho de que puede o no haber un niño creciendo dentro de mi vientre en este mismo momento; una personita que se convertiría para siempre en el elemento más importante y permanente de toda mi vida.

¿Cómo no me va a entusiasmar esa posibilidad?

Ahora soy una esperanzada desesperada más. Las últimas dos semanas han estado llenas de despistes y olvidos, como si ya estuviera embarazada. He revisado toda la página web de Pottery Barn y he guardado varios artículos en listas de deseos *online*. Navegar por los cochecitos y las sillas de coche en busca de elementos de seguridad me ha tenido en vela hasta altas horas de la noche.

Pero este fin de semana dejaré de soñar despierta para siempre.

Laurel, Cat y yo hemos planeado una quedada para la gran revelación. Al principio, no quería que estuvieran, pero Laurel me convenció diciendo: «Alguien más debería estar allí».

Como insinuando: «No tienes marido, pero nos tienes a nosotras».

El lunes es técnicamente el decimotercer día posterior a la transferencia, pero sé que el sábado ya debería aparecer el

resultado en una prueba de embarazo. Me pregunto cuántos habrá gastado ya Ally. Aunque supongo que yo sería una de las primeras en saber si ha salido un resultado positivo, y de momento no he oído nada.

Cat llega la primera con la comida. Han pedido pasta en mi restaurante italiano favorito de Mount Washington, La Tavola. Joe y Carmella son los propietarios, acaban de llegar de Italia y su comida es de otro mundo.

Puedo oler mi plato estrella: pasta *terra sole*, a través de la tapa, y se me hace la boca agua ante el aroma de la pasta y la salchicha picada empapadas en una salsa picante de pasta y vodka. El aroma a ajo también me indica que han comprado mi aperitivo favorito: alubias con verduras, un bonito detalle. Tengo buenas amigas. Al menos tengo eso.

Mientras Cat amontona los envases de poliestireno en la mesa de mi cocina, oigo a Laurel entrar por la puerta acompañada de ruido de cristales chocando. Lleva un abrigo con cuello forrado de piel y botellas de alcohol en las manos, y me recuerda a un músico en la portada de un ejemplar de *Rolling Stone*.

—¿Qué es eso? —pregunto.

Laurel se acerca y veo que lleva tres botellas.

—Este es tu favorito: *merlot* —dice, indicando la botella llena de líquido rojo—, esto es sidra espumosa —anuncia, señalando la que tiene un líquido amarillento— y esto es *whisky* de Tennessee. —Hace un gesto con la cabeza hacia la botella cuadrada de Jack Daniels.

Estoy tan nerviosa que no quiero reírme, pero se me escapa una carcajada de todos modos.

—¿Por qué has traído *whisky*? —pregunta Cat.

Laurel pone cara de boba y sé que se avecina una broma.

—Bueno, si todo va bien, la sidra de manzana espumosa es para Emily y el vino para nosotras; y si no, he pensado que las tres podríamos bebernos el vino juntas y que después de irnos Emily podría darle al *whisky*.

—Laurel —protesta Cat, sacudiendo la cabeza con pelo castaño oscuro recién planchado.

—Perfecto —digo.

—El alcohol siempre es un buen regalo —responde Laurel, dejando las botellas sobre la mesa mientras todas nos miramos de forma rara —. Bueno, ¿por qué no comemos primero? Los tallarines fríos están asquerosos —dice.

—Sí, sí. —Cat coloca los platos blancos alrededor de la encimera también blanca. Engullo el *terra sole*, apenas saboreándolo, para intentar llegar al siguiente paso de nuestra velada.

Laurel y Cat charlan sobre sus hijos y sus maridos. Es como si no estuviera a punto de enterarme de una de las cosas más importantes de toda mi vida y, de repente, me fastidia haber accedido a su idea de la fiesta del palito de pis. No es justo que les hayan entregado tan fácilmente los dones más preciados de la vida, cuando yo me encuentro luchando por llegar a un nivel básico del modelo familiar.

He renunciado al componente masculino. En este momento, solo quiero un prototipo de una sola unidad.

Por fin, han terminado su comida y se dan cuenta de que no he hablado mucho y que hace rato que he terminado la mía. Ni siquiera les he ofrecido que probaran mi aperitivo y ahora estoy eructando ajo, con el estómago revuelto.

«Tal vez sea acidez estomacal; dicen que el embarazo hace que…».

—Bueno, ¿estás lista? —pregunta Laurel.

—Podría decirse que sí —digo con voz nerviosa.

—Vale, bien, ¿tienes la vejiga llena? —pregunta Cat.

Asiento con la cabeza.

Laurel sonríe.

—Haz lo que tienes que hacer, estaremos aquí afuera.

Cat también tiene una sonrisa exagerada en la cara.

—Vale —digo, y me excuso para ir al aseo de la planta baja, a unos metros de distancia, que está repleto de pruebas de embarazo. Sé que solo hace falta una, pero, si es positiva, querré hacerme al menos dos más para asegurarme. Este razonamiento invalida la ciencia, pero no me parece mal. Hoy me voy a permitir a mí misma tener una esperanza irracional.

Me siento en el asiento del váter y abro la cajita de cartón. Una raya, no embarazada; dos rayas, embarazada.

Madre mía, el estrés es horrible y maravilloso. ¿Cómo lo hace la gente? Todas esas parejas que han pasado por mi clínica… Nunca volveré a mirarlas igual. Tener un hijo no debería ser tan difícil.

Todo el mundo merece tener una familia.

Coloco el palo empapado de orina sobre el trozo de papel de cocina que hay sobre la tapa del váter.

Hay murmullos cuando salgo del baño y Laurel está mirando su teléfono con preocupación. Las chicas ya han abierto el vino.

—Tienes dos minutos antes de que no puedas beber durante nueve meses. ¿Crees que puedes beberte esta copa en dos minutos? —me desafía Laurel, mientras me entrega nerviosamente una copa llena de vino.

La amplia sonrisa de Cat se ha desvanecido en el mundo de lo que fuera que estuvieran discutiendo en secreto antes de que yo saliera del baño, y de repente me siento mal. No es buen momento para bromas.

Apretando el vientre, hago un gesto con la mano para que se lleven el vino y tomo asiento en el taburete de la barra de mi encimera. Esto es algo que debería haber hecho sola. Ha sido un error invitarlas. Resulta muy difícil intentar ser cordial y simpática cuando estoy a punto de descubrir lo que me depara el futuro.

—Emily, aún no sabes si estás embarazada, así que esta podría ser tu última copa de alcohol en mucho tiempo —se burla Laurel.

—Te arrepentirás de haber tomado esta decisión dentro de diez meses, ¡créeme!

—Tengo un mal presentimiento —confieso.

—Cariño, siempre puedes volver a intentarlo si este no sale bien —me consuela Cat.

Laurel se queda callada un momento, lo que me parece inusual, y de repente se queda pálida mientras manosea su teléfono.

—Tal vez no. Tengo un embrión congelado y solo cuatro óvulos más, que básicamente caducan dentro de unos años. Y no quiero volver a intentarlo. No puedo volver a hacerlo —decido. Y es verdad. No creo que pueda pasar por los altibajos emocionales de este proceso otra vez. Al menos no sola.

—Seguro que ese miniarquitecto ya sueña con construir parques

infantiles ahí dentro —me tranquiliza Laurel.

Dios mío.

No construye parques infantiles… los pinta.

—¿Ya han pasado dos minutos? —pregunto.

—Falta uno —dice Cat, mirando el reloj.

Es el minuto más largo de mi vida.

Cuando el reloj marca las seis y treinta y dos, Cat grita:

—¡Vamos!

Me bajo del taburete como si se hubiera incendiado. Agito el palito delante de mi cara con los ojos entrecerrados, pero aún puedo ver la siniestra línea.

Se ve claramente: la prueba es negativa.

No estoy embarazada. Ninguno de mis embriones se ha implantado. Mi transferencia ha fallado.

Abro la puerta con el palito en la mano y salgo. Las chicas me observan.

—¿Y bien? —pregunta Laurel, moviéndose con impaciencia.

—Es negativa. —Me tiembla la voz y me sudan las palmas de las manos, pero no voy a llorar. El susto se apodera de mí y tiro la prueba al cubo de basura de la isla.

—Mierda, lo siento, cariño —dice Laurel.

Cat corre hacia mí, me da un fuerte abrazo y me susurra que puedo volver a intentarlo y que no me preocupe. Sus palabras son suaves y reconfortantes, e imagino que es una madre maravillosa.

Un rol que nunca experimentaré.

—No pasa nada —digo, aunque no sea así.

Conteniendo la respiración y todas mis emociones, me zafo del abrazo de Cat y voy directa hacia el Jack Daniels que hay en la encimera.

—Esa es mi chica —dice Laurel desde el otro lado.

Mientras voy a la nevera a por una Coca Cola, me doy cuenta de que Laurel tiene peor aspecto que yo. Está pálida y aprieta tanto el teléfono que parece que lo va a romper. Me ve mirarlo y enseguida lo guarda en el bolso. Es entonces cuando recuerdo sus susurros. Tal vez no estaban hablando de mí. El extraño ambiente de la habitación no ha desaparecido desde que las he pillado hablando a mis

espaldas.

—¿Alguna de vosotras quiere decirme qué demonios está pasando? —Abro el refresco y lo sirvo en un vaso con hielo. Burbujea mientras vierto el *whisky* encima; el gas carbonatado pesa en el aire como el olor de lo que sea que estas dos intentan encubrir.

Laurel y Cat intercambian una mirada de horror.

Definitivamente, está ocurriendo algo. Creen que no me he dado cuenta. Tiene que ser malo y, por sus expresiones, me pregunto si habrá muerto alguien.

—No pasa nada. Nos sentimos mal, eso es todo —dice Laurel con brusquedad.

Cat se queda mirando sus pies enfundados en calcetines.

Me acerco a la mesa de la cocina donde está sentada Laurel y saco su móvil del bolso. Laurel abre los ojos como platos y tropieza al intentar perseguirme mientras retrocedo hasta mi taburete. Cat permanece inmóvil, observando cómo se desarrolla toda la escena.

—¡Emily, no! —grita Laurel.

Pero ya es demasiado tarde. El pin de Laurel es su cumpleaños: 0403. Lo sé porque lo sé todo sobre Laurel, y ella lo sabe todo sobre mí. Nuestra amistad ha sido algo completamente transparente y hermoso hasta este momento, cuando me ha mentido de la manera más atroz.

Ahí está, en la pantalla. Es un mensaje de su marido.

¡No se lo digas a nadie, pero Ally está embarazada! Ben está muy emocionado. Espero que la prueba de Emily también sea positiva. Podemos hacer una gran fiesta sin alcohol para celebrarlo.

TREINTA Y NUEVE

EMILY

RUPTURA

Habrá un día en que pueda perdonar a Laurel y a Cat, pero nunca habrá un día en que pueda perdonarme a mí misma. Rompo los huevos en la sartén y veo cómo chisporrotean. La yema, de color amarillo anaranjado, se amontona, perfectamente redonda y vital, mientras que la parte blanca exterior se aferra a la sartén.

La idea de que Ally pudiera concebir y yo no siempre fue una posibilidad, pero no había pensado mucho en ella.

Me implantaron dos embriones.

Ally solo tenía uno.

Soy algo más joven que Ally. Mi útero está sano y nunca ha rechazado un embarazo. Ally tuvo cuatro abortos antes. Todos los embriones implantados se hicieron con mi ADN, y mi ADN debería haberlos aceptado.

Al utilizar mi propia ley de reglas ilógicas de probabilidad deduje que, o bien Ally y yo concebiríamos las dos, o bien yo concebiría y Ally no, o bien ninguna de las dos lo haría. El resultado actual me parecía muy poco probable. Aunque la FIV es una gran apuesta, las probabilidades estaban a mi favor.

Pero aposté, y he perdido… mucho.

He perdido a mi bebé y lo han ganado Ben y Ally.

Los huevos fritos me sisean enfadados. No quiero comer nada, pero no he echado nada al estómago desde que vomité la pasta anoche tras mi arrebato, que se produjo aproximadamente veinte segundos después de leer el mensaje de Zach a Laurel.

Laurel y Cat se marcharon tras varios intentos fallidos de disculpas

débiles. Entiendo que algunas personas guarden secretos para proteger los sentimientos de otras, pero Laurel y yo no somos ese tipo de amigas.

Lo compartimos todo.

El olor sulfuroso de los huevos combinado con los restos de *whisky* que tengo en el estómago me provoca náuseas, pero el cartón de huevos es lo único comestible que queda en la nevera. Los huevos apestan, como mi vida, y están ahí sentados burlándose de mí en toda su redonda perfección, saltando y chisporroteando todo el rato.

Cojo la espátula para darles la vuelta, pero en vez de eso opto por un tenedor y pincho esos huevecitos perfectos. Sus entrañas se derraman en chorros brillantes y vívidos.

Puñalada, puñalada, puñalada.

Chorro, chorro, chorro.

Entonces tiro toda la maldita sartén contra la pared y grito. La sartén golpea la pared de la cocina y cae al suelo con gran estrépito. Mi desayuno grasiento salpica de amarillo anaranjado las paredes color crema. Más tarde me costará mucho limpiarlas, pero ahora mismo no me importa, porque por fin me he quitado la máscara negra de la negación, y detrás de ella se esconde una científica loca.

—¡Joder! —grito, y me dejo caer al suelo.

El gas sigue encendido en la placa que hay encima de mí, y los huevos cuelgan de la pared en forma de un jarabe grumoso que ya ha empezado a endurecerse.

Me parecía bien que Ally y Ben tuvieran una transferencia exitosa con mi embrión, pero solo si la mía también lo era. Me golpeo la cabeza contra el horno mientras mi sentido práctico intenta ponerse al día con mis emociones, pero últimamente no lo consigo.

Es hora de volver al laboratorio, pero me cuesta pensar en regresar al lugar donde empecé este desastre. Lo que hice fue un crimen, pero hasta ahora no lo sentía como tal.

Luego, está mi propio fracaso personal, al que debo enfrentarme. De todos los lugares de trabajo, el mío será el más comprensivo. Para ellos no será más que otra transferencia fallida, pero para mí es mucho más que eso, y sé que no podré ocultar lo devastada que estoy a mis colegas.

Cultivé mi muestra perfectamente.

No había absolutamente nada malo en esos embriones, en el esperma ni en mí. No entiendo por qué no funcionó, aparte del hecho de que no debía hacerlo.

Tal vez acabé en esa precaria posición para darles a Ally y a Ben lo que querían, y así poder vivir en el purgatorio por haber tomado la decisión de darle la espalda a Ben hace tanto tiempo.

Ralphie está llamándome sin parar. Llego muy tarde otra vez, y todo este asunto de la FIV me ha convertido en un desastre total en el trabajo. Estoy perdiendo la cabeza. Mi carrera está en peligro. Mis compañeros me dicen que lo intente otra vez, como si estuviera tirando un pez a un barril, pero no es tan fácil y no puedo aguantar otro ciclo de inyecciones.

Además, ¡tengo un bebé perfectamente sano creciendo en el útero de otra persona!

¿Cómo?

Ahora ese pensamiento me parece horrendo.

Antes parecía científicamente sólido, cuando yo solo era una donante de óvulos.

En un abrir y cerrar de ojos, ese óvulo se ha convertido en mi futuro bebé y mi papel de donante de óvulos se ha transformado en el de futura madre sin hijo.

La tostadora salta, sobresaltándome. Mi teléfono vuelve a sonar y ya son casi las nueve. Cojo la tostada seca, dejo los huevos pegajosos en la pared y salgo corriendo por la puerta.

* * *

—Emily, te has perdido tu análisis de sangre. Tessa lo ha retrasado todo lo que ha podido, pero ahora tendrás que esperar. Pensé que era una cita a la que no querrías faltar —me sermonea Ralphie cuando entro por la puerta.

Es el día decimotercero. Es el día oficial en que debo hacerme la prueba de la hormona hCG, y aunque el test comprado en la tienda no es cien por cien eficaz, no necesito un análisis de sangre para saber que no estoy embarazada.

—La llamaré —le digo.

—Podrías hacerlo, pero sabes que tiene otros pacientes —dice Ralphie. Claramente, está enfadado conmigo porque he llegado tarde otra vez. Desde que estoy en el infierno hormonal, él ha estado asumiendo una parte muy grande de mi trabajo, y supongo que ha llegado al límite.

—¿Y me ha cambiado la cita? —pregunto.

—La tienes mañana a la misma hora —dice.

—Vale.

—Ya están los resultados de Holiday y Amstead —dice, restregándome el hecho de que yo ya podría tener los míos. Menudo cabrón. No tiene ni idea de que me he hecho una prueba de embarazo casera y de que mis esperanzas ya se han desvanecido.

—¿Y? —pregunto, sabiendo ya el resultado de la familia número uno.

—La prueba de los Holiday ha salido positiva y los niveles de hCG de Amstead han dado un valor positivo muy muy alto.

—Eso está bien. Gemelos luchadores —reflexiono.

—¿Luchadores?

—Amstead es un luchador de la UFC; por eso quería chicos.

Ralphie me mira con cara de reproche.

—Bueno, parece que ha sido un día lleno de éxitos. Esperemos que tu prueba también sea positiva.

Mis ejemplares de la revista *People* están apilados bocabajo, todavía metidos en el plástico. Es triste lo mucho que he despreciado mi antigua y sencilla vida. Era mucho más feliz cuando era estéril y aburrida. Era mucho menos estresante obsesionarme con los problemas de los famosos en lugar de con los míos.

Hojeo una de las revistas, en cuya portada aparece Jennifer Lawrence. La temática de ese número son las películas de *Los Juegos del Hambre*. Miro la portada con gran tristeza.

En un mundo de supervivencia del más fuerte, mis hijos no lo consiguieron. Bueno, uno sí, pero nunca podré reclamarlo como mío.

—Hoy estás muy callada —comenta Ralphie.

—Ha sido un fin de semana duro —admito.

Cambia su peso de una pierna a la otra, abre la boca varias veces

para decir algo y luego la cierra. En ese momento entra Tawny. Trabajamos en un espacio reducido y varios nos hemos quejado de su odioso olor. Es el olor a humo de cigarrillo rancio combinado con el de una colonia barata. Como cualquier buen adicto, deja pasar el tiempo hasta que la gente para de quejarse y vuelve a empezar en cuanto todo el mundo está demasiado ocupado para darse cuenta.

El tufo de esta mañana me sienta mal. La tostada no ha absorbido ni una cuarta parte del ácido de mi estómago dolorido. Intento taparme la boca con la mano para bloquear su olor mientras pasa por mi lado, pero no sirve de nada.

El Jack Daniels gorgotea en mi garganta y, antes de darme cuenta, estoy volando por el pasillo hasta el baño, donde vomito el desayuno. Sale en grandes trozos, como si mi estómago ni siquiera se hubiera molestado en digerir el pan, y de repente temo atragantarme.

Al igual que Bridget Jones en *El diario de Bridget Jones*, temo morir ahogada en el baño, como ella temía morir ahogada sola en su apartamento. Ahora entiendo ese sentimiento. Nunca me he sentido tan aislada en toda mi vida.

Cuando vuelvo al laboratorio, me protejo los ojos de todos los curiosos. Mi carrera siempre ha sido una distracción bienvenida de los factores estresantes de la vida, pero mi trabajo se ha convertido de repente en parte del problema, y no soy la única que lo nota.

—Emily, estás hecha un completo desastre —me regaña Ralphie—. Sé que eres mi jefa, y probablemente debería mantener la boca cerrada, pero tienes que centrarte de una vez.

Los ojos de Tawny están abiertos de par en par y Ellen finge no oír nada.

—Tal vez ya tenga náuseas matutinas —cacarea Tawny con una sonrisa.

—No, no… —empiezo a decir, y luego me detengo.

—Es demasiado pronto para eso —argumenta Ralphie.

—No es eso, porque no estoy embarazada. Me hice una prueba de embarazo casera este fin de semana y salió negativa.

—¿Te arriesgaste a un falso positivo con una prueba comprada en la farmacia? —pregunta Ralphie, incrédulo, como si fuera en contra

de todo lo que defendemos. Pero Ralphie no comprende los entresijos de una mujer a punto de conocer su destino como madre.

—No podía esperar, y salió negativa —digo, desinflada.

La cara de Ralphie aún mantiene esa mirada de reproche. Tawny parece triste y Ellen se queda mirando sus zapatillas ortopédicas.

—Seguro que te quedas embarazada en la próxima transferencia —asegura Tawny.

—He terminado con eso, no voy a volver a intentarlo —proclamo.

—¿Te vas a rendir así como así? ¿Una transferencia fallida y ya está? —pregunta Ralphie.

—Sí. Es demasiado para mí, y para todos vosotros. Es más agotador emocionalmente de lo que pensaba, y eso que yo trabajo aquí. No puedo imaginarme lo que debe pasar alguien que llega a ciegas y no tiene ni idea del proceso.

Pienso entonces en la desesperación de Ally. «Me moriré si no funciona».

Ahora conozco esa desesperación. Y no quiero volver a sentirla. En las últimas veinticuatro horas, he querido morirme.

—¿Por qué no te lo piensas? Has llegado hasta aquí con las inyecciones y todo —añade Ellen en voz baja.

—He tomado una decisión; esto no es para mí. Quizá algún día encuentre a un buen hombre que pase por el proceso conmigo, pero no puedo seguir haciéndoos esto.

Nadie me lo discute.

Si tuviera un compañero, sería diferente. Si estuviera haciendo un bebé para alguien que no fuera yo, el dolor sería compartido y no me consumiría tanto, pero ahora mismo no tengo fuerzas para volver a intentarlo sola.

El día está tranquilo y Batey no se ha puesto en contacto conmigo ni una sola vez para ver cómo me encuentro desde mi transferencia. Nuestros números han bajado desde que empecé mis tratamientos, y me imagino que está reteniendo su reprimenda para un momento menos sensible.

Intento concentrarme en mis muestras, pero lo único que veo es a un bebé de ojos azules gritando: «Mamá».

¿Qué demonios voy a hacer con Bemily, que está creciendo en el

vientre de Ally?

Por un momento me planteo revelar la identidad de Bemily, pero eso podría hacer que me despidieran y posiblemente me metieran en la cárcel. Podría tratar de hacerlo pasar por un error de laboratorio, y poner a la clínica bajo una gigantesca demanda por negligencia, pero es probable que los Holiday también presenten una demanda civil contra mí, porque soy la exnovia de Ben. No sería una historia creíble que el único error que he cometido en toda mi carrera fuera en su caso.

Me contoneo en mi taburete acolchado; no sé cuánto tiempo podré mantener esto en secreto. Melissa Gilbert me está mirando desde sus páginas arrugadas, y si tuviera mi tenedor de esta mañana, también la apuñalaría. Ella fue la que me dijo que hiciera esto.

Tessa asoma su cabeza bronceada y rizada por la puerta y me pregunta si quiero que me saquen sangre en un momento.

—Se hizo una prueba en casa y dio negativo —dice Ralphie.

Si no estuviera tan paralizada por mis propios errores, ya habría abofeteado a Ralphie. Menuda manera de sobrepasar los límites.

—Ooh. —Tessa se entristece. Es una de esas personas excesivamente amables. La enfermería es una vocación perfecta para ella, y a menudo he deseado tener su empatía para que los hombres me encontraran más cálida y menos estéril, como tan educadamente me describió mi ex más reciente, Niles. Puede que mis embriones también lo sintieran, como si yo fuera una caverna desolada en la que no quisieran anidar.

Laurel me dijo que imaginara la implantación de los embriones y que no pensara en otra cosa que en aceptarlos en mi cuerpo, y toda esa mierda de pensamientos positivos y felices. No hice nada de eso. Quizá por eso Ally está embarazada y yo no.

—No pasa nada, siento haberte hecho perder el tiempo —añado.

—Emily, ¿por qué no lo hacemos de todos modos? Nunca se sabe. Puede que tus niveles aún no hayan subido. Lo he visto antes —dice Tessa, animada.

Por mucho que odie tener que pasar dos veces por un resultado negativo, un análisis de sangre pondrá fin a cualquier pensamiento persistente. Puede que sea lo que necesito para superar esto.

—De acuerdo —contesto.

Mientras Tessa me pincha con la aguja, me cuenta la historia de una mujer soltera que pasó por dos extracciones de óvulos y ocho transferencias antes de tener por fin a su niña. Tessa me asegura que, si esa mujer lo logró con más de cuarenta años, yo también lo conseguiré.

El único problema es que tengo un embarazo perfectamente viable gestándose en el vientre de otra persona, y no puedo afrontar las consecuencias de duplicar mis esfuerzos antes de arreglar mi primer desaguisado. Si es que eso es posible a estas alturas…

CUARENTA

EMILY

PEGAMENTO

Cuando vuelvo a casa, los huevos están pegados a la pared como si fueran pegamento. Jasper me ha interceptado antes de entrar en casa para decirme que había oído golpes fuertes esta mañana y para preguntarme si estaba bien. Le he explicado que sí, pero que probablemente mis paredes no.

—Toma. —Jasper coloca trapos calientes sobre los restos para ayudar a empaparlos, aunque estoy segura de que se desprenderán algunos trozos de pintura al retirarlos—. ¿Debería preguntar qué ha pasado aquí? —Mira el desaguisado con curiosidad.

—Tengo miedo de que me juzgues.

Observo a Jasper mientras coge la sartén, la deja en el fregadero, abre el grifo del agua caliente y añade jabón. Me resulta muy sexi verlo fregar mis cacharros, y no estoy segura de por qué.

—Tú viste lo que pasó en mi casa —dice.

Eso es verdad. Quiero contarle a alguien lo que he hecho, aclarar las cosas e intentar convencerme de que no es tan malo como creo. Definitivamente ya no puedo contar con Laurel. Se ha hecho amiga del enemigo.

Pero no puedo contarle a Jasper todos los detalles escabrosos.

—Tengo problemas en el trabajo —decido decir.

Endereza una silla que se ha torcido. Pienso en lo perfecta que estaba la casa de Jasper y en que es probable que sea una de esas personas que se enorgullecen de su hogar.

—Los problemas del tipo «tirar una sartén a la pared» son bastante graves. Quizá deberías pensar en buscar otro trabajo.

—Tendría que mudarme a otra ciudad si hiciera eso. No hay muchas clínicas de fertilidad y yo trabajo en eso.

—Bueno, a Clem y a mí nos vendría bien un nuevo comienzo, si quieres compañeros de cuarto. —Sonríe, y, de nuevo, lo que debería ser inquietante de alguna manera no lo es. Parece que conozco a Jasper de toda la vida, aunque en realidad no sea así.

—¿Está sola en casa? —pregunto.

—Está en clase de gimnasia. —Se encoge de hombros—. Tengo que recogerla pronto. —Echa un vistazo a su reloj TAG, que es una marca bastante cara.

«¿Por eso no la dejas, Jasper?».

—Bueno, no quiero entretenerte —le digo.

Aunque sí que quiero; quiero tenerlo toda la noche en los confines de mi dormitorio y que me haga tortitas por la mañana y friegue la sartén.

Pero ahora mismo ya tengo bastantes complicaciones que resolver. No necesito añadir ninguna más.

—Estoy segura de que Clementine aún se está adaptando a la situación. Me alegro de que haga un deporte así de movido. Es una niña muy inteligente y activa.

Jasper se da la vuelta para marcharse, pero vuelve a girarse.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto? —pregunta.

—¿Qué?

—Que he conseguido ese maldito trabajo. —Suena tan derrotado que quiero abrazarlo. Pero no lo hago, porque si abrazo a Jasper, también querré hacerle otras cosas.

—Eso es genial.

—No es genial. No puedo estar en una oficina mientras Chelsea está en el centro de rehabilitación. Yo no quería ese trabajo, lo quería ella. Les he dicho que no. Eso es lo que la destrozó. Creo que estaba tan convencida de que yo era un pedazo de mierda que cuando le demostré que estaba equivocada, ella… No estoy seguro de cuáles eran sus intenciones.

Iba a decir que intentó suicidarse.

—Es obvio que padece múltiples enfermedades —digo, porque el alcoholismo es una, y problemas de salud mental también. Aunque a

la gente no le suele gustar llamarlos así. Pero lo del Chelsea es un nivel de enfermedad totalmente distinto.

Creyó que Jasper era una cosa, y cuando resultó ser todo lo contrario, se volvió loca.

Pienso en Ally, y en cómo confió en mí para hacer lo correcto. Me veía como la única persona que podía ayudarla, y yo la he defraudado de muchas maneras, aunque ella nunca lo sabrá.

Asiente con la cabeza.

—A veces, hagas lo que hagas por alguien, por mucho que te esfuerces… no es suficiente.

Es como si pudiera ver dentro de mí con ese comentario. Tal vez pueda sentirlo. He intentado hacer lo correcto, contentar a todo el mundo, pero al final me he quemado. Siento que me he quedado sin opciones; me siento agobiada y atrapada. Jasper probablemente siente lo mismo.

—Solo podemos hacerlo lo mejor posible. Eres un padre excelente —le digo.

Al menos tiene a Clementine. Yo no tengo a nadie.

* * *

Por desgracia, para cuando la mugre se ablanda, estoy demasiado agotada para limpiarla. Estar dándole vueltas a lo que debo hacer con Bemily me está volviendo loca.

Laurel me ha mandado un mensaje diciendo que se ha apuntado a la maratón de Pittsburgh de mayo. Me ha dicho que yo también tengo seis meses para entrenar y que debería hacer la media maratón.

Laurel: Haz que tu cuerpo esté sano para el bebé.

Solo una mujer en mi estado actual entendería ese mensaje como un recordatorio de mi fracaso. Es como si me hubiera enviado un mensaje subliminal diciendo que, si me hubiera cuidado más, ahora estaría embarazada. Mientras tanto, ella es la que prácticamente me metió el vino y el *whisky* por la garganta.

Sé que Laurel no quería decir eso.

Solo está buscando un motivo para hablar conmigo, ya que no lo hemos hecho desde que me mintió a la cara. Aunque no puede estar hablando en serio con lo de la maratón. Tengo tantas ganas de entrenar para una maratón como de ir ahora mismo a casa de Ben y Ally para anunciarles que van a tener a mi bebé.

Todo suena tan raro en mi cabeza que apenas puedo procesarlo.

Conecto el teléfono al cargador de la mesilla de noche, con el mensaje de texto sin responder de Laurel ahí, iluminado en la penumbra. Mi cansancio es tan intenso que me cuesta ponerme el pijama; si se puede llamar pijama a los calzoncillos viejos de Niles y a una camiseta hecha jirones de Nirvana.

Entonces caigo de espaldas en mi cama y me duermo. Es el tipo de sueño sereno e inquieto que no tenía desde que me sedaron para la transferencia.

* * *

—*No* —grito.

Me tiemblan las manos y miro alrededor buscando la jeringuilla y al bebé. Mis manos revuelven las sábanas, esperando un llanto, pero no hay nada. ¿La he asfixiado? ¿He asfixiado a mi bebé?

Enciendo las luces, y mi pulgar derecho sigue presionado sobre mi índice como si estuviera pegado a un *joystick* o a una jeringuilla. Mis ojos se posan en la pared de mi habitación y por un momento me parece ver el enfadado cuadro de Ben de El Capitán aullándome, pero no es más que el inquietante póster enmarcado de *Mujer frente al espejo* de Picasso que pensé que haría que mi apartamento pareciera más moderno antes de tener cáncer.

Después de eso, el cuadro abstracto de la mujer con partes del cuerpo yuxtapuestas en distintas posiciones solo me recuerda a mis pechos mal colocados y más grandes ahora por los implantes. Cuando me examino desnuda, siguen sin parecerse a los míos; el hueco del medio es demasiado grande y cuelgan de tal forma que parecen dos globos demasiado inflados.

El corazón se me acelera y siento que me arde todo el cuerpo. Cometí el error de irme a la cama con los calcetines puestos, algo

que nunca hago, porque a menudo me acaloro. Me los quito, sudando tanto que tengo que meterme directamente en la ducha.

Lloro mientras el agua corre por mi cuerpo. Ha sido el sueño más aterrador que he tenido en mi vida. Me quedaba dormida con mi niña y la mataba de alguna manera.

Creo que este sueño intentaba decirme que mi incapacidad para estar presente en el momento provocó que mi cuerpo fracasara en la implantación. Mi mente se astilla entre pensamientos confusos, como el cuadro de mi pared, jugando con mi mente fracturada.

Debería quitar el cuadro.

El agua tibia cae sobre mi cuero cabelludo y mi cara, mezclándose a la perfección con las lágrimas que he comenzado a derramar.

¿Es eso lo que debo hacer? ¿Debo encontrar una forma de interrumpir el embarazo de Ally?

¿O se supone que debo avisar a Ally y a Ben para que lo interrumpan ellos mismos? Un escalofrío me sacude con fuerza contra el plástico de la bañera al darme cuenta de repente de que el chorro de la ducha ya se ha enfriado.

Cierro el grifo y me siento allí, desnuda, abrazándome con fuerza. Me pregunto si siempre será así. Si siempre estaré sola y sufriendo, con las tareas mundanas llenando mis días y el arrepentimiento llenando mis noches. Pasaré las estaciones y las fiestas sola conmigo misma, en la deprimente mesa de la cocina de mi madre, sin novio ni hijo que se siente a nuestro lado.

El rizo acaricia mi piel mientras me envuelvo con la toalla. Cojo una toalla más pequeña para secarme los ojos y el pelo. Me duele la cabeza como cuando has tenido un ataque de llanto intenso.

Está claro que no estoy hecha para soportar las repercusiones de mis acciones.

No puedo dejar que Ben y Ally tengan a mi bebé sin que sepan que es mío. No soy el tipo de persona que puede llevar ese tipo de mentira con dignidad ni cordura. Lo que pasó con Cook fue un accidente e inyecté esos medicamentos en la vía de mi padre para que pudiera morir con dignidad.

Pero esto… No hay redención posible para lo que he hecho. Estoy sobrepasada. Vivir con esta mentira me debilitará cada día más

hasta que me destroce, salga a la luz o, finalmente, me mate.

Y lo más horrible, lo que más me atormenta, es no saber si le di el mejor embrión y si debería habérmelo implantado también en vez de regalarlo. Si las dos nos hubiéramos quedado embarazadas, sé que me habría engañado a mí misma creyendo que todo estaba bien mientras Ally y yo fuéramos felices, sin importar de quién fuera el niño, pero esto no está bien.

Me devorará constantemente.

Cada año que pase, cada fiesta de cumpleaños de ese niño a la que asista… Sé que no podré vivir con el hecho de que otra mujer esté criando a mi hijo. Me molestará que Ben también sea el padre, pero ¿sería capaz de permitir que Ally fuera la madre de mi vástago? ¿La conozco lo suficiente?

Sé lo que tengo que hacer.

Cuanto más lo posponga, peor será.

Se lo diré a Ally y a Ben mañana. Si quieren abortar, lo entenderé. Pero sé que no lo harán. Ally es profundamente religiosa y sigue siendo el hijo biológico de Ben. Si quieren presentar cargos contra mí, que lo hagan, contrataré a un buen abogado.

Tendré que hacerlo. Ben sacará a colación mi primer error médico: el doctor Cook. Lo usará como prueba de mi inestabilidad y, si es listo, podría hacer que reabrieran el caso. Pero… eso solo lo condenaría a él también. Él fue quien recuperó el frasco de pastillas.

En cualquier caso, alegaré un error de laboratorio como causa del descuido, y confiaré en recibir un veredicto a mi favor. Lo más probable es que me despidan y que demanden a la clínica, pero Batey se lo merece. Puede que intente interponer una demanda civil contra mí, pero usaré sus secretos como garantía. Apuesto a que podría hacer que retirara la demanda si la amenazo lo suficiente. Conozco a una uróloga de la ciudad, la doctora Corini, que podría testificar a mi favor.

Después, intentaré conseguir derechos como madre biológica del niño y retrasar el proceso de interrupción del embarazo, si ese es el camino que intentan seguir. Y, si deciden quedarse con el bebé, lucharé por la custodia. Tendremos que compartir la crianza los tres.

Es la única solución que veo para este escenario.

Aunque no puedo imaginar criar a un niño con otras dos personas que me detestarán por lo que he hecho.

Debería haber sabido que no podría guardar este secreto. He visto demasiados episodios de *Los días de nuestras vidas*, y he dejado que mi mundo de fantasía se mezclara con la realidad, y ahora me está pasando factura.

El desastre que he creado es colosal y terrible.

Si pudiera volver atrás, lo haría. He cometido dos grandes errores en mi vida y ambos tienen que ver con Ben Holiday.

Puede que mi pequeño rayo de luz en todo esto sea este bebé, pero su brillo resplandeciente se verá ensombrecido por la oscura fealdad de cómo fue creado. Será tachado de monstruo, de accidente colosal, de foco de desprecio…

Eso es lo que mi sueño intentaba mostrarme.

Si pierdo mi trabajo, quizá lo mejor sea coger a Bemily y marcharme de esta ciudad para empezar de nuevo. Puede que ella —si es que realmente es ella, porque en mi sueño era una niña— no haya venido a este mundo en las mejores circunstancias, pero puedo prometer que el resto de sus días aquí serán los mejores.

CUARENTA Y UNO

EMILY

PERDIDA

Tras varios intentos fallidos de contactar con Ally, decido tenderle una rama de olivo a Laurel.

—Nadie puede encontrarla —dice Laurel al teléfono. Oigo su respiración porque está demasiado cerca del receptor.

—¿Qué estás haciendo? Parece que estás intentando comerme —digo. No puedo haber oído bien.

—Lo siento, acabo de terminar de correr. Estoy sin aliento.

—Hay cuatro grados.

—Ese es el límite, correr cuando hace más frío es malo para los pulmones.

—Tus pulmones no suenan muy bien ahora mismo… Necesito ponerme en contacto con Ally. ¿Dónde has dicho que estaba?

Laurel deja de respirar, y llego a la conclusión de que debe estar conteniendo la respiración.

—Ben no puede encontrarla. Se ha convertido en algo… grave —dice Laurel.

—¿Qué quieres decir? ¿Ha desaparecido…? —«Con mi bebé».

—Todavía no usa esa palabra. Ninguno de nosotros lo hace. ¿Qué querías decirle? —pregunta Laurel, sonando extrañamente protectora.

—¿Por qué? —pregunto, a la defensiva yo también. La información que estoy a punto de desvelar a los Holiday no es algo que quiera compartir primero con Laurel. He pensado que a lo mejor Ally y Ben no quieren que la gente de su entorno sepa la verdadera identidad de su bebé. Además, ha habido un abuso de confianza, y mi lealtad

hacia Laurel es incierta en este momento.

—Ally ha estado muy alterada con este embarazo —revela Laurel—. Ben dijo que ella no reaccionó como él esperaba cuando la prueba de embarazo salió positiva.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

—Ha tenido cuatro abortos, Emily —dice Laurel sin rodeos.

Un escalofrío recorre mi espalda cubierta por un jersey de lana mientras me dirijo a casa de mi madre.

—Bueno, esta vez sus embriones fueron cultivados en el laboratorio, y no hay nada físicamente mal en su útero —razono.

—Eso está muy bien, pero ella tiene un miedo atroz. Ha perdido a cuatro bebés.

El momento de la verdad me abofetea en la cara. Ally ha tenido cuatro abortos previos sin motivo, y podría volver a ocurrir. Entonces, todo este estrés no habrá servido para nada. Yo también perderé un bebé, pero será una pérdida mucho mayor para ella, porque será su última oportunidad de tener uno de forma natural.

—Ben no sabe dónde está. Cree que a lo mejor necesitaba algo de espacio. Piensa que podría estar haciendo senderismo o de excursión por el campo.

Sola en el campo con mi bebé…

—Eso es absurdo.

¿Qué le pasa a esta gente? Una, entrenándose para correr y otra, haciendo senderismo por las montañas estando embarazada. No, gracias.

—Emily, ¿por qué quieres hablar con Ally?

No me gusta el tono de Laurel. Supuse que estaría encantada de volver a saber de mí, pero no ha sido así.

—No es nada.

La convicción que sentí tan fuertemente anoche vuelve a tambalearse. Si Ally no puede mantener el embarazo, no hay ninguna razón por la que deba perder amistades, mi trabajo y posiblemente mi libertad por ello. Anoche parecía que no había salida.

Pero quizá pueda esperar a que pase el primer trimestre de Ally para ver si la naturaleza se encarga de mi experimento de

laboratorio. Será una tortura lenta y cruel para todos los implicados.

—No vas a hacer ninguna locura, ¿verdad? —pregunta Laurel.

Ya es demasiado tarde para eso.

—No, Dios mío, Laurel.

—Bueno, es una mierda cómo ha ido todo. Ben se traslada aquí, luego él y Ally deciden quedarse embarazados y después tú decides que quieres intentar quedarte embarazada también. Al final, ella se queda embarazada y tú no. Todo esto es una mierda.

—Gracias por el resumen —digo.

Laurel suspira ante mi sarcasmo.

—No sé, Emily. Si me hubiera ocurrido a mí, probablemente me estaría volviendo un poco loca, y tú te has enfadado conmigo, y soy una mala amiga por no decirte la verdad, pero me gustaría saber cómo estás en realidad —dice.

Mientras la pregunta persiste en el aire, pienso: «Por qué siempre tiene que hacerme pensar en las cosas más profundas mientras conduzco». En ese momento, piso el freno al ver un semáforo en rojo que parece haber salido de la nada, y me quedo a un par de centímetros de la parte trasera de una vieja camioneta Ford. Por el aspecto del hombre barbudo que me mira por el retrovisor, me he librado por los pelos de sufrir un momento de furia al volante, y posiblemente de un asesinato.

—Laurel, mira, no puedo hablar de esto ahora.

—Solo dime que estás bien —exige—. Cat está subiéndose por las paredes; no para de preguntar por ti. —Se ríe.

Es una broma antigua que tenemos con nuestra amiga la psiquiatra, Cat. Si está subiéndose por las paredes, no quiero ni pensar en lo que he estado haciendo yo… ¿Buscando bebés muertos en mis sueños?

—Estaré bien —consigo decir. Es la respuesta que utilizaba mi madre durante los diez primeros años de mi vida, cuando se encerraba en el garaje a leer libros repugnantes. Le pedía a la señorita Sue, mi niñera, que me sacara a jugar a la luz del sol.

—*¿Pero tú no quieres salir a jugar también, mami?* —preguntaba yo.

—*A lo mejor luego* —respondía ella.

Pero nunca salía. Me divertía jugando al aire libre con la señorita Sue. Mamá probablemente piensa que me he olvidado de sus días oscuros, pero nunca lo he hecho.

No se le puede decir: «A lo mejor» a un niño. Yo prometí no decírselo en vano a los míos.

—Vale, bueno, estoy un poco preocupada por Ally, pero estoy más tranquila sabiendo que tú estás mejor —dice.

«No deberías», quiero decirle, pero en vez de eso digo:

—Avísame en cuanto la encuentren.

CUARENTA Y DOS

EMILY

DESAPARECIDA

El estado de Ally ha pasado de perdida a desaparecida.

Las autoridades están registrando todos los parques locales. Se ha puesto en marcha un equipo de rescate, y Laurel mencionó algo sobre perros buscadores de cadáveres.

La palabra cadáver me provoca ganas de vomitar, aunque vivo rodeada de términos clínicos.

Ella y Zach se unirán al equipo de búsqueda después del trabajo, y me ha preguntado si quería ir con ellos.

La madre de Ally está de camino.

Todo esto parece surrealista, y aterrador.

La mujer desaparecida de la que están hablando lleva en el vientre a mi hijo. Y yo soy la única que lo sabe.

¿O no?

¿De eso se trata esta desaparición?

Ally es extremadamente inteligente. ¿Se habrá dado cuenta de alguna manera de lo que he hecho y es demasiado para ella? ¿Quiere hacer lo mismo que Chelsea, salir tranquilamente de esta vida injusta, o está tratando de hacerme sentir culpable para sacarme una confesión?

Estuve a punto de confesarlo todo.

Y, como si estuviera preparado, aparece la policía en mi laboratorio.

Se ponen a hablar con alguien en la entrada, pero yo sé que están aquí por mí. Enfrentarme a la ley no era un escenario que tuviera previsto.

Al menos no tan pronto…

* * *

—Señorita Daugherty, gracias por conseguir esta sala de reuniones para que pudiéramos hablar con usted. Somos conscientes de que está en medio de una ajetreada jornada laboral y no le quitaremos demasiado tiempo. Soy la agente Tina Shire y este es el agente Garrett Macy.

Me acomodo en una silla detrás de mi escritorio, un lugar de autoridad, mientras ellos permanecen en las sillas de los pacientes. Estamos en la sala de consultas, pero ahora soy yo la que debe contestar a las preguntas.

—No es ninguna molestia. ¿En qué los puedo ayudar?

—Gracias. Como sabe, una de sus pacientes, Allyson Holiday, ha desaparecido. Ocurrió poco después de utilizar sus servicios aquí, en la clínica. Me han dicho que es amiga suya —dice Macy.

—Sí, es terrible. Espero que la encuentren pronto. Todos estamos muy preocupados por ella.

—¿De qué conoce a la señora Holiday? —me pregunta Shire, con los ojos fijos en mí.

—Es la esposa de un viejo amigo de la universidad. Es mejor describirlo así.

—Ya veo, ¿y se puso en contacto con usted en las semanas previas a su desaparición, después de su procedimiento?

—Sí, fuimos a comer en una ocasión.

El policía con corte de pelo de estilo militar hojea algunas páginas.

—La jefa de administración ha dicho que esa semana vino tres veces y que llamó sin cesar hasta que usted la vio. ¿Es eso cierto?

¡Lisette! Ella tenía que saber lo que una declaración como esa podría hacerme. Después de todos los secretos que hemos compartido, ¿por qué habrá divulgado eso?

—Es verdad. Por desgracia, estaba enferma y no pude quedar con ella hasta mediados de semana.

—¿Por qué necesitaba verla con tanta urgencia? —pregunta Macy.

«Porque sus bebés muertos estaban tratando de delatarme. Y vosotros también». El pulso en mi cuello se acelera.

—Estaba preocupada por el procedimiento que le habían hecho

aquí.

—¿Por qué? —pregunta Macy.

Me enderezo en la silla e intento encarnar a la Emily que la doctora Batey me ha obligado a ser en esta clínica: la mentirosa. Si la policía sospecha que hay algo raro en el laboratorio, esto también salpicará a Batey. No estoy tratando de protegerla a ella, estoy intentando cubrir los pasos en falso que he dado por ella.

—A las pacientes que se someten a FIV se las atiborra de hormonas. Están muy sensibles. Creo que fue demasiado para ella saber que conocía a alguien que trabajaba en el laboratorio. La pobre mujer había sufrido cuatro abortos anteriormente. Eso es información médica confidencial; por favor, no la compartan.

—Por supuesto. ¿Qué preguntas le hizo? —pregunta Macy.

—Mmm… No fueron preguntas, exactamente. Le preocupaba que hubiera algo mal con el óvulo implantado.

—¿Por qué pensaba eso? Aquí dice que es analista de *marketing*. ¿Qué la llevó a creer eso, señorita Daugherty?

Estoy intentando alejarlos del laboratorio, pero es difícil responder a esa pregunta sin meterlos de lleno en él. Estas preguntas son muy peligrosas.

—No conseguimos extraerle muchos óvulos buenos… —«En realidad, ninguno»—. Creo que le preocupaba que el embarazo no saliera adelante como los demás, y pensó que yo tenía algún tipo de información privilegiada sobre lo que estaba pasando.

—¿A usted le preocupaba su procedimiento?

—Yo no llevo a cabo los procedimientos. Ese trabajo lo hace la doctora Batey. Aunque tengo entendido que fue bien.

«Marchaos de mi laboratorio».

—Lo normal es que alguien con su historial estuviera en reposo o realizara una actividad menos peligrosa que el senderismo, como sugirió su marido.

«Oh, oh… No sospecharán de Ben, ¿verdad?».

—Se podría pensar que… —Trago saliva al darme cuenta de la verdad: siempre sospechan primero del marido cuando le ocurre algo a una mujer. Quiero decir más para proteger a Ben. Quiero decirles que no mataría ni a una mosca, pero entonces me

preguntarán por qué lo digo y por qué lo conozco tan bien.

¿Por qué tuve que inyectar su esperma en mi óvulo y hacerlo pasar por uno de Ally?

Por el amor de Dios, ¿dónde estás, Ally?

—Estamos buscando pistas que indiquen su estado mental. ¿Qué cree que habría hecho la señora Holiday si hubiera abortado otra vez? —pregunta Shire, de mujer a mujer.

Es como si Macy no estuviera en la habitación, porque ambas sabemos que él no puede entender el peso de su pregunta.

—Ella dijo… que moriría si el procedimiento no funcionaba.

CUARENTA Y TRES

EMILY

SENDERISMO

Laurel y yo volvemos a ser buenas amigas, aunque nunca seremos mejores amigas otra vez hasta que reciba una disculpa formal de ella. Hasta ahora, las que me ha dado han estado cubiertas con «peros» seguidos de excusas poco convincentes. Nada de esto me hace sentir mejor sobre la información que se me ha ocultado.

Mientras me ato los cordones de mis zapatillas apenas usadas, Laurel estira sus largas piernas enfundadas en pantalones de licra. Me he puesto muchas capas para esta excursión, pero no puedo quitarme el frío, ya que apenas hace un grado bajo cero.

Caminaremos por los bosques de las más de tres mil hectáreas de North Park, en Pittsburgh, en busca de Ally.

Un lago de ocho kilómetros de perímetro se asienta en el centro del parque, en cuyos alrededores hay senderos para caballos, un parque para perros y actividades para todas las clases sociales y sus peludos compañeros.

Es la zona más grande que se puede recorrer a pie cerca de donde viven Ben y Ally.

Según Laurel, Ben alertó a la policía de que Ally mencionó que le apetecía conocerlo.

Comenzamos en el cobertizo para barcas y, mientras miro alrededor, no puedo imaginar cómo Ally pudo haber venido aquí sin ser vista. Este parque está repleto de caminantes y corredores.

—Laurel, ¿cómo ha podido desaparecer en este parque con toda esta gente pululando?

Laurel me mira boquiabierta.

—Bueno, hay hielo y el suelo resbala; a lo mejor se cayó. El embarazo puede hacerte perder el equilibrio.

—Solo está de unas semanas —le digo.

—Las articulaciones se aflojan en todo el cuerpo desde el primer momento. Por eso dicen que hay que tener cuidado y no esforzarse demasiado; y no empezar nuevas rutinas de ejercicio durante el embarazo. Yo noté diferencias enseguida —proclama.

—Vale… —Me tapo las orejas con una cinta de forro polar intentando aislarme de sus gilipolleces. Ese bebé es del tamaño de un maldito guisante. Laurel está hablando de nuevo. Si Ally resbaló, no fue porque su cabeza femoral se volviera inestable en la pelvis.

Fue porque su pie resbaló en el hielo y eso provocó su caída.

O, porque alguien la empujó.

Me estremezco al pensarlo.

—¿Va a venir Ben también? —pregunto. Hay una pequeña multitud congregada y una furgoneta de un canal de televisión estacionada en el aparcamiento. Nadie habla entre sí, nuestra misión es importante. Todos queremos encontrar a la embarazada desaparecida, pero nadie quiere descubrirla en circunstancias horribles.

—No, está lidiando con muchas cosas y quiere evitar a la prensa. La policía lo ha interrogado hoy.

—Hoy también se han pasado por mi trabajo —le digo.

Me mira como si la hubiera abofeteado.

—¿Y me lo dices ahora?

La fulmino con la mirada. Ella decidió ocultarme información y yo haré lo mismo en el futuro, hasta que me ofrezca una disculpa decente.

—Esto no tiene nada que ver contigo y conmigo, Emily. Necesitamos dejar de lado cualquier rencor que podamos tener y trabajar juntas para encontrar a Ally.

Tengo mucho más en juego en la búsqueda de esta mujer de lo que ella cree, pero Laurel tiene que entender que nuestra confianza se ha roto y lo que eso significa para nuestra amistad.

—Tienes razón. Estoy preocupada por ella. Es muy extraño que haya desaparecido.

—¿Qué te ha preguntado la policía?

—Querían que les diera información sobre nuestra comida de la semana pasada; si Ally estaba actuando de manera extraña o si mencionó algo preocupante.

—¿Y lo hizo? —pregunta Laurel.

Inhalo profundamente, preguntándome ahora si hay algo que podría haber dicho o hecho ese día para evitar esto.

—Lo hizo. Mencionó que… moriría… si esto no funcionaba.

Laurel hace un ruido horrible con la garganta.

—¿Le has contado eso a Ben?

—No. En ese momento, sonaba como algo que se dice sin pensar… Como si alguien dice por ejemplo: «Moriré si no entro en la Facultad de Medicina» —racionalizo.

La acusación está escrita en su cara.

—Esto no es comparable a entrar en la universidad, Emily.

Mi cuerpo se pone caliente y frío de vergüenza, como cuando interpreto mal el ambiente y digo algo fuera de lugar. Como decía mi perfil de personalidad HBDI, me faltan habilidades sociales. Probablemente merezco estar sola, y ahora una mujer podría estar desaparecida —o muerta— porque no supe reconocer las señales de angustia.

—Parecía estar bien, aunque un poco nerviosa por los resultados.

—Dijo que quería morir —dice Laurel.

—Estás sacando de contexto lo que he dicho. —Al hablar, mi aliento forma una nubecita de aire. La temperatura ya ha bajado. Si Ally está por aquí en alguna parte, el tiempo podría hacer que esta situación sea terrible.

De repente, aparece un coche de policía y aparca.

Zach surge de la nada junto a Laurel.

—Hola, señoras. Lo siento, tenía una reunión por videollamada. ¿Cuál es la situación? —pregunta, preocupado.

—Acaba de llegar la policía —dice Laurel.

Estoy de pie al lado de mi supuesta mejor amiga, con cara de enfado. No puedo creer que me culpe por esto. No debería haber accedido a comer con Ally. Así habría evitado decir algo o no decir nada para empeorar la situación.

Pero, conociendo mi suerte, Laurel me habría regañado por no ayudar a la pobre chica en un momento de necesidad. El agente Macy, megáfono en mano, empieza a repartir tareas. Las cámaras de la prensa nos están grabando y, de repente, en lugar de ver cómo se desarrolla el drama de una persona desaparecida en televisión, formo parte de uno real. Solo espero no ser la causa de esto.

* * *

Estamos en un sendero para bicicletas de montaña fuera de los caminos más frecuentados. De acuerdo con mi afirmación anterior, el agente Macy ha dicho que, si Ally tenía problemas, lo más probable es que estuviera fuera del circuito principal que rodea el parque. De lo contrario, es probable que alguien ya la hubiera visto.

Recuerdo que las excursiones anteriores de Ben y Ally eran intrépidas, así que tiene sentido.

Los agentes han venido preparados con un mapa del parque separado en cuadrículas y han asignado grupos de cinco o seis individuos a cada zona designada. A Zach, a Laurel y a mí nos ha tocado con una pareja local de veinteañeros que tratan la búsqueda como si fuera una primera cita.

—¿Creéis que podría haber querido ver la cascada? ¿Se puede atajar por aquí para llegar? —pregunta la chica.

—Si alguna vez quieres ver la cascada escondida, llámame. Yo ya la he visto. Confía en mí, no vale la pena el esfuerzo —le dice el chico.

Risas de la chica.

Miradas molestas de Laurel y mías.

La pareja se calla y se pone seria. No queda mucho para que oscurezca.

A continuación, los agentes de policía encargados de la investigación ofrecen orientación.

—Tómenselo con calma —indica el agente Macy—. Estén siempre a un brazo de distancia unos de otros y mantengan el mismo ritmo que su equipo para que nadie se quede atrás. Si encuentran algo sospechoso, etiquétenlo con la cinta brillante que llevan en sus bolsas de búsqueda. Hagan fotos de todo lo que les parezca raro:

huellas que no llevan a ninguna parte, varias ramas rotas que parecen fuera de lugar, prendas de ropa, cabello, objetos personales desechados que parezcan extraños… Como por ejemplo una cartera, etc.

»Mucho cuidado con los árboles, los acantilados y las zanjas, pero no se salten esas zonas. Si son peligrosos para ustedes, también pueden serlo para la persona desaparecida. Están en plena naturaleza; este no es su hábitat natural, sino el de los animales salvajes. Estén alerta. Repartan los folletos de la bolsa de búsqueda a cualquiera que se cruce en su camino.

El frío se ha colado en mis zapatillas de deporte. Debería haberme puesto botas de montaña, pero no tengo. Siento mi vida a un millón de kilómetros de distancia de Louie y Riggs Moor. Creo que Laurel tiene tanto frío como yo, porque la he pillado saltando para calentarse unas cuantas veces.

Hace casi cuarenta y ocho horas que nadie sabe nada de Allyson Holiday.

Odio lo que me ronda la cabeza, pero no puedo evitarlo.

Si Allyson Holiday está aquí, en este bosque, está muerta.

CUARENTA Y CUATRO

EMILY

CAMBIO

Los equipos asignados regresan al embarcadero a la hora prevista; en todos los grupos hay expresiones esperanzadas de que alguien haya encontrado algo, pero nadie lo ha hecho. La oscuridad se instala a nuestro alrededor y el café que trajeron los voluntarios se ha acabado.

La televisión entrevista a Laurel.

Parece disfrutarlo un poco, e incluso ha ofrecido a la reportera una actuación digna de un Emmy.

—Por favor…, solo estamos tratando llevar a nuestra amiga a casa. Es nueva en la ciudad y está embarazada de su primer hijo. Desaparecer no es propio de ella. Si alguien sabe algo, que llame al número que aparece en la parte inferior de la pantalla.

Me estremezco ante su respuesta.

Ella y Ally fueron a Target juntas una vez, pero Laurel actúa como si conociera a Ally de toda la vida. Y todo el mundo se lo traga; algunos hasta lloran. Quiero creer que la súplica de Laurel es genuina, pero ninguna de las dos conoce a esta mujer lo suficiente como para estar realmente involucradas en su vida. Eso me deja con la horrible sensación de que tal vez yo debería estarlo, y, de nuevo, de que estoy en un grupo tan emocionalmente atrofiado como lo estoy yo.

Mientras caminamos hacia nuestros coches, Laurel me pregunta:

—¿Dónde crees que puede estar? Esto es una locura.

Ahora mismo, estoy casi congelada. Los guantes que llevo no son lo bastante gruesos y creo que puedo sentir mis huesos asomando por

la superficie de punto.

—No lo sé. Pero, dondequiera que esté, espero que no sea aquí.

Cae la nieve y Laurel mira distraída hacia el cielo encapotado, como si contemplara la verdad que se filtra a su alrededor en copos helados. Puede que Ally no vuelva nunca más.

El concepto de muerte es extraño para Laurel, ya que es una mujer que ha llevado una vida de cuento. Sus padres aún están vivos. Tiene dos hermanos que viven cerca, un marido que la adora e hijos sanos. E incluso tiene algunos abuelos que todavía están en este mundo.

No conoce a la Muerte.

Yo la he vivido en primera persona. Sostenía la aguja que la inyectó. Vi a mi padre exhalar su último aliento.

Miré a la Muerte a la cara mientras bombeaban productos químicos tóxicos en mi cuerpo para repelerla. La vencí.

La he sostenido en mis manos. La he tirado a un contenedor de desechos biológicos, una y otra vez durante los últimos nueve años.

Comprendo la fragilidad de la vida y la posibilidad real de que Allyson Holiday esté muerta. Es una verdad que no comento con mi mejor amiga, porque no la entiende.

—Id con cuidado —dice, como si todos corriéramos un terrible peligro.

* * *

Jasper y yo entramos con el coche a la vez. Ninguno de los dos avanza hacia el garaje; nos miramos a través de las ventanillas como los extraños vigilantes que somos. Salgo de mi vehículo con aspecto de estar destrozada, estoy segura.

Probablemente mi nariz aún esté roja y mi cuerpo ha sido incapaz de entrar en calor después de haberse congelado tras una caminata invernal, incluso después de haber puesto la calefacción del coche al máximo y de tener asientos calefactables.

Jasper sale de su Lexus con su espectacular aspecto de siempre. Lleva unos bonitos vaqueros y una chaqueta de forro polar con la que se le marcan sus anchos hombros. Yo sigo llevando mi gorro de

invierno más cálido, uno de punto extragrueso con un pompón gigante y guantes a juego.

—¿De dónde vienes? ¿Del Polo Norte? —pregunta.

—No… Vengo de participar en una búsqueda. Ha desaparecido una amiga… mía…

—Dios mío, lo siento mucho. ¿La habéis…?

—Todavía no —le evito tener que hacer la pregunta.

Me castañetean los dientes involuntariamente. Quiero hablar con Jasper. Mi soledad me acorraló en aquellos bosques, haciendo senderismo codo con codo con otras dos parejas: una, en la fase inicial del noviazgo; otra, casada desde hace bastantes años. Pero estoy tiritando y necesito más una ducha caliente que compañía en este momento.

—Todavía estoy helada por la caminata, Jasper. Voy a…

—¡Entra! —dice—. Te prepararé té o café caliente, y podemos hablar un poco. Clementine está con su tía. Me gustaría que me contaras algo más sobre el tema, si tienes energía para hablar.

Asiento con la cabeza, insegura de si debería hacerlo, pero, por otra parte, hablar con otra persona podría ser bueno para mí.

—Entonces, ¿estaba allí un día y al siguiente había desaparecido? —pregunta Jasper.

Primero, me prepara una taza de té caliente y luego me envuelve el cuerpo con una manta de colores hasta que apenas puedo moverme. Dice que es de alpaca, y es verdad que aísla como si estuviera hecha con una lana rara. La forma en que sus músculos se flexionan cuando me arropa en su sofá me hace querer acurrucarme y no irme nunca.

—Algo así. Es paciente mía. Y, además, está embarazada.

Jasper parece sorprendido.

—Siento mucho oír eso. ¿Le pasaba algo antes de que te ocuparas de su caso? ¿O no puedes decírmelo por la confidencialidad?

Me encojo de hombros, necesito desahogarme.

—Estaba nerviosa por si la intervención no salía bien, pero todo salió como la seda, así que debería estar encantada.

Me hundo en las mantas pensando en que a mí no me salió igual.

Yo debería ser la mujer que se había ido sola a caminar por el bosque en dirección a un acantilado… no ella.

—¿Por qué creen que fue a North Park?

—Ben, su marido, le dijo a la policía que ella mencionó que iba a ir allí para despejarse un poco. Hacían muchas excursiones antes de mudarse aquí desde el sur. Les gustaba mucho el senderismo.

Observo cómo la nieve cae suavemente sobre la ciudad.

—Me pregunto por qué no fue con ella —comenta Jasper, con una taza de infusión caliente humeando entre las manos.

Es una mezcla de hojas de té, con algo picante y ácido, como naranja o arándanos. Me baja por la garganta y me calienta por dentro de un modo que hace posible revelar estos detalles.

—Creo que quería estar sola. Es una paciente de alto riesgo. Le ha costado mucho quedarse embarazada. Probablemente estaba lidiando con la idea de la maternidad.

Jasper dice:

—¿No te parece extraño que, si su embarazo es de alto riesgo, él la dejara ir sola a un bosque con el frío que hace? ¿A un parque desconocido en el que nunca había hecho senderismo?

Me quedo mirando al hermoso y perspicaz hombre que tengo ante mí.

—Ben es un poco inconstante; probablemente no estaba pensando en nada de eso y solo honraba su deseo de tener espacio.

—Parece que lo conoces bastante bien.

Me aclaro la garganta; por fin me siento cómoda en mi propia piel.

—Fuimos novios hace años, cuando estábamos en la universidad. Ellos volvieron a la ciudad y solicitaron mis servicios, y aquí estamos.

—Oh, vaya. Y yo que pensaba que mi vida era un culebrón…

Le sonrío, porque por primera vez alguien ha utilizado la palabra «culebrón» para referirse a mi vida. El género más apropiado suele ser una tragedia aburrida.

—Sí, bueno, espero que nuestras historias terminen bien.

Jasper me mira con curiosidad.

—Quizá sea una pregunta demasiado personal, pero ¿tenía tu ex mal carácter?

—No, ¿por qué? Es profesor en un colegio, si te sirve de contexto.

Es un alma gentil.

—Mmm… Vale.

—¿Por qué lo preguntas?

Se aclara la garganta.

—En estos casos, cuando la mujer desaparece…

Sé a dónde quiere llegar.

—Ben no le ha hecho nada, Jasper. Es un buen hombre. —Es mejor persona de lo que Jasper se cree. Aunque, por mí, fue capaz de encubrir un homicidio involuntario inducido por drogas.

Recuerdo lo que dijo en su apartamento cuando rompí con él: «Te protegí».

Estaba resentido conmigo, pero ¿de verdad lamentaba la muerte del profesor Cook o era todo una estratagema para intentar controlarme, para que no me fuera? ¿Cómo era su matrimonio en realidad? ¿Podría haberle hecho algo a Ally?

Jasper asiente.

—Probablemente será al primero al que investiguen.

—No lo dudo, pero no encontrarán nada.

—Las personas pueden cambiar con el tiempo. Las circunstancias pueden hacer que cambien.

Inspiro hondo. Si supiera lo familiarizada que estoy con ese concepto… Hasta que Ben y Ally llegaron a la ciudad, nunca me habría planteado manipular muestras.

—Estoy de acuerdo en que la gente puede cambiar en ciertos aspectos. Como que pueden volverse más fuertes o más débiles y aprender nuevas habilidades, pero en el fondo siguen siendo los mismos. Creo que Ben tiene buen corazón —digo. Quiero creerlo.

Pero luego pienso en la actitud distante de Ben en el hospital, en que él también desapareció durante un tiempo, en la forma en que escondió rápidamente su teléfono cuando me vio y su amenaza durante la consulta, antes incluso de empezar: «Hice cosas por ti que aún me quitan el sueño. Haz esto por mí». ¿Había malicia detrás?

¿Qué habría hecho si no hubiera accedido a sus exigencias? ¿Me habría delatado? Estoy segura de que, si no estuviera también implicado en la muerte de Cook, lo habría hecho hace mucho

tiempo. Quizá estaba esperando el momento perfecto para volver a sacar el tema. ¿Qué clase de hombre hace eso?

Cuando Laurel escondió su teléfono, estaba intentando ocultar algo. ¿Qué escondía Ben?

Parecía descontento con su matrimonio, con sus elecciones. ¿Hasta dónde llegaría para cambiar su camino?

—Bueno, espero que la encuentren —dice Jasper.

Sonrío y me muevo un poco. Intento sacudirme sin éxito el envoltorio en el que Jasper me ha envuelto.

—Déjame ayudarte —dice—. Creo que estás atrapada en el sofá.

Vuelvo a reír mientras él se acerca a desenredarme, y pienso en sus palabras: «Las personas pueden cambiar con el tiempo».

Si he llegado a un punto en mi estancada vida en el que me parece bien manipular muestras de pacientes, ¿podría haber llegado Ben a un punto en la suya en el que liquidar a su mujer embarazada fuera una posibilidad?

CUARENTA Y CINCO

EMILY

REDES SOCIALES

Al día siguiente, las redes sociales se están comiendo vivo a Ben. No puedo creer lo acertado que estuvo Jasper en todo esto. Es como si él mismo hubiera pasado por eso antes. O tal vez sea una de esas personas tranquilas que observan todo lo que las rodea: las noticias, a sus hijos, a sus vecinos…

Los comentarios que la gente hace sobre Ben son malintencionados y carecen de fundamento.

Gladysfromtheburgh*: El marido no tiene cuentas en las redes sociales. Ni una sola. No es porque esté demasiado evolucionado para Instagram, es porque sabe que así es más fácil esconderse…*
LouinBlawnox*: ¿Quién deja a su mujer embarazada de pocas semanas ir de excursión con este tiempo?*

Miro fuera y el suelo está cubierto de un fino polvo blanco. Esos comentarios no son nada justos, porque anteayer estaba todo despejado y había veinte grados más. Este es el problema de las redes sociales y los comentarios que se escriben en ellas, que a menudo la gente está mal informada.

AshleyBrown*: Ella estaba con las hormonas de una terapia de FIV reciente, probablemente tiene depresión posparto.*

No es así como funciona, Ashley.

El posparto se refiere a cuando ya se ha terminado el embarazo. Estos comentarios tan estúpidos me cabrean, pero más me cabrea imaginarme a Ben leyéndolos. Por otra parte, si no tiene redes

sociales, quizá tenga la suerte de no verlos nunca.

En cualquier caso, me da mucha pena.

Quiero hablar con él, pero no me parece apropiado.

Y, además, me siento extrañamente culpable por nuestra conversación. Yo no hice que Ally desapareciera, pero le realicé un procedimiento médico sin su conocimiento antes de que desapareciera, y es difícil separar ambos sucesos.

¿Lo descubrió de alguna manera?

¿Qué dice la Biblia sobre la gestación subrogada? Porque eso es más o menos lo que es Allyson, una madre sustituta, y está desaparecida.

Las redes sociales son insaciables. La foto de Ally está en todas partes. Han escogido una de ella de unas vacaciones antiguas en la que aparece con una amplia sonrisa y el pelo oscuro ondeando detrás de ella al viento. Se puede ver una parte recortada de otra persona, lo que indica que Ben también estaba en la foto.

Lo han eliminado.

Lo han demonizado.

***DJKaley**: Siempre es el marido. Incluso cuando no es el marido…, es el marido.*

Pienso en ese comentario y me pregunto de nuevo si Ben podría estar involucrado. Es un concepto absurdo. En la fiesta, parecía exactamente la misma persona que recuerdo —y que me encantaba —, como si el tiempo no hubiera cambiado ni un ápice su personalidad ni su manera de ser. Pero en el hospital… estaba diferente, nervioso, distraído y llegaba tarde. Puso excusas poco convincentes sobre que necesitaba ir a dar un paseo. No lo creí. ¿A dónde iba en realidad?

Es natural sentirse incómodo durante la FIV. No es un proceso sencillo y emocionalmente resulta agotador para todas las partes implicadas.

Eso me hace preguntarme si tuvieron una discusión. Tal vez Ally no fue de excursión sola. Tal vez Ben estaba con ella, y sucedió algo terrible…

Quizá pueda perdonar a Ben por hacer daño de forma accidental a su mujer, pero nunca podría perdonarle que matara a nuestro hijo.

ChrisandRebeccaPine*: Acaban de informar de que había una furgoneta blanca sospechosa en el parque en el momento en que Ally estaba de excursión. Yo no me apresuraría a señalar al marido. Las mujeres ya no están seguras caminando solas por ninguna parte.*

NorthHillsCrimeStoppers*: Los Combatientes del Crimen de North Hills se comprometen a seguir la pista de la furgoneta que, según los informes, no tiene matrícula en la parte trasera. La furgoneta estaba aparcada junto al lago, al lado del parque infantil, cerca del cobertizo de barcas. Si alguien tiene alguna información, que llame al «888-NHC-STOP».*

JezebelsDaughter*: El coche de la mujer estaba en la entrada de su casa. ¿Cómo llegó al parque? ¿Fue levitando? Tal vez el tipo de la furgoneta la llevó. Creo que nunca estuvo en ese parque… Ha sido una pista falsa que ha dicho el marido para despistarlos.*

Vaya, eso sí que una noticia importante.

No me había parado a pensar si habían encontrado el coche de Ally en el parque o no. Suponía que sí, porque si no, ¿por qué iba a tomarse la policía la molestia de organizar una búsqueda si no estaban seguros de que había estado allí?

Pero, si el coche de Ally estaba en la entrada de su casa, no veo cómo ella podía estar en el parque. ¿Tenía amigos aquí? ¿Alguien la llevó para hacer la ruta con ella?

Jezebel es la más sensata de todos esos ilusos. El caso de la desaparición de Ally ha cobrado vida propia.

Quiero concentrarme en otras cosas, pero no puedo dejar de pensar en Bemily muriendo congelada en la nieve mientras su madre exhala su último suspiro.

Oculta al fondo de un precipicio sin descubrir. Quizá aún haya tiempo de salvarla.

Solo hay una persona que sabe cómo estaba Ally justo antes de desaparecer: Ben.

Es hora de enfrentarme a él para averiguar qué le pasó a Ally, y dónde está mi bebé.

CUARENTA Y SEIS

EMILY

PERIODISTAS

He sacado la dirección de Ben de su historia clínica. Hay un montón de periodistas en su urbanización. Un rápido vistazo me dice que no está en casa. Sé dónde puedo encontrarlo un domingo a estas horas: cenando temprano en casa de sus padres en Monroeville.

Cojo la autopista y tomo la familiar ruta. La nieve ya no cae de forma tan copiosa y las carreteras están despejadas. Cuando llego a la residencia de los Holiday, una gran casa de ladrillo donde crecieron Ben y sus tres hermanos, me sorprende descubrir que no hay donde aparcar porque hay muchos coches en la entrada.

Encuentro un sitio calle arriba y recorro todo el camino.

Me detengo en seco cuando veo el Toyota de Laurel y lo que creo que es el Audi todoterreno de Cat. ¿Qué demonios está pasando?

Llamo al timbre, ya sintiéndome traicionada antes de que nadie responda. Angela, la hermana mayor de Ben, abre la puerta.

—Emily. —Su sonrisa se transforma en confusión—. Cuántos años… Supongo que estás aquí para unirte a los demás.

—Hola, Angie. Sí…, claro.

Me invita a pasar, y veo que toda la pandilla está sentada alrededor de la mesa de la cocina: Laurel y Zach, Cat y Seth, Hooch-y Ben. Me saludan con la mano. Laurel me hace una señal para que me acerque, como si todo esto estuviera planeado.

Angela, David y Rachel, los tres hermanos de Ben, se me quedan mirando como si no supieran si darme la bienvenida o echarme a la calle. Estoy segura de que, cuando Ben y yo rompimos, oyeron muchas cosas malas de mí.

Y luego están los exsuegros, curtidos y desgastados por los acontecimientos que están teniendo lugar en su familia, y no muy contentos de ver a la chica que rompió el corazón de su hijo hace años.

Tuve una relación tensa con Marybeth Holiday.

Ella era religiosa y se quedó, y yo no era creyente y me fui.

—¿Quieres darme tu abrigo, Emily, para que puedas unirte a los demás? —pregunta Marybeth.

—Claro. —Le doy mi plumífero.

—Hola, querida, ¿cómo estás? —pregunta Arthur Holiday.

—Genial, Art, gracias.

—Supongo que recibiste mi mensaje —dice Laurel, intentando lanzarme un salvavidas.

Estoy harta de sus mentiras y decido no seguirle el juego.

—No me has mandado ningún mensaje, Laurel —le digo. Nunca le había llamado la atención por sus gilipolleces. Ya era hora… Se queda boquiabierta y no responde—. He conducido hasta aquí porque no podía quedarme en casa sentada imaginando por lo que estás pasando, Ben. Pensé que podría ayudar de alguna manera.

Ben tiene los ojos completamente inyectados en sangre y parece que va a echarse a llorar.

—Gracias, Emily. Ven, estamos siguiendo los pasos de Ally.

Me abro paso en el círculo hasta ponerme al lado de Hooch, porque es el único espacio disponible alrededor de la isla. Hay un mapa de North Park en el centro. Es el mapa dividido por secciones que nos dieron ayer los agentes de policía. Hay dos marcas fluorescentes y un garabato de una furgoneta junto al lago.

—Esos dos trozos de cinta adhesiva simbolizan puntos del mapa que los excursionistas marcaron en el sendero como posiblemente sospechosos —me dice Seth.

—En uno había lo que parecía un deslizamiento de barro, como si alguien hubiera resbalado por una colina. O puede que solo fuera una perturbación debida al clima. —Cat termina el pensamiento de su marido.

—La otra marca indica un lugar con cristales rotos sin explicación. —Zach se encoge de hombros.

Los ojos de Ben parpadean hacia los míos al mencionar los cristales rotos, y luego se apartan.

—La furgoneta… es la que ha salido en las noticias —dice Hooch.

—Tengo una pregunta al respecto. El coche de Ally estaba en tu casa, ¿verdad, Ben? —pregunto.

—Sí —dice solemnemente.

—Bueno, entonces, ¿cómo llegó al parque?

—Yo… No lo sé. Es una de las cosas de las que no estamos seguros.

—¿Es posible que fuera solo a dar un paseo por los alrededores de vuestra casa? Eso tendría más sentido. Tal vez deberías organizar una búsqueda allí.

Ben sacude la cabeza.

—Allí no hay nada más que aceras. Es un barrio residencial e industrializado. No hay rutas de senderismo. Ella dijo específicamente que iba a North Park. Tal vez cogió un Uber o la llevaron en coche.

—¿Quién? ¿Tenía amigos aquí? —pregunto.

—No… Excepto Laurel. Y tú, por supuesto —añade.

Mis ojos flotan hacia Laurel, que no me mira después de destapar su mentira.

—Yo no la he visto desde que fuimos a Target —dice, finalmente.

—No tiene sentido —digo.

—Nada de esto tiene sentido. Por eso estamos aquí —añade Laurel con brusquedad.

—¿Qué dice su madre? —pregunto.

—Ya está en la ciudad, pero no sabe nada de Ally. Se aloja en el Days Inn —dice Ben.

No sé por qué, pero miro a Marybeth. Ella mira hacia otro lado. Por lo que sé de Ally, de pequeña era bastante pobre. Los Holiday deberían dejar que la madre de Ally se quedara aquí, ya que ambas son cristianas y temerosas de Dios.

Hay varias hojas con el registro de llamadas de un teléfono móvil esparcidas junto al mapa.

—No hay nada fuera de lo normal en los registros. Ya hemos pasado por eso —informa Laurel.

De todos modos, cojo los papeles para inspeccionarlos.

Cada una de las llamadas recientes tiene notas al lado.

—¿Qué significa ACG? —pregunto.

—Es la Red de Constructores de Carolina. Hacen de todo, desde paneles de yeso hasta casas. Estábamos arreglando la casa para venderla. Ally ya se estaba asentando aquí, sobre todo una vez que obtuvimos un resultado positivo en la prueba de embarazo. Tenemos que pintar nuestra casa de Charlotte. Probablemente llamó para hablar con alguna empresa de reformas.

Asiento con la cabeza y tampoco encuentro nada raro en la pila de notas del registro de llamadas.

—Dios mío, ¿dónde está? —Ben rompe a llorar.

Laurel me mira como si todo fuera culpa mía. He hecho demasiadas preguntas, que probablemente ya se había hecho, agravando sus preocupaciones en mi intento de ponerme al día.

Se detiene de repente.

—¿Sabes algo, Emily? ¿Por eso estás aquí? ¿Acaso… te callaste algo sobre su procedimiento? Porque parecía preocupada de que algo anduviera mal…

Todos me miran como si fuera el enemigo. Y sé por qué lo está preguntando Ben. Ninguna de las otras personas que hay en esta habitación sabe lo que hice en la universidad. Si lo supieran, no estaría ahí de pie. Estarían horrorizados y uno de ellos me habría delatado, probablemente Laurel, si tuviera que elegir a uno. Ben quiere saber si he encubierto algo relacionado con la desaparición de Ally, igual que encubrí la muerte de Cook.

Y la de mi padre. Eso no lo sabe, pero soy una experta en el tema. Nadie más de esta sala habría tenido el poco juicio que tuve yo cuando llevé a cabo los actos que he cometido.

Ben quiere saber si la desaparición de Ally es cosa mía también.

Zach rodea a Ben con un brazo firme. Marybeth entra en la cocina para hacerse cargo de su hijo.

Ella me lanza una mirada severa, como si todo esto también fuera culpa mía. Si ella supiera la verdad…

—No. No sé nada. Su tratamiento de fertilidad en la clínica fue un éxito.

Me alejo y salgo por la puerta trasera corrediza de vidrio, un poco mareada. ¿Es todo culpa mía? ¿Lo he provocado yo?

¿O Ben está actuando? Es un artista. Pero ¿también es actor? Toda esa charla sobre las decisiones mientras esperábamos al ascensor en el hospital… ¿Se enteró del embarazo de Ally y entonces decidió que ya no podía estar con ella? ¿Ben la atacó? Él también demostró tener una base moral dudosa al descubrir ese frasco de pastillas y deshacerse de él. Ayudó a encubrir una muerte involuntaria. Pero ¿está descartado que él mismo pueda cometer un asesinato?

Oigo sus pasos silenciosos antes de verla.

—Siento no haberte dicho que íbamos a venir aquí, pero no me parecía bien invitarte. Tampoco estaba segura de cómo acabaste con los Holiday —dice Laurel.

—No te preocupes. Espero no haber disgustado más a Ben.

—Lleva días así; un momento está bien y al siguiente se viene abajo. Es un chico muy sensible. Esto lo está matando. No puede con la incertidumbre y con el hecho de que Ally esté embarazada. Y está un poco enfadado porque no le contaste lo que te dijo de que se moriría si las cosas no funcionaban.

Le lanzo una mirada de reproche.

—Se lo dijeron los agentes de policías, no fui yo.

Mentira. Si los policías sospecharan de él, aunque solo fuera un poco, no le ofrecerían esa información en bandeja.

—Eso no es verdad. Y voy a empezar a llamarte la atención cada vez que me mientas. Cada vez que lo has hecho, lo he sabido, por cierto.

—¿Perdón? —pregunta Laurel.

—Los policías no le dijeron eso a Ben. Fuiste tú. Lo hiciste para intentar ayudar a encontrar a Ally, lo entiendo. Tienes que asumir lo que dices y haces.

Le dijo la sartén al cazo… Pero los seres humanos tienen un límite.

Laurel cruza los brazos en el pecho, totalmente enfurecida.

—¿Quieres saber la verdadera razón por la que no te dije que veníamos aquí?

—Ilumíname.

—Porque no has estado tratando esto como una emergencia. En la

búsqueda de ayer, parecía que estabas en otro planeta. No sé en qué estabas pensando, pero desde luego no era en Ally.

Tiene razón. No estaba pensando en Ally: estaba preocupada por mi bebé.

—Todos procesamos las cosas de forma diferente, Laurel. Yo las interiorizo.

—Sí, bueno, mientras tú estás ocupada haciendo eso, los demás estamos expresando la cantidad adecuada de preocupación y apoyo a nuestro amigo. —Se aleja enfadada, justo después de haberme golpeado en el lugar más vulnerable posible.

Sabe que soy consciente de mi incapacidad para mostrar emociones. Ahora me dice que eso perjudica a los demás, lo cual es una mierda. Nunca podré confiar en ella para contarle lo que he hecho. Nunca lo entenderá.

Nadie lo hará.

Justo entonces, lo oigo, incluso desde fuera. El grito estrangulado, el mismo que Ben lanzó cuando rompimos. Ha ocurrido algo.

Entro en el salón y dirijo mi atención hacia la televisión mientras todos se agolpan alrededor para escuchar.

El presentador está diciendo:

—Una mujer caucásica no identificada, de entre treinta y cuarenta años, fue encontrada en el paseo del río con múltiples heridas de arma blanca… Se estima que murió en algún momento entre la noche del viernes y la mañana del sábado de este fin de semana…

Ben no deja de llorar mientras su madre le frota la espalda.

Los demás se apartan y observan consternados el informativo.

—No sabemos nada con seguridad, hijo… —lo tranquiliza Art. Pero Ben solo tiembla y llora.

¿Qué posibilidades hay de que sea otra persona? Alguien secuestró a Ally y mató a mi hijo. Salgo corriendo de casa con la mano en la boca y vomito en los arbustos.

CUARENTA Y SIETE

EMILY

CUERPO

Todo cambia ahora que hay un cuerpo.

Estaba bastante segura, una vez transcurridas las primeras cuarenta y ocho horas, de que todo acabaría así, pero no preveía un asesinato.

Alguien ha asesinado a mi bebé.

Después de marcharme de la casa de los padres de Ben, me alejé conduciendo con una rabia ciega que se convirtió en unos gritos horribles.

Es difícil imaginar que alguien pueda ser tan atroz como para apuñalar a una mujer hasta la muerte. La inmensa cantidad de odio que tendría que existir en el corazón de alguien para cometer ese tipo de acto me resulta inimaginable.

Al mismo tiempo, el hecho de que Ally estuviera embarazada de mi hijo me parece una especie de castigo enfermizo por lo que hice.

Jugué a ser Dios, creando una vida que no debería existir, así que me la arrebataron. Pero el castigo fue con intereses, porque también se llevaron la de la madre.

Me abruman pensamientos terribles. ¿Por qué alguien haría algo tan horrible? Y tengo la mala suerte de que, además de perder a mi hijo, probablemente tendré que hacer frente a las implicaciones legales que ello conlleva.

Mi cerebro científico se pone a pensar qué ocurrirá a continuación.

El cuerpo de Ally será trasladado a un depósito de cadáveres y los investigadores criminales ordenarán una autopsia. Las autopsias suelen realizarse en las primeras veinticuatro horas. Descubrirán que

Ally estaba embarazada.

Como buscan un motivo, pueden hacer pruebas al feto no nacido. Aunque el bebé haya sido creado mediante fecundación *in vitro*, es posible que las autoridades no se paren a considerarlo y sigan todas las pruebas y procedimientos normales que se exigen a una mujer embarazada víctima de un homicidio.

Y, después de realizar las pruebas, se darán cuenta de que, de algún modo, la mujer que lleva ese niño no es su madre biológica.

Se preguntarán cómo es posible…

Lo que irrevocablemente me señalará a mí.

Aunque no hay un motivo real por el que quisiera matar a esa mujer, también descubrirán que es la esposa de mi exnovio.

Se abrirán los expedientes médicos de la clínica y sabrán que Ally y yo nos sometimos a FIV al mismo tiempo, y que Ally concibió un hijo.

Y que yo no.

Mi mente cambia al modo espectador, como si estuviera viendo esta historia a través de una pantalla de televisión. Mi cerebro hace eso a veces cuando quiero escapar de la realidad.

El escenario que se presenta en mi mente es el típico escenario de un procedimiento judicial.

El fiscal se pavonea con confianza para presentar su caso al jurado.
—Es difícil creer que una mujer pueda cometer el error de implantar su óvulo, con el esperma de su exnovio, por accidente.
—Vamos… No nacimos ayer.
—Es una mujer soltera que no ha encontrado a nadie más desde que rompió con el marido de la víctima…
—Trabaja en una clínica de fertilidad que tiene una de las tasas de éxito más altas del país.
—¿Debemos creer que el primer error que ha cometido la señora Daugherty en su carrera tiene que ver con una muestra suya? ¿Lo normal no sería que hubiese sido aún más cautelosa con esa y con la de sus amigos?
—No, no me lo creo y ustedes tampoco deberían.
—Esto no fue un accidente. La señora Daugherty engendró a sus

propios hijos sin el consentimiento del progenitor masculino y luego firmó para que fueran implantados en el cuerpo de otra persona. Esta acción muestra inestabilidad, un juicio terrible… ¿Y una enfermedad mental?
—Cuando ambas mujeres se sometieron a la intervención y se enteró de que Ally Holiday se había quedado embarazada y ella no, eso tuvo que volverla absolutamente loca, ¿verdad?
—¿Tan loca como para matar?

Joder. Estoy metida en un lío enorme.

* * *

Me siento en el aparcamiento del Days Inn, esperando ver a la madre de Ally. Pregunté por ella en recepción y llamaron a su habitación, pero no parecía que estuviera allí. Probablemente porque aún está en el depósito de cadáveres del condado identificando el cuerpo de su hija.

No debería estar aquí.

Si Laurel estuviera a mi lado, me preguntaría qué demonios estoy haciendo. Esta mujer acaba de perder a su hija. ¿Por qué he venido a molestarla?

Pero tengo curiosidad por saber por qué todo el mundo la ha dejado sola. En este momento, ¿la familia Holiday no debería acoger a la madre de Ally en su casa? No puedo imaginar lo que debe ser pasar por esto sola. Quizá hablar conmigo la reconforte.

Estas son las falacias que me cuento a mí misma para ocultar la verdadera razón por la que estoy aquí: para proteger mi culo.

Aún hay tiempo para convencer a la madre de Ally de que no permita que se haga la autopsia.

He investigado sobre el catolicismo y las autopsias, y aunque está permitido, se reserva para investigaciones legales y científicas, como los trasplantes de órganos.

Sabemos la causa de la muerte de Ally: heridas por arma blanca.

¿Supondrá un alivio para su madre conocer todos los detalles escabrosos: cuántas veces apuñalaron a su hija, dónde? Lo que le ocurrió en los momentos anteriores y posteriores al asesinato…

Una disección del cuerpo no cambiará el desenlace de los acontecimientos, y especialmente el del embrión. Los destinados al Reino de los Cielos seguirán llegando a su destino.

¿Por qué abrir en canal un conjunto de células que iban a convertirse en un bebé?

Y descubrir lo que hice yo…

Quizá la madre de Ally también sepa algo sobre por qué su hija actuaba de forma tan errática los días antes de irse con Dios sabe quién y hacer que la mataran a ella y a mi futuro hijo.

Tengo derecho a conocer esos detalles; fueron los últimos momentos de mi futuro bebé.

El embrión no es ahora más que un montón de células, pero es lo que representa. Me pesa tanto el corazón que apenas puedo esperar aquí sentada sin desmoronarme.

Me seco una lágrima, sabiendo que no puedo contarle a nadie mi pérdida. Debo llorar en soledad. En realidad, tenía esperanza de ver crecer a este niño. No me di cuenta de lo mucho que esperaba este pequeño trozo de felicidad en una situación que, de otro modo, sería imposible, hasta que pensé en que no podría colarme en las gradas de un estadio y ver a Bemily practicar deporte desde lejos, como había soñado. Yo no soy atlética, pero Ben sí, así que tal vez había una oportunidad.

Es posible que no sea solo un delirio y que mi abogado ficticio en mi falso dilema en pantalla tuviera razón. Quizá sea una enferma mental.

* * *

Después de lo que parece una eternidad, un viejo Honda Accord se detiene en el aparcamiento. El pelo oscuro de la conductora sale del coche y veo a la madre de Ally caminar hacia la puerta principal. Salgo de mi vehículo y camino rápidamente detrás de ella.

Se dirige al ascensor.

—Disculpe.

La mujer se da la vuelta, sobresaltada; pero no parece tan devastada como esperaba.

—Soy Emily Daugherty, la embrióloga del tratamiento de su hija. La conocí brevemente en su habitación del hospital.

—¡Sí! Emily. Lo siento, han sido unos días difíciles. Soy Caroline. —Extiende la mano para presentarse y se deja caer cansada en una silla del vestíbulo.

Me siento a su lado.

—No me puedo ni imaginar… Siento mucho las malas noticias. Quería hablar con usted. Vi a la familia de Ben antes y me sorprendió que no estuviera allí con ellos. Me dijeron que estaba aquí.

—Sí, llamé a Marybeth, y nos hemos enviado mensajes con actualizaciones, pero no me ha devuelto la llamada ni me ha invitado a su casa. —Inclino la cabeza hacia un lado ante esa información, asimilándolo todo. Siempre pensé que yo no le gustaba a Marybeth porque era testaruda y tenía una carrera, pero quizá solo sea una esnob.

El teléfono de Caroline se enciende y ella lo mira molesta.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—No es nada… Dollar General me va a obligar a jubilarme anticipadamente si no vuelvo pronto. Llevan años intentándolo. Quizá haya llegado el momento.

—Qué lástima. —Tomo su mano entre las mías.

—Sí, es que… No debería haber dejado a Ally. Tenía problemas en su matrimonio, echaba de menos su hogar. Ahora es demasiado tarde.

«Demasiado tarde», esas son las palabras en las que necesito concentrarme.

—¿Ha estado… en el depósito? ¿Han…?

Apenas puedo articular mis pensamientos. Caroline niega con la cabeza, aparentemente sin palabras.

Le digo:

—Lo siento mucho. Sé que en su religión las autopsias no son lo primero que se pide si no hay motivos para investigar. Y en este caso, creo que está claro lo que pasó. Dios sabe que ese bebé no necesita ser…

—Emily, ¿de qué estás hablando? —pregunta—. Por Dios, ¿no has

visto las noticias? —Su acento sureño se ha vuelto más marcado—. No era Ally. Fui a identificarla y era otra mujer que estaba en la ciudad por negocios. Su marido no estaba preocupado porque ella se había puesto en contacto con él justo antes de que ocurriera. Al parecer, fue un robo que salió mal.

Miro a la madre de Ally con incredulidad, en un maremoto de emociones que van del alivio y la esperanza al miedo y el asombro.

¿Allyson Holiday está… viva?

CUARENTA Y OCHO

EMILY

NARRATIVA

Anoche me senté un rato con la madre de Ally mientras se lamentaba conmigo por la desaparición de su hija. No puedo evitar pensar que hay mucho más en esta historia.

Las divagaciones sobre que no le gusta Pensilvania y las tensiones en el matrimonio no paraban de aparecer en la conversación.

No son hechos que conociera, ni que se hayan compartido en las noticias. En la televisión parecía que Ben y Ally eran una pareja modelo.

Ahora, son detalles importantes para mí.

Especialmente porque el relato de Ben sobre la aclimatación de Ally a la ciudad era diferente. Dijo que estaba preparando la casa para venderla porque por fin ella estaba a gusto.

Mientras me siento en mi taburete de laboratorio y miro por el microscopio para captar el más mínimo defecto en la muestra de una paciente, me doy cuenta de que eso es lo que marca la diferencia en los casos delicados. A veces son las discrepancias más pequeñas las que pueden afectar al resultado.

Entonces, ¿a Ally le gustaba vivir aquí o no?

¿Ally estaba contenta en su matrimonio o no lo estaba?

¿Intentaba Ben venderse con una falsa narrativa porque quería que su mujer fuera feliz aquí o sus intenciones eran más siniestras? Me alejo de mi microscopio al pensarlo.

El coche de Ally estaba en la entrada…

Ben condujo a los policías al parque, lejos de su casa.

Ben les dijo que Ally quería ir de excursión a North Park porque

necesitaba espacio. ¿De verdad dijo eso? Ben le comentó algo parecido en el hospital, que había ido a dar un paseo porque necesitaba espacio. ¿Qué haría para conseguirlo?

¿O Ben alejó a propósito a las autoridades de su casa porque tenía algo allí, pruebas que no quería que vieran? La policía probablemente ya ha hecho un registro exhaustivo de su casa, pero su teatro —si eso es lo que era— podría haberle dado algo de tiempo para deshacerse de lo que necesitara. Igual que con el frasco de pastillas. Es duro pensar en Ben de esa manera, pero, si había tensión en el matrimonio, quién sabe lo que ocurría de puertas para dentro.

Ben es dulce, pero tiene una energía nerviosa, una hiperactividad que siempre ha vibrado a un nivel bajo. ¿Será inestabilidad? Me pregunto cómo la canalizaría en las circunstancias equivocadas.

Ante la adversidad. Con una mujer inestable y cargada de hormonas gritándole en la cara…

Ben tampoco formaba parte del grupo de búsqueda. Laurel dijo que era porque estaba «pasando por muchas cosas» y quería «evitar a los periodistas».

En su momento parecía algo razonable, pero ahora ya no.

—¿Qué haces, Em? Vas a reventar el portaobjetos con los rayos láser que te salen de los ojos. ¿Han encontrado ya a la señora Holiday?

Me estremezco; había olvidado que Ralphie está aquí. Creo que no lo he saludado esta mañana.

—No, todavía no. Estaba pensando en eso. Algo no cuadra.

—¿Qué quieres decir?

—Si tu mujer desapareciera y creyeras saber dónde se ha perdido, ¿no liderarías la búsqueda?

—Sí, claro.

—Ben no estaba con nosotros, Ralphie. No vino a buscarla. Entiendo que estuviera conmocionado, pero también he oído que intentaba evitar a la prensa.

—Lo lógico sería pensar que querría utilizar a los medios de comunicación. Podría haber hecho una declaración. A la gente le gusta despertar simpatía en los demás, y eso también puede hacer

que se impliquen en la búsqueda. Es más probable que estén atentos y que llamen por teléfono para dar alguna información —afirma.

—Exacto.

—Aunque ese tipo ni siquiera pudo proporcionar una muestra a la primera… así que eso me lleva a pensar que puede que no tenga mucha personalidad. A lo mejor era demasiado para él.

—Ben ha llevado una vida bastante fácil. No me extrañaría que esto pudiera desestabilizarlo.

—Siento lo de tu amiga. Aunque te voy a decir una cosa… La forma en que llamó aquí después de su procedimiento me hizo pensar que estaba loca. No es la primera paciente que conocías de antes y ninguna de las demás hizo eso. Parecía que sospechaba que tramábamos algo. —Se ríe, y yo soy incapaz de hacer lo mismo, porque si Allyson Holiday decidió largarse porque pensaba que de alguna manera habíamos manipulado su muestra, tenía toda la razón.

Y, si es así, probablemente esté en algún lugar verificando su corazonada ahora mismo.

Lo lógico sería que no contara a nadie sus sospechas y huyera sin ni siquiera contárselo a su propio marido, porque intentaría detenerla.

Ahora mismo estoy petrificada, porque acabo de convencerme de que eso es lo que ha pasado.

Allyson Holiday ha sido la candidata para la FIV más instruida que hemos tenido.

Hizo más preguntas que ninguna otra paciente.

Trabaja como analista de *marketing*. Le encantan los hechos y las cifras.

Y, si tuvo sus dudas después de que le prestáramos nuestros servicios, probablemente investigó para calmar sus temores, y quizá encontró algo.

Sin querer, en nuestra comida delaté que uno de los embriones tenía malformaciones. Investigaría sobre eso, y asumió que todos estaban mal, y que era muy poco probable que hubiera uno perfecto.

Allyson Holiday es una mujer instruida a la que subestimé enormemente.

Una mujer instruida que va a hacer que me metan en la cárcel. Y, si caigo yo, caeremos todos.

Miro a Ralphie con tristeza. Últimamente no lo he valorado como se merece y echaré mucho de menos trabajar aquí.

Una cosa que he aprendido de esta experiencia es que no puedo seguir trabajando en esta clínica mintiendo a los pacientes. Voy a tener que tomarme algo de tiempo libre para seguir mis sospechas sobre Ally, y si lo hago sin previo aviso, Batey podría despedirme.

Y si con eso no basta, lo que voy a decirle a continuación lo hará.

* * *

—¿Que quieres tomarte cuánto tiempo libre? —pregunta Batey.

—Dos semanas —digo.

—Emily…, tendríamos que cancelar veinte transferencias programadas. Sé que has pasado por muchas cosas últimamente, pero no creo que sea lo mejor para nuestras pacientes. Tú misma acabas de pasar por el proceso y sabes que las futuras mamás cuentan cada minuto que falta para el día de la implantación. Esto causará un gran trastorno. —Sus dientes blancos brillan mientras escupe las últimas palabras con vigor.

—No tiene por qué. Incumpla sus reglas y deje que Ralphie, Ellen o Tawny la ayuden.

Me increpa:

—¿Me estás diciendo cómo tengo que hacer mi trabajo?

—Hablando de eso… Algo que me ha enseñado esta situación es que lo único que realmente puedo controlar son mis propias acciones. Lo mejor que puedo hacer por mí y por mi futuro hijo —si lo encuentro— es ser un buen ejemplo y esperar que él haga lo mismo.

Con suerte, cuando me mire algún día, verá que mamá fue una científica muy motivada que creó familias para personas que de otro modo no las habrían tenido. Y podré sentirme bien por ello.

Pero si alguien indagara más, ahora mismo, vería que me dejé

llevar por una tirana que se aprovechó de mi bondad y me utilizó como herramienta para procurarse cifras de éxito más altas para sus intereses personales. Y no puedo permitir que esa siga siendo la historia de mi vida.

—Quería hablarle de algo. —Mi voz sonaba más fuerte en mi cabeza cuando pensaba en este discurso antes.

—¿De qué, querida? —Sus joyas de oro brillan bajo su camisa *oxford.*

—Toda esta situación con mi transferencia fallida y mi amiga desaparecida me ha hecho darme cuenta de que la vida es muy frágil. La gente es delicada. Ahora tengo una imagen diferente del mundo. En el buen sentido… —digo.

—Continúa… —Batey hojea las historias clínicas, impaciente—. ¿A qué brillante idea has llegado?

—Doctora Batey, no atenderé más a sus pacientes para 911. A ninguna más. Si no está aquí, le diré a Lisette que cancele la cita. No es mi trabajo. No me siento cómoda haciéndolo, y no estoy capacitada profesionalmente para hacerlo. No es justo para mí. Y no es justo para las pacientes.

Estoy mareada.

Me agarro al extremo de su escritorio. Parece desconcertada y se pasa los dedos por las finas cadenas de oro. Podría encontrar otro trabajo en otra clínica de fertilidad, pero el único sitio donde quiero trabajar es aquí. Es la mejor clínica del país, y si me dice que me largue, se me partirá el corazón, pero tengo que hacer esto. Ya no se trata solo de mí.

—Muy bien —dice con brusquedad la doctora Batey aporreando el teclado.

Respiro de forma entrecortada y las palmas de las manos me sudan tanto que creo que voy a resbalar de su mesa a la papelera.

—Me alegro de que hayamos podido llegar a un acuerdo sobre este asunto. También me gustaría que me autorizara las vacaciones.

—Vaya, mira quién se ha vuelto una adulta de repente… Me alegro por ti. Haces bien. Tienes que darme al menos dos semanas para que lo arregle todo, y luego ya nos las apañaremos hasta que vuelvas. —Batey escribe furiosa en su teclado, casi echando humo

por las orejas. Y eso es todo, lo he hecho. Me he enfrentado a Batey y me he salido con la mía. El alivio me invade.

¿Por qué no he hecho esto antes? Soy la mejor embrióloga en mi campo. Me necesita tanto como yo a ella.

CUARENTA Y NUEVE

EMILY

PISTA

Los informativos difundieron un comunicado en el que se afirmaba que la furgoneta no identificada del parque que fue vista en el momento exacto en que se suponía que Ally se había ido de excursión era un vehículo de una nueva empresa de control de plagas. El conductor se estaba tomando un descanso para cenar durante su jornada laboral. Tenía una etiqueta temporal pegada en la parte delantera del parabrisas. Por eso no había matrícula en la parte trasera.

Era una pista falsa, lo que me da más motivos para creer que una de mis otras dos hipótesis es correcta: Ben asesinó a Ally en un ataque de ira y está tratando de encubrirlo con una coartada falsa sobre ella yendo de excursión al parque, o Allyson está en una misión de investigación para demostrar que la he convertido en conejillo de indias de una conspiración mucho mayor.

El aullido estrangulado de Ben en casa de sus padres cuando dieron la noticia de la mujer asesinada no fue muy distinto del que salió de su boca cuando rompimos. Es un sonido que prefería haber pasado el resto de mi vida sin volver a oír.

Porque sé que es un sonido de dolor, y también de amor.

En una época, Ben Holiday me amaba.

Y quiere a Ally.

Es difícil creer que, aunque estuviera en su peor momento, pudiera hacerle daño.

Necesito encontrar a Ally.

Nadie puede descubrir lo que sabe sobre su procedimiento. Lo que

he hecho.

He intercambiado mensajes con Laurel, solo para obtener información sobre Ben.

Después de irme de la casa de los Holiday, me mandó un mensaje.

No puedo creer que te hayas ido.

Una de las mayores pérdidas de toda esta tragedia es que ya no tengo una mejor amiga. No estoy segura de lo que ocurrió exactamente, pero Laurel ya no está de mi lado. Tal vez perciba que tengo algo que ver con la desaparición de Ally.

Que yo causé esto.

Que Ally está huyendo por algo que hice yo.

El teléfono tiembla en mi mano mientras me siento en el taburete del laboratorio, cada vez con más náuseas

Yo: ¿Sigue Ben en casa de sus padres?
Laurel: Por supuesto. No puede estar solo ahora.

«Dale recuerdos», le respondo, pero en realidad solo quiero saber dónde está mientras busco a su mujer.

Los titulares sobre Ally se han ralentizado; es lo que ocurre cuando un caso se alarga más de cinco días, que deja paso a la siguiente noticia de actualidad. La imagen de Ally sigue apareciendo en la pantalla de vez en cuando, con un teléfono para pistas y una recompensa incluidos, pero, por lo que sé, esa mujer ha desaparecido de la faz de la tierra.

Como persona de ciencia que soy, esta conclusión me parece imposible. También me he dado cuenta de que esta situación ha aumentado drásticamente mi apetito.

—¿Jimmy John’s para comer? —le pregunto a Ralphie.

—¿Otra vez? Eres peor que yo —dice.

—Son sus pimientos. Creo que soy adicta.

—Pues yo creo que no son solo los pimientos. —Levanta una ceja.

—¿Qué estás diciendo? —pregunto.

—Estoy diciendo que quiero apostar sobre quién tiene el colesterol más alto, tú o yo.

—Para nada, tú me llevas muchos años de ventaja. Yo acabo de descubrir la comida basura.

Ralphie es uno de esos basureros humanos que nunca engordan.

—Me sacas diez años reales, mujer.

—Buena observación —digo con tristeza. Otro recordatorio más de mi cuerpo envejeciendo.

—Sí, aunque me apetece un bocadillo —dice.

—Genial. Dame diez minutos para poner esta muestra en la incubadora.

* * *

Me como mi bocadillo Submarino con la fuerza de un tigre dientes de sable que acaba de salir de la extinción. Para mi vergüenza, Ralphie apenas ha arañado la superficie de su bocadillo Italiano. Cuando levanta la vista para entablar conversación, yo estoy sentada de nuevo en el incómodo asiento de plástico eructando pimientos.

—Madre mía.

—Lo sé, lo sé. Tenía hambre. En realidad, podría comerme otro, pero voy a por una bolsa de patatas fritas y una galleta —comento mientras me levanto del banco.

Siento que los ojos de Ralphie me observan interrogantes mientras me acerco a la barra.

Cuando vuelvo a la mesa con mis aperitivos extra, me pregunta:

—¿Quieres decirme algo?

—¿Como qué?

—Como por qué estás comiendo como si estuvieras intentando que te creciera otro culo. Como por qué tienes la cara hinchada como si te estuvieras preparando para otra transferencia.

Instintivamente me llevo la mano a la cara, ahora caliente y sonrojada.

—¿Tengo la cara gorda? El estrés me da hambre.

Dejo que la galleta de avena y pasas permanezca en la bandeja en su bonita bolsa de papel blanca. Tengo una de esas cabezas pequeñas que la gente suele confundir por detrás con la de una niña. Cuando intenté jugar al sóftbol en el instituto, era la única

chica del equipo que llevaba un casco talla XS. No me sienta bien el peso extra de mi cara.

—No está gorda, está radiante —se burla Ralphie, apretando las manos y sonriendo elegantemente.

—Bueno, ha sido un comentario muy desafortunado, ya que llevo más de un mes sin ponerme ninguna inyección de hormonas.

—Oh, bueno, eh…, tal vez la próxima vez deberíamos ir a Panera o incluso al bufé de ensaladas de la cafetería o… —dice tropezando con sus palabras.

—Lo pillo, he engordado.

—Em, sabes que no me gusta que mis chicas estén delgadas. A mí me parece que estás muy guapa —musita Ralphie, dándome un golpecito en el muslo por debajo de la mesa.

—Muy gracioso. Sé un amigo de verdad y dime que estoy engordando y que tengo que ponerme a dieta.

—Puede que la lectura de la hCG estuviese baja y que eso provocara un falso negativo en el análisis de sangre —bromea Ralphie.

Un nivel bajo de hCG es algo malo. Si los niveles se muestran inicialmente bajos después de la marca de los trece días y luego suben, el embarazo suele acabar en aborto espontáneo.

—Es poco probable. Solo estoy gorda, no nos engañemos.

—Em, tengo amigos… a los que les gustan las chicas gorditas. Aunque tus caderas probablemente no estarán a la altura…

—Ajá, ¿y también son veinteañeros?

—Bueno, sí, pero…

—Ralphie, no, gracias. Quiero salir con hombres, no con niños.

—Bueno, como quieras. Pero deberías dejar las galletas.

Me río y le tiro una patata frita. Él la esquiva y se agacha dramáticamente, subiéndome el ánimo. Es agradable trabajar con buena gente y sé que me irá bien, siempre que pueda mantener la cordura.

Ha pasado casi una semana desde que Ally desapareció, y sigue sin haber pistas.

¿Dónde están ella y Bemily?

—Oye, he oído a Lisette quejarse de que ha intentado llamar tres

veces a Kelly Amstead para el seguimiento de su embarazo y no ha respondido. —Ralphie me mira con sus expresivos ojos de cotilla, y me gustaría poder volver a cuando solo teníamos que hablar de pacientes incumplidores y de nuestros odiosos colegas.

—Tal vez Marx está fuera del país luchando y ella se ha ido con él. Además, viven en Filadelfia, y está muy lejos. —Sacudo la cabeza.

—Si ves repetidamente el número de la centralita del hospital en tu buzón de voz y estás embarazada de gemelos, lo normal es devolver esa llamada. ¿Crees que nos han abandonado? —Levanta las cejas con malicia.

—Si han empezado el proceso aquí, y ahora que los bebés están en su vientre han ido a ver a otro médico más cercano, Batey perdería la cabeza. A lo mejor no podría contarlos legítimamente en sus índices de éxito.

Suelto una risita, pero hay algo en la afirmación de Ralphie que me hace detenerme a medio masticar. Ally empezó sus inyecciones en Carolina del Norte y las terminó aquí.

Si Ally fuera a algún sitio a hacerse pruebas, probablemente volvería a su médico original. Podría alegar que no estaba contenta con la calidad de la atención y preguntar si la aceptarían de nuevo. Recuerdo que dijo: «Me gustaba el doctor Williams». No puede haber tantos doctores Williams especialistas en fertilidad en Charlotte. Lo encontraré. Y entonces encontraré a Ally.

Es improbable que volviera a casa, ¿o no?

Lo que haré con ella cuando la encuentre sigue siendo una gran incógnita.

Seguro que me sinceraré y le hablaré de mis buenas intenciones. No necesita saber que usé la muestra de Ben para crear la mía. Eso puedo callármelo. Pero, aun así, ¿cómo la convenzo de que no me arruine la vida? No puedo imaginar qué diría su iglesia sobre lo que he hecho, pero estoy segura de que abogarían por quedarse con el bebé.

Después de mi pausa para comer, me doy cuenta de que hay algo en mi conversación con Ralphie que me molesta, y no son los chistes sobre gordas. Bueno, quizá los chistes también, pero, mientras reproduzco en mi cabeza nuestra conversación de la comida, lo que

resuenan son las palabras: «falso negativo».

Por supuesto, en una prueba científica siempre puede haber falsos positivos o negativos. Puede ser por un error humano, pero también por la diferente composición química de cada paciente. Cada ser humano metaboliza de forma diferente, y aunque no es inaudito que un análisis de sangre de embarazo negativo —que fue el resultado oficial— dé después positivo, es extremadamente raro.

En mi viaje de vuelta a casa ha empezado a caer una lluvia torrencial que hace que el horizonte de Pittsburgh parezca puentes de acero llorando largas lágrimas blancas. Por mucho frío que haga aquí, creo que nunca me cansaré de estas vistas. Es preciosa en todas las estaciones. Sería difícil abandonar este lugar.

Y mi clínica. No puedo permitir que nada comprometa todo el trabajo que he hecho allí. Es mi legado. Si Ally no aparece, es el único que tendré.

Acción de Gracias está a la vuelta de la esquina. Pronto estaré sentada a la solitaria mesa de mi madre, fingiendo interés por nuestra conversación, preguntándome si esto es lo que voy a tener hasta el día de mi muerte. Sin embargo, hoy es la primera vez que me cuestiono si Bemily es la única hija que dejaré atrás.

CINCUENTA

EMILY

VACACIONES

Dos semanas después

Todavía no han encontrado a Ally. Le digo a todo el mundo que me voy a México unos días para desestresarme. No menciono a qué parte de México.

No digo por cuántos días.

Solo ofrezco la información para que nadie piense que he desaparecido como Ally.

Eso haría quedar muy mal a Ben, a quien, según he oído, le han pedido que no vuelva al trabajo hasta que se aclaren todos los asuntos legales con su mujer. Si Ally se fue a propósito, está arruinando la vida de mucha gente.

Laurel dijo que el distrito escolar le dijo a Ben que lo hacían para velar por su salud mental en ausencia de su esposa, pero no me lo creo. Simplemente no quieren la red de cuchicheos que acompaña a un profesor nuevo y a su esposa desaparecida en su distrito pijo.

Es un empleado nuevo y probablemente estén decidiendo qué hacer con él en esta situación.

La única respuesta que he recibido de Laurel es: «No me puedo creer que te vayas de vacaciones justo ahora…».

Al igual que mi piel se adaptó y endureció tras mis primeras inyecciones de fertilidad, los pinchazos de Laurel ya no duelen.

Solo mi madre parece apoyar mis falsas vacaciones: «¡Tráeme un poco de sol!».

No ha dicho gran cosa sobre la desaparición de Ally. Solo que espera que la encuentren. Tras la muerte de papá, pareció alcanzar

su umbral máximo para perder gente. Ya no asiste a funerales y no tiene mucho que decir cuando fallece alguien. O tal vez simplemente no me comunica esos pensamientos por cómo papá perdió la vida. Todavía puedo oír su voz en mi cabeza algunas noches cuando me siento a solas con el horizonte de la ciudad.

«Emily, ¿qué has hecho?».

¿Y ahora qué, mamá? ¿Qué diría si se enterara de mi última metedura de pata con una aguja? Tengo que arreglar esto.

* * *

Llego al aeropuerto y compro mi billete de ida a Charlotte, Carolina del Norte, en efectivo.

No hay vuelo de vuelta.

No tengo ni idea de cuánto tiempo voy a tardar o si todo mi viaje será inútil. Mientras espero en el aeropuerto, investigo todas las formas en que Ally podría estar conspirando contra mí en este momento.

En todo caso, tengo el tiempo de mi parte.

Para que Ally pudiera demostrar que se había hecho algo malo con su muestra en mi laboratorio, tendría que someterse a una amniocentesis, un procedimiento en el que inyectan una aguja en el feto para extraer líquido amniótico y células y analizarlo, normalmente para detectar anomalías genéticas.

Primero tendría que convencer a su médico de que a su bebé le pasa algo.

Esto podría ser problemático si intenta permanecer escondida y no quiere que se pongan en contacto con su médico anterior. Querrán intercambiar expedientes…, hablar…, mantener las correspondencias típicas de estas situaciones…

Pero si conoce a ese médico porque es el mismo al que lleva yendo desde que le vino la regla, y le ruega que no siga los protocolos, entra dentro de lo posible que lo haga por la confidencialidad del paciente y todo ese rollo.

Pongo la situación en modo espectador por un momento.

«Los médicos me hicieron algo allí. Estoy segura. Algo va mal. Por

alguna razón, no querían que conociera a la doctora jefa. Creo que he hecho demasiadas preguntas. Eso no les gustó. Y después de que todo estuviera dicho y hecho… Siento que algo va mal».

Trago saliva ante ese probable escenario. Ha tardado mucho en llegar. Nunca entenderé por qué ha tenido que ser ella la paciente que nos destruyera. Se tragarán todo lo que diga cuando vean su cara y sus dulces hoyuelos, que probablemente tenga desde la infancia, y aceptarán sus peticiones poco convencionales.

Aun así, la amniocentesis no puede realizarse con seguridad en un feto antes de la decimoquinta semana, pero he oído que puede hacerse a partir de la décima semana en una situación de emergencia. Ally está en la quinta semana. No me imagino que quiera correr el riesgo de someterse a la intervención antes de tiempo, teniendo en cuenta la pequeña posibilidad de aborto.

¿Podría estar en algún lugar del sur, esperando?

Parece inverosímil, teniendo en cuenta todas las formas en que conscientemente está preocupando a su familia por su ausencia. Tal vez esté racionalizando que Ben es quien en realidad quería que ella se sometiera al tratamiento y quiere que sufra. Es todo tan especulativo que no me cabe en la cabeza.

Tengo que verla en persona. Pero estoy segura al cincuenta por ciento de que solo persigo a un fantasma.

He alquilado un coche y he ido al único médico que he encontrado de apellido Williams especializado en fertilidad. Es un gigantesco parque médico que está en North Charlotte, una bonita zona residencial que supongo que Ben una vez llamó su hogar.

Esto es tan bonito que me hace preguntarme por qué se fue Ben realmente de aquí.

¿De verdad era para empezar un trabajo nuevo o estaba huyendo de algo? ¿O de alguien? Laurel nunca dejó claro qué motivó la separación temporal de Ben y Ally. ¿Cuánto tiempo llevaban teniendo problemas antes de abandonar este lugar?

Saboreo el aire estancado cuando salgo de mi coche de alquiler. Hace fresco, sigue siendo noviembre, pero hace veinte grados más que en casa. El reflejo del sol se ondula en los cristales del edificio médico. No hay una manera buena de acercarse a la consulta o al

médico. Los expedientes de los pacientes son confidenciales. Tendré que ser creativa, y ese no es mi fuerte.

El ascensor me lleva a la sexta planta. Me he asegurado de traer conmigo mis credenciales, pero no estoy segura de qué voy a hacer exactamente con ellas.

«Hola, yo estaba tratando a Ally en Pensilvania, y estoy tan dedicada a su salud que he conducido hasta aquí para confirmar los registros…».

Eso es absurdo. Toda esta idea es muy mala. Me estoy arrepintiendo. Quizá debería ir al aeropuerto, comprar el billete para México y no volver jamás. Porque en cuanto esto explote, tendré que hacer las maletas y empezar de nuevo.

La única persona a la que me dolería abandonar es a mi madre… y a Jasper. Nuestra cita con el helado de la semana pasada fue bien, demasiado bien.

Somos una constante el uno para el otro, y cuando Chelsea regresó de rehabilitación justo antes de que yo me fuera, y volvieron los gritos, necesitó ver mi mirada reconfortante desde el balcón. Nos satisfacemos mutuamente, pero nunca podremos hacerlo del todo con Chelsea todavía cerca.

Jasper me dijo que iba a intentarlo de nuevo con Chelsea por el bien de Clementine. Chelsea amenazó con llevarse a Clem si Jasper la dejaba. Oí sus duras palabras a través de la ventana abierta.

Creo que sería capaz de hacerlo, y además se saldría con la suya. El dinero manda.

Golpeo con la mano el dinero que llevo en el bolsillo; lo he sacado de mi caja fuerte. Así no me podrán seguir la pista con reintegros bancarios ni con los billetes de avión si todo esto sale mal. Pienso en sobornar al doctor Montgomery Williams, pero, dada la seriedad de la foto de su consulta, el pelo ralo y canoso y la línea recta de su boca —que indica que no se anda con tonterías—, tengo la sensación de que es un hombre al que no se puede comprar.

Me saluda una recepcionista.

—¿Puedo ayudarla?

—Eso espero. Yo trataba a Allyson Holiday, una antigua paciente suya que actualmente está en paradero desconocido. Era amiga

personal de Ally, además de su embrióloga. Su madre, que está en el norte, está muy preocupada, y esperaba poder hablar con su anterior médico o enfermera.

La recepcionista me mira con cara dubitativa.

—Es esa mujer desaparecida, ¿no?

—Así es. Esperaba que su médico anterior pudiera aclararme algunas cosas. Aquí están mis credenciales. —Las saco, pero la recepcionista apenas las mira.

—Señora, ¿podría sentarse, por favor?

Me siento en la sala de espera con los pacientes. Tras unas cuantas miradas de soslayo del personal, estoy medio convencida de que han llamado a la policía y de que estoy aquí esperando a que me detengan. Como debe ser.

Después de lo que parece una eternidad, aparece una mujer con bata. Me hace señas para que vaya a la parte de atrás y la sigo. No sé por qué, pero, por el intercambio sin sonido, me preocupa que haya un ataque sorpresa al final.

Pero me lleva a una sala de conferencias.

—Gail dice que está aquí por Ally. Soy Annette, una enfermera. El doctor Montgomery está ocupado, pero traté a Ally durante años y conozco a su familia. ¿Qué es todo eso de su madre?

«Oh, oh».

—Nada. Está hecha polvo por lo de su hija desaparecida y no quería irse de Pittsburgh, donde desapareció, pero pensó que podría haber vuelto aquí para veros a todos —intento poner acento sureño, pero no lo consigo, y Annette me mira poco convencida.

—No hemos visto ni sabido nada de Ally desde que se mudó, señora. No tengo ni idea de dónde está. Nos sorprendió mucho que se mudara, la verdad. Le encantaba estar aquí. Su casa era preciosa; pasó muchos años arreglándola.

—Bueno…, saber que no ha vuelto aquí tranquilizará un poco a su madre. Ya puede tachar esta ciudad de su lista…

—Una simple llamada de teléfono habría bastado —dice—. ¿De qué se trata realmente?

No quiero que Annette haga ninguna llamada, así que añado:

—Estoy aquí por trabajo. He venido a una conferencia. Le dije a

Caroline que preguntaría aquí, eso es todo.

Annette asiente al oír el nombre de Caroline, algo satisfecha, y me acompaña a la puerta.

Y no estoy más cerca de encontrar a Ally que cuando llegué. Al menos sé que no intenta perseguirme… desde aquí.

Bueno, si no es en esta clínica, ¿entonces en cuál?

CINCUENTA Y UNO

EMILY

AGUJEROS

No me cuesta mucho localizar la dirección de los Holiday. La mención de Annette de su casa ha propiciado una visita. Si la casa de Ally era una pieza preciada de su antigua vida, una que le costó abandonar, quizá haya pistas en ella. Estoy segura de que esas cajas para llaves con código que usan los agentes inmobiliarios harán que sea imposible entrar, pero, al pasar con el coche, me doy cuenta de que no hay ningún cartel de «Se vende» en el jardín.

Ben hizo creer a todos que estaban arreglando la casa para venderla.

Tal vez no pueden enseñarla todavía.

Al echar una segunda mirada, noto que el césped está un poco crecido. En general, las plantas están marrones y descuidadas.

La casa es de estilo granja, grande y blanca, con un porche que rodea la estructura y dos mecedoras. Grandes contraventanas azules flanquean las ventanas. En lo alto cuelga una estrella, pero a toda la estructura le vendría bien una mano de pintura.

Si Ally estaba arreglando este lugar para venderlo, no ha hecho un gran trabajo.

O los obreros que ha contratado han cogido su dinero y han huido.

O todo era mentira y no estaba dándole un lavado de cara a la casa para venderla. No concuerda con la historia de Ben. Otra mentira más, como la que dijo a los medios de comunicación de que Ally se estaba adaptando bien a Pittsburgh. ¿Qué esconde? ¿Tiene algo que ver con su misteriosa llamada telefónica o su prolongado paseo? Me pregunto si la respuesta está dentro de esta casa.

Me planteo el allanamiento de morada. ¿Cuál sería la condena para una delincuente primeriza?

¿Sería más o menos larga que el tiempo que pasaría en la cárcel por fraude médico?

Veo algo moverse en el jardín trasero. Al principio, pienso que es un animal saltarín, un perro u otra criatura del sur con la que no estoy familiarizada, ¿un zorro quizá?

Al salir del coche, me desplazo por el jardín para inspeccionar más de cerca.

No es un animal. Es una persona, cavando agujeros en el patio trasero de los Holiday. ¿Qué demonios…?

Es pleno día, así que seguramente esta persona ha sido contratada para hacer esto.

A medida que me acerco… No.

Es Allyson Holiday, cavando frenéticamente bajo un árbol. Hay una locura en ella…, como si estuviera buscando oro ahí abajo. Casi me da miedo acercarme, pero no puedo irme ahora que la he encontrado. Camino hacia Ally, pero ella no parece oírme.

—¿Ally? ¿Qué haces?

Levanta la vista y sus ojos oscuros se cruzan con los míos. Tiene una mirada salvaje, como la de un animal atrapado en una trampa, y sus ojos parece que encierran una obsesión ciega.

Luego mira a mi alrededor, con la pala en alto, como si esperara que saliera más gente de los arbustos.

—Estoy sola. Tranquila, Ally. —Me acerco a ella despacio, temiendo haya tenido una crisis. Tiene la ropa sucia y la cara llena de lágrimas. Parece que no se encuentra bien—. Nadie sabe que estoy aquí…

Su cara se contorsiona en algo feo, y me amenaza con la pala. Casi no sé qué está pasando hasta que empieza a balancearla. Me da en la espinilla y aúllo de dolor.

—¡Ay! ¡Para, Ally!

—¡Tú me hiciste esto!

—Puedo explicarlo —digo—. Esto nunca debió ocurrir. Podemos arreglarlo.

Alza la pala para golpearme de nuevo.

Levanto los brazos de mi pierna ensangrentada, saltando sobre un pie.

—Todo el mundo está muy preocupado por ti. Tu madre va a perder su trabajo. Ben también. Todo el mundo está destrozado. Piensa en las personas a las que estás haciendo daño.

—¿Mi madre va a perder su trabajo? —Baja la pala.

¿Eso es lo que la hace detenerse? ¿El trabajo de su madre en Dollar General?

—Sí, pero, si apareces pronto, podrá conservarlo.

Justo entonces veo una mochila y su contenido esparcido por el césped.

Hay un pasaporte abierto con la foto de Ally. Lo cojo. El nombre dice: «Layla Hendricks».

—¿Quién es Layla Hendricks?

Ally coge el pasaporte con la pala y lo tira en uno de los agujeros.

—No ha venido a por mí. Llevo varios días esperando.

—¿Quién, Ben? No sabe que estás aquí. —Miro detrás de mí, pensando si debo correr. Ally no está bien de la cabeza. Tengo miedo de que me haga más daño. Pero, si no me quedo, nunca podré llegar a un compromiso razonable. Aunque no es que haya muchas esperanzas de arreglar esto…

Junto a uno de los agujeros abiertos hay una azada de jardín. Podría arremeter contra ella para defenderme. Pero tengo que recordar que cualquier daño a Ally podría dañar a mi hijo nonato. Si todavía está embarazada…

—No, no me refiero a Ben. Él esperaba demasiado de mí —balbucea, y se limpia la cara—. Sé que es solo cuestión de tiempo que pierda este. Ya estoy cavando la tumba. Mira. —Señala el agujero.

Dios mío. Está cavando la tumba de su bebé. Pero ¿para qué son los demás agujeros? ¿Por qué hay tantos?

—Ally, ¿por qué no me dejas ayudarte? —Alargo el brazo, todavía en equilibrio sobre la pierna buena.

—Estoy segura de que te has ayudado a ti misma mientras yo no estaba. Sé que tramaste algo con Ben el día de la transferencia. No me mientas. —Me apunta con la pala.

—No… No lo hice.

¿Por eso está enfadada? ¿Sabe siquiera que manipulé las muestras?

—¡Y una mierda! —Me lanza tierra con la pala y me entra un poco en la boca. La alejo de un manotazo y escupo. Pienso en gritar, esperando que algún vecino me oiga—. No dices más que mentiras. Igual que los traidores de tus amiguitos. Me mentisteis sobre algo.

Levanta la pala para atacarme de nuevo, y yo le digo:

—¡Tienes razón! Te he estado ocultando algo, y Ben también.

—¡Lo sabía! —se lamenta.

—Pero no es lo que crees. Ben no podía producir una muestra el día de tu procedimiento y hace falta una reciente.

—¿Qué?

—Es verdad. Por eso se retrasó. No pudo conseguir… lo que necesitaba en esa habitación.

—¿Así que lo ayudaste? —pregunta, incrédula.

—Sí. —Intenta golpearme, pero falla—. Quiero decir, no, ¡no como tú crees! —Mierda. ¡Yo y mi bocaza!—. Estuvo desaparecido un rato, pero al final lo encontramos. Él no quería alarmarte ni preocuparte, y… Creo que estaba avergonzado.

—¡No, no! Hice todo esto… —Señala los pasaportes—. Estaba tan segura… Y solo había un embrión bueno, los demás eran malos. Todo… —Vuelve a moquear, y me sentiría mucho mejor si soltara la pala, pero ha sacado el tema del embrión bueno, y este es el momento en el que tengo que decidir si se lo digo o no.

En su estado actual, podría asesinarme y cavar un agujero del tamaño de un adulto. Todo se reduce a una pregunta:

—Ally, ¿sigues embarazada?

Porque si no lo está, entonces nada de esto importa. Ella no necesita saber nada, porque no tendría sentido revelar información que podría meterme en problemas.

—¡Sí! Y él dijo que no importaba. Estuve esperando en la estación de autobuses una semana entera —se lamenta—. Su mensaje de texto solo decía: «No puedo hacer esto con el niño. Lo siento. Pensé que podría».

La estación de autobuses. Así es como se fue. Debió conseguir que alguien la llevara y usó ese pasaporte falso. Probablemente se

disfrazó para ocultarse de las cámaras, pero no estoy segura de que la policía investigara a fondo los autobuses.

¿Y se iba a marchar con… un hombre? ¿Ally estaba engañando a Ben?

Bueno, entonces, no merece saber los sacrificios que he hecho por ella y por su familia. Una familia a la que pensaba abandonar de todos modos.

—No puedo creer que dejaras a Ben.

—¿Por qué? Tú lo hiciste.

Cojeo hacia atrás. Tiene razón. Lo hice.

—Yo era muy joven y tú estás casada; pero mira, cometiste un error. Creo que, si te vas a casa, te aceptaría de vuelta. Todo el mundo quiere saber que estás bien. Ben quiere criar a ese bebé contigo.

—Nunca me aceptará si sabe que iba a huir con otro hombre. No podía soportar más la presión. Quería una familia que yo no podía proporcionarle. Luego quiso que me adaptara a un lugar que odiaba.

Ben mintió sobre que a Ally le gustaba Pittsburgh. El pobre probablemente quería eso para los dos y se lo inventó; cualquier cosa para no culparse a sí mismo por causar esto.

—No se lo cuentes —le digo.

Porque si no lo hace, las dos tendremos un secreto. Puede que Ally no sepa cuál es el mío, pero yo le guardaré el suyo para preservar mi error de juicio y para poder vigilarla de cerca a ella… y a mi hijo biológico.

Por mucho que quiera darle a Ally la seguridad de que este bebé sobrevivirá, no lo hago. Aunque creo que este bebé lo logrará, porque los óvulos de Ally eran defectuosos y los míos no.

—Se lo dirás. ¿Cómo no ibas a hacerlo? —pregunta.

—¿Decirle qué? Al final no huiste con ese tipo. No se presentó. No hay nada que contar. A menos que sea alguien que Ben conoce…

Ally se pone rígida.

—No, no lo conoce. Era un contratista… que trabajaba en la casa.

Un contratista… Por eso su número no aparecía en el registro de llamadas de Ally. Al igual que en el hospital, su teléfono del trabajo probablemente mostraba la empresa matriz en el identificador de

llamadas. Ally tenía un buen plan de fuga. Lástima que le saliera el tiro por la culata.

—No necesito saber más. Todos creen que estoy en México. Me imaginé que te habías ido a casa y quería comprobarlo. Vuelve y di que tuviste una crisis mental y que necesitabas volver a casa. A tu verdadero hogar. Y después deja que Ben cuide de ti y de tu bebé el resto de vuestras vidas y olvídate de ese tío. —Señalo los pasaportes —. Porque si te ha dejado así como estás, nunca te querrá tanto como Ben.

—¿No quieres a Ben para ti? —pregunta—. Después de lo que he hecho, probablemente podrías tenerlo.

—Yo no… Estoy enamorada de otra persona.

Ally finalmente baja la pala.

CINCUENTA Y DOS

EMILY

SIRENAS

Dos semanas después

Cuando vuelvo a casa dos semanas después de una escapada a Hilton Head, para tener al menos un poco de bronceado tras mi falso viaje a México, hay coches de policía alineados en la calle.

Es de noche y es fin de semana, a saber lo que está pasando… Normalmente los incidentes ocurren en la parte trasera de la montaña.

Asumo que están aquí por el tráfico del bar local, hasta que veo un coche patrulla en el interior de mi propiedad.

Mi corazón se acelera; en las minivacaciones me he relajado de verdad.

Mientras saco la maleta, todavía siento dolor en la rodilla. La policía está en casa de Jasper. Oh, no, mala señal.

Hay cinta policial alrededor de la fachada de su casa. ¿Qué ha pasado?

Meto el coche en el garaje. Los policías me miran como si les molestara mientras cierro la puerta. Corro adentro porque necesito ir al baño. Las pruebas de embarazo sin abrir me miran como un recordatorio constante de mi transferencia fallida.

Salgo corriendo al balcón y es entonces cuando lo veo. Jasper está llorando. Tiene moratones en la cara. Clementine también gime y se acerca a mí por la barandilla.

Ella también parece haber sufrido algún tipo de agresión.

—¿Jasper? —grito.

Él se asoma, atónito. Niega con la cabeza.

«No, ¿qué?», me pregunto.

Está llorando, y eso me rompe el corazón. Ahora veo que Clementine tiene arañazos en la cara.

—Clementine, ¿qué ha pasado? —pregunto.

Me mira con tristeza.

—Mami se ha caído. —Señala el balcón y me llevo la mano a la boca.

Ahora lo veo: el peñasco de la roca, la punta, la más afilada, manchada de rojo.

La he imaginado cayendo en ese punto exacto. Parece una especie de premonición.

¿Habrá sobrevivido?

Ya no queda nadie en el balcón. Se han retirado al interior y han cerrado las puertas.

CINCUENTA Y TRES

EMILY

POSIBILIDADES

Al día siguiente me siento en la camilla, con una bata azul fina como el papel crujiendo en mis rodillas crispadas, esperando alguna confirmación de que no puede ser cierto.

Tras el tipo de quimioterapia y terapia hormonal que soporté, las probabilidades de concebir un hijo sin FIV son inferiores al cinco por ciento, y el impacto en mis ovarios, irreversible.

Pero el riesgo de cáncer de mama antes de los treinta es inferior al uno por ciento, y yo lo tuve. Ya he batido récords estadísticos antes.

Puede que en esta ocasión sea a mi favor por una vez.

La doctora Menen entra en la habitación, deteniendo temporalmente mis pensamientos. Ella es mi ginecóloga; es elegante y joven, y tiene una cara muy parecida a la de Kirsten Dunst.

—Bueno, ¡parece que sí que estás embarazada! —Junta las manos con entusiasmo.

He pasado por la FIV. Obviamente, quiero mucho a este bebé, y su reacción es apropiada, pero nada de esto me parece bien.

—Pero mi hCG era muy baja —digo, mientras me acomodo en la camilla.

—Bueno, ya no lo es. No sé, tal vez te hiciste la prueba demasiado pronto; pero ya están los resultados de tu análisis de sangre, y tiene muy buena pinta. Ahora, echemos un vistazo a esa pequeña judía de ahí.

Ya tengo los pies en los estribos cuando la doctora Menen saca una varita y mira detrás de ella como si estuviera esperando a alguien. Menos mal que desvía la mirada, porque estoy segura de que mi boca se ha abierto lo suficiente como para poder comerme un

canario.

—Te voy a hacer una ecografía transvaginal. Es probable que sea demasiado pronto para ver algo con una ecografía normal, y queremos saber qué pasa ahí dentro teniendo en cuenta todo lo que me has contado.

Pero no se lo he contado *todo*.

La doctora Menen me indica que me relaje mientras pasa la varita a su ecografista, que acaba de entrar en la sala.

—Me llamo Paula, siento llegar tarde —me dice mientras me introduce la sonda en el cuerpo.

Las dos se quedan ahí sentadas, sonriéndome como si una de ellas no acabara de meterme en la vagina algo del tamaño de un micrófono.

Estoy tensa; hasta que veo un pequeño salto en la pantalla.

—¿Eso es…? —pregunto, señalando.

—Sí. Es un latido. Buena señal —dice Paula, pero tiene una mirada interrogante. Comienza a tomar medidas de la judía. La doctora Menen señala el corazón latiendo, y me asombra que esto esté ocurriendo.

La transferencia no funcionó. Sabía que no, y se supone que mis medicamentos evitan que ovule. Y mi reloj materno está… viejo.

Soy una embarazada geriátrica.

No puede haber empezado a funcionar de nuevo tan rápido, ¿verdad? Se supone que mis ovarios están chamuscados por la quimio. Tuve una menstruación desde mis tratamientos de FIV, así que no está completamente fuera de lo posible.

Dios mío, no puedo creer que esto esté pasando. Es un milagro. O un error. Menos mal que el monitor no está conectado a mi pecho, porque mi corazón late tan rápido que podría romperlo.

Sin embargo, la expresión de Paula me preocupa. Algo va mal.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Paula mira el portapapeles, con el pelo corto recogido cuidadosamente detrás de las orejas. Sus ojos alternan entre el portapapeles y la mancha en blanco y negro de la pantalla.

—Las fechas no cuadran, pero por lo demás todo pinta bien —afirma.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, aquí pone que tu transferencia fue la primera semana de octubre, por lo que este bebé debería tener unas ocho semanas, pero las medidas corresponden a un feto de unas cinco semanas —dice desconcertada Paula.

Incluso la doctora Menen se rasca el pelo platino perfectamente peinado en un moño.

—Bueno, a lo mejor es que es de percentil bajo, ¿no? —pregunto.

—Podría ser. Es demasiado pronto para saberlo. Lo importante es que el bebé tiene un latido fuerte y que todo tiene buen aspecto —dice la doctora Menen, con su sonrisa perenne de nuevo en la boca.

Paula me entrega una foto granulada en blanco y negro de un feto y sale de la habitación.

La doctora Menen empieza a repasar las vitaminas prenatales y pruebas y análisis de sangre adicionales, así como mi calendario de visitas médicas crecientes de cara al futuro. Me mira a los ojos mientras me explica las instrucciones con rapidez, pero no se da cuenta de que mi mente está a mil kilómetros de distancia.

Obviamente, no puede ver que mis dedos se entrecruzan mientras cierro los puños sudorosos y contengo la respiración. No oigo nada de lo que dice y acepto cada folleto y cada receta a ciegas, con la esperanza de poder ponerme al día más tarde.

Porque este bebé no fue creado mediante FIV.

Este bebé fue creado…

* * *

Hace cinco semanas

Dejo la taza vacía en la mesa mientras Jasper me mira con asombro y deseo.

—Eres la mujer más inteligente que he conocido nunca. Probablemente por eso estás soltera, ¿sabes? La mayoría de los hombres se sienten intimidados por una chica tan guapa que además tiene algo aquí. —Me señala la cabeza con el dedo. Mi pelo está recogido en un moño desordenado después de mi búsqueda inútil por el bosque.

Sonrío a Jasper, pero no discuto con él, porque he comprobado que es cierto.

Cuando intentaba tener citas y mencionaba mi trabajo y mi nivel de estudios, si el hombre no tenía el mismo nivel de éxito, a menudo encontraba razones para no volver a llamarme.

—Pues yo creo que tú eres un decorador brillante. Este sitio es precioso —le digo.

Nuestras casas tienen la misma distribución, pero el interior de la de Jasper parece sacado de una elegante revista de interiorismo. Muchas de las piezas, como la repisa de la chimenea, son de madera de granero recuperada. Hay muebles restaurados de colores brillantes, como turquesa, que parecen haber sido hechos con un amor absoluto.

—Gracias. He intentado añadir mucho color, pero sigo cansado de estar triste y solo aquí —dice. El fuego crepita en la chimenea.

Se acerca y me desenvuelve de la manta; su deseo lo consume todo. Mis labios se separan cuando roza mi mejilla con los suyos, y no quiero decirlo, pero sería una persona terrible si no lo hiciera.

—Yo también, pero… estás casado —digo en un susurro.

—Hace tiempo que no tengo a mi mujer. Está enferma y se porta fatal con nosotros. Y me gustaría intentar ver si mejora por Clementine, pero no creo que lo haga. No creo que pueda aguantar más aquí. Pero no quiero dejarte.

Su honestidad me conmueve.

—¿Qué? —Le devuelvo la mirada y veo la dulzura que hay en sus ojos. Merece ser amado—. ¿Tienes familia con la que se pueda quedar Clementine hasta que ella mejore?

—En este país no. Aquí no tengo a nadie, y Chelsea nunca me dejará llevarme a Clementine al extranjero. Mi país… es peligroso.

Todo lo que sé sobre los orígenes de Jasper es que es de algún lugar de Oriente Medio. No me cuestiono de dónde es. Espero que haya tiempo para eso… más adelante.

—Lo siento.

—No lo sientas. —Vuelve a acurrucarse a mi lado. Después de verlo a una ligera distancia durante todos estos años, su cercanía es embriagadora. Su colonia es irresistible, tiene un delicioso aroma

especiado y siento sus labios carnosos y suaves en mi cuello—. Veros a Clementine… y a ti… es lo único que me ha hecho aguantar todos estos años.

¿Jasper se ha quedado… por mí?

Entonces me besa en los labios, y yo dejo que lo haga…

Tal vez sea porque siempre he querido que alguien suspire por mí, que me desee de una forma que no pueda contener. O tal vez sea porque tengo frío, y cuando Jasper me quita la camisa del cuerpo, su pecho desnudo contra el mío es sólido y cálido. Pero no es suficiente.

Necesito más. Y él también.

Cualquier deseo o necesidad de algo se cumple en las dos horas siguientes mientras nos revolcamos en sus sábanas de seda.

Dejamos el final abierto. Chelsea volvía de rehabilitación. Iban a intentar solucionarlo, aunque probablemente no funcionaría. Y entonces… Tal vez podríamos hablar.

Ahora, las cosas están aún más desequilibradas. Chelsea ha vuelto al hospital. Se rompió la espalda al caerse.

En mi mente, puedo verla inclinándose demasiado sobre ese maldito balcón, probablemente tras una recaída.

Es la sombría historia de siempre. El setenta y cinco por ciento de los adictos recaen durante el primer año.

Jasper no dijo mucho después de que ocurriera, y hace días que no lo veo por casa. No sé si va a volver con Clementine ni cuándo, y no tengo ni idea de cómo decirle que es el padre de mi hijo.

CINCUENTA Y CUATRO

EMILY

¿POSITIVO?

Mi madre es la primera persona a la que llamo.

Será mi conejillo de indias para el factor de credibilidad de mi transferencia fallida, que de repente ha decidido funcionar. ¿Cuestionarán lo ocurrido las personas que no tienen conocimientos científicos? Ella es enfermera, así que será una buena prueba inicial.

—Hola, Emily —responde en voz baja como suele hacer.

—Hola, mamá, tengo una gran noticia que darte —anuncio.

—Llego tarde a mi partido de *pickleball*, ¿qué pasa? —pregunta mi madre.

¿No se ha enterado de que acabo de decir que tengo que darle una noticia? Nunca tengo noticias.

—He tenido una cita con la ginecóloga. Resulta que el resultado de la transferencia fue un falso negativo —digo, con un tono de voz que rara vez sale a relucir en presencia de los habituales ataques de complacencia de mi madre.

—¿Un qué? —pregunta, confusa.

Ahora soy yo quien suspira. La explicación inventada de mi transferencia fallida convertida en buena podría resultar más agotadora que el propio embarazo.

—Las primeras pruebas no mostraban los niveles adecuados. Esto ocurre a veces en personas que tienen niveles naturalmente bajos de hCG, o en casos en los que la datación no es correcta en relación con la concepción —suelto.

—Oh. ¿Cómo puede ser? ¿No fue tu laboratorio el que hizo el procedimiento?

Uf. No me esperaba esa pregunta. Mi ignorancia me hará parecer una incompetente en mi propio trabajo.

—Bueno, no me hice mis propios análisis de sangre, y no hacen análisis de hCG antes de la transferencia. Es la hormona que muestra un nivel elevado después de la concepción. Debo ser una de esas personas que tienen índices bajos.

«Índices bajos» ni siquiera es una expresión médica real. Miento fatal, nadie me va a creer.

—Qué interesante —reflexiona mamá.

¿Le digo que va a tener su primer nieto y me responde: «Qué interesante»? No pregunta: ¿cuándo nacerá?, ¿cómo se encuentra?, ¿cuándo sabremos el sexo?, ¿quieres que te acompañe a la próxima cita? No ha hecho ninguno de los comentarios maternales que espero oír. ¿Es porque no me cree o porque tiene el corazón a la temperatura de una cámara frigorífica?

—¿Puedes creerlo? —pregunto, buscando la felicidad.

—Es muy sorprendente.

—¿Muy sorprendente que la transferencia haya funcionado o que esté embarazada? —pregunto.

—Nunca había oído hablar de un falso negativo, solo de falsos positivos, pero supongo que es posible. Y el embarazo, más —dice con desgana.

Eso es todo lo que necesitaba oír. La palabra: «posible».

Mientras la gente crea que es posible, no lo cuestionará. No sería tan terrible revelar que Jasper es el padre si no estuviera casado. Mi bebé sería inmediatamente catalogado como el producto de una sucia cana al aire. Es mejor que la gente crea que él o ella fue creado en mi laboratorio.

—Sí, estoy conmocionada —continúo diciendo en el mismo tono monótono de mi madre. ¿Por qué fingir para llamar su atención?

—¿Y no será que te sometiste a una transferencia adicional con el único embrión que te quedaba y no quieres decírmelo? —pregunta mi madre, aún confusa. Ahí está la fuente de su horror. Sabe que le estoy mintiendo. Tiene toda la razón, pero no se trata de la transferencia.

—No, madre. Te lo habría contado —digo.

—¿Por qué decidiste hacerte otra prueba? —pregunta.

—He ganado un poco de peso y me falta el ciclo menstrual —revelo.

Un poco de peso es el eufemismo del año. Ya he engordado nueve kilos y aún no ha terminado el primer trimestre. Algunas personas solo engordan nueve kilos durante todo el embarazo, así que no lo estoy llevando nada bien. La doctora Menen me dio un folleto sobre nutrición.

—Bueno, esos son indicadores definitivos —dice secamente—. Te compré algunas cosas cuando estabas pasando por la FIV —dice—. Un diario para seguir tu embarazo y una sorpresa especial. Después de esta noticia… Me gustaría mucho dártelos. ¿Puedes pasarte por aquí?

—Hoy no. Tengo que ir a la farmacia a por los suplementos prenatales. ¿Te parece bien el fin de semana?

—Vale, y si no puedes venir a verme este fin de semana, iré yo a tu casa —por fin parece un poco emocionada.

—Trato hecho —le digo.

Mientras subo la colina hacia mi casa, veo a Jasper empujando a Chelsea hacia la suya en una silla de ruedas. La escena es desoladora, ya que la silla lleva un collarín que le sostiene la cabeza. Tiene la mirada perdida.

Clementine no está con ellos. Me pregunto dónde estará.

Hoy no es el día indicado para contarle a Jasper lo del bebé.

Me pregunto si algún día podré hacerlo y cuándo será.

CINCUENTA Y CINCO

ALLY

SECRETOS

Sebastian es una fantasía.

Un secreto que oculté a todos, porque en el fondo creo que sabía que no era real. Antes de irme a la universidad, intentó lo mismo: desbaratar mis planes. Es un juego que tengo con él… Creo.

Debería haber sabido después de todos estos años que, si él jamás ha tenido pareja, yo nunca podría ser la única mujer de su vida. Le gustaba que la promesa estuviese en el aire, pero aferrarse a Sebastian es como intentar agarrar el viento. En cuanto te envuelve con sus cálidos brazos, en cuanto le devuelves el abrazo, se te escapa de las manos.

Probablemente no ha sido por el bebé. Solo quería ver si de verdad iba a dejar a mi marido por él.

El matrimonio es duro, y Sebastian era una tentación.

Cedí, pero ahora he abierto los ojos y no dejaré que vuelva a ocurrir.

Fui una tonta por haber dado a Ben por sentado. Es el padre de mi hijo. El que ha estado a mi lado en las buenas y en las malas. Ahora veo que inventé razones para dejarlo cuando las cosas se pusieron difíciles.

Que convertí sus pequeñas idiosincrasias en actos monstruosos. Todo el mundo me ha tomado por la mujer que huyó tras las presiones para ser madre. He recibido la misma simpatía que las mujeres que sufren depresión posparto, y me parece inmerecida, pero la acepto para poder ganarme de nuevo la confianza de Ben.

Varios grupos de mujeres han salido de la nada para apoyarme en

Internet, mientras que otros me han vilipendiado.

Sé a qué lado de la valla pertenezco: al de los villanos.

La única otra persona que lo sabe tiene un oscuro secreto propio.

No me gusta que mi secreto sea mayor que el suyo.

Sabe que casi le he sido infiel a mi marido.

Que iba a cambiar la hermosa vida que tenía con Ben por una con un hombre diferente que construí en mi mente para que fuera algo que no es.

Y… yo sé que el bebé que lleva en su vientre fue engendrado por un hombre casado.

No me preguntó detalles explícitos sobre el hombre al que se refiere como «el contratista» y yo no le pregunté quién es el hombre casado con el que se acostó; solo verifiqué que no era Ben.

No lo es.

Eso me hace sentir todavía más sucia. Yo soy la que rompió los votos matrimoniales. Ella solo es la chica que hizo que otro fallara a los suyos. La tentadora. Emily y yo nunca seremos amigas, pero hemos llegado a un entendimiento especial.

Está decidida a mantener que su bebé se hizo en el laboratorio. Aunque las fechas de concepción no coincidan, me ha pedido que la apoye. A cambio, no le dirá ni una palabra a Ben sobre lo que pasó en Charlotte.

Ben cree que me subí a un autobús en un arrebato de delirio y que di vueltas en él durante una semana. Esa es la historia que Emily me ayudó a inventar mientras le vendaba la rodilla, que le había abierto yo con mi pala de jardín.

Me disculpé por herirla, pero no se debe sorprender a la gente, y menos en su casa cuando están en medio de un ataque de nervios.

Me disculpé a diestro y siniestro: con Ben, su familia, mi familia, sus amigos…

Todos dijeron lo mismo: «Me alegro de que estés en casa».

Y entonces decidí que tenía que quedarme aquí.

Y abandonar mi vieja vida y las viejas heridas que había dejado atrás. Incluso lo que está enterrado en el suelo.

Nuestro intercambio, el mío y el de Emily, parece algo justo.

Además, el bebé que me procuró en su laboratorio ha resistido

milagrosamente hasta ahora.

Quizá Emily Daugherty sea la respuesta a mis plegarias.

Esta noche es la primera de muchas en las que me reuniré con sus amigos para celebrar juntos el regreso a casa. Las cosas entre Ben y yo siguen tensas, pero ahora estamos yendo a terapia.

También me han recetado sertralina, aunque me he negado en secreto a tomarla, porque no estoy deprimida. Solo estaba confundida. Me alegro de haber vuelto al buen camino, con buena gente que está de mi lado y que nunca jamás me mentiría ni me haría creer cosas que no son ciertas.

CINCUENTA Y SEIS

EMILY

INYECTAR

—¿Seguro que es mío? —pregunta. Jasper tiene el asombro de un hombre al que le acaban de entregar el mundo.

—Sí —respondo. Pero nuestra alegría se ve ahogada por la quietud que invade su casa y a la mujer responsable de la quietud. Está sentada en una silla de ruedas a pocos metros de distancia.

Chelsea sufrió una fractura bilateral de la vértebra C2 que la ha dejado paralizada del cuello para abajo. El trauma cerebral la ha dejado casi en estado vegetativo. El seguro de salud le ha puesto una cama especial para que Jasper pueda cuidarla, pero parece que ya no puede más.

Sin embargo, la noticia del bebé lo ha animado un poco.

—No puedo decidir qué es peor. Cuando nos maltrataba y nos gritaba sin parar… o esto.

Tiene que ser esto, ¿verdad?

Aunque no entiendo muy bien por lo que Jasper ha pasado hasta ahora. Todo lo que sé es que, cuando Chelsea volvió a casa después de la rehabilitación, se bebió tres quintos de una botella de vodka mientras Jasper corría a la tienda —a por algo que ella le había pedido— y perdió los nervios con Clementine cuando derramó la leche.

Clem intentaba servirse la leche para tomarse sus cereales, porque su madre estaba demasiado borracha para hacerlo.

Jasper llegó a una casa con leche derramada y sangre. Chelsea atacó a Clementine con tanta fuerza que le marcó la piel con sus largas uñas.

Entonces Chelsea fue a por Jasper. Él intentó contener sus manotazos. Ella le arañó la cara y le fue a dar un puñetazo, pero falló y se precipitó hacia el balcón, cayendo al precipicio.

Nunca le preguntaré a Jasper si la empujó.

Francamente, después de ver la cara de Clementine, no me importa si lo hizo.

—Tengo que ir a recoger a Clementine a gimnasia. ¿Puedes vigilarla? —Jasper señala con la cabeza a Chelsea.

—Claro. ¿Te importa si la llevo a mi casa en la silla de ruedas y la vigilo allí? —pregunto. Le doy un beso en la boca.

—Claro —dice.

No se me resiste. Esto se va a convertir en nuestra vida: Jasper, Clementine y yo. Nada de esto es normal, pero Jasper se sintió bien desde el momento en que se abrió a mí en ese balcón. Nos conocemos desde hace años, aunque fuera un noviazgo por ósmosis. Amo a este hombre, y estoy decidida a hacer mía esta familia.

Observo a Jasper mientras se marcha, sabiendo lo que tengo que hacer.

Para que funcione, debe hacerse poco después del accidente de Chelsea. Se nos acaba el tiempo.

Sé que Jasper ya no quiere a Chelsea aquí.

Puede que Clementine quiera tenerla cerca, pero es desgarrador verla contar a su madre los cuentos que ha oído ese día en la guardería.

—Esas son las historias que nos cuentan antes de la siesta —dice—. A lo mejor mamá se despierta.

Pero mamá nunca va a despertar de su siesta. Ni va a volver a caminar.

Me veo en modo espectador. Es como una película en la que la profesional clínica es la heroína. La que hace desaparecer el dolor.

Igual que hice con mi padre.

Todo el mundo estará mejor.

La luz previa al anochecer se filtra a través de las persianas como un huésped no deseado.

Pero en la luz es donde vive la verdad.
Nadie puede averiguar lo que ha hecho.
Es lo correcto.
La paciente está sentada en una silla, apática y rota.
En su futuro, solo hay una vida de dolor.
«Esto acabará pronto», se susurra a sí misma.
Tira del émbolo de la jeringuilla y golpea el cilindro.
Y sonríe por lo bien que se sentirán todos cuando termine todo.
Coloca la aguja cerca del pliegue de los brazos de la paciente.
Una vena verdosa asoma en la superficie.
Está a punto de inyectar a su paciente.
Pero un movimiento detrás de ella en las sombras…
La congela en el sitio.
Hay alguien… ahí.

Inyecto a la paciente la alta dosis de efedrina que conseguí en el hospital y que probablemente será la causa de una hemorragia cerebral y una muerte súbita.

Será compatible con el tipo de lesión cerebral que Chelsea sufrió durante la caída, y fácil de explicar. Le pediré a Jasper que no pida una autopsia.

Entenderá por qué.

Ya lo hemos hablado.

Todo irá bien. Es nuestro pequeño secreto. Como las demás que me guardo para mí. En mi laboratorio, hay controles e inventarios. En mi casa, no hay ninguno.

Me giro despacio al oír el ruido, probablemente de la calle, y veo que la puerta de mi casa está abierta.

Mi madre está de pie, con algo en la mano.

Es el diario del bebé y el regalo que mencionó por teléfono. Reconozco el regalo. Es algo que me hizo mi padre cuando me extrajeron los óvulos. Una pieza especial de metal soldado con vidrios de colores, un mosaico que forma una mariposa, destinada a mi futuro bebé.

Mi madre se acerca a mí, con una expresión fantasmal en el rostro.

—Oh, Emily… ¿Qué has hecho?

UNA CARTA DE CARA

Querido lector:

Quiero agradecerte enormemente que hayas elegido leer *La clínica*. Nota: aunque los aspectos más clínicos de este libro se han investigado a fondo, nos hemos tomado algunas libertades creativas.

Si te ha gustado y quieres estar al día de todas mis novedades, solo tienes que suscribirte en el siguiente enlace. Tu dirección de correo electrónico nunca será compartida y puedes darte de baja en cualquier momento.

www.bookouture.com/Cara-Reinard

Espero que te haya encantado *La clínica*, y si es así te agradecería mucho que escribieras una reseña. Me encantaría conocer tu opinión, y es muy importante para mí que me ayudes a que otros lectores descubran uno de mis libros por primera vez.

Me encanta recibir noticias de mis lectores. Puedes ponerte en contacto conmigo en mi página de Facebook o a través de X, Goodreads o mi página web.

Gracias,
Cara Reinard

MANTENTE EN CONTACTO CON CARA

www.carareinard.com
x.com/carareinard
instagram.com/carareinard

AGRADECIMIENTOS

Algunas novelas tardan más que otras en completarse. Este libro fue para mí un trabajo lleno de amor. Terminé el primer borrador de *La clínica* hace casi once años. En un principio se titulaba *Un pequeño secreto* y se iba a comercializar como una novela de ficción femenina, pero lamentablemente no se vendió a ninguna editorial. *La clínica* ha estado en mi disco duro durante más de una década. Es el único libro que me negué a archivar, y uno de mis proyectos favoritos porque combina mi amor por la ciencia y la escritura.

Después de pasar más de veinte años en la industria farmacéutica, los últimos siete en oncología, por fin pude editar *La clínica* para convertirlo en la versión que siempre debió ser, con la ayuda de mi maravillosa editora de Bookouture, Natalie Edwards. Cuando escribí la última palabra del borrador revisado, pensé: «Ya está. Por eso ha tardado tanto. Aún no estaba listo». Y estaré eternamente agradecida de que mis lectores por fin puedan disfrutarlo.

Tantas personas han leído los primeros borradores de esta novela y han aportado valiosos comentarios que es difícil darles las gracias a todos, pero lo intentaré (si me he dejado a alguien, ¡lo siento!): Savina Cupps, Dana Falleti, Nancy Hammer, Lori Jones, Kim Pierson, Carolyn Menke, Vickie Reinard, Lisa Coulson, Kathie Shoop y Janice Sniezek. Un agradecimiento especial también para Sarah Hardy, mi publicista, y a todo el equipo de Bookouture, con una mención especial para la diseñadora de la portada de *La clínica*, Emma Graves, por su impresionante trabajo.

Y, por supuesto, no puedo dejar de mencionar a mi familia: mi marido, que es mi mayor apoyo, y a nuestros dos tesoritos no tan pequeños ya, Jackson y Charlotte, quienes eran pequeños cuando comencé esta novela y ahora son preadolescentes o adolescentes. Espero que hayan aprendido con la publicación de este libro que los sueños no tienen fecha de caducidad.



El hospital

Wolfe, Leslie
9788742814444
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Pensé que aquí estaría a salvo.
Me equivoqué.

Al despertarme, solo sé tres cosas: me llamo Emma, alguien intentó matarme y no puedo recordar quién.

Cuando parpadeo, mis pestañas rozan una tela áspera. Mis dedos se estremecen, los siento entumecidos y lejanos. En la distancia suenan sirenas. Estoy en el hospital.

Debería estar a salvo aquí, pero sé que no es así. Lo último que recuerdo es correr, ver un brazo alzarse para golpearme… ¿Por qué alguien querría matarme?

Desesperada, intento recomponer mis recuerdos dispersos. Estoy con mi marido, rodeados de arena blanca como el azúcar, nuestros anillos brillando bajo el sol. Me recuperaré, volveré a casa con él, y él me protegerá.

Pero, cuando viene a visitarme, su nueva novia viene con él. Me dice que nos divorciamos hace tres años, y mi mundo se desmorona. ¿Qué más he olvidado?

La única forma de mantenerme a salvo es recuperar las respuestas enterradas en lo más profundo de mi mente. Pero mientras hablo con los que me visitan — escuchando las voces amables de los médicos y las

enfermeras, agradecida por el cuidado de mis amigos y familiares—, empiezo a descubrir las mentiras que contradicen lo que recuerdo de mi vida.

Dicen que solo es mi memoria rota. Pero sé la impactante verdad: que no puedo confiar en una sola palabra de lo que dice nadie…

«**¡Qué libro!**… me mantuvo adivinando hasta el final… **lleno de giros inesperados**. No podía despegarme de mi Kindle mientras lo leía. **Fantástico**».
Jessica's Book Biz ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

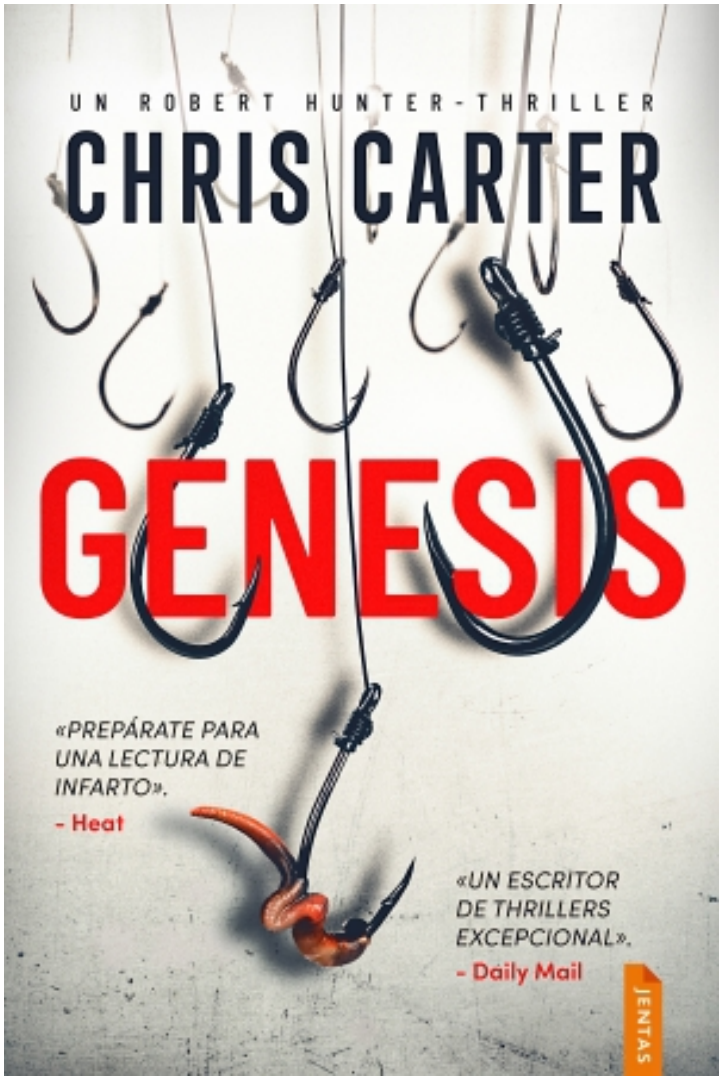
«**¡Escalofriante…!** Los giros me mantuvieron en vilo hasta el último momento… estuve enganchada de principio a fin… **un thriller impecablemente construido** que te dejará boquiabierto… **¡No te pierdas esta electrizante aventura de engaños y peligro!**».
Chronicles of Mariana ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**¡Me dejó alucinado!**… He leído algunos libros de **Leslie Wolfe** y sabía que iba a ser una buena lectura, pero nunca imaginé que sería tan buena. Debería haber empezado más temprano en el día,

porque no quería dejar de leer».
fundinmental ⭐⭐⭐⭐⭐

«**¡Me encantó este libro! ¡Trepidante! Mucha acción, suspense y drama con un montón de giros inesperados…** ¡Lo recomiendo mucho!».
Reseña en Goodreads ⭐⭐⭐⭐⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Genesis

Carter, Chris
9788742814321
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Del autor superventas Chris Carter, cuyas novelas han vendido millones de ejemplares, llega ahora el *thriller* de Robert Hunter más absorbente e implacable hasta la fecha.

Empieza con el miedo.

Un asesinato como ningún otro.
Un asesino más retorcido de lo que jamás ha visto.
Un caso que lo llevará al límite.
¿Alguien podrá por fin con Robert Hunter?

—¿Cree usted que existe el diablo, detective? —pregunta el agente al otro lado del teléfono—. Porque si no es así…, puede que cambie de opinión en cuanto llegue aquí.

Tras recibir el aviso, Robert Hunter llega a la escena del crimen más escalofriante y brutal a la que ha acudido jamás. El horror aumenta cuando, durante la

autopsia, encuentran dentro del cuerpo de la víctima una nota con el verso de un poema dejado por el asesino.

Cuando poco tiempo después se encuentra otro cadáver, el método utilizado y la firma del asesino son tan distintos del primero que los forenses al principio no ven ninguna relación entre los crímenes. Pero el nivel de violencia sugiere que los ha cometido la misma persona y, cuando encuentran otra nota, Hunter y Garcia sospechan que la ola de asesinatos no ha hecho más que empezar.

El detective Robert Hunter debe atrapar al asesino más disciplinado y metódico al que se ha enfrentado nunca, alguien que se alimenta del miedo de sus víctimas y para quien la muerte es una lección que debe enseñarse.

«**Un escritor de thrillers excepcional**».
Daily Mail ⭐⭐⭐⭐⭐

«El expsicólogo criminalista Carter sabe crear **asesinos en serie que hielan la sangre**. Prepárate para **una lectura de infarto**».
Heat ⭐⭐⭐⭐⭐

«Carter es uno de esos autores que hacen que escribir parezca sencillo… **No pude dejar el libro hasta llegar a la última página**».
Crimesquad ⭐⭐⭐⭐⭐

«**Una serie policiaca increíble**. Extraordinariamente **bien escrita, con calidad y dramatismo** de principio a fin».
Liz Loves Books ⭐⭐⭐⭐⭐

«Un thriller **intrigante y aterrador**».
Better Reading ⭐⭐⭐⭐⭐

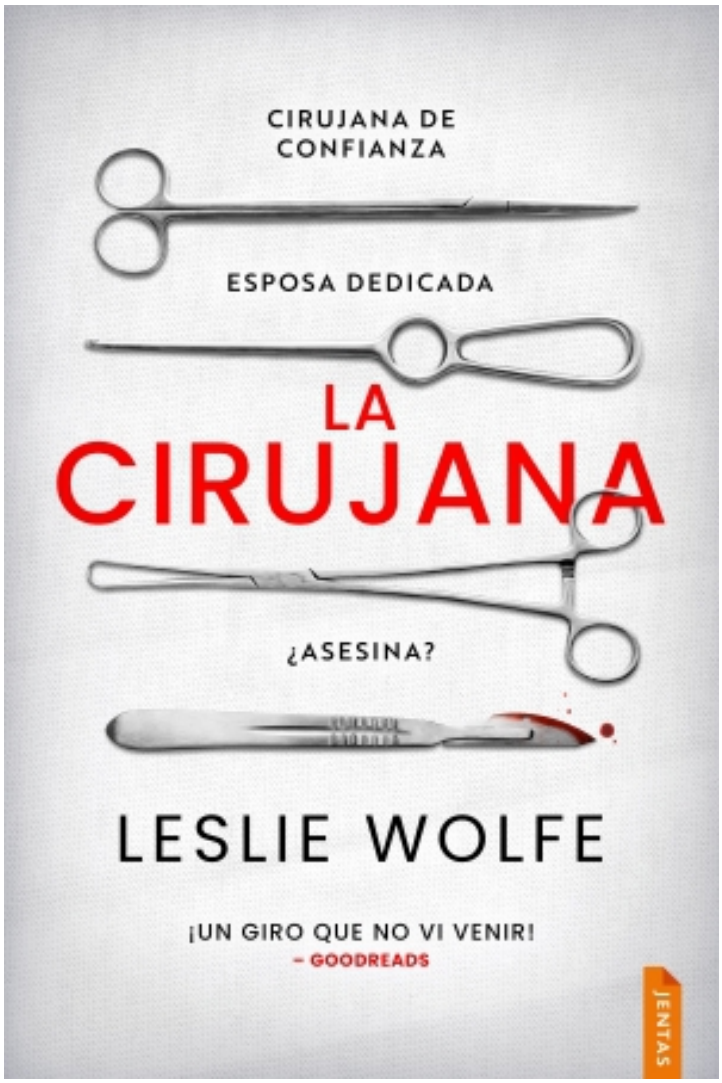
«Un festín trepidante de **emociones fuertes**».
Shots ⭐⭐⭐⭐⭐

«Un libro que **no puedes dejar de leer**».
Express ⭐⭐⭐⭐⭐

«Un thriller psicológico **absorbente**».
Breakaway ⭐⭐⭐⭐⭐

«**Contundente y de ritmo ágil**».
Sunday Mirror ⭐⭐⭐⭐⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La cirujana

Wolfe, Leslie

9788742812631

320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cirujana de confianza. Esposa dedicada. ¿Asesina?

Antes de que mi mundo se derrumbara, lo tenía todo. Una exitosa carrera. Una casa de ladrillo rojo preciosa, donde podía relajarme frente a la chimenea. Un apuesto y devoto marido cuyos ojos azules y sonrisa encantadora siempre me hicieron sentir segura.
Cuando digo la hora de la muerte, mi voz es firme. Mis compañeros permanecen en silencio a mi alrededor con los ojos fijos en mí, confundidos, preocupados.

Nunca he perdido a un paciente hasta hoy.

Mis manos tiemblan dentro de los guantes de látex. Me deslizo por las frías paredes de azulejos. Mi corazón se acelera en mi pecho.

Nunca he odiado a un paciente hasta hoy.

Pero ¿qué opción tenía después de haberlo reconocido?

¿Y qué haré para protegerme si alguien se entera de la verdad?

Un apasionante thriller psicológico que te pondrá el pelo de punta y te hará contener la respiración hasta el sorprendente giro final.

Opiniones sobre "La cirujana":

«**¡¡¡Guau!!!... ¡¡¡Un thriller psicológico que no podrás dejar**!!!... ¡¡**Te sorprenderá una y otra vez**!!... Absolutamente adictivo». – *Ratón de biblioteca86* ⭐⭐⭐⭐⭐

«**Me estaba aferrando a cada palabra**... **Suspense, intriga, acción, asesinato, misterio, traición y algunos giros inesperados**... ¡Definitivamente no te pierdas este libro!». – *Reseña en NetGalley* ⭐⭐⭐⭐⭐

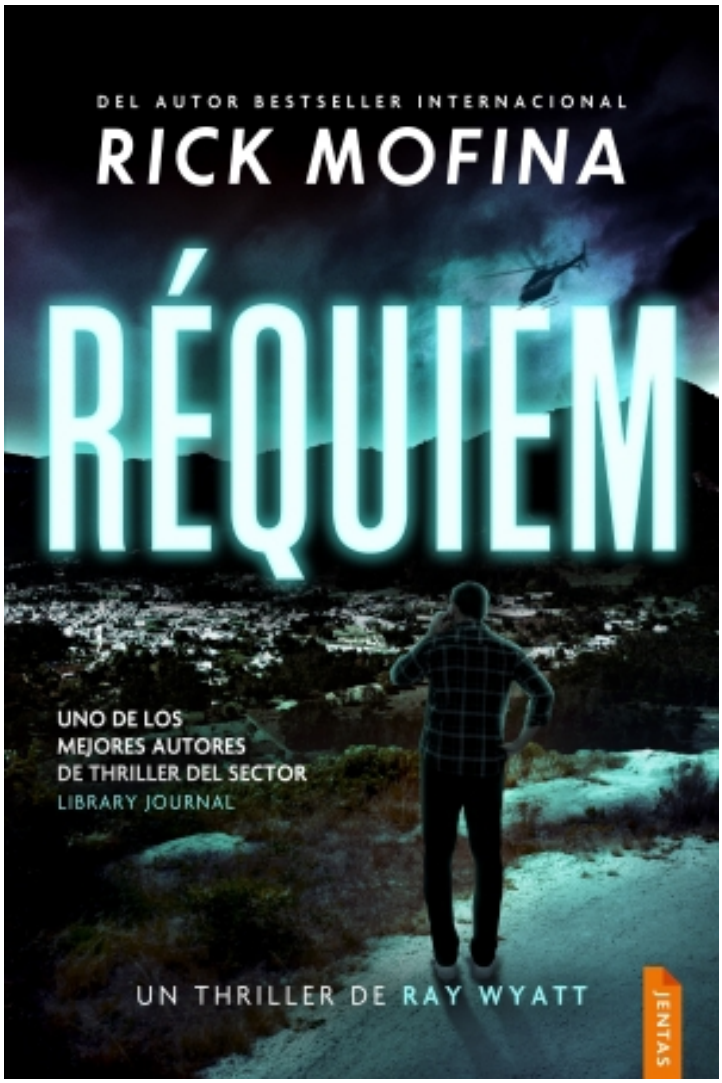
«¡¡¡**Nunca he leído un thriller tan fantástico en mi vida**!!! Estaba constantemente en suspenso, conteniendo la respiración y vigilando mi recuento de páginas porque no podía esperar a ver cómo terminaba el libro... ¡**Si pudiera, este libro tendría 10 estrellas**!». – *Reseña en Goodreads* ⭐⭐⭐⭐⭐

«Un thriller fascinante y de ritmo rápido... Te engancha desde el principio, llevándote en un viaje

salvaje y retorcido… Pude leer este en unas 9 horas porque me negué a hacer nada más… ¡**Suspense increíble, absolutamente adictivo**!». – *@rubie_reads* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«¡**Qué lectura más emocionante! Mi corazón está acelerado**… Me enganchó de principio a fin. Devoré "La cirujana" en menos de 2 días… ¡Absolutamente perfecto!». – Reseña en NetGalley «**No podía dejar de leer**… ¡Alucinante!». – *Reseña en Goodreads* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Réquiem

Mofina, Rick

9788742813805
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cuando Wanda Stroud, una bibliotecaria jubilada, vuela de regreso a Los Ángeles desde Ciudad de México, ve algo inquietante en el ordenador portátil del pasajero que tiene delante. Al día siguiente, Wanda había quedado con una amiga para tomar café, pero no apareció, algo muy inusual en ella.

El periodista Ray Wyatt investiga la desaparición mientras se aferra a la esperanza de que su hijo, Danny, todavía esté vivo.

«**Los libros de Rick Mofina son puro suspense. Historias adictivas imposibles de soltar**».
Louise Penny ⭐⭐⭐⭐⭐

«El **estilo intenso y emocionante** de Rick Mofina convierte cada thriller en un **viaje lleno de adrenalina**».
Tess Gerritsen ⭐⭐⭐⭐⭐

«**La prosa afilada de Mofina es como una ráfaga de disparos**».
Publishers Weekly ⭐⭐⭐⭐⭐

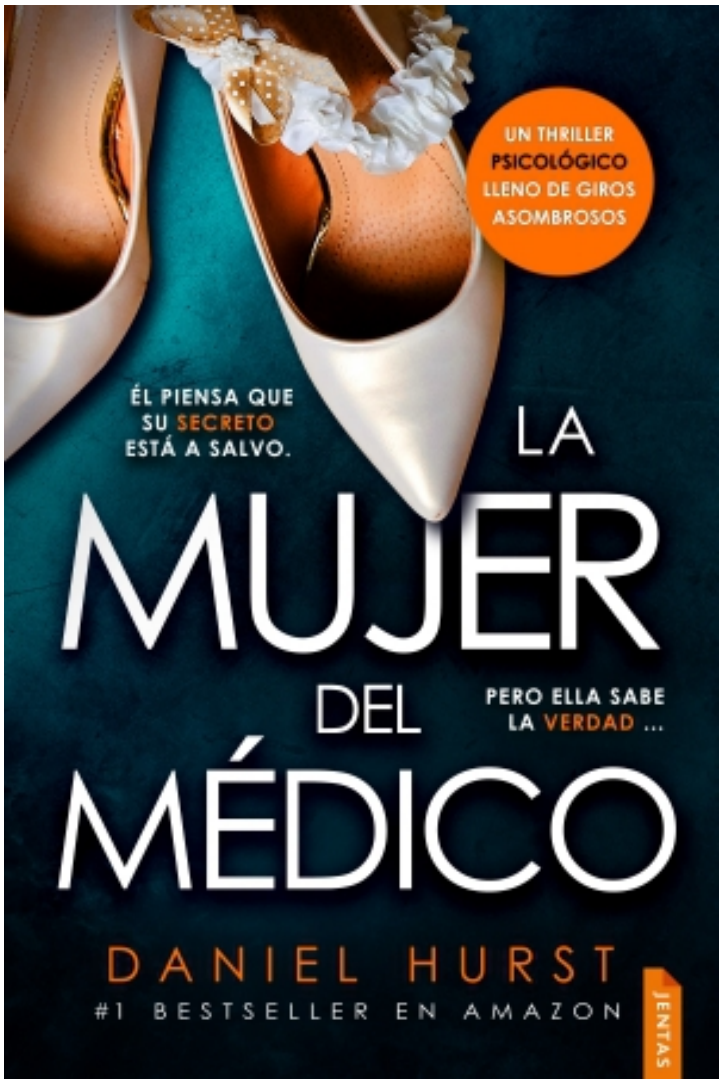
«**Uno de los mejores autores de thriller del sector**».
Library Journal ⭐⭐⭐⭐⭐

«**¡Otro thriller excelente!***Réquiem* fue **realmente emocionante**. **Rick Mofina vuelve a estar a la altura** de las expectativas».
Reseña en Goodreads ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«¡Rick Mofina nunca decepciona al lector! **Me encantó esta serie y Ray Wyatt fue un protagonista excelente**. ¡La recomiendo mucho!».
Reseña en Goodreads ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**¡Lectura fantástica!** También me encantaron los dos anteriores libros de Ray Wyatt, pero este fue el mejor. **Me encanta la manera en que Mofina cuenta una historia**».
Reseña en Goodreads ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La mujer del médico

Hurst, Daniel

9788742812716

282

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Él piensa que su secreto está a salvo. Pero ella sabe la verdad… Mi marido es médico. Es inteligente y encantador, y todo el mundo confía en él. Excepto yo. A simple vista, parece que lo tengo todo: el matrimonio perfecto, el marido perfecto, la vida perfecta. Pero nada más lejos de la realidad. El doctor Drew Devlin no es la persona respetable que parece ser. La razón por la que nos mudamos a esta preciosa y antigua propiedad con vistas al mar fue porque necesitábamos dejar atrás nuestro pasado. Debería haber sido un nuevo comienzo para los dos. Sin embargo, he descubierto que ha empezado a mentirme de nuevo. Está usando el poder que le proporciona su trabajo para manipular a las personas y conseguir exactamente lo que quiere, sin importarle a quién hace sufrir. Pero me ha subestimado. Sola en esta casa grande y aislada, he tenido mucho tiempo para pensar en todos sus errores. Y mi marido no tiene ni idea de lo que soy capaz y de lo que está a punto de suceder… "La mujer del médico" es un thriller psicológico lleno de giros asombrosos que te mantendrá leyendo hasta altas horas de la noche.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)